LT.
3021

UNED

Mª de la Educación y Educación Comparada
Jorge Pinñado
y García

UNED

2.143464 L.T.3321

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE ESPAÑA,

DESDE SU ORIGEN

HASTA EL REINADO DE DOÑA ISABEL II.

Extractado de las obras mas acreditadas de autores nacionales y extranjeros; y seguido de unos elementos de geografía política y económica antigua y moderna de España, en que se describen la situacion, producciones é industria de sus antiguos reinos, y la de las provincias y pueblos cabeza de partido en que actualmente se halla dividida.

Por D. Alejandro Gomez Ranera.

TERCERA EDICION,

aumentada por su mismo autor con los principales hechos históricos ocurridos hasta fin de 1843.

MADRID: 1844.

IMPRENTA DE ALEJANDRO GOMEZ FUENTENEBRO,

calle de las Urosas, número 10.

UNED

Esta obra es propiedad del autor, y nadie puede reimprimirla sin su consentimiento; por este motivo van rubricados todos los ejemplares.

ADVERTENCIA.

Ocioso sería recomendar nuevamente al Público esta obra, estando aprobada por la Direccion general de Estudios, adoptada en la mayor parte de las Universidades y Colegios del Reino, y cuando se publica la tercera edicion. Su utilidad para la enseñanza pública es ya incontestable. Solamente tiene que manifestar su autor que la ha aumentado con los principales acontecimientos ocurridos desde 1808 *hasta fin de* 1843, *conforme los describió en el suplemento á la Historia general de España, escrita por el Sr. D. José Ortiz y Sanz, Bibliotecario que fué de S. M.*

Si, como es de esperar, la acoge el Público con igual benevolencia que las anteriores, el autor verá suficientemente recompensadas sus tareas.

UNED

INDICE

de las páginas á que corresponden los sucesos mas memorables, en qué año acaecieron, y el principio de cada reinado.

Situacion de España, etimología de este nombre, su ámbito y estension, sus producciones, carácter de sus habitantes, y quiénes fueron sus primeros pobladores (años 2170 antes de Jesucristo). 1

PRIMERA EPOCA.

CAPITULO PRIMERO.

Dominacion de los cartagineses en España (237). 4
Guerra y destruccion de Sagunto (219). 8

CAPITULO SEGUNDO.

Intentan los romanos dominar la España; declaran la guerra á los cartagineses: los españoles son sojuzgados alternativamente por unos y otros (217). 10

SEGUNDA EPOCA.

CAPITULO PRIMERO.

Dominacion de los romanos en España (149). . . 15
Viriato: sus hazañas (148). 17
Bloqueo de Numancia (134). 22
Destruccion de esta ciudad, heróica resolucion de sus moradores (130). 23
Sertorio: sus proezas militares (77). 24

CAPITULO SEGUNDO.

Irrupcion de los godos en España (año 411 despues de Jesucristo). 30

UNED

TERCERA EPOCA.

Dominacion de los godos en España hasta la irrupcion de los sarracenos.

CAPITULO PRIMERO.

Ataulfo, primer rey godo. 32
Sigerico. 33
Walia. . . . . . id.
Irrupcion de los suevos, vándalos y alanos (420). id.
Gunderico, rey vándalo. . . . . . id.
Genserico, rey vándalo. . . . . . id.
Teodoredo, rey godo y sucesor legítimo de Walia. 34
Turismundo. . . . . . id.
Teodorico. . . . . . id.
Eurico. . . . . . id.
Alarico. 35
Gesaleico. . . . . . id.
Amalarico. . . . . . id.
Teudis. 36
Teudiselo. . . . . . id.
Agila. . . . . . id.
Atanagildo. 37
Liuva I. . . . . . id.
Leovigildo. . . . . . id.
Recaredo I. 38
Liuva II. . . . . . id.
Witerico. . . . . . id.
Gundemaro. . . . . . id.
Sisebuto. . . . . . id.
Recaredo II. 39
Suintila. . . . . . id.
Sisenando. . . . . . id.
Chintila. 40
Tulga. . . . . . id.
Chindasvinto. . . . . . id.
Recesvinto. . . . . . id.
Wamba. . . . . . id.
Ervigio. 42
Egica. . . . . . id.
Witiza. . . . . . id.

UNED

CAPITULO SEGUNDO.

Irrupcion de los sarracenos en España.

Rodrigo. 44
Batalla de Jerez; traicion de los hijos de Witiza, y fin de la monarquía goda (714). 45

CUARTA EPOCA.

Dominacion de los sarracenos en la mayor parte de España.

CAPITULO PRIMERO.

Reyes de Asturias, de Oviedo y despues de Leon durante dicha dominacion.

Pelayo (718) *por su esfuerzo y valor reporta muchas victorias sobre los mahometanos, y funda los reinos de Oviedo y de Leon* (736). 48
Favila. 49
Alonso I, el Católico. . . . . id.
Fruela I. . . . . . id.
Aurelio. 50
Silo. . . . . . id.
Mauregato. . . . . . id.
Bermudo I, el Diácono. . . . . id.
Alonso II, el Casto. 51
Ramiro I. . . . . . id.
Ordoño I. 52
Alonso III, el Grande. . . . . id.
García. 54
Ordoño II. . . . . . id.
Fruela II. . . . . . id.
Alonso IV, el Monge. 55
Ramiro II. . . . . . id.
Ordoño III. 56
Sancho I, el Craso. . . . . id.
Heroicidad de la infanta Doña Sancha, esposa del conde Fernan-Gonzalez. 58
Ramiro III. 59
Bermudo II. . . . . . id.
Alonso V. 60
Bermudo III. 61

UNED

QUINTA EPOCA.

CAPITULO PRIMERO.

Reyes de Castilla y de Leon.

Fernando I y Sancha. 65
Sancho II. 68
Alonso VI. 69
Urraca. 72
Alonso VII. 73

CAPITULO SEGUNDO.

Reyes privativos de Castilla.

Sancho III, *el* Deseado. 74
Alonso VIII. 76
Memorable batalla de las Navas de Tolosa (1212). 77
Enrique I. . . . . id.
Fernando III, *el* Santo. *Abdica en él la corona de Castilla su madre Doña Berenguela* (1217). id.

CAPITULO TERCERO.

Reyes privativos de Leon hasta su incorporacion á la corona de Castilla.

Fernando II. 80
Alonso IX. . . . . id.

CAPITULO CUARTO.

Reyes de Castilla y de Leon.

Continuacion del reinado de Fernando III, *el* Santo; *incorpórase la corona de Leon á la de Castilla*. 82
Conquista de Córdoba (1236). 87
Id. de Jaen (1244). 88
Id. de Granada (1245). . . . . id.
Id. de Sevilla (1248). . . . . id.
Intenta incorporarse en la Cruzada para conquistar la tierra Santa, pero la muerte ataja sus proyectos; sus virtudes le hacen digno de nuestra veneracion en los altares (1252). 89
Alonso X, *el* Sabio: *formó el código de las siete Partidas* (1260). . . . . id.

UNED

Sancho IV, el Bravo. 97
Sitio de Tarifa: heroicidad de D. Alonso Perez de Guzman el Bueno (1292). 100
Fernando IV, el Emplazado. 101
Conquista de Gibraltar; desgraciada muerte de Guzman el Bueno (1309). 103
Injusticia é inhumanidad de D. Fernando con los Carvajales; su emplazamiento ante el tribunal del Juez Eterno; muere al cumplirse el plazo (1312). . . . . id.
Alonso XI. 104
Pedro I, el Cruel. 112
Enrique II. 124
Juan I. 126
Memorable y desgraciada batalla de Aljubarrota; generosidad de Pedro Gonzalez de Mendoza (1385). 128
Enrique III. 129
Juan II. 131
Privanza de D. Alvaro de Luna (1420). 132
D. Alvaro es preso y condenado á muerte (1453). 139
Enrique IV. 140
A su muerte se declara el reino por Doña Isabel y D. Fernando. 145

CAPITULO QUINTO.

Reyes privativos de Aragon hasta la incorporacion de esta corona á la de Castilla. 148
Ramiro I, el Espúreo. 151
Sancho Ramirez. . . . . . id.
Pedro I. . . . . . id.
Alonso I, el Batallador. . . . . id.
Ramiro II, el Monge. 152
Ramon. . . . . . id.
Alonso II. 153
Pedro II, el Católico. 154
Jayme I, el Conquistador. . . . . id.
Conquista de Valencia. 156
Pedro III. 157
Alonso III, el Liberal. 160
Jayme II. 161

UNED

Alonso IV. 161
Pedro IV, el Ceremonioso. 163
Juan I. 165
Martin. . . . . . id.
Fernando. 166
Alonso V. . . . . . id.
Juan II. 169

CAPITULO SESTO.

Continuacion del reinado de los reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel. 172
Sorpresa de Alhama; hazaña de Juan Ortega y sus compañeros (1482). 174
Conquista de Granada (1492). 175
Descubrimiento del nuevo mundo por Cristobal Colon (1492). 178
Juana y Felipe, el Hermoso. 180

CAPITULO SEPTIMO.

Continuacion del reinado de D. Fernando el Católico. 183

CAPITULO OCTAVO.

Reyes privativos de Navarra hasta la incorporacion de esta corona á la de Castilla. 186
García Sanchez Iñiguez. 188
Sancho Garcés, llamado Abarca. 189
García II, el Trémulo. . . . . id.
Sancho II, el Mayor. . . . . id.
García III. 190
Sancho III. . . . . . id.
Desmembracion y repartimiento de la Navarra entre el rey de Aragon D. Sancho Ramirez (Sancho IV de Navarra) y Alonso VI de Castilla (1076). . . . . id.
Sacuden los navarros el yugo, y eligen á D. García Ramirez (1134). 191
Sancho V. . . . . . id.
Sancho VI, el Sabio. . . . . id.
Sancho VII, el Fuerte *ó el* Retraido. . . . . id.
Teobaldo I. . . . . . id.

UNED

Teobaldo II. 192
Enrique. . . . . . id.
Juana I. . . . . . id.
Luis Utin. 192
Felipe, el Largo. . . . . id.
Cárlos I, el Hermoso. . . . . id.
Juana II. . . . . . id.
Cárlos II, el Malo. . . . . id.
Cárlos III, el Noble. 194
Blanca y Juan I de Navarra y II de Aragon. . id.
Leonor. 193
Francisco Fox, llamado Febo. 199
Juan y Catalina. . . . . . id.

CAPITULO NOVENO.

Conclusion del reinado de D. Fernando el *Católico.* 201

SEXTA EPOCA.

Reinados de la casa de Austria.

CAPITULO ÚNICO.

Cárlos I de España y V Emperador de Alemania. 202
Orígen de la guerra de las comunidades de Castilla (1520). 207
Batalla de Villalar, prision y muerte de los principales gefes de los Comuneros; obstinacion de Toledo en no rendirse; heroismo de Doña María Pacheco que la defendia; capitulacion de los comuneros toledanos y conclusion de esta guerra (1521). 209
Batalla de Pavía, en la cual quedó prisionero Francisco I, rey de Francia (1525). 210
Muerte del célebre poeta Garcilaso de la Vega (1536). 214
Felipe II. 218
Memorable jornada de San Quintin (1557); *eleccion del célebre templo del monasterio del Escorial* (1563). 219
Orígen y principios de la guerra de Flandes (1559). 220
Gloriosa batalla de Lepanto (1571). 225
Heróica defensa de Tunez por D. Pedro Portocarrero (1574). . . . . id.

UNED

Invasion de los ingleses en las costas de Galicia; asalto de la Coruña (1589). 228
Felipe III. 231
Espulsion de los moriscos (1609). 232
Felipe IV, el Grande. 234
Rebelion de Portugal y sus causas; hácese independiente (1647). 237
Felipe IV reconoce la independencia de la república de Holanda (1648). . . . . id.
Cárlos II. 239

SEPTIMA EPOCA.

Reinados de la casa de Borbon.

CAPITULO PRIMERO.

Felipe V. 249
Memorable victoria en las llanuras de Almansa (1707). 252
Batallas de Brihuega y Villaviciosa (1709). . . 254
Abdica la corona en su hijo Luis I (1742); *prematura muerte de este jóven príncipe.* 255

CAPITULO SEGUNDO.

Continuacion del reinado de Felipe V. 259
Fernando VI. 266
Cárlos III. 268
Espulsion de los jesuitas (1767). 273
Conquista de Menorca (1782). 280
Sitio de Gibraltar (1782). . . . . id.
Cárlos IV. 286
Deposicion del célebre ministro Floridablanca. 287
Privanza de D. Manuel Godoy. . . . . . id.
Se declara la guerra á la Francia con motivo de su revolucion en 1789. *Desgraciados sucesos de esta guerra.* 288
Condiciones indecorosas del tratado de paz hecho por el favorito Godoy en 1796. . . . . id.
Por consejos del mismo se declara la guerra á la Inglaterra: funestos resultados de ella, y deposicion de los sabios ministros Saavedra y Jovellanos: pérdida de nuestra marina en el com-

UNED

bate naval de Trafalgar. 289
Estraordinaria elevacion del ministro Godoy: su parentesco con la familia real. Tratado secreto de Napoleon con D. Cárlos IV. 290
Plan de Napoleon para apoderarse de España y Portugal: nuevo tratado secreto estipulado por D. Cárlos IV y D. Manuel Godoy. . . . . id.
Invaden los franceses unidos con el ejército español el Portugal en 1807. *El mariscal Junot proclama á Napoleon monarca de este reino por la ausencia de sus reyes.* 291
El príncipe de Asturias es acusado de atentar contra la vida de su augusto Padre; ruidosa causa del Escorial. . . . . . id.
Invasion de los franceses en España: sublevacion de Aranjuez y Madrid: caida del favorito Godoy y abdicacion de la corona por D. Cárlos IV en favor del Príncipe de Asturias D. Fernando. 292

CAPITULO TERCERO.

Reinado de D. Fernando VII.

Murat en Madrid. Viaje de S. M. á Bayona, Dia 2 *de Mayo de* 1808 *en Madrid. Forzadas renuncias de Bayona. José I, rey intruso de España. Constitucion de Bayona. Principia la guerra de la Independencia.* 294

CAPITULO CUARTO.

Batalla de Bailen. Junta central de España. Conducta del gobierno intruso. Sitios de Zaragoza. Organizacion de las tropas españolas. Defensa de Gerona. Batallas de Talavera, Tamames y Ocaña. 309

CAPITULO QUINTO.

Campañas de 1810, 11, 12 *y* 13 *Instalacion de la Regencia del reino en* 1810. *Córtes extraordinarias. Constitucion de la monarquía en* 1812. *Córtes ordinarias en* 1813. *Conclusion de la guerra de la Independencia. Fernando VII vuelve á España en* 1814. *Abolicion del sistema constitucional.* 326

UNED

CAPITULO SESTO.

Primeros decretos del rey. Restablecimiento de la Inquisicion y de la Compañía de Jesus en 1815. *Plan de Garay en* 1817. *Diferentes conspiraciones descubiertas.* 335

CAPITULO SEPTIMO.

Revolucion de 1820. *Guerra civil de* 1821, 22 *y* 23. *El* 7 *de Julio de* 1822 *en Madrid. Congreso de Verona. Traslacion del gobierno á Cádiz en* 1823. *Entrada del duque de Angulema con cien mil franceses. Abolicion del sistema constitucional. Regreso del rey y su familia de Cádiz á Madrid.* 345

CAPITULO OCTAVO.

Ultimo período del reinado de don Fernando VII. Abolicion de la ley Sálica. Proclamacion de la princesa Doña Isabel. Muerte del monarca. . 365

CAPITULO NOVENO.

Reinado de Doña Isabel II.

Principia la guerra civil con el ex-infante D. Cárlos en las provincias Vascongadas en 1833. *Otorga la Reina Gobernadora el Estatuto Real en* 1834. *Extiéndese la guerra por Aragon, Valencia y Cataluña. Victorias reportadas por el ejército de la Reina desde* 1834 *hasta* 1836. *Excisiones entre el partido liberal. Se restablece la Constitucion promulgada en Cádiz en* 1812. . 378

CAPITULO DÉCIMO.

Continúa la guerra civil con vario éxito. Promúlgase la Constitucion vigente en 1837. *D. Cárlos se acerca á Madrid con sus tropas; pero se vé obligado á retirarse á las provincias Vasconga-*

UNED

das. Convenio de Vergara, y conclusion de la guerra en las mismas en 1839. *D. Cárlos se vá á Francia. Campaña de* 1840. *Las tropas de la Reina se apoderan de todos los fuertes que ocupan los carlistas en Aragon, Valencia y Cataluña, obligando á su general Cabrera á refugiarse en Francia con los restos de su ejército. Pacificacion de la península. Pronunciamiento de Setiembre de dicho año. Abdicacion de la Regencia por la Reina Madre. Regencia provisional.* 381

CAPITULO UNDECIMO.

Apertura de nuevas Córtes en 19 *de Marzo de* 1841. *Declaran Regente del reino al Duque de la Victoria, y tutor de la Reina á D. Agustin Argüelles. Actos del Gobierno. Defeccion de varios gefes y cuerpos del ejército en Octubre de dicho año. Sublevacion y bombardeo de Barcelona en* 1842. *Convócanse nuevas Córtes para el* 3 *de Abril de* 1843. *Actos legislativos de ellas. Pronunciamiento de Málaga en contra del Regente. Siguen su ejemplo las demás ciudades, apoyadas por el ejército. El Regente sale de Madrid con algunas tropas y se dirige á Andalucía. Bloqueo y bombardeo de Sevilla. Los generales Aspiroz y Narvaez se aproximan á Madrid. Jornada de Ardoz. Entran en la capital las tropas del ejército por capitulacion. El Regente levanta el bloqueo de Sevilla y se embarca para Portugal. Gobierno provisional del ministerio Lopez. Son sufocadas varias sublevaciones de algunas ciudades, que proclaman Junta Central. Nuevas Córtes. Declaran éstas mayor de edad á S. M., que se encarga del Gobierno. Ministerio de Olózaga. Solo dura cinco dias. Nuevo ministerio. Pacificacion total de la península. . .* 387

UNED

ADVERTENCIA.

Asuntos y páginas á que corresponden las 12 láminas con que se ha adornado esta obra, para los que gusten adquirirla con ellas.

ASUNTOS.	PÁGINAS.
Irrupcion de los Cartagineses.	5
Ataulfo asesinado.	33
Batalla de Jerez.	45
La consorte fina.	58
Conquista de Sevilla.	89
Guzman el Bueno.	100
La merced inhumana.	117
D. Alvaro de Luna.	140
Granada rendida.	175
Doña Blanca de Navarra.	198
Batalla de Almansa.	252
El monarca benéfico.	269

UNED

BREVE COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE ESPAÑA.

Situacion de España, etimología de este nombre, su ámbito y estension, sus producciones, carácter de sus habitantes &c. &c.

RESUMEN.

¡Cuán diversas naciones envidiaron
el suelo fértil de la hermosa España!
No solo los fenicios la ocuparon,
rodios, focenses, samios, enviaron
varias colonias que con fuerza, ó maña,
los mas pingües terrenos dominaron:
y en fin Cartago, la émula de Roma,
tan rica y tan sagaz como guerrera
empezó comerciando,
y con ardides acabó triunfando.
¿Mas quién dió nombre á la española gente?
¿Será España, *palabra vascongada,*
ó acaso Hispán, famoso entre sus reyes?
todas son conjeturas, cierto nada.
Pobladores, lenguaje, ritos, leyes,
se ocultan bajo el velo impenetrable
de la remota antigüedad, que en vano
intentará romper ingenio humano.

España es la porcion de tierra mas occidental de Europa, situada dentro de la zona templada septentrional, y comprendida entre los 36 y 44 grados de latitud, y entre

UNED

los 9 y 22 de longitud, contando desde la isla del Hierro en Canarias: forma una península bañada al Occidente por el mar Océano, de mediodia á Oriente por el Mediterráneo, y linda con la Francia por entre Oriente y Norte, donde fijó la naturaleza una dilatada cordillera de montes casi inaccesibles, que sirve de barrera á entrambos reinos. Se regula su ámbito ó circuito en quinientas ochenta y una leguas, y su mayor travesía en poco mas de doscientas, aunque sobre una y otra medida se nota gran variedad de opiniones.

Segun los mas sabios escritores, y entre ellos nuestro P. Isla, la etimología de la voz España no procede sino de la lengua vascuence, que fué la primitiva, pues no se conoce otra alguna que pueda disputarla su antigüedad, y en la cual se llama al labio *ezpaña*; ¿y qué dificultad, añade el citado Padre, habrá en creer que este nombre se derivase á toda la nacion, para significar que toda ella era de un mismo labio, esto es, de una misma lengua, segun la espresion de la sagrada Escritura, *¿Erat autem terra labii unius?* Génes. 2.

La España ha poseido y posee ricas minas de todos metales: su suelo, muy fecundo por lo general, se halla regado por una multitud de rios mas ó menos caudalosos, pero abundantes de pesca: no se encuentran en ella los animales feroces del Africa y del Asia, sino los de los demás climas templados, como osos, lobos, &c.: el cielo es puro y sereno: se respira un aire benigno; y aunque el calor suele ser escesivo y molesto en algunas provincias y en ciertas estaciones, nunca llega á ser insufrible, además de que la tierra suministra en abundancia naranjas, limones y otras muchas frutas frescas y gustosas: sus habitantes disfrutan del trigo mas granado, de los mas preciosos vinos, del aceite mas sustancioso y de la mas delicada miel: finalmente, las lanas de esta península gozan de una reputacion justamente merecida.

Lo que se llama carácter de una nacion suele ser el resultado de la educacion: sin embargo, los españoles son conocidos por su admirable constancia en los trabajos, y por la superioridad de alma con que por no abatirse prefieren los mayores males. Son generalmente serios, circunspectos, sobrios, opuestos á la embriaguez, agradecidos

UNED

y fieles con sus amigos: deliberan despacio; pero una vez decididos, ejecutan con teson. En el discurso de esta historia se verá comprobado tambien su denodado valor y heroismo. Las mujeres españolas se han distinguido siempre por su pudor, no menos que por su hermosura, viveza, despejo, gentileza, talento y otra prendas recomendables.

Aunque nada puede asegurarse acerca de quiénes fueron los primeros pobladores de España, el comun sentir de los historiadores es que fué Tubal y su familia, cuyo parecer adopta tambien el P. Isla. Asímismo se ignora cuáles fueron las leyes, costumbres y gobierno de sus primeros habitantes hasta el siglo XV antes de Jesucristo, en que vinieron á establecerse en ella varias colonias fenicias, atraidas de las muchas ventajas que les ofrecia el pais. Sabemos que entonces la hallaron poblada, y que al ver la sencillez de sus moradores supieron aprovecharse de ella estendiendo su comercio é industria por la Bética ó Andalucía, punto en que primeramente se establecieron, introduciendo su idioma y costumbres, é inspirando á aquel pueblo basto é ignorante la cultura y civilizacion que poco despues ostentaron sus naturales. Pero no fueron los fenicios solamente los estranjeros que vinieron á la península: los rodios, samios, focenses y otros enviaron tambien varias colonias que con violencia ó astucia ocuparon algunos terrenos usurpándolos á sus primitivos habitantes, estableciendose en las costas del Mediterráneo; por último los cartagineses principalmente se introdujeron no solo con el objeto de comerciar, sino con el de dominar.

Años ant. de J. C. 2170

PRIMERA EPOCA.

Dominacion de los cartagineses en España.

CAPITULO PRIMERO.

RESUMEN.

Las romanas legiones
á Cartago amenazan,
y los cartagineses
á España dejan, por librar su patría.
Pasado ya el peligro,
regresa Amilcar Barca,
y á su nacion sujeta
Bética, Estremadura, y Lusitania.
Con un ardid de guerra
los vetones alcanzan
la victoria, y Amilcar
muere al atravesar el Guadiana.
Venga su muerte Asdrubal,
sus conquistas dilata,
toma esposa española
y otra Cartago en Cartagena labra.
Le asesina un esclavo,
mas la guerra no acaba,
pues le sucede Anibal
y con nuevo furor vuelve á las armas.
A despecho de Roma
mandar quiere en España;
y la inmortal Sagunto
por no entregarse á él, lo hace á las llamas.

Era Cartago una ciudad situada en la costa de Africa, inmediata á Tunez: cubrian sus flotas el mar Mediterráneo, y era en él la potencia dominante: diariamente salian de sus puertos escuadras numerosas, que volvian cargadas de riquezas de las ciudades marítimas: su comercio y poder llegaron á un estado el mas floreciente; pero en

UNED

UNED

Irrupcion de los cartaginenses.

Resueltos los cartaginenses á recobrar el dominio y riquezas que tubieron antes en España, desembarcó en Cadiz con poderoso exército Amilcar Barca: y empezó desde alli sus excursiones saqueando y talando pueblos y campiñas, esclavizando á los habitadores, y enriqueciendo con el botin á sus tropas. ¡Qué antiguos son en pueblos comerciantes la agresion injusta, la crueldad y el robo!

T. L. Enguid.º de ag. fie. Alex.º Blanco conc.

UNED

el siglo IV antes de Jesucristo se vieron obligados á abandonar todos los fuertes, templos y demás que ocupaban en la Bética para acudir al socorro de su patria acometida por los romanos: si bien es creible que los andaluces, aprovechándose de estas circunstancias, sacudieron con valor el yugo que los oprimia. Pero la ambicion y orgullo de Cartago no podia desentenderse de esta enorme pérdida; y apenas cesaron las hostilidades de la primera guerra púnica, cuando se prepararon á recobrar los dominios españoles que poseian, á cuyo efecto enviaron en el año de 237 un poderoso ejército á las órdenes de Amilcar Barca, el cual desembarcó en Cádiz, ciudad que se mantenia aun en buena armonía con Cartago. Desde allí empezó sus incursiones por el continente, talando las campiñas y saqueando los pueblos: asolada y dominada gran parte de la Bética penetró en la Estremadura y Portugal, y en solos nueve años redujo á la obediencia á esta parte de España: mas los vectones, situados en los confines de Estremadura y Leon, lograron contener sus progresos, cuando dicho General sitiaba la ciudad de Helice, cuya situacion precisa se ignora. Confederados los régulos de la comarca salieron en busca de Amilcar; y Orison, su gefe, fingiendo reunirsele, introdujo en la plaza un refuerzo considerable de tropas, con las cuales, y apostando al mismo tiempo los demás príncipes las suyas detrás de unos carros de leña colocados al frente del enemigo, esperaron conseguir destruirle. A su vista prorumpieron los cartagineses en voces de desprecio, y descuidando el asedio de la plaza, acometieron aquella especie de parapeto. Entonces los españoles, aguijoneando contra el ejército los bueyes uncidos á los cerros, despues de haber puesto fuego á la leña, consiguieron esparcir el terror en él; y la salida imprevista de la guarnicion y demás tropas emboscadas, que atacaron denodadamente al enemigo, completó la victoria. Perseguido Amilcar por los escuadrones de Orison, cayó del caballo al atravesar el Guadiana y pereció en las aguas de este rio.

Años ant. de J. C. 237

El jóven Asdrubal, que le acompañaba, recibió orden del senado para encargarse del mando del ejército, con el cual, reforzado considerablemente, derrotó á Orison, y se apoderó asímismo de doce ciudades. Dirigió despues sus pasos por la Celtiberia hasta las cercanías del

UNED

Ebro, logrando estender maravillosamente los dominios de Cartago. Por otra parte su humanidad y amable carácter le conciliaron el aprecio de los pueblos hasta el punto de ofrecerle para esposa una princesa española, á consecuencia de haber enviudado, la cual aceptó. Edificó en los confines de Valencia y Murcia una ciudad con buenas fortificaciones, honrándola con el nombre de nueva Cartago, hoy Cartagena. En esta época era ya Roma una república poderosa y émula de Cartago; y conociendo que podia aprovecharse del descontento que reinaba entre los saguntinos, ámpuritanos y demás pueblos originarios de Grecia que habitaban las costas de Cataluña y Valencia, trató de protegerlos á fin de adquirir tambien las riquezas de España, que envidiaba ya de antemano, y destruir de esta suerte el poderío que ejercia su rival y competidora. A este efecto despachó embajadores á Asdrubal, suplicándole ciñese sus conquistas á lo que poseia; que no estendiese sus límites, ni tampoco incomodase á los pueblos situados entre el rio Ebro y los Pirineos, los cuales habiendo formado confederacion, se habian declarado amigos y aliados de los romanos.

Años ant. de J. C. 220

Bien conocieron Asdrubal y Cartago las intenciones y designios de Roma; pero contemporizaron por entonces, temerosos sin duda de que los españoles sacudiesen el yugo que les oprimia. Tal era el estado de los negocios de aquella república en el año 220, y en el mismo fué Asdrubal alevosamente asesinado por un esclavo á cuyo dueño habia quitado ignominiosamente la vida.

Le sucedió en el gobierno el grande Anibal por aclamacion del ejército, y poco despues confirmó su eleccion el senado. Aunque no contaba más que veinte y cinco años de edad el nuevo gobernador, los repetidos ejemplos de valor ejecutados á su vista en diez y seis años de combates le habian infundido un espíritu estraordinariamente superior al comun en los reputados por fuertes y alentados.

Desde luego la rebelion de varios pueblos de Castilla la nueva le dió ocasion oportuna para hacer ver su pericia y talentos militares; pues en sola una campaña los subyugó á todos, inclusa la ciudad de Altea, su capital, volviendo á Cartagena cargado de ricos despojos. En el año siguiente introdujo sus tropas en el reino de Leon, é in-

UNED

mediatamente sitió las ciudades de Arbucala y Elmantica, hoy Salamanca; pero si logró rendir á la primera despues de una tenaz resistencia, no fué así con la segunda: sus habitantes capitularon con Anibal que si quedaban libres dejarian las armas y entregarian la ciudad: en efecto, condescendió á ello; mas sus mujeres, abandonando á la rapacidad de los soldados todas sus alhajas y bienes, sacaron ocultas bajo sus vestidos las espadas, persuadidas á que no serian reconocidas; de esta suerte, y á consecuencia de haber abandonado las puertas el cuerpo de caballería que las guardaba, por tomar parte en el saqueo que estaba ejecutando el ejército, lograron repartirlas entre sus maridos, los que sorprendiendo á los cartagineses los hicieron pedazos, obligándolos á ponerse en fuga.

Por desgracia consiguió Anibal reunir sus despavoridas tropas, con las que acometió nuevamente á los salmantinos; pero estos, ya que no podian defenderse por mas tiempo, se retiraron á la cima de un monte que habian ganado, donde permanecieron á vista del enemigo hasta que les fué concedido el perdon y la libertad de regresar á sus hogares.

Despues de esta campaña, y cuando trataba Anibal de retirarse á Cartagena, tuvo aun que combatir contra cien mil carpentanos, olcadas y de otros pueblos, que le disputaron el paso; los que si bien lograron desordenar alguna vez parte de sus tropas, no por eso dejaron de ser destruidos por el prudente Anibal en las orillas del Tajo, donde por su impericia militar cayeron casi todos bajo el filo de sus espadas, y los restantes perecieron ahogados. En seguida continuó talando los pueblos y campiñas, atemorizándolos de suerte que en breve le quedaron todos sometidos.

No se olvidó tampoco Anibal durante este tiempo de hacerse amar de los pueblos eximiéndoles de algunas contribuciones, sin descuidar por eso el pago de los gastos y manutencion del ejército: á este fin noticioso de las muchas y ricas minas de oro y plata que enriquecian á España, hizo trabajarlas y sacó de ellas inmensos tesoros, con los cuales proveyó la caja militar, que habia encontrado vacía, y tuvo fondos para sostener sus empresas.

Pero hasta aquí aun no habia puesto en práctica sus mayores designios. Hijo de un noble cartaginés que murió con el dolor de no haber adquirido ventajas sobre los ro-

UNED

manos en la primera guerra púnica, y el cual le habia hecho jurar sobre las aras de Júpiter enemistad irreconciliable con Roma, estaba decidido á conducir sus armas á Italia, y llevar la guerra hasta los muros de su capital: el numeroso ejército y las riquezas que poseia le prometian el feliz éxito de la empresa.

Años ant. de J. C. 219

Con este objeto se dirigió desde luego sobre Sagunto, hoy Murviedro, ciudad aliada de Roma, resuelto á apoderarse de ella á todo trance. En vano los embajadores que el senado romano allí tenia, salieron á protestarle que no debia sitiar una plaza amiga y confederada con aquella república sin declarar antes la guerra á esta. Tenia Anibal previsto este lance; y así les respondió que los cartagineses no eran de peor condicion que los romanos, y que si estos habian vengado con las armas en los aliados de Cartago los insultos que habian hecho á los saguntinos, ¿por qué no podian ellos tomar satisfaccion á los saguntinos de los agravios hechos á los confederados de Cartago, usando de las represalias que permitia á todos el derecho de gentes? Ciertas diferencias suscitadas entre los saguntinos y sus vecinos los turboletas, aliados de Cartago, fueron suficientes motivos para que escribiendo al senado que los romanos turbaban la paz de España, inquietando á los aliados de Cartago, se erigiese árbitro de los negocios de esta península. Así pues fingiendose mediador entre los saguntinos y turboletas, emplazó á los primeros para que diesen satisfaccion á los segundos: negáronse los saguntinos á reconocer una mediacion tan sospechosa, y recurrieron á los romanos; pero el orgulloso africano tardó una sola noche en mover su ejército y presentarse delante de Sagunto con ciento cincuenta mil hombres. Sorprendidos sus habitantes, despacharon embajadores implorando la proteccion de Roma: mas esta, en vez de un ejército, solo dispuso recordar á Anibal y Cartago los tratados hechos por ambas repúblicas.

De esta suerte perdieron los romanos en negociaciones inútiles el tiempo que debieron emplear en socorrer y defender aquella importante plaza, aliada suya. Los saguntinos, lisonjeados con la esperanza de socorro, sufrian entre tanto con suma constancia todos los horrores de un sitio el mas terrible.

Empero Anibal redoblaba todos sus esfuerzos para

UNED

rendir la plaza, y aunque sus primeros ataques fueron desgraciados no cesó de repetir los asaltos: los saguntinos, abandonados á sus propias fuerzas, no solamente los recibieron con denuedo, sino que hicieron muchas salidas con feliz éxito.

El mismo Anibal, á quien condujo el valor á una escala, fué herido peligrosamente, y tuvo el dolor de ver rechazadas sus tropas hasta las trincheras: varias veces que los sitiadores se abrieron paso por diferentes brechas, se vieron obligados á retroceder por la indecible intrepidez de los sitiados, que hacian en ellos una horrible matanza. En vano por medio de una mina logró Anibal introducir sus tropas en la plaza y sorprenderla; pues sus bizarros defensores, sin desanimarse, se retiraron al centro de la ciudad, se fortificaron en un pequeño recinto donde encerraron sus familias y haberes, y se mantuvieron con incomparable audacia hasta apurar todos los víveres: entonces consintieron en rendirse, capitulando con honradas y decentes condiciones; mas Anibal, no dudando ya apoderarse de la ciudad, se negó á toda composicion, obstinándose en que se entregasen á discrecion, dejando solamente salir libre la guarnicion y los vecinos con los vestidos necesarios para su abrigo y decencia: los saguntinos oyeron con desprecio semejante propuesta, y decididos á perecer por conservar su libertad, tomaron la resolucion de combatir hasta sepultarse bajo la ruinas de su patria, antes que sufrir los hierros de la esclavitud. Encendieron en la plaza una grande hoguera, entregaron á las llamas todas sus alhajas, y aprovechándose de las tinieblas de la noche hicieron una impetuosa salida; sorprendieron al ejército, le atacaron con furor, é hicieron una horrible carnecería: el combate fue obstinado, y solo finalizó cuando dejaron de existir los saguntinos: entonces sus mujeres, conociendo que habian perecido los últimos defensores de Sagunto, quitaron la vida á sus hijos, y sacrificaron las suyas al filo de la espada ó á la voracidad de las llamas, que ya habian consumido gran parte de los edificios. Así acabó la libre Sagunto despues de ocho meses de sitio, dejando un modelo de la lealtad y constancia que siempre distinguió á los españoles, á los cuales será eternamente gloriosa su memoria.

UNED

CAPITULO II.

Intentan los romanos dominar la España; declaran la guerra á los cartagineses; los españoles son sojuzgados alternativamente por unos y otros.

RESUMEN.

Vengar quiere el Romano tal desaire,
prepara sus legiones aguerridas,
pero Anibal que guerra deseaba,
con españolas tropas escogidas
pasa los Pirineos y los Alpes,
y el vuelo de las águilas humilla
en Trevia, en Trasimeno, y luego en Cannas.
Roma vió cerca de sus puertas mismas
al vencedor; pero este se detiene
á gozar de su triunfo, ella respira
y numerosas huestes manda á España.
Por cuatro veces la fortuna amiga
le dió la palma; pero en dos batallas
á los Cartagineses fué propicia,
y Roma sucumbiera, á no haber sido
porque Scipion con doble maravilla
á los contrarios vence en Cartagena,
y triunfa del amor que una cautiva
pudo inspirarle: cédela al amante
que ella antes eligiera; y él, que admira
tal generosidad, le proporciona
aliados, recursos, y tres dias
de nuevas glorias, y de nuevos triunfos
que al fin le aseguraron la conquista.

Irritados los romanos al ver el poco aprecio que habian merecido las proposiciones de sus embajadores, y por vengar á sus confederados, exigieron perentoriamente una satisfaccion: Cartago se negó á darla, y esta fue la centella que encendió la segunda guerra púnica entre las dos repúblicas y atrajo á la africana su ruina.

UNED

Roma desde luego declaró la guerra á Cartago, y envió numerosos ejércitos para sostenerla; mas Anibal, gozoso porque creia ver realizados sus deseos, pasó inmediatamente los Pirineos con noventa mil hombres de tropas escogidas, la mayor parte españolas, atravesó la Galia meridional, y abriéndose camino por los Alpes, encontró junto al Tesino el primer ejército que Roma le oponia; acometerle y derrotarle, fué obra de pocos momentos: consecutivamente halló y venció otros tres ejércitos en las llanuras de Trevia, Trasimeno y Cannas: en esta última batalla perecieron muchos senadores y caballeros romanos, que al ver el peligro de su patria habian tomado las armas para salvarla; y Roma quedó tan consternada, que si Anibal se hubiese presentado á su vista se hubiera apoderado de ella: pero éste prefirió continuar la guerra para dominar la Italia como rey, á vivir como particular en Cartago. Años ant. de J. C. 217. 216 215

Mas dirijamos nuestra vista únicamente hácia los incautos españoles, que debiendo haber permanecido meros espectadores de una guerra tan útil que podria proporcionarles la libertad, tuvieron la imprudencia de mezclarse en ella, afanosos por fabricarse las cadenas, para recibirlas de Roma ó de Cartago, segun su capricho é inclinacion.

Mientras que Anibal recorria la Italia, el senado romano dispuso dos ejércitos, uno á las órdenes del cónsul Publio Cornelio Scipion, y otro mandado por su hermano Gneo Cornelio: desembarcaron ambos en Ampurias; mas el primero, resuelto á oponerse al cartagines en el paso de los Alpes, dejó encargado al segundo el continuar la conquista de España.

La afabilidad y dulce trato de Gneo disiparon bien pronto el odio que muchos pueblos tenian á los romanos con los cuales se unieron; y cuando el general cartagines Hannon, juntando sus fuerzas con las de Audobal, príncipe español y amigo de Cartago, salió á su encuentro, se decidió bien pronto la batalla con la muerte de seis mil cartagineses y con la prision de dos mil, quedando en poder de los romanos un cuantioso y rico bagaje que habia dejado Anibal al partir á Italia: esta accion se dió cerca de Lérida en el año de 214. 214

UNED

Años ant. de J. C. 213 212 211

Cuatro victorias consecutivas consiguieron los romanos sobre los cartagineses: la primera fué naval contra Hamilcar en el siguiente año 213; la segunda en Iberia, á las márgenes del Ebro, contra Asdrubal, en el de 212; la tercera en las inmediaciones de Tortosa, contra Magon, en 211; y la cuarta en Cataluña, sobre el Segura, contra los hermanos Magon y Asdrubal.

Pero dos acciones ganadas por los cartagineses, la una sobre Albarracin en Aragon, y la otra junto á Illorcis, en las cuales perecieron gloriosamente los dos Scipiones, hubieran sido bastantes para abatir el poder de Roma, si el valiente y gran capitan Publio Cornelio Scipion, heredero del valor y virtudes de su padre, no se hubiera ofrecido á continuar la guerra, á pesar de no contar entonces mas que veinte y cuatro años de edad.

Desde luego parece que las aclamaciones del pueblo nombrándole general, presagiaban los felices sucesos de sus armas, pues tuvo la gloria de arrojar á los cartagineses de toda la península.

Apenas tomó posesion de su honorífico cargo, dió á conocer todo su esfuerzo y la sublimidad de sus talentos militares. Tres ejércitos tenian los cartagineses en España, acantonados en diversos puntos, y á cual mas formidable. Impedir su reunion, atacarlos desunidos y vencerlos, era cuanto hasta entonces habian sabido los romanos; pero eran mas vastas las ideas de su nuevo caudillo, y no se satisfacia con victorias parciales que no deciden la suerte de una guerra.

Su objeto principal fué desde luego apoderarse de la importante plaza de Cartagena, metrópoli y corte de los cartagineses, emporio de su comercio, su erario, la caja de sus tesoros, su armería, su arsenal, y en fin, el mejor puerto del Mediterráneo: heróica y obstinada fué la defensa de sus moradores; pero solo pudo resistir cuatro dias al valor y destreza de Publio y de sus tropas.

Tomada la plaza, le presentaron los soldados una doncella, la cual se hallaba prometida á Alucio, príncipe celtibero; pero el magnánimo y generoso Scipion, haciendo comparecer á su presencia á los padres y esposo, dirigió
207 á este su palabra, diciéndole: «Jóven español, las prendas que adornan á esta hermosa prisionera la hacen digna

UNED

del mas noble establecimiento: yo no he podido ser insensible á sus gracias: su posesion me haria el mas venturoso de los mortales; pero me consta que la amas con la ternura que se merece, y renuncio con gusto en tu favor un bien para mí tan apreciable: vive seguro de que ha sido respetado su decoro, pues no te presentaria yo un don que no fuese digno de tí que le recibes, y de mí que te le ofrezco; solo exijo en recompensa tu amistad con el pueblo romano, y me persuado á que nunca tendrás motivos para arrepentirte de ella.» En efecto, el jóven príncipe no solo besó mil veces la mano de su digno bienhechor, sino que muy luego presentó á Scipion mil cuatrocientos caballos para que los uniese á sus valientes tropas: los padres de la doncella tambien le ofrecieron una gruesa suma de oro por su rescate; mas no queriendo Publio dejar imperfecto aquel triunfo sobre su corazon, la pasó á las manos del esposo para que sirviese de dote á su amada.

Por todas partes resonó la fama de esta accion, y muchos pueblos, admirando las virtudes del general romano, se pronunciaron á favor de una república que producia tales héroes.

Engrosado considerablemente el ejército de Scipion con estas alianzas, consiguió sucesivamente tres victorias contra los Asdrubales: la primera cerca de Ubeda en el año de 206; la segunda junto á Cádiz en el 204, y la tercera en la misma Andalucía en 202. Destruidos en todas partes los cartagineses, y exháusta la república de tropas y dinero, no la quedaba otro recurso que el brillante y numeroso ejército que Asdrubal, el Barcinonense, conducia á Italia para reforzar el de su hermano Anibal á fin de sitiar á Roma, la cual hubiera tenido que rendirse si la reunion de los dos ejércitos se hubiera verificado; mas cuando estaba cerca el auxiliar, fué atacado y deshecho por Claudio Neron sobre el rio Metro. Por otra parte el refuerzo que condujo de Africa á España el general Hannon fue sorprendido en los contornos de Segovia por Marco Silano, lugar-teniente del insigne Scipion, quien no solamente lo derrotó, sino que hizo prisionero á su general.

Años ant. de J. C.
206
204
202

Consumidas casi del todo las fuerzas de Cartago por reveses tan repetidos hubo de ceder el campo á Scipion, y recogiendo en sus navíos las reliquias de sus ejércitos, de-

UNED

jó á los romanos en pacífica posesion de la España despues de catorce años de guerra.

La afabilidad, cortesanía, prudencia, equidad y desinterés del grande Scipion tenian tan hechizados á los españoles, que se reputaban dichosos estando bajo su dominio. Empero aun tuvo en 203 que sojuzgar algunos pueblos, que demasiado afectos á los cartagineses no se le habian sometido todavía, cuales fueron los castulonenses é iliturgitanos: estos últimos, añadiendo la inhumanidad á la perfidia, habian asesinado á cuantos romanos se habian refugiado en su seno; pero Scipion, resuelto á vengar tan horrible atentado, tomó por asalto á Iliturgi y la redujo á cenizas, pasando á cuchillo á todos sus habitantes. Sojuzgó en seguida á Castulon; pero Astapa (ciudad que dió nombre á la moderna Estepa) fiel aliada de Cartago, le opuso tan vigorosa resistencia, que sin duda no es menos célebre en la historia que las de Sagunto y Numancia. Sus habitantes conocieron desde luego la imposibilidad de defenderse por el mal estado de sus fortificaciones; pero enemigos irreconciliables de los romanos, resolvieron perecer todos antes que entregarse: á este fin elevaron en la plaza una pira con gran cantidad de leña y fagina, depositaron en ella todos sus haberes, colocaron en su cima á los ancianos, mujeres y niños, y encomendando su custodia á cincuenta jóvenes bien armados, les exigieron el horrible juramento de sacrificarlos con su propio acero, y de reducir á cenizas la funesta pira si triunfasen los enemigos. Los demás ciudadanos se obligaron igualmente á darse la muerte sino lograban destruir á los sitiadores; pero á pesar del indecible valor con que pelearon, hubieron de perecer en medio de las legiones romanas, no terminándose el combate sino con la muerte del último español. Entonces fué cuando se verificó dentro de la ciudad la horrible escena que estaba preparada, y los romanos no pudieron ver sin horror aquel rasgo de inhumanidad y heroismo.

Concluida la guerra pasó á Roma el pro-cónsul Scipion cargado de riquezas, y de allí á Africa, donde tambien venció al grande Anibal, apoderándose despues de la capital de Cartago, con lo cual quedó abatida del todo aquella república.

UNED

SEGUNDA ÉPOCA.

Dominacion de los Romanos en España.

CAPITULO PRIMERO.

RESUMEN.

Ganó el famoso Scipion
con proezas y bondades,
con aquellas las ciudades,
con estas el corazon.
Mas luego sus sucesores,
cuando fué al suelo africano
irritaron al hispano
con sus violencias y horrores.
Y si la suerte quisiera
ver siempre el valor premiado,
el español denodado
este yugo sacudiera.
Empero vió sus campeones
y sus fuertes adalides
vencedores en las lides,
vencidos en las traiciones.
Viriato, aquel lusitano,
afortunado pastor,
peleó con tal valor
que atemorizó al romano.
Por el oro sobornada
una mano fementida
cortó su preciosa vida
de mil laureles ornada.
Si España hubiera imitado
el ejemplo de Numancia,
esa romana arrogancia
bien pronto hubiera humillado.
Pero sola la dejaron:
sus hijos la defendieron,
y si triunfar no la vieron
con sus ruinas se abrasaron.
Atónita España vió

UNED

una accion tan prodigiosa;
y paz, aunque nada honrosa,
cuarenta años disfrutó.
Sertorio, que desterrado
á España habia venido
viendo este pueblo oprimido
por estar mal gobernado;
Quiso darle libertad,
y que él se gobernara,
que á Roma en todo imitara
con igual autoridad.
Sila temió, y al instante
manda contra él las legiones,
y en repetidas acciones
Sertorio quedó triunfante;
Pero la intriga logró
le abandonase su gente,
y al fin su lugar-teniente
de la vida le privó.
Pompeyo logró vengar
una muerte tan sentida;
y la España agradecida
su nombre quiso aclamar.
César por esto movió
en tan desgraciada tierra
nueva division y guerra,
que largo tiempo duró.
Y el mismo César sufriera
en nuestros campos la muerte,
si su espada y buena suerte
el peligro no venciera.
Cuando este hombre afortunado
la vida en Roma perdió,
el mando se dividió
y España á Octavio ha tocado.
Entonces la gente hispana
á Roma tanto se unió,
que enteramente quedó
segunda nacion romana.

Cuando partió Scipion de España, dejó encomendado

UNED

su gobierno á Lucio Cornelio Léntulo y á Lucio Manlio Accidino; pero su ausencia debia producir acaecimientos desastrosos en una nacion amante de su libertad, pues aun que admiraba la humanidad y dulzura de aquel héroe, no podia ver con indiferencia convertida la proteccion en esclavitud. Años ant. de J. C. 149.

Por otra parte, las continuas vejaciones que sufria de los dos pretores nombrados anualmente por el senado romano para su gobierno, los cuales ni aun obedecian muchos útiles decretos que les eran remitidos en beneficio de los pueblos, no podian menos de causar repetidas sublevaciones, y por último encender la guerra civil. Los primeros que se pusieron al frente de los españoles fueron Andobal y Mandonio; pero el primero, aunque cubierto de gloria, fué desgraciadamente traspasado de una lanzada en medio de un sangriento combate dado en los campos Edetanos; y al segundo tuvieron que entregarle á discrecion los pocos soldados suyos que habian escapado de la derrota, para salvar sus vidas, el cual sufrió una muerte ignominiosa. Nos es preciso apartar de la vista del lector la larga serie de desgracias que nos presenta la historia en esta época, y por lo tanto nos ceñiremos á describir solamente los sucesos mas notables.

Despues de haber destruido el pretor Sergio Sulpicio Galva, por medio de una alevosa traicion, un cuerpo de treinta mil españoles, de los cuales hizo pasar á cuchillo nueve mil, quedando los demás prisioneros, se exasperaron tanto los pueblos que solo necesitaban para alzar el grito de venganza un gefe valeroso y arriesgado; tal fue Viriato, el cual bien instruido en el arte de la guerra, reunió en un momento una muchedumbre alentada: era natural de las costas lusitanas, y aunque de humilde condicion, la cual le hizo pastor y poco despues la desesperacion bandolero, se descubrian en él pensamientos nobles y elevados y un ánimo intrépido é imperturbable.

Resuelto á vengar á sus compatriotas del atentado de Galva, bajó con diez mil hombres de la Lusitania á las playas meridionales del Océano, y empezó á hostilizar los Algarbes y Andalucía; pero como sus tropas estaban aun indisciplinadas, fueron sorprendidas por Vectilio en ocasion de hallarse saqueando el país. En efecto, logró 148.

UNED

éste derrotar algunas, y reducir á las demas á un paraje espeso y estrecho donde habian de entregarse á discrecion ó perecer de hambre: en este apuro muchos quisieron rendirse; pero Viriato exhortándolos logró reanimar su valor, y resolverlos á morir en el campo del honor. Satisfecho de su ardor y lealtad mandó que cuando él montase, como si fuese á acometer, se quedasen con él mil caballos solamente, y que el resto de la tropa emprendiese la retirada por diversos caminos con toda celeridad á fin de reunirsele despues en la ciudad de Tribola, donde debia esperarle: montó Viriato, y esparciéndose y disipándose su ejército por mil sendas distintas, fué tal la sorpresa del general romano, que dudando á qué cuerpo debia atacar no se atrevió mas que á mover sus armas contra los pocos enemigos que quedaron á su vista; pero aun el capitan lusitano supo distraerle por espacio de dos dias, ya aparentando huir, ya manteniendose á pie firme y ya avanzando hácia él; hasta que aprovechándose de las tinieblas de la noche partió á galope por sendas desusadas, dejando burladas del todo las disposiciones del pretor romano, que ni aun pudo seguirle por la poca velocidad de su caballería, y serle desconocidos los caminos.

Años de J. C. 147.

La fama de este ardid aumentó considerablemente el ejército de Viriato, pues se le unió gran número de españoles. Sin embargo, enterado Vectilio del paraje en que se hallaba, marchó en su busca para batirle; pero Viriato saliendole al encuentro, y atrayéndole á un paraje pantanoso donde tenia emboscadas parte de sus tropas, se arrojó de improviso sobre los romanos, los cuales perecieron unos atollados en el cieno y otros al filo de la espada; siendo el pretor Vectilio muerto por el mismo Viriato sin conocerle.

146.

Esta victoria fué seguida de otras dos, en las que los romanos quedaron tan abatidos que mil de ellos se dejaron vencer de trescientos lusitanos. Aquí en prueba del valor que siempre ha distinguido á los españoles, referiremos el siguiente suceso: un soldado lusitano que al retirarse de la accion para unirse á los suyos se hallaba bastante desviado, fué sorprendido por una partida de caballería enemiga, la cual le embistió con inexplicable furor; mas el valiente guerrero, lejos de intimidarse, acometió denoda-

143.

UNED

damente á uno de sus contrarios, atravesó de un bote de lanza á su caballo, y tirando al ginete una cuchillada de revés le cercenó la cabeza, dejando inmobles á los demás que le vieron partir sereno celebrando su victoria.

Tan repetidos triunfos llevaron el terror del nombre de Viriato hasta las murallas de Roma. Aquella famosa república, tan fecunda en valerosos guerreros, no hallaba quien quisiese oponersele: encargóse Metelo de conducir á España un nuevo ejército; pero en realidad mas como embajador para hacer un tratado de paz, que como general para continuar la guerra. Viriato por su parte se hallaba dispuesto á admitirla siempre que fuese honrosa, y en efecto se hizo con la condicion de que los lusitanos quedarian libres, y serian reconocidos por dueños absolutos de todo el pais conquistado, y por amigos y confederados de Roma. Años de J. C. 140.

Firmado el tratado por ambas partes, se envió al senado romano para su ratificacion: la aprobó este, pero muy luego el pretor Quinto Servilio Cepion, sucesor de Serviliano en el gobierno, representó que era contra el honor de la república; y el senado no tuvo escrúpulo en quebrantar la fe pública, ni en faltar á la religion del juramento, declarando de nuevo la guerra y autorizando al pretor para continuarla.

Reposaban tranquilos los lusitanos á la sombra del tratado, cuando de improviso se vieron sorprendidos y atacados; y Viriato, que vió inundado de tropas el territorio portugues sin haber dado ningun motivo para este rompimiento, despachó una embajada á Cepion compuesta de Aulaco, Ditalco y Minuro, tres de sus capitanes confidentes, para informarse de lo que pretendia Roma; pero estos sobornados por el general romano ofrecieron matar á Viriato, y aprovechandose del poco tiempo que descansaba, entraron en su tienda, le dieron una puñalada mortal en la garganta y partieron aceleradamente al campo enemigo.

Perdió la Lusitania con su muerte la esperanza de recobrar en mucho tiempo su libertad; pues aunque le reemplazó otro gefe, este, imbécil y cobarde, otorgó una capitulacion deshonrosa, por la que fueron desarmados los soldados lusitanos, y enviados á sus hogares.

UNED

Años ant. J. C. 137. Cuando con la muerte de Viriato quedaba sosegada y desujeta la España ulterior, volvió á encenderse la guerra contra Numancia, ciudad situada á corta distancia de la moderna Soria. El haber admitido dentro de sus muros algunas tropas fugitivas de segedanos y arevacos, pueblos de la Celtiberia, que nuevamente se habian sublevado contra los romanos, pero sin tomar parte en sus querellas, fué suficiente motivo para que el consul Quinto Fulvio Nobilior la declarase la guerra, y la atacase con furor.

Apenas vieron los numantinos semejante perfidia, se arrojaron al campo enemigo, y cubriéndole de cadáveres le infundieron un extraordinario terror. Sin embargo, constantes en la buena fe de sus tratados, propusieron la paz bajo condiciones honoríficas y equitativas para ambas partes; pero el orgulloso Fulvio solo respondió *que Roma no otorgaba la paz á los que no se entregaban á discrecion.* Por fortuna reposó tranquila Numancia mientras el valor de algunos pueblos celtiberos abatió de tal suerte el orgullo del imprudente consul, que se vió precisado á renunciar la gloria de subyugarles, sucediéndole en el gobierno de la España citerior Quinto Pompeyo Rufo.

Este, aspirando á hacerse célebre por medio de una hazaña memorable, ya que por su oscuro nacimiento no era digno de la dignidad consular, se presentó delante de Numancia con treinta mil combatientes, satisfecho de que capitularian por no tener fuerzas que oponerle, pues la guarnicion no constaba mas que de ocho mil hombres.

En efecto, consintieron los numantinos en rendirse; pero viendo que se trataba de desarmarlos, resolvieron perecer todos antes que entregar las armas por no sufrir este vilipendio; y desengañado el consul de que no podia reducirlos por este medio, recurrió á la fuerza. Varios y vigorosos asaltos se dieron á la plaza; pero todos fueron constantemente rechazados por sus habitantes bajo las órdenes de su caudillo Megara, y un año de continua y valerosa defensa bastó para arruinar el ejército de Pompeyo, el cual se vió precisado á capitular aunque temia las reconvenciones de Roma.

Los numantinos, superiores á su justo resentimiento, se prestaron á un convenio: el consul propuso que por res-
136. peto al senado y pueblo romano se harian dos, uno público

UNED

y otro privado: en el primero se establecian condiciones ventajosas para Roma; y en el segundo, que era el que regiria, se reconocia la independencia de Numancia, y se la declaraba amiga y aliada de la república, bajo de ciertos rehenes y satisfaciendo una suma de dinero.

Acababan de cumplir estas condiciones los numantinos cuando Pompeyo fué llamado á Roma, viniendo á suceder- le el consul Marco Popilio; y exigiéndole que ratificase el tratado antes de su partida, negó con insolencia las condiciones secretas estipuladas: Popilio, no sabiendo á quien creer, á pesar de acreditar los numantinos la verdad de su peticion, remitió al senado la causa suspendiendo hasta su decision la guerra; pero este no solo no dió oidos á las justas razones de los agentes de Numancia, sino que dando crédito al pérfido Pompeyo, declaró *que no constaban los artículos de paz que esponian los numantinos*, y decretó de nuevo la guerra. Años ant. de J. C. 135.

Popilio, en vista de las órdenes que se le comunicaron, atacó con todo el ejército la ciudad: los numantinos, como si hubiesen perdido todo su valor, se mantuvieron ocultos dentro de su recinto, y el general romano, atribuyéndolo á cobardía, mandó dar el asalto; pero cuando sus tropas casi entraban ya en la plaza, viendo que reinaba en ella un profundo silencio, rezeló alguna estratajema y quiso retirarlas: entonces los numantinos, acometiendolas con indecible valor, las arrollaron y pusieron en fuga con grandísima pérdida.

Esta sangrienta y tercera derrota puso en mucha consternacion á Roma. Sucedió á Popilio el cónsul Cayo Hostilio Mancino; pero éste, á quien ciertos agüeros tenian sobrecogido de terror, no era capaz de rendir á los numantinos, y á pesar de hallarse al frente de un nuevo y poderoso ejército no se atrevia á presentarlo en batalla: veia cobardemente disminuirsele cada dia por las continuas salidas de los sitiados, y la vista ó la voz sola de un numantino hacia temblar tanto á los romanos, que no habia quien se atreviese á mirarle cara á cara. Fué, pues, necesario levantar el campo: Mancino, favorecido de las tinieblas de la noche, huyó de una ciudad que solo le ofrecia desventuras; pero cierta casualidad, imposible de pre-

UNED

ver, descubrió su marcha: una hermosa doncella numantina era amada de dos jóvenes de igual nacimiento y valor, y no queriendo el padre desairar á ninguno, ofreció su mano al que le trajese la derecha de uno de los enemigos. Corrieron ambos presurosos al campo; pero volvieron con pesadumbre por haberle hallado desierto y no poderse verificar el contrato: noticiosos los numantinos de la fuga, salieron en busca de aquellos tímidos fugitivos, alcanzaron á la retaguardia, hicieron un destrozo horrible en sus filas, comunicaron el terror al centro y á la vanguardia, y despues de pasar mas de veinte mil hombres á cuchillo, redujeron el resto á una estrechura donde era imposible que se salvase ninguno; obligando de esta suerte al consul á reconocer la capitulacion anteriormente hecha.

Años ant. de J. C. 134

Tan luego como Roma tuvo noticia de la paz ajustada con Numancia, emplazó á Mancino para responder á los cargos que se le hacian: el desgraciado consul, lejos de poder sincerarse, fué entregado á los numantinos como un delincuente, sufriendo la afrenta de ser presentado desnudo y maniatado ante las puertas de la ciudad, donde permaneció por espacio de un dia sin encontrar auxilio en sus conciudadanos ni en sus enemigos.

Por otra parte, tambien fueron desechadas esta vez las justas proposiciones de los agentes numantinos; y á pesar de que casi no habia quien quisiese continuar la guerra por temor, pues aun en pleno senado no se apellidaba á Numancia de otro modo que *terror del imperio*, decretó el senado que pasase á sitiar la ciudad con un cuarto ejército Publio Emiliano Scipion, viéndose en la precision de sortear las tropas á quienes tocó este destino, por no haber quien fuese voluntariamente.

Tomó Scipion medidas diferentes que sus antecesores: creyó no ser prudente arriesgar el ejército á una batalla, y arrasando todas las campiñas, cercó la ciudad con dobles trincheras, apostando setenta mil combatientes en disposicion de favorecerse con prontitud todos los cuerpos entre sí, esperando que el hambre le daria una victoria imposible de alcanzar por medio de las armas.

Los numantinos, disminuidos ya por las batallas anteriores, solo contaban de seis á siete mil guerreros; y viendose encerrados, redoblaron sus esfuerzos haciendo

UNED

prodigios de valor, del cual ya habian dado tantos ejemplos: procuraron muchas veces forzar las líneas de los sitiadores; pero estos sin abandonar sus trincheras los rechazaban por la superioridad de sus fuerzas: presentaron en varias ocasiones batalla, pero nunca les fué admitida: sin embargo pelearon con tanto denuedo que solo un Scipion pudo impedir la fuga de sus tímidas legiones. Al fin propusieron rendirse, si bien siempre con condiciones decorosas; mas los romanos solo les respondieron que escogiesen entre entregarse á discrecion ó perecer: eligieron lo último, y hombres y mugeres, vigorizados con una especie de cerbeza, salian impetuosamente á buscar la muerte en las armas de sus enemigos: la mayor parte murieron gloriosamente en el campo del honor, y los pocos que quedaban quisieron abrirse paso con la espada por entre las trincheras de sus enemigos; pero las mujeres por no morir solas abandonadas de sus maridos cortaron las cinchas de los caballos y les obligaron á desistir del intento. Entonces, retirándose al interior de la ciudad, se decidieron á morir de hambre antes que entregarse á merced del vencedor: á este fin unos tomaron veneno, otros se quitaron la vida con su mismo acero, no pocos incendiaron sus casas y se arrojaron á las llamas, y por último las familias mas distinguidas establecieron unos combates, cuyas resultas eran cortar la cabeza el vencedor al vencido y arrojar al fuego su cuerpo, renovando la pelea con otro campeon: así murieron todos; y el último, no teniendo con quien pelear, se precipitó entre los cadáveres que consumia el incendio. Reducida á cenizas la mayor parte de Numancia, y exasperado Scipion al ver aquel teatro de horror, mandó arrasar las pocas casas que habian perdonado las llamas. Así acabó la célebre Numancia despues de catorce años de guerra y quince meses de bloqueo, dando un público testimonio del valor heróico y amor á la independencia que siempre distinguió á los españoles entre los demás pueblos del mundo. Años ant. de J. C. 130.

A la ruina de Numancia se siguieron cuarenta años de una profunda paz; pero habiendo tiranizado Sila á la república romana, y desterrado de ella á los parciales de Mario, su competidor Quinto Sertorio, uno de los proscriptos, se embarcó para España, acompañado de algunos

UNED

Años ant. de J. C. 77.

amigos, con la esperanza de hallar asilo y proteccion entre sus naturales.

No se engañó: los españoles se hallaban oprimidos por la avaricia de sus gobernadores; y Sertorio, aparentando compadecerse de su suerte, ofreció ayudarles contra aquellos tiranos: desde luego, á consecuencia de haberle reconocido por pretor varias ciudades, moderó los tributos, alojó las tropas en los arrabales de ellas para no molestar á sus habitantes, aseguró ventajas á los que se le uniesen, y en fin llegó á formar un ejército de nueve mil hombres.

Informado Sila de esta revolucion, envió un ejército contra Sertorio á las órdenes de Lucio Domicio, pretor de la España citerior; pero fué derrotado al pie de los Pirineos. Esta victoria, precedida de otra que habia conseguido ya contra el pretor Didio á las orillas del Betis, le hicieron dueño de las dos provincias y capaz de competir con el tirano de Roma. Señoreado del corazon de los españoles, armó á la romana sus soldados, les instruyó en su disciplina, creó un senado formado de trescientos nobles romanos, nombró magistrados, pretores, cuestores y tribunos que gobernasen las provincias y ciudades, estableció escuelas públicas, las mismas leyes y policía que en Roma, y en una palabra un gobierno en todo semejante al de aquella república.

No tardó Sila en enviar otro tercer ejército contra él, mandado por Quinto Cecilio Metelo: era este un soldado de valor y experiencia; pero la edad y las fatigas que habia sufrido tenian disipado bastante su espíritu guerrero: al contrario Sertorio, jóven, ágil y ardiente, se hallaba en la época de sufrir sin penalidad todo género de molestias y trabajos; y esta diferencia, que se notaba igualmente en los caudillos y ejércitos, influyeron poderosamente para que se decidiera casi siempre la victoria á favor de este último.

Así pues los españoles estaban ansiosos de venir á las manos con los enemigos; pero Sertorio, no dando oidos á las murmuraciones y quejas de los soldados, se contentó con presentarles un ejemplo contra su imprudente fogosidad, cuya leccion es admirable: hizo conducir á presencia de todo el ejército dos caballos, uno jóven y de brio, y otro viejo y casi sin vigor: el primero debia ser despojado poco

UNED

á poco de todas las cerdas de su espesa cola por un anciano; practicando igual operacion con el estenuado, aunque de una vez, un jóven robusto de fuerzas muy superiores; pero mientras este se fatigaba en vano para arrancar de un golpe la cola del caballo débil, concluyó felizmente el anciano su empresa, dejando despoblada la del brioso bruto.

Entonces Sertorio, dirigiéndoles la palabra, les dijo: «Si de este modo, por acabar de un solo golpe con nuestros enemigos, nos precipitamos á una temeraria accion, sufriremos el castigo de nuestra imprudencia, quedando nuestros esfuerzos malogrados, y ellos mas orgullosos para insultar nuestro valor; pero si con pequeños golpes repetidos, y aprovechando la oportunidad y la ocasion, los vamos debilitando poco á poco, los veremos al fin caer á nuestros pies sin esperanza de levantarse.»

En efecto, no pudo conseguir Metelo que Sertorio admitiese nunca una batalla decisiva; pero eran continuos los encuentros y pequeños choques, los cuales se decidian generalmente á favor de los de Sertorio, y disminuian insensiblemente el ejército de Metelo. Entre tanto se iba aumentando cada dia el de Sertorio; y temiendo ya Sila su engrandecimiento, remitió otro ejército auxiliar á las órdenes de Gneo Pompeyo, llamado el *Grande*, para que en union de Metelo y con iguales atribuciones activasen sobremanera la guerra.

Años ant de J. C.

Hallábase Sertorio delante de Lauron, hoy Liria, en el reino de Valencia, cuando Pompeyo y Metelo avanzaron con su ejército á fin de hacerle levantar el sitio; pero 75
fueron inmediatamente derrotados con pérdida de diez mil hombres, y los sertorianos se hicieron dueños de la plaza. Dieronse consecutivamente otras tres sangrientas batallas entre estos ilustres capitanes: la primera en las márgenes del Júcar con casi igual pérdida de ambos ejércitos: la segunda en las orillas del Guadalaviar, que atraviesa el reino de Valencia, la cual ganó Pompeyo, pero con tal pérdida de gente que levantó el sitio de Calahorra por evi- 74
tar el exponerse á la tercera; mas no le fué posible, pues Sertorio le atacó cerca de Denia: la accion fué larga y sangrienta; quedó la victoria indecisa, y ambos capitanes se retiraron sin deseos de volver á la refriega.

UNED

Notablemente acobardados Metelo y Pompeyo, dudaban poder conseguir la reduccion de Sertorio, y en la misma Roma se miraba como empresa muy aventurada; pero la division que se introdujo rápidamente en el ejército sertoriano, motivada por la seduccion y vanas promesas de sus enemigos, allanó á estos todos los obstáculos. Pronto se vió desertar gran número de soldados y oficiales romanos que servian en el ejército de Sertorio, pasandose al de sus rivales; y aprovechando Pompeyo y Metelo tan felices circunstancias, se hicieron en un momento dueños de muchos pueblos y de varias ciudades sin oposicion alguna: solo les faltaba ya acabar con el ilustre Sertorio, y fomentando el descontento de los demás gefes sobornaron al fin á Perpenna, su lugar-teniente, el cual, Años aut. de poniendose á la cabeza de una tropa de conjurados, le aseJ. C. sinó á puñaladas en un convite que le preparó á este efecto en la ciudad de Huesca el año 70 antes de Jesucristo, octavo de su permanencia en España. Así pereció este ilustre capitan despues de haberse cubierto de laureles por sus victorias, y granjeádose el amor de los españoles por sus virtudes, generosos sentimientos y amor á la libertad.

Tan alevoso atentado indignó á los españoles, de los cuales se componia la mayor parte del ejército, y que amaban con ternura y respeto á su general; creciendo de tal modo su furor al saber habia nombrado por sucesor suyo al mismo Perpenna, su principal homicida, que amotinados é iracundos lo hubieran despedazado si éste no les hubiese aplacado con dones y promesas, y castigado cruelmente á los mas descontentos.

Alzóse con el mando Perpenna; pero como no poseia la virtud y talentos de aquel héroe á quien sucedia en el cargo, fué derrotado por Pompeyo, el cual le hizo pagar con la cabeza su infame alevosía: igual suerte sufrieron algunos de sus cómplices, y los demas perecieron á manos de los mauritanos.

Deshecho completamente el ejército sertoriano, todos los pueblos se apresuraron á rendir á Pompeyo la obediencia. Solas dos ciudades, Osma y Calahorra, dieron un honroso ejemplo de su fidelidad á las cenizas de Sertorio con su obstinada resistencia, y una y otra fueron arrasadas; pero no logró Pompeyo apoderarse de esta última

UNED

sino despues de un prolongado sitio, cuando el hambre habia consumido á todos sus habitantes *(Nota 1)*. Estos fueron los postreros gritos de la libertad española, y á este acontecimiento sucedió una apacible tranquilidad en la península.

Por este tiempo se formó en Roma aquel famoso triunvirato que empezó á minar los fundamentos de su libertad. Craso, César y Pompeyo, unidos entre sí por la amistad, la necesidad y el agradecimiento, se hicieron dueños del senado, se erigieron en árbitros de la república, y se distribuyeron por cinco años sus mas vastas y ricas provincias. Adjudicósele á Craso la Siria con los paises confinantes: las Galias y la Germania á César; y Pompeyo obtuvo el gobierno de la España. A pesar de esta division no se alteró nada la tranquilidad de la península: pacífica bajo la inmediata inspeccion de Afranio, Varron y Petreyo, lugar-tenientes de Pompeyo, miró con indiferencia la tempestad que la amenazaba, y al cabo de seis años de tan profunda calma vió destruida la buena inteligencia que reinaba entre César y Pompeyo; declarada entre ambos una enemistad irreconciliable, y hecha el principal teatro de aquella guerra memorable y sangrienta que sepultando la libertad de la republica elevó sobre su tumba la monarquía universal. Habiendo tomado Julio César las armas contra su patria, se apoderó de Roma y de toda la Italia: pasó á España precipitadamente, y aunque Afranio, Varron y Petreyo, avisados y socorridos por Pompeyo, lograron contener su atrevimiento reportando dos victorias consecutivas, sostenido César por un considerable número de pueblos de Aragon y Cataluña no solo consiguió batirlos completamente entre Lérida y Mequinenza, sino que persiguiendolos con ardor los sitió en una colina y les obligó á entregarse á discrecion. Apoderado de las legiones romanas, y asegurado del pais, volvió á Italia con la misma celeridad con que habia venido; y venciendo á Pompeyo en la famosa batalla de Farsalia, persiguiendole hasta las orillas del Nilo en Egipto, donde fué mandado degollar por Ptolomeo, rey de aquella tierra, quedó dueño del imperio que habia disputado con tanto encarnizamiento.

Años ant. de J. C. 46.

Retiraronse á España los dos hijos de Pompeyo, cre-

UNED

yéndose mas seguros en un pais donde era dominante el partido de su padre. Los españoles, exasperados por las estorsiones y violencias de los gobernadores cesarianos, y que respetaban la memoria ilustre de Pompeyo, se reunieron en gran número bajo de sus banderas; pero Julio César, creyendo ver resucitado el valor del padre en los dos hijos, volvió á España contra ellos. Cerca de Munda, poblacion que algunos suponen ser la que hoy se reconoce con el nombre de Monda cerca de Málaga, se avistaron los dos ejércitos animados del mas sangriento furor: presentaronse mutuamente la batalla y recíprocamente la admitieron: al principio del choque fué César arrollado, tanto que se determinaba á quitarse la vida por no sobrevivir á su desgracia; pero el juramento de sus fieles soldados, que á una voz prometieron no desampararle sino con la vida, reanimó su espíritu abatido: rehizo las legiones, echó pie á tierra, púsose al frente de sus tropas con espada en mano, y cargó sobre el enemigo tan denodadamente que introduciendo en el campo el desórden y la carnecería dejó tendidos treinta mil combatientes.

Años ant. de J. C. 42

Los infelices restos de este destrozado ejército se encerraron en Munda, resueltos á defenderse hasta el último extremo; pero no bien satisfecho César con tan gloriosa victoria sitió con el mayor rigor la plaza, formando una horrible trinchera con los yertos cadáveres de la pasada accion. No hubo arbitrio que no intentasen los sitiados para salvarse: hicieron muchas é impetuosas salidas con asombrosa intrepidez; y por último todos se sacrificaron antes de rendirse, de modo que César solo se apoderó de Munda cuando dejó de existir el último soldado de Pompeyo. El desgraciado Gneo, fugitivo y vivamente perseguido por los vencedores de resultas de la anterior batalla, fué víctima de su furor; y su hermano Sexto, abandonado de los suyos, se halló imposibilitado de continuar la guerra. Valióle á César esta victoria toda la España romana; pero le duró poco el fruto de su triunfo, pues el siguiente año Bruto y Casio, últimos campeones de la libertad romana, le quitaron la vida á puñaladas en medio del senado.

41

Muerto Julio César, su sobrino Octaviano, á quien despues se le dió el título de Augusto, repartió con Mar-

UNED

co Antonio todo el imperio, reservando para sí la España. Llegó á su noticia que algunos de sus pueblos cansados de la dominacion extranjera aspiraban á sacudir el yugo: con efecto, los vacceos, austrigones y turmodigos que ocupaban un dilatado pais desde Vizcaya por Burgos hasta dentro del reino de Leon, habian tomado las armas con tan noble objeto. Temeroso Octaviano de que se extendiese la insurreccion por las demás provincias partió á España inmediatamente á sujetarlos, y Cantabria, Asturias y Galicia fueron embestidas con poderosas fuerzas; mas aquellos indomables naturales, á quienes la libertad era mas apreciable que la vida, sublevados tantas veces como vencidos, solo humillaron la cerviz al yugo cuando toda la juventud que podia resistirle quedó extinguida al filo de la espada, siendo estos los últimos alientos de la libertad española. Ninguna nacion defendió con tan porfiada resistencia ni con tan heróico valor su amada libertad: ninguna derrotó tantos y tan poderosos ejércitos romanos. Para sujetarla enteramente fueron menester todas las fuerzas, y cuantos grandes capitanes produjo Roma: los cuatro Scipiones, el gran Pompeyo, Julio César y Augusto, con todo el poder romano y con sesenta y siete años de continuada guerra; y aun así hubiera quedado desairado el valor, la ambicion y la porfia de Roma, si una parte de España no hubiera peleado contra la otra, siendo los españoles auxiliares de sus enemigos contra sí mismos para su propia destruccion.

Años ant. de J. C. 37

A una época tan agitada é infeliz sucedió por largo tiempo una serenidad apacible, durante la cual se hizo tan romana que recibió sin resistencia y aun con gozo diferentes colonias que poblaron y fundaron diversas ciudades que la ennoblecieron: Zaragoza, Guadix, Córdoba, Mérida, Badajoz y otras muchas fueron de este número. Con el tiempo hizo tambien suyo el idioma, las leyes, los ritos y las ceremonias religiosas de sus conquistadores; y no dejó de tener tambien parte en los honores y primeras dignidades del imperio, como lo acreditaron los dos Cornelios Balbos, el primero consul y el segundo triunfador, y los emperadores Trajano, Adriano, Máximo y Teodosio II. De su fecundo seno en hombres á todas luces grandes salieron los dos Séñecas, Mela, padre de Lucano, el

UNED

mismo Lucano, Floro, Porcio Latro y Pomponio Mela.

CAPITULO II.

Irrupcion de los godos en España.

De esta suerte permaneció España sin mudanza alguna memorable hasta principios del siglo v, que participó de
Años de J. C. la revolucion que en todo el imperio romano, ya decadente, causaron las irrupciones de los bárbaros del Norte.
395. Murió Teodosio I en el año 395 de Cristo, y sus dos hijos Arcadio y Honorio se repartieron sus dominios, tomando el primero los de Oriente y el segundo los de Occidente; pero los tutores á quienes fueron encomendados por su padre, sacrificaron á sus propios intereses los de sus soberanos. Rufino en Oriente y Stilicon en Occidente aspiraron á ocupar el solio de sus respectivos pupilos y ar-
401 ruinaron el imperio. Aquel convidó secretamente á Alarico, rey de los godos, á invadir la Grecia con sus formidables guerreros, de cuyas armas esperaba servirse algun dia para arrojar á Arcadio del trono; y Stilicon, mas sagaz que Rufino, hizo venir de los helados y estériles países del septentrion una nube de suevos, vándalos y alanos, con el pretesto de arrojar á los godos y sostener los derechos del emperador de Oriente; si bien no tenia otro objeto que el asegurar con su favor la suprema dignidad para su hijo Euchêrio. Descubrieronse las intenciones de estos perversos y pagaron con la vida su perfidia, pero ya se habian apoderado los bárbaros de lo mejor de Europa; y los godos principalmente, continuando por la Italia sus incursiones, pusieron en contribucion á Honorio, le obligaron á ceder en su favor el dominio de las Galias y de parte de España, se apoderaron de Roma á viva fuerza,
410 y no se sabe á qué estremo hubieran llevado su furor á
ó no haber muerto repentinamente Alarico en Consenza el
411 año 410 ó 411. Este acontecimiento, y la paz ajustada con Honorio, fué causa de que se derramasen por las Galias y se extendiesen por España Hermenerico rey de los suevos, Atacio rey de los alanos, Gunderico rey de los vándalos, y Ataulfo rey de los visigodos.

Dividiase entonces la España en citerior y ulterior:

UNED

la citerior comprendia todo el pais que está situado hácia el norte, entre el Ebro y los Pirineos, incluyendo en su dominacion la Vizcaya y las Asturias; la ulterior abrazaba todo lo restante de España repartida en tres gobiernos: el de la Bética, cuya jurisdiccion se dilataba desde Andalucía hasta todas las provincias de las dos Castillas; el de Lusitania que se contenia con corta diferencia en los límites que hoy llamamos Portugal y Galicia; y el Tarraconense, que comprendia los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña. Los suevos se establecieron en los reinos de Galicia, de Leon y de Castilla la Vieja; los vándalos en la Bética; y los alanos en la Lusitania y en la provincia de Cartagena. La Gotia, provincia de Escandinabia, comunicó su nombre á los godos, que divididos en ostrogodos ó godos orientales, y en visigodos ó godos occidentales, ocuparon los primeros á Italia, al mismo tiempo que los segundos se extendieron por España.

TERCERA EPOCA.

Dominacion de los godos en España hasta la irrupcion de los sarracenos.

CAPITULO PRIMERO.

Ataulfo, primer rey godo en España, y sus sucesores.

RESUMEN.

Ya por el ruego de su amada esposa,
ya por librar al oprimido pueblo,
viene Ataulfo á España, y da principio
á una época de sangre y de trofeos,
aunque á veces manchada con el crimen
y la horrenda traicion. Alanos, suevos,
vándalos, y aun romanos, todos ceden
al estandarte Godo; ya su imperio
llega Eurico á fijar, y fama adquiere
porque rompió los ominosos hierros

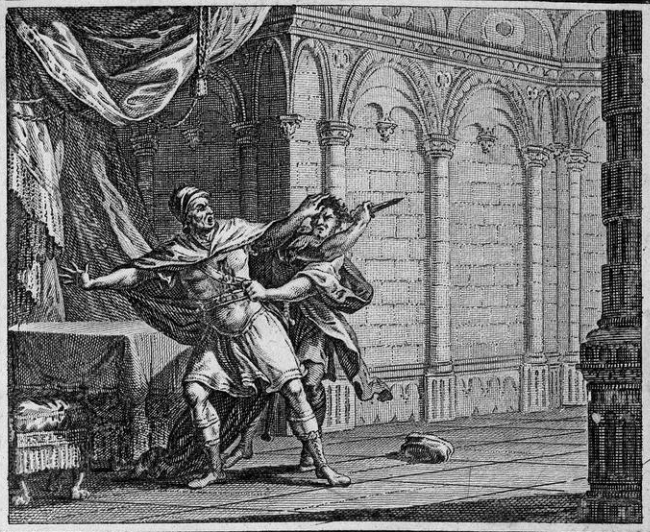
UNED

con que por siete siglos el romano
oprimió la Nacion: mas no por eso,
ni porque el Fuero Juzgo *publicase,*
de su nombre se aparta el borron feo
de ser perseguidor de los cristianos.
La secta de Arrio dilatado tiempo
víctimas mil sacrificó en sus aras
hasta que el celebrado Recaredo
la paz dió á las conciencias y al estado;
y aunque los Francos renovar quisieron
el furor de la guerra, en Carcasona
la paz á fuerza de armas recibieron;
y Recaredo vencedor y amado
muere tranquilo en la imperial Toledo.
La santa Religion quedó triunfante,
y hubiera sido venturoso el reino,
si el veneno, el puñal, y las intrigas,
no llegaran al mismo solio regio
produciendo mil guerras y disturbios.
Hipócrita Witiza puso el sello
á todos los desórdenes; virtudes
aparentó falaz, y á poco tiempo
la máscara quitó; mostró sus vicios,
llegando temerario hasta el exceso
de autorizar los crímenes con leyes;
y temiendo la ira de los pueblos
desarmó los soldados, y á las plazas
las murallas quitó, dejando el reino
incapaz de defensa. Ya indignados
los andaluces fueron los primeros
que la voz levantaron, y á Rodrigo
entregaron las riendas del gobierno.

HOMBRES CELEBRES DE ESTA EPOCA. — Orosio en el reinado de Walia. — Montano en el de Teudis. — San Leandro, san Hermenegildo y san Isidoro en el de Recaredo I. — San Ildefonso en el de Recesvinto.

Ataulfo, sucesor de Honorio y poseedor de las Galias, bien fuese á ruegos de Placidia su mujer, ó bien lla-

UNED



Ataulfo asesinado.

Al segundo año de haber fixado Ataulfo su trono en España, y de haber acreditado en ella las admirables prendas, cuya sola noticia le habia hecho tan deseado de los españoles, lloraron estos su inesperada muerte á manos de un doméstico alevoso. Desgracia es de los Reyes que pudiendo el peor vivir seguro de la fidelidad de los vasallos buenos, nunca el bueno esté libre del puñal de un infame.

T. L. Enguid.^s de ag. fec. Alex.^e Blanco conc.

UNED

mado por los españoles, oprimidos por el dominio de Roma y afligidos por las armas de los bárbaros del Norte, abandonó la Galia Narbonense, pasó los Pirineos y se apoderó de una parte de Cataluña; reinó bien poco, pues un alevoso doméstico le asesinó en Barcelona el año de 416, segundo de su reinado. Quinto siglo. Años de J. C. 414.

Sigerico. Pusieron los godos en su lugar á Sigerico su hijo, caudillo esforzado; pero apenas ocupó el trono murió á manos de los suyos á los nueve dias de reinado. 416.

Walia. Sucedióle Walia, hombre inquieto y belicoso, que pretendió apoderarse de la Mauritania, provincia que entonces pertenecia á España; pero una tempestad que le sorprendió en el estrecho de Gibraltar malogró su empresa, y le precisó á tratar con Constancio, general romano, que dominaba la costa con gruesa armada. Entre las condiciones estipuladas era la mas principal que los godos arrojasen de España á los suevos, vándalos y alanos, que habian usurpado al imperio la Galia, Lusitania y Andalucía.

Emprendiólo Walia, y derrotándolos en varios encuentros, obligó á los alanos á admitir por gobernadores personas de la nacion goda; con lo cual escarmentados los vándalos y suevos se sujetaron á los romanos. Poco despues se retiró Walia á la Aquitania, provincia que le habia cedido Honorio por sus hazañas, y murió de enfermedad en Tolosa el año de 419 ó 420. 419. 420.

Gunderico, rey vándalo. Despues de la muerte de Walia se reunieron y coligaron las naciones bárbaras esparcidas por España con el objeto de despojar á Honorio del imperio de toda la península, por ser débiles las fuerzas de Roma para resistirlas. Los vándalos conducidos por su gefe Gunderico, obligaron á los suevos á refugiarse entre las quiebras de los montes Ervasios (situados entre Leon y Oviedo) y destruyendo á Castino que capitaneaba las tropas romanas, fueron á las islas Baleares, y pasaron á cuchillo á cuantos se les opusieron. Tres años despues, ó sea en 425, se apoderó Gunderico de Cartagena y Sevilla; y en 426 murió repentinamente dejando la corona á su hermano Genserico. 425. 426.

Genserico, rey vándalo. Pasó éste al Africa en socorro de Aecio; pero habiéndose derramado los suevos por

UNED

España vino sobre ellos, y derrotándolos completamente cerca de Mérida, volvió al Africa cargado de ricos despojos. Mas los suevos y alanos quebrantando la paz que tenian con el imperio romano derrotaron sus tropas cerca de Antequera, se apoderaron de Sevilla y otros pueblos comarcanos, y acabaron con los bárbaros que los ocupaban en 441.

Años de J. C. 441.

Teodoredo. Por este tiempo se introdujo Atila con formidable ejército por las provincias romanas, penetró las Galias, quemó y asoló á Reims y cercó á Orleans; pero Teodoredo, pariente y sucesor de Walia, que solamente poseia en España la Cataluña, confederado con los romanos y temeroso de tan feroz enemigo, presentóle batalla en los campos Catalaúnicos, y logró batirle; mas cayendo del caballo en medio de la refriega, donde le condujo su valor y esfuerzo, fue atropellado en la confusion.

451.

Turismundo. Aclamaron las tropas á su hijo mayor Turismundo, quien consiguiendo otra victoria sobre Atila, le obligó á retirarse á su pais, perseguido del hambre y de la peste; pero sus hermanos Teodorico y Frigdario, cansados de sufrir su orgullo, se valieron de un doméstico para asesinarle, el cual lo verificó en ocasion de hallarse enfermo en la cama el año 454, segundo ó tercero de su reinado.

454.

Teodorico. Aunque tenia bellas prendas Teodorico, perdió su honor por el fratricidio que cometió, y por haber abrazado el arrianismo. Derrotó á Rechîario, rey de los suevos y de Galicia; y su reinado hubiera sido feliz y dilatado, á no haberle asesinado Eurico, su hermano, en el año 466.

467.

Eurico. Apenas tomó posesion Eurico del trono concibió el proyecto de despojar á los romanos y suevos de todo lo que poseian en España, y fijar los límites de su imperio en la Galia Narbonense. A este fin se introdujo por los Pirineos el año 471, cayendo en su poder Aragon, Navarra y Valencia con todo el resto de España, excepto la Galicia que permaneció sujeta á los suevos. Dirigió despues sus armas á la Galia, estendiendo su dominio hasta Marsella; pero cuando por sus proezas habia conseguido hacerse respetable, le sorprendió la muerte en Arlés en el

471.

UNED

año 483. Aunque su memoria es odiosa por haber perseguido cruelmente á los cristianos, sin embargo á él debe España su libertad, despues de setecientos años que yacia sujeta á los romanos; y la compilacion de las leyes de los reyes godos sus antecesores, que unidas á las suyas componen la célebre coleccion conocida con el nombre de *Fuero Juzgo*. Años de J. C.

Alarico. Recayó la corona en su hijo Alarico, aun mas guerrero y zeloso arriano que su padre: algunos escritores opinan que dió motivos para que Clodoveo, rey de los francos, le declarase guerra; pero lo cierto es que éste, temeroso tal vez del engrandecimiento de los godos sus vecinos, invadió con un formidable ejército los campos de Alarico: encontráronse los dos rivales en las inmediaciones de Vouglé á poca distancia de Poitiers, y viniendo á las manos fueron derrotados los godos y muerto Alarico por el mismo Clodoveo en el año 506. 483. Sexto siglo. 506.

Gesaleico. Apoderóse el vencedor de las primeras ciudades del reino gótico en aquella parte de la Galia, y los pocos godos que se salvaron de la refriega se refugiaron en Tolosa, donde aprovechándose de la menor edad de Amalarico, legítimo sucesor de Alarico, eligieron por rey á Gesaleico, su hijo bastardo; mas el ostrogodo Teodorico, rey de Italia, viendo atropellados los derechos de su nieto al trono de su padre, envió contra Gesaleico un poderoso ejército. No pudo por entonces resistirle el godo, por lo cual fue reducido el reino gótico á la obediencia de Teodorico, y puesto por gobernador el ostrogodo Teudis á nombre de Amalarico; pero favorecido Gesaleico por Trasimundo, rey de los vándalos, volvió con buen ejército á oponerse á su competidor: mas le fue contraria la suerte, y despues de verse derrotado tuvo que fugarse á Francia, si bien algunos opinan que murió á manos de los suyos, y otros de enfermedad, en Tarragona, el año 511. 510.

Amalarico. Salió de su menor edad Amalarico, y tomando las riendas del gobierno, casó con la princesa Clotilde, hija de Clodoveo y hermana de los reyes francos; pero con la condicion de no molestarla en cuanto á la religion católica que profesaba: sin embargo, llevado Amalarico de un zelo indiscreto por el arrianismo, no tardó en 511.

UNED

querer empeñar á su virtuosa esposa á que le abrazase: valióse de persuasiones, amenazas, desprecios, y aun de malos tratamientos para conseguir su objeto; pero Clotilde, constante en las máximas religiosas que habia recibido en su educacion, sufrió con paciencia todo género de padecimientos, hasta que viéndose ultrajada aun de su pueblo, solicitó el amparo de sus hermanos: Childeberto rey de París, Clotario rey de Soisons, y Thierry rey de Metz, pasaron los Pirineos, y alcanzando á Amalarico le derrotaron cerca de Barcelona; huyó éste, pero cuando iba á acogerse á un templo católico, fue herido mortalmente de un bote de lanza en 531.

Años de J. C. 531.

Teudis. Elegido Teudis por los grandes del reino, y siendo ya estimado por el acierto y prudencia con que habia dirigido la menor edad de Amalarico, dió muestras de conocer las obligaciones de un príncipe, pues en diez y siete años que duró su reinado dedicó todos sus desvelos á hacer felices á sus pueblos, que le amaban entrañablemente. Aunque en su tiempo invadieron los francos la Navarra y se apoderaron de Pamplona y Calahorra, llegando á poner sitio á Zaragoza, fueron inmediatamente deshechos por Teudiselo, capitan de Teudis, cuando ya (despues de levantado el sitio de Zaragoza por temor ó prudencia) regresaban á Francia. El buen órden con que gobernó Teudis le prometia al parecer la muerte de los hombres de bien; pero un malvado, fingiéndose demente, se introdujo en su aposento, y le dió de puñaladas en el año de 548.

548.

Teudiselo. Eran bien diferentes las costumbres de Teudiselo, su sucesor: le dominaban la ambicion, la crueldad y la lujuria; ni el tálamo conyugal estaba libre de sus insultos cuando un honrado esposo habia tenido la fortuna de poseer una hermosa mujer, aunque honesta: tales escesos le acarrearon la muerte; pues ciertos nobles agraviados, convidándole á un banquete en Sevilla, le asesinaron en medio de él, año 550, á los diez y ocho meses de su reinado.

550.

Agila. Vivia feliz Agila como particular cuando ocupó el trono; pero su ineptitud para el gobierno le privó de la corona y de la vida. Pretendió sujetar á Córdoba que se le rebeló, y la puso sitio; mas los sitiados logra-

UNED

ron matar á su hijo por medio de una salida, y apoderarse de sus riquezas: desacreditado Agila entre los godos por tan desgraciada empresa se conjuró contra él Atanagildo, y favorecido por Justiniano emperador de Roma, á quien ofreció parte de España, le presentó batalla en las inmediaciones de Sevilla, donde vencido Agila fue poco despues muerto por los suyos en Mérida el año 551. Años de J. C. 554.

Atanagildo. Apoderado Atanagildo del trono por la proteccion de los romanos, temió que estos á favor de las circunstancias en que se hallaba tratasen de despojarle de él. Desde luego contemporizó con ellos; pero no tardó en necesitar recurrir á las armas viendo que aspiraban á engrandecerse, si bien parece que los sucesos de la guerra fueron alternativamente prósperos y adversos á ambas partes. En su tiempo se restableció la religion católica en Galicia y fueron arreglados los asuntos de su disciplina por medio de varios Concilios, á causa de haberla abrazado su rey Teodomiro. Falleció Atanagildo de enfermedad en Toledo el año 567, á los trece de su reinado. 567.

Liuva I. Aunque divididos entre sí los godos para la eleccion de sucesor, se convinieron al fin, despues de cinco meses de interregno, en nombrar á Liuva, virey que era de Atanagildo en Narbona. Nada nos ofrece de interesante su reinado, sino que asoció á la corona, en el segundo año, á su hermano Leovigildo, á quien encomendó las provincias que le estaban sujetas en España, y retirándose á la Galia gótica para preservar aquel pais de las invasiones de los francos, falleció en 570, en ocasion que Leovigildo habia desalojado á los romanos de Andalucía, y subyugado la Cantabria que se habia rebelado.

Leovigildo. Quedó pues Leovigildo en el trono, y siguiendo las ideas de su predecesor asoció igualmente á la corona á sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo; pero como el primero era católico zeloso, y su padre obstinado arriano, la diferencia de religion ocasionó una guerra civil entre ambos, siendo demasiado funesta para Hermenegildo. Vivamente perseguido por su padre y abandonado de los suyos, despues de ser derrotado varias veces, cayó en manos de su feroz padre, quien le hizo asesinar, anticipándole por este medio el reino eterno en que le veneramos. Al mismo tiempo sobrevinieron turbulencias en el 570.

UNED

reino de los suevos. Desposeido de la corona el niño Eborico por un poderoso llamado Andeca, vióse aquel precisado á refugiarse en un monasterio, cediendo al usurpador todos sus derechos: socolor de esta perfidia introdujo Leovigildo sus tropas en Galicia, y venciendo y haciendo prisionero al tirano, agregó á su corona aquel imperio. Murió en el año 587, á los diez y seis de su reinado, dejando por sucesor á su hijo Recaredo, y reformado el código de Eurico.

Años de J. C. 587

Recaredo I. Instruido éste en la religion católica por san Leandro, arzobispo de Sevilla, abjuró el arrianismo, y lo mismo hicieron gran parte de sus vasallos; pero al instante se vió en la precision de sufocar varias conspiraciones formadas por este motivo, castigando con todo rigor á sus autores. Para aplacar é impedir estas turbulencias congregó el tercer concilio Toledano, lo cual fue suficiente para restablecer la paz en todos sus dominios; pero los francos, resentidos de algunas vejaciones que anteriormente habian sufrido, le declararon poco despues la guerra: derrotólos en varias ocasiones y particularmente en Carcasona, donde con trescientos hombres escogidos, á las órdenes del duque Claudio, batió á mas de sesenta mil combatientes, obligándolos á aceptar la paz. Murió en Toledo en 601, á los catorce años de su reinado.

Septimo siglo. 601.

Liuva II. Sucedióle en el trono Liuva II, jóven de prendas tan apreciables, que no dudaron un momento los godos en su eleccion; pero apenas pisó el solio se conjuró contra él Witerico, general de sus armas, el cual ya que no pudo desposeer del trono y de la vida á Recaredo, aunque lo intentó, asesinó á su hijo Liuva el año 603.

603.

Witerico. Gozó éste poco del fruto de su crímen: sus vicios, su tiranía é impiedad, y la desgracia que siempre acompañó á sus empresas militares, le atrajeron el odio de sus vasallos; siendo asesinado en un convite por algunos descontentos, que arrastraron su cadáver por las calles y plazas de Toledo en el año 610.

610.

Gundemaro. Aclamaron los godos á Gundemaro; pero su temprana muerte frustró las esperanzas que prometia, sin darle lugar mas que para sosegar la rebelion de Navarra.

612.

Sisebuto. Solo la eleccion hecha en Sisebuto, pudo

UNED

consolar á los pueblos de tan sensible pérdida: humano, generoso, protector de las ciencias, sin dejar por eso de ser esforzado guerrero, se granjeó todo su amor. Desbarató en muchas refriegas á los romanos, usando siempre de la victoria con la magnanimidad que corresponde á un héroe. Segun algunos escritores fundó la ciudad de Evora, fortificándola escelentemente, y construyó una armada para instruir á sus tropas en la náutica; pero oscureció tan relevantes prendas por un hecho á que le condujo su imprudente zelo por la religion católica, pues mandó bajo pena de muerte que se bautizasen todos los judíos residentes en sus dominios, resultando solo falsas conversiones y muchas emigraciones. Falleció en 621, á los ocho años y medio de su reinado. Años de J. C. 621.

Recaredo II. Sucedióle su hijo Recaredo, jóven de pocos años, que solo reinó tres meses.

Suintila. Debió Suintila su elevacion al trono á la capacidad y valor con que se habia distinguido durante el reinado de Sisebuto, y los grandes no podian haber hecho mejor eleccion: reformó las corruptelas que se habian introducido en las leyes y costumbres; acabó de arrojar á los romanos de España; sujetó á los vascones, y fue tan religioso en sus acciones, y tan caritativo con los indigentes, que mereció el glorioso renombre de *padre de los pobres;* pero despues entregando el gobierno del reino á su mujer Teodora y á su hermano Agila, se abandonó á una total inercia, y estos, llevados de una insaciable codicia, hicieron sufrir al pueblo todo género de vejaciones. Aprovechóse del descontento general Sisenando, uno de los señores mas acaudalados del reino; y protegido por Dagoberto rey de Francia, le obligó á cederle una corona que ya no podia mantener con honor. Habia Suintila nombrado sucesor á su hijo Rechîmiro; pero como hubiese sido arbitrariamente, y sin el consentimiento de los grandes, no pudo entrar en el goce de sus derechos. 630.

Sisenando. Aunque vencedor y dueño del trono, no se creyó seguro en él hasta que convocando el cuarto concilio Toledano fue declarado Suintila indigno del cetro; se decretó asimismo que nadie fuese admitido al trono sin ser reconocido por los grandes, y que ninguno atentase contra la vida de los monarcas: tambien se arreglaron el mi-

UNED

Años de J. C. sal y breviario muzárabe, de que habian usado los españoles cuando vivian mezclados con los arábes; y se recopilaron las leyes de Sisenando y sus predecesores, incorporándolas en el Fuero Juzgo. Falleció Sisenando en 636, á los seis años de su reinado.

636.

Chintila. Elegido Chintila por los godos, creyó necesaria su confirmacion en las Córtes del reino; y como lo fuesen entonces los Concilios nacionales convocó al efecto el V y VI de Toledo, donde, asegurando en sus sienes la corona, se establecieron las leyes que en adelante habian de regir para la eleccion de soberanos. Expelió del reino á cuantos no querian abrazar el catolicismo; y despues de nombrar por su sucesor á su hijo Tulga,

640. falleció en Toledo el año 640.

Tulga. Las virtudes que adornaban á este jóven príncipe no le libertaron de las maquinaciones que armó contra él la envidia, y se asegura que fue depuesto á los dos

642. años de un feliz reinado.

Chindasvinto. Apoderóse del trono este hombre intrigante y astuto, y á pesar de que estaba prohibido erigirse rey sin anuencia de la nobleza, el tener á sus órdenes toda la milicia veterana, con la cual podia sostener la usurpacion, impidió á los grandes reclamar la infraccion de las leyes; por otra parte con su moderacion, piedad y otras buenas prendas supo adquirirse el afecto de los pueblos. No satisfecha aun su ambicion de reinar, obligó á Tulga á tonsurarse para impedirle que reclamase, y asoció á la corona á su hijo Recesvinto, lo cual por temor de una guerra civil fue consentido por los grandes; de suerte

649. que á su fallecimiento en 649 fue dueño de toda la monarquía goda.

Recesvinto. Ademas de la paz que disfrutaba entonces España contribuyó Recesvinto cuanto pudo á hacer felices

672. á sus pueblos: falleció en 672, despues de veinte y tres años y medio de reinado.

Wamba. En este hombre principal y virtuoso, prudente y guerrero á toda prueba, recayó la corona por eleccion de los grandes; pero reputando este cargo como superior á sus fuerzas, se opuso á los ruegos y aun lágrimas con que se la ofrecieron, y solo la admitió cuando un denodado capitan, desnudando su espada, le dirigió el si-

UNED

guiente razonamiento: «El deseo del bien público ha sido el único motivo de elegirte; ¿serás acaso tan osado que so-color de modestia antepongas tu particular reposo y las dulzuras de una vida independiente á la felicidad de la patria? presta desde luego tu consentimiento, ó de lo contrario morirás á los filos de este acero; pues cualquiera que rehusa contribuir al bien del estado, es un verdadero enemigo.» Cedió Wamba, y en breve tiempo hizo ver cuan acertada habia sido su eleccion. A un mismo tiempo se vió obligado á traer á su deber los vascones que se habian sublevado; á batir á Hilderico conde de Nimes, que se habia alzado con la parte de las Galias perteneciente á España, y á impedir los males que iban á sobrevenir por la traicion de Flavio Paulo, á quien habia encomendado esta empresa, el cual se habia hecho elegir rey; pero habiendo logrado Wamba sujetar en siete dias la Vasconia, marchó contra Hilderico y contra Paulo; derrotó á aquel, y haciendo á este último prisionero, su magnánimo corazon, superior á tal perfidia, no le permitió castigarle como debia, contentándose con hacerle raer la barba y el cabello, y confinarle con los demas cómplices en una prision perpetua. Tambien en su tiempo invadieron á España los sarracenos: pues dueños de gran parte del Africa, desde el Nilo hasta el Océano Atlántico, y formidables por su muchedumbre y armada, hacia algun tiempo que infestaban las costas; pero Wamba con una poderosa escuadra desbarató la de ellos. Tan repetidas victorias, y el buen régimen de gobierno que tenia establecido, con el cual hacia florecer á sus pueblos, le granjearon el amor de estos; pero no le libertaron de ser víctima de una infame conspiracion. Ervigio, pariente de Chindasvinto, deslumbrado por la brillantez de una corona cuyo peso habia atemorizado á Wamba, se propuso adquirirla por cualquier medio; y logrando que diesen al rey una bebida ponzoñosa, que aunque no le quitó la vida trastornó sus sentidos, hizo raerle el cabello y la barba, vestirle un hábito monástico, y por último que le cediese el trono. Volvió en su acuerdo al siguiente dia; pero en vez de reclamar la nulidad de tan violento acto aprovechó esta ocasion para descargarse de aquel peso que tanto repugnaba, confirmando la cesion en 680, y retirán- Años de J. C. 680.

UNED

dose al monasterio de Pampliega donde acabó sus dias á los siete años y tres meses de vida religiosa.

Ervigio. A pesar del descontento general del pueblo se granjeó su afecto por medio de un sabio gobierno; pues no solamente moderó los tributos y suavizó el rigor de las leyes, sino que condonó á muchos particulares lo que debian al erario. Congregó el duodécimo concilio Toledano, en el cual se aprobó la cesion de Wamba, y despues otros tres en que se arreglaron el dogma y disciplina. Falleció en Toledo en 687, septimo de su reinado, nombrando por sucesor á Egica, primo ó sobrino de Wamba.

Años de J. C. 687.

Egica. Aunque juró Egica cuando subió al trono amparar á la viuda é hijos de Ervigio, las continuas quejas de sus vasallos por las violencias y usurpacion de bienes que por aquellos sufrian, le obligaron á convocar el concilio XV de Toledo, el cual declaró que á pesar del juramento no debia patrocinar la injusticia. Esto motivó que no los protegiese como lo habia prometido, antes bien, segun el P. Duchesne, los persiguió con demasiado rigor; divorciándose al mismo tiempo de la hija de Ervigio, de la cual habia tenido al príncipe Witiza.

Congregaronse despues los Concilios XVI y XVII: en el primero, por haberse descubierto una conspiracion contra el rey, se excomulgó á cualquiera que atentase á su vida; y por el segundo fueron castigados los judíos que manteniendo correspondencia con los sarracenos, trataban de entregar á estos el reino. Murió Egica en Toledo hácia el año 701, á los catorce de reinado, dejando la corona á su hijo Witiza.

Octavo siglo. Años de J. C. 701.

Witiza. Ningun reinado hasta entonces habia ofrecido á los pueblos mas lisonjeras esperanzas que el de Witiza: reconocido que fue por la nobleza, moderó los tributos; alzó el destierro á los que le sufrian por orden de su padre, devolvióles todos los honores, cargos y bienes que antes gozaban, mandó quemar sus procesos, y en fin distribuyó abundantes premios y beneficios por todas partes.

702.

Pero á poco tiempo, dejándose llevar de su pasion á la lubricidad, degeneraron sus virtudes, reemplazando á estas la tiranía y el desórden, segun la conforme opinion de los historiadores. Por una parte, no satisfecho con tener en su palacio un considerable número de concubinas,

UNED

espidió un decreto por el cual autorizaba á todos para tener semejante libertad; y habiendose opuesto los obispos á tal desórden, como incompatible con la religion cristiana, publicó otro estendiendo la licencia á todos los eclesiásticos: le rogó tambien la cabeza de la Iglesia, que pusiese término y contuviese esta total depravacion de costumbres, amenazándole sino lo hacia; pero en vez de dar oidos á reclamaciones tan justas, mandó, bajo pena de muerte, que ninguno de sus vasallos le obedeciese. Al mismo tiempo para sofocar cualquiera conspiracion que se tramase contra él, ejercia una crueldad horrenda: asesinó, segun se dice, á Favila, duque de Cantabria; mandó sacar los ojos á Teodofredo, hermano de Recesvinto; y los hijos de estos, Pelayo y Rodrigo, tuvieron que refugiarse en las Asturias y Cantabria para salvar sus vidas. Finalmente, con el objeto de impedir que se sublevasen los pueblos, hizo convertir en instrumentos de labranza todas las armas de hierro y acero *(Nota 2)*, y mandó derribar los muros y fortalezas de todas las ciudades de su reino, quedando solo intactas las de Toledo, Leon, Astorga y algun otro. Sin embargo, no era posible durasen por mas tiempo semejantes escesos, y habiéndose rebelado la Andalucía proclamaron por su rey á Rodrigo: éste con el auxilio de los romanos derrotó y prendió á Witiza, mandó le sacasen los ojos, y le envió á Córdoba, donde falleció de enfermedad el año 709 ó 10. Años de J. C. 709 ó 710.

CAPITULO SEGUNDO.

Irrupcion de los sarracenos en España.

RESUMEN.

Parece que en el libro de los hados
con sangre se escribió tu nombre, España,
pues siempre de unas lides á otras lides
pasan tus armas.
Un reinado feliz se prometia
España con Rodrigo, y que borrára
las pasadas desgracias; pero ha sido
vana esperanza.

UNED

O fuese que los hijos de Witiza
excitasen las armas africanas,
ó que nuevos desórdenes trajesen
esta desgracia:
De la vecina costa pasó el moro,
Abuzara y Tarif sus huestes mandan,
y en vano el godo á contener sus miras
sale á campaña.
El Guadalete vió la lid sangrienta,
y acaso el mismo rey entre sus aguas
perdió la vida, ya perdido el cetro
en la batalla.
A Asturias, á Cantabria, y á Vasconia
huyen los restos godos: sus montañas
ocultan los valientes, y allí nace
nueva esperanza.

Años de J. C.

Rodrigo. Iguales costumbres que su antecesor tenia
711. Rodrigo: entregado á toda clase de vicios parecia insensible á los riesgos que le cercaban, y la gloria que habian adquirido los godos por espacio de trescientos años quedó sepultada para siempre por la horrenda traicion de los hijos de Witiza, los cuales resentidos de verse privados del trono, al que creian tener derecho, y exasperados por el destierro que sufrian de orden del rey, sin hallar apoyo en la nobleza goda, llamaron en su favor á los sarracenos, que deseaban hacia mucho tiempo subyugar la península por los zelos que les causaba.

Aprovechóse de esta ocasion Muza, que gobernaba el Africa en nombre de Valid, califa de Damasco, y enviando con poderoso ejército á Tarif y Abuzara, caudillos valerosos, atravesaron el estrecho de Gibraltar, saquearon los pueblos de la Bética y Lusitania, apoderáronse de todas las plazas, y finalmente derrotaron el bisoño ejército que quiso hacerles frente. Y ¿quién habia de oponerseles, estando los fuertes desmantelados, casi sin gente, y esta desprovista de armas y de cuantos recursos eran necesarios para la defensa? Tal era el estado de la península en aquella época.

714. En vano, á vista del peligro, reunió Rodrigo en 714 otro numeroso ejército, salió al encuentro del enemigo,

UNED

Batalla de Xeréz.

La traycion de los hijos de Witiza malogró todos los esfuerzos con que por ocho dias continuos habian acreditado su valor los Gódos; y precisados estos á la fuga, en que desapareció para siempre su infeliz monarca Rodrigo, recibió España el yugo de que tardó en librarse siete siglos. Grande fué su desgracia entonces; pero á ella debe siete siglos de glorias que saben embidiarla todas las naciones.

T. L. Enguid.e de ag. fec. Jf. Garrido conc.

UNED

y avistándole en los campos de Jerez de la Frontera le presentó batalla, en la que por espacio de ocho dias se hicieron prodigios de valor; pues la vil traicion que cometieron los hijos de Witiza, pasándose á los enemigos con las tropas que mandaban, decidió la suerte de las armas: les estaban encomendados los flancos del ejército; mas posponiendo el bien de la patria á sus intereses, sacrificaron impunemente á aquella, entregándola al yugo sarraceno. Debilitado de esta manera el ejército godo se entregó el resto á la fuga, único recurso que le quedaba para salvarse, y el infeliz Rodrigo, segun la opinion mas verosímil, murió ahogado en el Guadalete, pues á sus orillas se hallaron las insignias reales, confirmando este suceso el siguiente epitafio que se lee en Viseo, de Portugal, sobre un sepulcro: *Aquí yace Rodrigo, último rey de los godos.*

Despues de la derrota del ejército godo nadie pudo oponerse á los sarracenos, y aprovechándose Muza de estas circunstancias pasó á España á realizar sus proyectos de conquista. Dividió á este fin sus tropas en tres partes: la primera, á las órdenes de su hijo Abdalaziz, se dirigió contra las costas del Mediterráneo; la segunda contra las del Océano; y con la tercera, comandada por Tarif, marchó al interior del reino. Cinco años fueron bastantes para subyugar toda la España, á escepcion de algunos parajes fragosos é incultos de las Asturias, Cantabria y Vasconia; pues las plazas que no se le rendian espontáneamente eran tomadas á la fuerza, y los habitantes obligados á someterse, pereciendo bajo la cortante espada del vencedor cuantos se oponian. Consternados los pueblos abandonaron sus hogares, y los pocos que lograron salvarse de la esclavitud ó de la muerte, hubieron de retirarse á los parajes mas inaccesibles de los montes.

Apenas concluyó Muza la conquista regresó á Damasco, encomendando el gobierno á su hijo Abdalaziz, príncipe adornado de muchas relevantes prendas. Inmediatamente hizo poner en orden lo conquistado; arregló con justa proporcion los tributos; reparó los muros y fortalezas destruidas, dejando en ellas competentes guarniciones; estableció varias leyes de policía y buen gobierno, y puso su corte en Sevilla. Por otra parte con su amable carácter

UNED

se granjeó la voluntad de todos los habitantes; pero la pasion que manifestó tener por Egilona, viuda de Rodrigo, interpretada por los suyos como sospechosa, suponiendo queria alzarse con el dominio del reino, le atrajo el odio de su primo Hayub, el cual le hizo asesinar estando orando en la mezquita. Este hombre feroz le sucedió en el gobierno, y llevando sus armas á la Galia gótica se apoderó de ella, acabando con la antigua monarquía de los visigodos, que quedó reducida á algunas porciones ásperas y montuosas del pais mas delicioso de Europa.

CUARTA EPOCA.

Dominacion de los sarracenos en la mayor parte de España.

CAPITULO PRIMERO.

Reyes de Asturias, de Oviedo y despues de Leon durante dicha dominacion.

RESUMEN.

Cual la caña, que obligada
por el ímpetu del viento,
cede al pronto la victoria,
y vuelve á la lid de nuevo,
Así España en tantas guerras
se vió constante en el riesgo,
guardar valor y esperanza
para adquirir mas trofeos.
Pelayo á vista del moro
sabe poner los cimientos
de una nueva Monarquía
para mas dichosos tiempos.
Da batallas, fortifica
en el momento los pueblos
que reconquistan sus armas,
y en Leon fija su imperio.

UNED

Siguele el débil Favila,
en reinado pasajero,
despreciado de los suyos,
en paz con el agareno.
Pero el Católico Alfonso
en las lides compañero
del celebrado Pelayo,
dilató mucho su reino.
Fruela en Galicia vence
á los moros, funda á Oviedo,
quita á su hermano la vida
y muere á manos de Aurelio.
Pronto lanzára el cristiano
á los moros de este suelo,
si sus vencedoras armas
solo emplease contra ellos.
Mas las discordias civiles,
la ambicion, los desaciertos,
prolongaron las desgracias,
y mas brio al moro dieron.
Ni hubo solo este contrario,
pues los normandos hicieron
nueva invasion en Galicia
y llegaron á Cebreros.
En la época de Ramiro
los magnates descontentos
eligieron á Bermudo
y por ellos tuvo el cetro.
Gustio y Velazquez en bandos
la Castilla dividieron,
causando nuevos peligros,
dando al moro nuevo esfuerzo.
Mas leoneses, navarros,
y castellanos vencieron,
y Almanzor rindió la vida
privándose del sustento.
Los hijos de este caudillo
declaran la guerra luego
al rey de Córdoba, y ponen
sus estados en gran riesgo,
Los príncipes españoles

á su patria poco atentos,
toman parte en la contienda
y afianzan mas sus hierros.
El cetro recobró Hissem,
mas sus contrarios se hicieron
monarcas en sus provincias
formando reinos diversos.
Dos bodas unir debian
Castilla y Navarra, siendo
esta liga poderosa
destruccion del sarraceno.
Pero el conde D. García
muere á las puertas del templo,
donde iba á celebrar
el proyectado himeneo.
De este modo las pasiones
retardaron los progresos
de las cristianas banderas,
y á los moros sostuvieron.

SUCESOS PARTICULARES DE ESTA EPOCA. 850. Empieza en Córdoba el uso de empedrar las calles.--970. Descubrimiento de la Groenlandia.--1013. Se forma el cuerpo de Monteros de Espinosa. En la época de Ordoño I floreció Eulogio.

Pelayo. (Nota 3). Refugiados los españoles en las horrorosas cavernas de los montes de Asturias, se decidieron no solo á morir en su defensa antes que entregarse, sino que formaron el empeño de libertar del yugo mahometano á sus conciudadanos oprimidos. A este fin pro-
718. clamaron por su rey en el año 718, segun se asegura, á D. Pelayo, hijo de Favila y nieto de Chindasvinto, el cual habia acreditado su valor y prudencia en la batalla de Jerez, y dado á conocer su zelo por la religion católica, pues recogiendo todos los vasos sagrados, ornamentos y reliquias de las iglesias que no habian sido aun presa de los enemigos, los condujo en el centro de su pequeño ejército hasta lo mas recóndito de las Asturias. Empezada la guerra con un puñado de valientes, le acompañó constantemente la victoria á do quiera que dirigió sus armas:

UNED

siempre prudente, y nunca envanecido, solo pensaba en fortificar las plazas conquistadas tan luego como las poseia. Así se formaron los pequeños reinos de Oviedo y Leon; y á pesar de los esfuerzos que hicieron los sarracenos por contener su engrandecimiento, no pudieron conseguirlo, pues no menos valientes los españoles hacian todo lo posible por avanzar: esta lucha duró mas de setecientos años, y en tan dilatado período se vió la España cubierta de reinos católicos y musulmanes. La historia de estos tiempos nos cita muchas espediciones militares é intrigas, de las que siguiendo nuestro objeto particular solo indicaremos las mas señaladas. Falleció D. Pelayo en el año de 737, dejando por sucesor á su hijo Favila. Años de J. C. 736. 737.

Favila. Nada de interesante nos ofrece el reinado de Favila, pues por su pusilanimidad é impericia en el arte militar, y por hallarse los mahometanos entretenidos en la guerra con Francia, no se alteró la paz. Aficionado á la caza fué despedazado por un oso el año 739, segundo de su reinado, á causa de haberse alejado demasiado de los que le acompañaban. 739.

Alfonso I, el Católico. Elegido por los grandes á causa del valor que habia demostrado al lado de Pelayo, contribuyendo á sus victorias, estendió asombrosamente sus dominios desde el Océano occidental hasta los Pirineos de Aragon, y desde el mar Cantábrico hasta lo que se llama tierra de Campos en Castilla la Vieja. Sensible es que no tengamos noticia alguna de sus proezas militares; pero sí sabemos que contribuyó eficazmente á la felicidad de sus pueblos, reedificó las poblaciones arruinadas, renovó las ciudades y fortalezas, y finalmente que por su zelo en reparar los templos destruidos y restablecer en su vigor la religion cristiana, mereció el renombre de *Católico*. Era cuñado de Pelayo, y casó con su hija Ormisinda de quien tuvo á D. Fruela. Falleció en 757, dejando á su hijo por sucesor de la corona. 757.

Fruela I. Luego que subió al trono obligó (segun se dice) á los eclesiásticos á abandonar sus mujeres; pues á pesar de los cánones seguia este abuso, introducido desde el reinado de Witiza. Derrotó diferentes veces á los africanos, y particularmente á los que acaudillados por Haumar habian entrado en Galicia, de los que dejó muer-

UNED

tos en el campo de batalla cincuenta y cuatro mil. Sosegó los alborotos que sobrevinieron en la Cantabria, Vasconia y Galicia; edificó la ciudad de Oviedo, haciendo en ella un suntuoso palacio, y su reinado sería célebre por sus victorias, y por las penalidades y trabajos que sufrió, á no haberle manchado con el asesinato que solo por zelos del mando cometió en la persona de su hermano Vimarano, de carácter amable y de bellísimas prendas; pero en breve recibió el castigo de accion tan detestable, pues conjurándose contra él su primo Aurelio, le mató á puñaladas el año 768, apoderándose del cetro.

Años de J. C. 768.

Aurelio. Reinó por espacio de seis años, y vivió en paz con los mahometanos; falleció en 774, sin haber hecho otra cosa notable que la de sujetar á los esclavos y libertos que se habian sublevado contra sus señores.

774.

Silo. No habiendo dejado hijos D. Aurelio, se apoderó del trono su pariente D. Silo; pero la mucha edad de éste y su ineptitud para el gobierno le obligó á elegir por sucesor á D. Alonso, hijo de Fruela, á quien pertenecia la corona desde la muerte de su padre, y de la cual habia sido privado por su minoridad y por la ambicion de los que se la usurparon. Refrenó D. Silo á los gallegos que se habian rebelado, venciéndolos en batalla campal en las inmediaciones del monte Cebrero, y falleció en Pravia el año 783, á los nueve de reinado.

783.

Mauregato. Aunque dejamos dicho que á D. Alonso pertenecia la corona, apenas la habian ceñido sus sienes cuando fué despojado de ella por su tio Mauregato, que con auxilio de los africanos y otros sediciosos ocupó el trono, obligando al príncipe á refugiarse en la Cantabria. Hizo alianza con Abderramen, rey de Córdoba, de quien fué muy amigo; y á pesar del odio que se atrajo por este motivo, reinó en paz seis años, falleciendo en 789.

789.

Bermudo I. A pesar de los deseos de los electores por restablecer en el trono á D. Alonso, su legítimo dueño, bien fuese por temor de su justo resentimiento, ó por otra causa, le desposeyeron nuevamente de él, entregando la corona á su tio D. Bermudo, llamado el *Diácono* por haber recibido este orden en su menor edad; pero parece

UNED

que éste no la aceptó sino para dar tiempo á que la conducta de su sobrino desvaneciese los temores concebidos, pues se la cedió en cuanto los vió disipados aunque tenia hijos. Se presume que entre los godos se permitia ó estaba dispensado el matrimonio á los diáconos, con tal que no ministrasen el altar. Años de J. C.

Alonso II, el Casto. Por el amor particular que profesaba D. Alonso á esta virtud, mereció tan glorioso renombre. Enriqueció á Oviedo, su corte, construyendo la célebre Basílica del Salvador, y abatió en varias ocasiones el orgullo sarraceno; siendo digna de eterna memoria, entre las muchas victorias que reportó, la conseguida junto á Ledos, en Asturias, donde cubrió el campo de batalla con setenta mil cadáveres africanos; y la que les ganó junto á Lugo, en Galicia, de cuyas resultas despues de apoderarse de la fortaleza donde se hizo fuerte el rebelde Mahamud que se habia acogido bajo su proteccion huyendo de la venganza de Abderramen II, rey de Córdoba, pasó á cuchillo á cincuenta y cuatro mil sarracenos, y se poderó de cuantas plazas fuertes poseian hasta Lisboa, volviendo á Oviedo cargado de gloriosos trofeos. Fundó de sus conquistas el hermoso condado de Castilla, nombrando gobernadores con título de condes para que defendiesen el país de las irrupciones de los enemigos; pero bajo la dependencia de los reyes de Asturias. Falleció en Oviedo en 842, á los cuarenta y nueve años de un venturoso reinado, contados desde que le cedió la corona su tio D. Bermudo, recomendando á los grandes para que le sucediese en el trono á su sobrino D. Ramiro I, pues no dejó hijos. 793. Siglo IX. 842.

Ramiro I. Una continua serie de rebeliones, invasiones y triunfos nos ofrece el reinado de Ramiro I. En una corta ausencia que hizo á Castilla se rebeló contra él el conde Nepociano, hombre poderoso y bien quisto, y reuniendo algunos parciales intentó arrebatarle la corona; pero Ramiro logró no solamente atajar los progresos de la sedicion, batiendo á los rebeldes en las márgenes del Narcea, sino que aunque procuró fugarse el conde fué entregado al rey por dos de sus parciales, quien mandó sacarle los ojos y le recluyó en un convento donde falleció.

Poco despues intentaron los normandos desembarcar en

UNED

Gijon; pero no habiendo podido conseguirlo se hicieron á la vela para la Coruña, tomaron tierra y desolaron toda la comarca; mas presentándose D. Ramiro con sus huestes les causó una completa derrota, perdiendo ademas sesenta naves, que, hallándose próximas á la playa, fueron quemadas inmediatamente. Los que lograron salvarse tuvieron aun el atrevimiento de penetrar en el Mediterráneo por el estrecho de Gibraltar doblando el cabo de san Vicente; y á pesar de la resistencia de los mahometanos saquearon las costas, retirándose con un rico botin.

No bien apaciguadas estas turbulencias, fueron caudillos de una nueva sedicion los condes Alderoito y Peniolo con sus siete hijos, los cuales fueron presos y recibieron el condigno castigo de su crímen.

El valor, zelo y prudencia de Ramiro, con cuyas prendas libertó á su reino de tantos y tan graves males á que se vió espuesto, le granjearon justamente el amor de sus pueblos. Falleció en 850 á los ocho años de reinado.

Años de J. C. 850

Ordoño I. Subió al trono su hijo Ordoño, y acreditó ser digno de ocuparle. Valiente en la guerra, acertado en la administracion del reino, defensor zeloso de la religion, de irreprensibles costumbres, y de un trato afable y benigno, no solamente estendió sus dominios, sino que hizo felices á sus pueblos, conciliándose todo su afecto. Erigió muchos templos, reedificó varias ciudades destruidas por los africanos, y falleció de gota á los diez y seis años de reinado, en el de 866.

866.

Alonso III, el Grande. Alonso III, hijo primogénito de Ordoño, contaba solo catorce años cuando subió al trono; pero le acompañaban todas las prendas necesarias para conservarse en él; y si bien fué su reinado una maravillosa alternativa de prosperidades y traiciones, su grandeza de ánimo en la adversidad, y sus hazañas, le granjearon el glorioso renombre de *Grande.*

Apenas habia ocupado el solio y empezado á hacer florecer el reino, cuando se le sublevó D. Fruela, conde de Galicia, y apoderándose de la corona le obligó á abandonar las Asturias, teniendo que refugiarse en Castilla; pero no tuvo necesidad Alfonso de esgrimir la espada para vindicar sus derechos, pues los vasallos de Fruela exas-

UNED

perados con sus tiranías le quitaron la vida, y restituyeron al jóven príncipe la diadema. Igual éxito tuvo la rebelion de los gascones acaudillados por Eylon, el cual cayendo prisionero fué encarcelado por todo el resto de su vida.

En los últimos años de su reinado se reprodujeron estraordinariamente los traidores; pero Alfonso los sujetó á todos, sin descuidar el engrandecimiento del nombre español. Aumentó su poder con la alianza de D. Sancho Iñigo Arista, señor de Navarra; y entrando por los dominios sarracenos se apoderó del castillo de Deza ó Langa, de la poblacion de Atienza, y de las ciudades de Coimbra, Braga, Oporto, Auca, Emina, Viseo, Lamego, ademas de otras plazas y fortalezas fronterizas: logró ensanchar los límites de su reino hasta las riberas del Tajo y del Guadiana; y las jornadas de Orbigo, Celorico, Pancorvo y Zamora harán perpetuamente célebre su nombre, pudiéndose asegurar que consiguió tantas victorias cuantas fueron sus espediciones militares.

Pero cuando coronada su frente de laureles apetecia Alfonso descansar en el seno de la paz, su misma familia le preparó amargas inquietudes que contristaron cruelmente su anciano corazon. Rebelóse contra él su hijo primogénito D. García, protegido quizá por su suegro Nuño Fernandez, por la reina su madre y por sus hermanos; y aunque le tuvo preso tres años en el castillo de Gauzon, las continuas quejas que recibia por el rigor que con él habia usado, lo próxima que se hallaba la nacion á una guerra civil y sediciosa, y finalmente el mucho amor que profesaba á sus vasallos le decidieron á renunciar el trono. A este efecto congregó Córtes en 909, y á presencia de sus ingratos hijos se esplicó en estos términos: «La felicidad de mi pueblo ha sido el único objeto de mis trabajos y fatigas en mi largo reinado: mi conducta será la misma hasta el fin; mas pues pedis para el trono á D. García, resigno en él mi corona, dando el señorío de Galicia á D. Ordoño, y el de Oviedo á D. Fruela.» Confundidos de vergüenza los hijos, manifestaron su arrepentimiento prosternados á sus pies, suplicándole encarecidamente que conservase la diadema; pero firme Alfonso en su resolucion no les dió oidos, y aunque vivió

Siglo X. Años de J. C. 909.

UNED

algunos meses mas como particular, é hizo una gloriosa campaña contra los moros, solicitó antes el permiso de sus hijos. Débese á este monarca una crónica de los reyes que le precedieron.

García. Solo cuatro años disfrutó D. García el trono que habia adquirido á costa de su ingratitud; pues falleció al fin de ellos, despues de un reinado bastante glorioso, que empleó en el bien de los pueblos, en dotar varios templos y monasterios y en la repoblacion de algunas ciudades y villas. No habiendo dejado sucesor, recayó la corona en su hermano D. Ordoño II, señor de Galicia.

Años de J. C. 914

Ordoño II. La historia de los primeros años de su reinado es la de sus gloriosos triunfos. Jamás midió la espada con los sarracenos sin salir vencedor; y si quedó indecisa la victoria en la batalla de Junquera, donde se halló con sus tropas para auxiliar á D. Sancho Abarca, rey de Navarra, tambien entró despues por el territorio de los moros, y se apoderó de varias fortalezas y pueblos de Andalucía, demostrando el valor heróico que le acompañaba. No obstante, una abominable perfidia oscureció su gloria: rezeloso del engrandecimiento de los condes de Castilla, que por su esforzado valor habian conquistado esta provincia en el reinado de Alonso el *Casto*, y la defendian de las invasiones de los mahometanos, gobernandola al mismo tiempo aunque con alguna dependencia de la corte de Leon, llamó á Nuño Fernandez, Abolmondar el Blanco, su hijo Diego y Fernan Anzures, que lo eran entonces; y so pretesto de tener que comunicarles asuntos de mucha gravedad los hizo aprisionar al llegar á cierto punto señalado, conduciendolos á Leon donde les quitó la vida; sin que pueda alegarse otro motivo para cometer semejante injusticia que las infundadas sospechas que tuvo de que querian hacerse independientes: sublevaronse algunos pueblos al ver esta maldad, pero los sujetó inmediatamente. Falleció á poco tiempo cerca de Zamora en el año 924.

924.

Fruela II. Aunque dejó cuatro hijos D. Ordoño, le sucedió su hermano D. Fruela que solo reinó catorce meses: su poca energía y actividad dió lugar á que los castellanos, resentidos por la indigna muerte de sus condes,

UNED

intentasen sacudir el yugo, determinando gobernarse por jueces, y encargando á Nuño Rasura el mando político, y á Lain Calvo el militar; pero duró muy poco este sistema de gobierno, pues en el reinado de D. Ramiro II se advierte restablecido el antiguo sistema bajo la direccion de los famosos condes Diego Nuñez y Fernan Gonzalez.

Dividiase el condado de Castilla del reino de Leon por el rio Pisuerga, que teniendo su orígen muy inmediato al Ebro, corre de Norte á Sur hasta mezclar sus aguas con las del Duero. Falleció D. Fruela en 925. Años de J. C. 925.

Alonso IV, el Monje. Ocupó el trono el primogénito de D. Ordoño II llamado D. Alonso IV, el cual á los cinco años y medio de reinado se retiró al monasterio de Sahagun, abdicando la corona en su hermano D. Ramiro.

Ramiro II. Habiendose posesionado del trono, y hallándose ocupado en reunir tropas para continuar la guerra contra los moros, supo que D. Alonso, arrepentido de haber trocado la púrpura por la cogulla, se habia hecho fuerte en Leon, reclamando el solio. Sin detenerse marchó sobre aquella plaza, se apoderó de ella, é hizo encerrar en un calabozo á D. Alonso y á los hijos de D. Fruela que le protegian, y tenian sublevadas las Asturias. 930.

Disipadas las inquietudes domésticas dirigió sus armas contra los africanos, entró por el reino de Toledo, y llegando á Madrid (pueblo que era ya de importancia en aquella época) allanó sus muros é incendió sus edificios, para que no pudiesen fortificarse. Deseoso de vengarse Abderramen III, rey de Córdoba, se internó á sangre y fuego por Castilla; pero D Ramiro, noticioso del apuro en que se hallaba el conde Fernan Gonzalez marchó á su socorro, y uniendo sus fuerzas batieron al enemigo cerca de Osma, haciéndole muchos prisioneros.

No fué menos gloriosa la jornada que hizo sobre Zaragoza: dirigióse hácia ella á marchas forzadas; pero su gobernador Abu-Jahia, fuese por temor ó por astucia, se rindió inmediatamente, prestando vasallaje á D. Ramiro: éste, confiando demasiado en sus demostraciones amistosas, le dejó encargado de conservar en su nombre todas las fortalezas de la comarca; mas apenas retiró sus tropas hizo alianza Abu-Jahia con Abderramen, y con un pode-

UNED

roso ejército se arrojaron sobre Simancas: acudió el valiente Ramiro, los derrotó completamente dejando muertos en el campo ochenta mil combatientes, y siguiendoles el alcance hasta las riberas del Tormes, se renovó la accion y con ella una horrorosa carnicería, decidiendose la victoria á su favor. En la batalla de Simancas fué hecho prisionero Abenain, rey moro de Zaragoza.

Poco despues quisieron hacerse independientes de los reyes de Leon los condes de Castilla Fernan Gonzalez y Diego Nuñez; pero no solamente destruyó D. Ramiro este proyecto aprisionándolos, sino que los perdonó y contrajo alianza con su sangre, casando á su hijo Ordoño con Doña Urraca, hija del primero. Ultimamente, emprendió otra espedicion contra Talavera, en cuyas cercanías destruyó un ejército de diez y nueve mil sarracenos, haciendo ver que la edad no habia aun disminuido su valor. Falleció en Leon en el año de 950, y fué sepultado en la iglesia del Salvador, cuyo convento habia edificado.

Años de J. C. 950.

Ordoño III. Sucedió en el trono á D. Ramiro su hijo mayor Ordoño; pero Sancho su hermano trató de destronarle, favorecido del conde Fernan Gonzalez y de D. García rey de Navarra: mas habiendose hecho fuerte en Leon, cuya ciudad estaba bien fortificada, conocieron los confederados la dificultad de rendirla, y se volvieron á sus casas.

Poco despues tuvo que sosegar otra conmocion que sobrevino en Galicia, sin saberse el motivo; y hallándose con fuerzas suficientes para batir á los sarracenos, entró por la Lusitania, taló y arrasó varias campiñas y poblaciones, y saqueando á Lisboa regresó á Leon cargado de trofeos. Logró por este medio hacerse respetable á sus enemigos y rebeldes; por lo que el Conde su suegro solicitó volver á su gracia, y no solo la alcanzó sino tambien los auxilios necesarios para reprimir la osadía de los moros que cubrian de estragos toda aquella tierra, llegando ya hasta san Esteban de Gormaz. Falleció en 955, al quinto año de su reinado.

955.

Sancho I, el Craso Era á la sazon de menor edad D. Bermudo, hijo de Ordoño III, y valiendose de la ocasion D. Sancho, llamado el *Craso* por su excesiva gordura, se apoderó del trono; pero al segundo año de reinado le derribó D. Ordoño, llamado el *Malo*, hijo de D. Alfon-

UNED

so el *Monje*. Acudió Sancho á su tio D. García, rey de Navarra, solicitando socorros; y éste so pretesto de que los médicos africanos hallarian medios para disminuir su crasitud, le remitió á Abderramen rey de Córdoba, pidiéndole que auxiliase á su sobrino á fin de volver á ocupar el trono de que le habian desposeido. Logró en efecto que el moro le prestase fuerzas, y aun de que sus médicos le curasen; y Ordoño se vió en la dura necesidad de refugiarse entre los moros, pues no halló proteccion en ninguno de sus parientes por haberse hecho odioso á causa de sus desórdenes y tiranía.

Sospechan algunos escritores que D. Sancho, en reconocimiento al favor que recibió de los africanos, les ofreció no impedir que se apoderasen del condado de Castilla; y la conducta que observó durante la irrupcion justifica mucho esta sospecha.

Invadió, en efecto, el rey de Córdoba con formidable ejército los estados de Castilla; pero el conde Fernan Gonzalez, aunque sin auxilios de D. Sancho y con menores fuerzas, atacó al mahometano cerca de Hasiñas, y despues de tres dias de continuo conbate quedaron completamente derrotadas las lunas africanas.

Recibió el conde solemnes diputaciones de todas las ciudades y provincias por la felicidad de sus armas; y aun el rey de Leon, disimulando su envidia, le envió una embajada para felicitarle, convidándole á la asistencia de unas Córtes en que suponia habian de tratarse asuntos de mucha gravedad, aunque con solo el objeto de apoderarse de su persona: mas lo bien acompañado que fué el Conde, frustró á D Sancho tan alevoso intento.

De acuerdo D. García rey de Navarra, con el de Leon, propusieron al Conde, que se hallaba viudo, el enlace con Doña Sancha, infanta de Navarra: accedió á la proposicion y partió al efecto á Pamplona; pero como no llevase mas que una pequeña comitiva, aunque bizarra, aprovechó el navarro esta ocasion para sus intentos, poniendole en un calabozo, de donde solo pudo sacarle el amor de Doña Sancha, que huyendo con él hasta Burgos, realizó un matrimonio en que el reconocimiento disputaba preferencias al amor y á la ternura.

Enfurecido D. García al ver que se habia salvado la

UNED

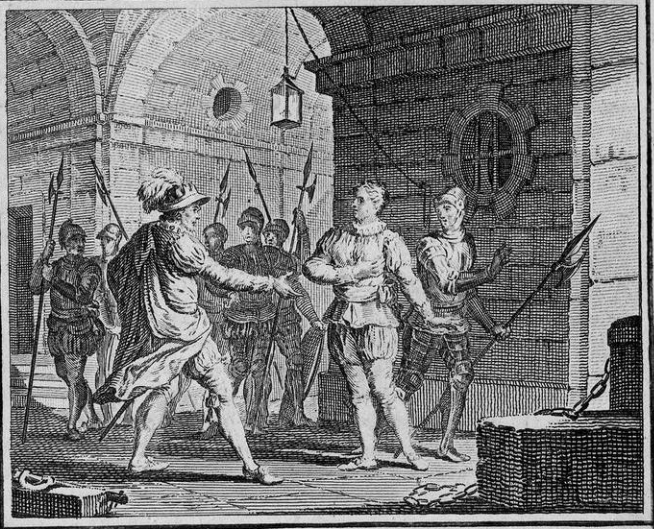
víctima que queria inmolar á su envidia y á la de D. Sancho, le declaró la guerra é introdujo sus tropas por Castilla, provocando al Conde á un combate; pero en él fué derrotado el ejército navarro, y hecho prisionero D. García. Trece meses estuvo preso en una fortaleza, y al cabo de ellos debió la vida, la libertad y la corona á los ruegos de su hermana Doña Sancha, y á la estremada generosidad de su cuñado, superior á todas las impresiones de la venganza. No desistió por eso de sus perversos designios el rey de Leon: llamó nuevamente al Conde so pretesto del bien comun; y este no juzgando capaz á su enemigo de una perfidia tan detestable, y confiando demasiado en su escolta, se halló por su imprudencia otra vez preso; mas su esposa Doña Sancha, sobreponiéndose á la debilidad de su sexo y sin reparar en obstáculos tratándose de la libertad de su amado Conde, fingió una peregrinacion á Santiago de Galicia, pasó por Leon, obtuvo permiso del rey para ver á su esposo, y habiéndole persuadido, no sin dificultad, á que trocase con ella los vestidos y la dejase en la prision, unos caballos preparados de antemano le pusieron inmediatamente fuera de los dominios leoneses. Por algun tiempo dudó el rey de Leon si deberia castigar esta accion como atrevimiento contra la magestad, ó aplaudirla como un rasgo generoso del amor conyugal; mas esforzándose á borrar con la generosidad la torpeza de su anterior conducta, no solo puso en libertad á la Condesa, tributándola los mayores elogios, sino que la condujo en triunfo hasta la corte de Burgos.

Años de J. C. 965.

Interin los reyes de Leon y de Navarra se ocupaban en negocios tan indecorosos, preparábanse los moros para continuar sus conquistas; y apenas habia salido de la prision el conde Fernan Gonzalez cuando se dirigieron á la plaza de Leon y la tuvieron largo tiempo sitiada; pero el esfuerzo de sus habitantes los rechazó con bastante pérdida. Poco despues se rebeló contra D. Sancho el conde D. Gonzalo, gobernador de la parte superior del Duero, el cual viéndose alcanzado arrojó las armas y solicitó el perdon. Concedióselo el rey, pues solo anhelaba la tranquilidad y felicidad de sus pueblos; mas el infame Conde cometió la traidora bajeza de envenenarle con una manzana, de lo que falleció á pocos dias en 967.

967.

UNED



La consorte fina.

Atraido á Leon por la perfidia del Rey D.n Sancho el Conde de Castilla Fernan Gonzalez, fué preso; pero D.a Sancha, su esposa, volando á Leon con otro pretexto, y obtenido permiso del Rey para ver á su marido, trocó el trage con este, facilitó su fuga, y quedó en la prision por su esposo. El Rey sintió el engaño; pero hizo justicia luego al amor de la Condesa. Hay acciones tan grandes, que hasta del odio triunfan.

T.L. Enguid.s de ag. fic. Jf. Garrido conc.

UNED

UNED

Ramiro III. Sucedió á D. Sancho, su hijo D. Ramiro III de este nombre; el cual siendo de corta edad, quedó bajo la tutela de su madre y tia, princesa de mucho talento. En el primer año de su reinado hicieron otra irrupcion los normandos, los cuales, arribando á las costas de Galicia, arrasaron toda la comarca hasta Cebreros; pero fueron acometidos tan denodadamente por las tropas que reunió el conde D. Gonzalo, que unos fueron pasados á cuchillo y otros murieron abrasados en el incendio de sus naves.

Al mismo tiempo fué desolada la Castilla por los sarracenos acaudillados por el señor de Alava D. Vela, deseoso de vengarse del conde Fernan Gonzalez usurpador de sus estados, llegando á tal estremo su furor que volvieron al poder de los infieles Simancas, Dueñas, Sepúlveda, Gormaz y otras plazas; y olvidando los tratados hechos con Leon, entraron por sus dominios, sitiaron á Zamora, y la arrasaron hasta los cimientos. Falleció el conde Fernan Gonzalez estenuado por la edad, trabajos y disgustos en 970, dejando por sucesor á su hijo D. García Fernandez. Años de J. C. 970.

Por otra parte, la prudencia y orden que dirigieron los primeros pasos de Ramiro, durante su tutela, desaparecieron tan luego como fué emancipado por el himeneo; y su altivez, orgullo é inexperiencia le acarreó el odio de los grandes, que deponiendole eligieron por rey á D. Veremundo ó Bermudo II, hijo natural de D. Ordoño III. Tan estraordinario acontecimiento abrió los ojos á Ramiro, y reuniendo un poderoso ejército marchó contra Bermudo, que se hallaba cerca de Portilla de Arenas: combatieron con el mayor denuedo ambos competidores; pero habiendo quedado indecisa la victoria se retiró cada uno á sus estados. Debe creerse que transigieron, pues habiendo fallecido D. Ramiro en 982, se halló D. Bermudo rey de Galicia y Leon. 982

Bermudo II. Parece que no empuñó el cetro sino para ser el blanco de las desgracias. Al paso que las guerras intestinas causadas por la rivalidad de las casas de Velazquez y de Gustio tenian dividida la Castilla, puesto en combustion los estados de Leon y de Galicia, y debilitada la Navarra, los mahometanos iban apoderándose de

UNED

las plazas de que habian sido desposeidos, acaudillados por Almanzor volvieron á sufrir el yugo mahometano Barcelona, Pamplona, Santiago y otros pueblos; y aun la corte de Leon hubiera tenido igual suerte si D. Bermudo, saliendo á su encuentro, no hubiera impedido sus progresos, pues aunque fué derrotado consiguió que defiriesen sus proyectos hasta el siguiente año de 995. Volvieron entonces sobre Leon; pero la defendió tan heróicamente por espacio de un año su gobernador D. Guillen Gonzalez, que no se apoderaron de ella hasta que fueron arruinados todos sus muros, y muerto su valeroso comandante, que á pesar de hallarse enfermo se hizo conducir en brazos á donde era mayor el peligro, sacrificando gloriosamente su vida por la patria con todos sus intrépidos soldados.

Años de J. C. 995.

Poco despues se posesionaron los africanos de Astorga y Valencia de D. Juan; y al año siguiente, no pudiendo estender sus conquistas por las Asturias, volvieron á Castilla, cayendo en su poder la mayor parte de sus plazas y fortalezas, igualmente que de la Lusitania y Galicia, llevando por todas partes la desolacion, el cautiverio y la muerte. Tales fueron las resultas de las guerras civiles, que puede asegurarse no quedaron mas estados á los príncipes cristianos que rocas escarpadas, montañas inaccesibles y vasallos fugitivos.

Felizmente, en medio del desastroso estado de casi toda la península, se confederaron el rey de Leon, el de Navarra y el Conde de Castilla, y reuniendo sus fuerzas atacaron al moro en las fronteras de Leon y Castilla, junto á Calacanazor, derrotándole tan completamente que recobraron la mayor parte de las plazas que les habia usurpado. Avergonzado Almanzor de verse vencido se dejó morir de hambre en Medinaceli, dos años despues del fallecimiento de D. Bermudo acaecido en 999.

999.

Alonso V. Siendo todavia niño D. Alonso, fué encomendada su educacion á los condes de Galicia D. Melendo Gonzalez y Doña Mayor, que regentaron con suma prudencia el reino durante su minoridad.

La rebelion de Abdelmelic y Abderramen, hijos de Almanzor, contra Hissem rey de Córdoba, ocurrida durante este reinado, no solamente ocasionó la desmembracion de

UNED

aquel reino, sino la decadencia del poder mahometano; pues por sólidos que sean los fundamentos en que se apoye un imperio, siempre sucumbe bajo la corrosiva caries de la discordia.

Por desgracia tomaron parte los príncipes españoles en esta contienda, en vez de aprovechar tan feliz coyuntura para libertar á la nacion del ominoso yugo sarraceno; pero aunque recobró Hissem el cetro de que habia sido desposeido, su poder no era ya sombra del que antes tenia, pues todos sus competidores se erigieron en soberanos, gobernando cada uno las ciudades de que habia logrado apoderarse. Sevilla, Toledo, Valencia, Zaragoza, Orihuela, Murcia, Almería y otras reconocieron señores independientes; mas los monarcas cristianos conociendo al fin cuánto les interesaba acabar con el enemigo comun unieron sus fuerzas, recobraron todas las plazas usurpadas, y entregaron al pillaje los reinos de Córdoba y de Toledo.

Siglo XI. Años de J. C. 1027.

Dirigió Alonso sus armas hácia la Lusitania, y obligó á los africanos á repasar el Duero; pero habiendo puesto sitio á Viseo, con el designio de arrojarlos de la otra parte del Tajo, fué muerto de un flechazo en el año 1027.

Bermudo III. Hacia poco tiempo que habia fallecido el conde de Castilla D. Sancho, dejando casada á una de sus hijas llamada Doña Mayor ó Doña Elvira, con el rey de Navarra D. Sancho II; y siendo ocasion muy oportuna para estrechar los vínculos que debian unir á los príncipes mas poderosos de España, á fin de arrojar de toda la península á los africanos y evitar las funestas consecuencias de las rivalidades que hasta entonces continuamente reinaron, casó Doña Jimena, hermana de Doña Elvira, con D. Bermudo III, sucesor de Alonso V, y el nuevo conde de Castilla llamado D. García se enlazó con Doña Sancha, hermana de Don Bermudo.

Deseoso D. García de ver á su futura esposa dejó en Sahagun su comitiva, y presentándose en Leon, donde habian de celebrarse los desposorios, acompañado solo de algunos hidalgos castellanos, fué asesinado en los umbrales de un templo por los hijos de D. Vela, ansiosos de vengar los agravios que suponian haber recibido su padre del difunto Conde.

Habiendo recaido por su muerte todos los derechos al

UNED

condado de Castilla en su hermana Doña Mayor, se engrandeció el poder del rey de Navarra; pero no satisfecha aun la ambicion de éste, y sabiendo que al fallecimiento del rey de Leon D. Bermudo pertenecia la corona de Castilla á Doña Sancha su hermana sino dejaba sucesion, rompió por sus dominios con crecidas fuerzas, se apoderó sin resistencia del pais contenido entre los rios Pisuerga y Cea, y obligó á D. Bermudo á refugiarse en Galicia; mas éste seguro del amor de sus vasallos, que no querian someterse al dominio de ningun extraño, se halló bien pronto en disposicion de defender sus derechos: por mediacion de varios prelados se transigieron aquellas diferencias en virtud de varias cesiones que recíprocamente se hicieron, y del matrimonio de D. Fernando, hijo segundo de D. Sancho, con Doña Sancha, hermana de D. Bermudo, que estaba prometida al desgraciado conde de Castilla. Poco despues dividió D. Sancho entre sus hijos sus dominios y falleció en 1035.

Años de J. C. 1035.

Deseoso D. Bermudo de recobrar las posesiones que en el último tratado habia cedido contra su voluntad, y creyendo serle fácil entonces por la muerte de su competidor, se apoderó de algunos pueblos; pero apenas lo habia hecho cuando saliendo á su encuentro D. Fernando le atacó en el valle de Tamara, cerca de Carrion, y habiéndose introducido D. Bermudo por entre los escuadrones enemigos en lo mas recio del combate, halló la muerte en un bote de lanza que le atravesó de parte á parte en 1037, quedando el campo y el reino de Leon por D. Fernando y Doña Sancha. Con este motivo se extinguió la segunda línea masculina de los reyes godos procedentes de D. Pelayo y D. Alonso el *Católico*, todos los cuales á pesar de sus esfuerzos durante mas de trescientos años por libertar á su patria del yugo de los mahometanos, casi no habian recobrado aun la mitad de lo que estos ocuparon en cinco.

UNED

QUINTA EPOCA.

CAPITULO PRIMERO.

Reyes de Castilla y de Leon.

RESUMEN.

D. Fernando primero que en sí une
el leones y el castellano cetro,
reforma las antiguas leyes godas;
busca con otras nuevas el remedio
á los pasados males; tranquiliza
los exaltados ánimos, y luego
á los moros arroja de Galicia,
y cuantas plazas entre el Tajo y Duero
miran la media luna en sus murallas
reciben de Castilla el pendon regio.
Nuevas victorias á estos triunfos siguen
en la nueva Castilla, y aun Toledo
sus leyes recibiera, si mas dócil
no comprase la paz pagando un feudo.
Entre tantos laureles, la desgracia
le quiso sorprender: sabe que enfermo
está el rey de Navarra, pasa á verle,
y debe á su fortuna no ser preso
por orden del traidor y aleve hermano.
A Burgos este va, con el pretesto
de pagar cariñoso la visita,
y Fernando le arresta; mas bien presto
huye de la prision, abiertamente
la guerra le declara: para esto
busca aliados, y con ellos entra
por la llana Castilla: hubo momentos
en que fué vencedor, pero una lanza
en el campo le quita vida y reino.
Queda rey de Navarra D. Fernando,
pero al huérfano príncipe aquel cetro
entrega generoso: quiere el moro
el yugo sacudir, el de Toledo

UNED

con otros se reune : y Doña Sancha
viendo la triste suerte de los pueblos
forma un erario con sus propias joyas,
rechaza al atrevido sarraceno
y Fernando dilata sus dominios.
Por desgracia este príncipe guerrero
y cristiano y magnánimo , que tanto
su reino engrandeció , luego en el lecho
de la muerte sembró de las desgracias
la semilla fatal. Dividió el reino
cual amoroso padre entre sus hijos,
pensando que tambien reinaran ellos
sin ambicion y en paz ; pero bien pronto
cada cual con su cetro no contento
dilatar pretendió sus posesiones,
y los que antes formaban solo un pueblo
ahora como enemigos implacables
se declaran la guerra á sangre y fuego.
Despues de larga serie de desgracias
renacen con Alfonso los trofeos
de las cristianas armas : quita al moro
el poderoso reino de Toledo.
Talavera , Madrid , Guadalajara
obedecen sus leyes , pero el yerro
de dar auxilio al moro contra el moro
su corona y su vida en mucho riesgo
llegó á poner : ni con el triunfo mismo
la paz pudo lograr : combates nuevos
en la Navarra y Aragon , la suerte
le obligó á sostener ; tambien vinieron
con Alí nuevas fuerzas africanas ,
y los campos de Uclés perecer vieron
al príncipe D Sancho , y siete condes
que las huestes mandaban : tanto riesgo
no intimidó al Monarca , vengó á su hijo,
y arrolló hasta Sevilla al moro fiero.
Urraca fué heredera de su padre ;
pero al ver que con armas pide el reino
Alonso de Aragon , le da la mano
por conservar el solio. ¡ Cuán funesto
fué tan violento enlace ! Ella abandona

UNED

su esposo y su palacio: descontentos
la siguen á millares: á su hijo
D. Alonso Ramon clama el gallego
por rey; de aquí nacieron otras guerras,
y aunque al fin, anulado el casamiento
orígen de los males, parecia
que reinára la paz, disturbios nuevos
entre Urraca y su hijo se presentan,
que solo terminaron falleciendo
la que los produjera. Queda Alonso
tranquilo poseedor de los tres reinos,
gana al aragonés con su prudencia,
vuelve sus armas contra el sarraceno,
á Córdoba, Jaen, Guadix, Baeza,
y Almería, conquistan sus guerreros,
y él arrojára de la España al moro,
si á su mucha ambicion pusiera freno.

SUCESOS CELEBRES DE ESTA EPOCA. En 1110 empezaron las corridas de toros.—En 1118 se fundó la orden militar de los Templarios.

Fernando I y Sancha. Por este monarca empieza la dinastía de los reyes de Castilla, cuyo nombre tomó esta hermosa provincia de los castillos que poblaron y servian de apoyo á varios señores. Estos contribuyeron en gran parte á los progresos de su conquista en el reinado de D. Alonso el *Casto*; pero no satisfechos con haberla gobernado desde entonces por mas de dos siglos con el dictado de Condes, aspiraron á hacerse independientes de la corte de Leon, de quien con ciertas restricciones habian recibido esta gracia, llegando á ser poderosos y temibles y manteniendo á los pueblos en continua guerra muchos años; hasta que finalmente se erigieron en soberanos absolutos, aunque sin el título de reyes. La memoria de algunos de ellos será no obstante eterna en los fastos de la historia por sus proezas. Años de J. C. 1037.

Apenas ocupó D. Fernando el trono de Castilla y de Leon dió muestras evidentes del amor que profesaba á sus súbditos, y de que solo aspiraba á granjearse el suyo. Re-

UNED

formó las leyes godas; estableció otras análogas á aquellas circustancias; y por este medio, dulcificando los ánimos exasperados de los grandes que le eran poco adictos, llegó al colmo su poder. Una invasion que intentaron hacer los sarracenos en Galicia le proporcionó ocasion para declararles la guerra, pues deseaba que la cerviz española sacudiese su yugo; marchó contra ellos, entró por Estremadura á sangre y fuego, apoderóse de cuantas plazas ocupaban los infieles entre el Tajo y Duero, y la obstinada resistencia que opusieron las fortalezas de Cea, Viseo, Lamego y Coimbra (*Nota* 4) solo sirvió para realzar tantas y tan repetidas victorias.

Escarmentados los africanos por esta parte, tuvo que regresar á Castilla para oponerse á las correrías que estaban haciendo por sus fronteras. Inmediatamente se hizo dueño de San Esteban de Gormaz, Vado del Rey, Berlanga, Aguilera, Santa María y otros fuertes; y asegurados por estos puntos los confines de su reino dirigió sus armas contra Castilla la Nueva, posesionándose de Talamanca, Uceda, Guadalajara, Alcalá de Henares y Madrid. La misma suerte iba á sufrir Toledo; pero su rey Almamon, conociendo la imposibilidad de defenderse, pidió la paz al vencedor, ofreciendo mantener el reino en feudo de Castilla: fué admitida la proposicion por el magnánimo Fernando; pero bien pronto tuvo motivo para arrepentirse de su nimia confianza.

Se estaba disponiendo D. Fernando para continuar las conquistas hasta mas allá del Guadiana, cuando supo que su hermano D. García III, rey de Navarra, se hallaba gravemente enfermo en Nájera. Pasó á visitarle; pero en vez de apreciar el doliente accion tan cariñosa no pudo por mas tiempo disimular la envidia que le devoraba, y resolvió aprisionarle con el fin de obligarle á ceder en su favor algunos estados. Huyó con disimulo D. Fernando; y viendo D. García malogrado su intento, procuró sincerarse con su hermano afectando ser inocente. Supo poco despues que se hallaba indispuesto D. Fernando, y se presentó en Burgos con pretesto de pagarle la visita y recobrar su confianza; mas D. Fernando conociendo su perfidia le hizo arrestar en el castillo de Cea, de donde se fugó por medio del soborno. Deponiendo ya todo mi-

UNED

ramiento, y habiendo hecho alianza con los régulos de Zaragoza y Tudela, introdujo su ejército por Castilla, presentando combate á las tropas castellanas que bien apercibidas le aguardaban en el valle de Atapuerca. En vano despachó D. Fernando personas respetables á fin de desarmar su cólera, proponiéndole partidos ventajosos; pues sordo á las voces de la sangre y de la humanidad se arrojó con furor sobre las huestes castellanas, las derrotó, y casi gozaba ya del funesto placer de la venganza, cuando fué muerto de un bote de lanza. Años de J. C. 1054.

Por su muerte ocurrida en 1054 recayó la corona de Navarra en D. Fernando; pero éste en vez de privar á su inocente sobrino del cetro que habia perdido por la temeridad de su padre, tuvo la generosidad de cederle en favor del huérfano D. Sancho. ¡Bello ejemplo de moderacion cristiana, que antes tuvo pocos originales, y despues no ha tenido muchas copias!

A favor de estas inquietudes domésticas intentaron los sarracenos sacudir el yugo de los príncipes cristianos. El rey moro de Toledo, negándose tributario, se declaró independiente, y se previno á la defensa. Por otra parte los mahometanos de Zaragoza, Murcia, Valencia y Mancha entraron por sus tierras esparciendo el terror y la muerte. Las circunstancias del reino de Castilla eran demasiado críticas: exhausto el erario con tan continuas campañas, y recargados los vasallos con excesivos impuestos, era casi imposible la resistencia, si la heroicidad de Doña Sancha no hubiese vencido todos los obstáculos. Enagenóse de muchas de sus joyas y pedrerías, y empeñando las restantes logró con sus productos levantar un numeroso ejército, el cual mandado por D. Fernando redujo á su deber á los vasallos mahometanos, y estendió sus dominios.

Por desgracia se acercaba el fin de sus dias, y conociéndolo este Príncipe, grande en lo cristiano, rey y capitan, distribuyó entre todos sus hijos los estados, á pesar de que la política repugnaba esta disposicion, y debia producir como produjo fatales consecuencias: era padre, y no quiso privar á sus menores hijos de la herencia paterna, por la sola circunstancia de haber nacido mas tarde. Acometido de una grave enfermedad falleció en

UNED

Años de J. C. 1065. 1065, habiendo adjudicado el reino de Castilla á su primogénito D. Sancho; el de Leon á Alfonso; el de Galicia á García; nombrado á Urraca por señora soberana de Zamora, y señalado á Elvira el señorío de Toro con igual preeminencia.

Sancho II. No siempre los hijos heredan las virtudes de los padres; pero la falta de esta herencia poco mortificaba á D. Sancho. Apenas falleció su madre Doña San- 1067. cha en 1067, manifestó que á él solo pertenecia cuanto poseian sus hermanos, y se dispuso á despojarlos: dirigió primero sus armas contra los estados de Leon, y habiendo salido D. Alfonso á su defensa, perdió éste la batalla de Llantada; pero auxiliado despues por D. García su hermano, logró abatir el orgullo de D. Sancho en la de Volpejar. Acaso no hubiera sido privado del reino si en vez de permanecer en una reprensible inaccion hubiera estado dispuesto para rechazar el denuedo con que le atacaron al dia siguiente las tropas castellanas, de cuyas resultas fué preso, conducido á Burgos, obligado á trocar la púrpura por la cogulla, y á residir en el monasterio de Sahagun, única gracia que por los ruegos de Doña Urraca le concedió su hermano. Detúvose sin embargo poco en su retiro, pues á persuasion de la infanta pasó á Toledo, y su rey Almamon se declaró protector suyo.

1071. Ocupado el reino de Leon marchó D. Sancho contra Galicia, de que se apoderó sin resistencia. Acogióse el destronado García al rey de Sevilla Aben-Hamet, suplicándole le auxiliase contra su hermano, ofreciendo que despues conquistaria para él el reino de Castilla; pero el moro le respondió: «Quien no ha podido conservar su reino, mal podrá quitar á D. Sancho los de Castilla y Leon.» Pasó en seguida D. García á Portugal, y habiéndosele agregado un corto número de moros portugueses y algunos vasallos emprendió la reconquista de varias plazas fronterizas de su reino; pero acudiendo D. Sancho á su defensa le atacó cerca de Santaren, quedando vencido y preso D. García.

Restaba solo á D. Sancho para saciar su desenfrenada ambicion apoderarse de Zamora y Toro, único patrimonio de sus dos hermanas: puso sitio á la primera; pero la infanta Doña Urraca que se hallaba dentro de sus mu-

UNED

ros sostuvo la plaza por el valor de un corto número de tropas escogidas, y por las acertadas disposiciones de su gobernador Arias Gonzalo, terminando el sitio con la funesta muerte del sitiador. Engañado D. Sancho por un fingido desertor llamado Vellido Dolfos, que salió de la plaza, y prometió descubrirle el paraje por donde mas fácilmente pudiese ser tomada la ciudad, se alejó bastante de los suyos sin precaucion alguna, y el supuesto fugitivo logró asesinarle refugiándose despues en Zamora. Acaeció su muerte en 1072.

Años de J. C. 1072.

Alonso VI. Noticioso D. Alonso de lo sucedido en Zamora partió á reunirse con su hermana, que le aguardaba para deliberar en tan críticas circunstancias. Reintegróse D. Alonso de todos sus derechos, pues le amaban mucho sus vasallos; pero el reino de Castilla que tambien le pertenecia se opuso á reconocerle sino juraba antes no haber tenido parte en el asesinato de su rey. Sometióse aunque con disgusto D. Alonso á esta condicion, y presentandose en Burgos prestó por tres veces en manos del famoso Cid, y á presencia de toda la nobleza castellana, aquel solemne juramento, con el cual quedó reconocido por soberano de Castilla y Leon.

Aunque se creia con derechos á la corona de Galicia, de la cual habia sido despojado su hermano D. García, respetó la última disposicion de su padre; pero el que habia reputado como usurpaciones las conquistas de D. Sancho quiso despues apoyar en ellas mismas sus nuevas pretensiones, y si bien esperimentó alguna oposicion por parte de los gallegos, se allanaron todos los obstáculos con la prision y muerte de su monarca.

Era Alfonso un príncipe marcial, intrépido, guerrero, hombre de genio superior; pero moderado, prudente, con gran fondo de bondad, nobles inclinaciones, y corazon benéfico y generoso. Pacífico poseedor de las tres mayores coronas de España, defendió á Almamon, rey de Toledo, de los ataques del rey de Córdoba, correspondiendo así á los favores que aquel le habia dispensado anteriormente; pero muertos Almamon é Hissem su hijo, considerandose ya libre del empeño contraido, formó la resolucion de conquistar aquel reino. Acudieron infinitos guerreros de Aragon, Navarra, Francia, Italia y Alema-

UNED

nia á reunirse bajo sus banderas; y por espacio de siete años sufrieron todos los horrores de la guerra los pueblos comarcanos á la capital, la cual, despues de un obstinado asedio, se rindió el dia 25 de marzo de 1085, á los trescientos sesenta y tres años de haber sido ocupada por los africanos. Otras muchas plazas fuertes desde el Tajo hasta Guadiana, y entre ellas Talavera, Madrid y Guadalajara, cayeron en poder del vencedor; pero tan floridos laureles se marchitaron bien pronto por una falta de política muy reprensible.

Habiase casado Alfonso en cuartas nupcias con Zayda, hija de Aben-Hamet, rey moro de Sevilla, y de ella tuvo á su hijo único el infante D. Sancho. Orgulloso el africano con tan ilustre alianza concibió el proyecto de apoderarse de cuanto su nacion poseia entonces en España, confiado en la division que reinaba entre los moros españoles, pues habia tantos reinos diferentes cuantas ciudades principales ocupaban, y asimismo en que D. Alfonso se empeñaria en favor suyo. En efecto, no tuvo el monarca cristiano valor para negar á los halagos de Zayda lo que pedia la ambicion de Aben-Hamet; y confederado con éste, pidieron ambos un ejército auxiliar á Jucef Tefin, rey de los almoravides africanos. Llegó efectivamente el socorro á las órdenes de Alí; pero apenas se unieron las tropas mahometanas se desavinieron los caudillos, y llegaron á las manos; pereció en el combate Aben-Hamet, y quedó Alí dueño de cuanto aquel habia poseido. Envanecido con esta victoria se proclamó rey; y queriendo conquistar todos los reinos que los cristianos ocupaban, entró por el de Toledo á sangre y fuego, reduciendo á cenizas lo que no podia serle útil. Conociendo al fin D. Alonso su desacierto salió al encuentro; y aunque dos veces derrotado, una junto á Roa, y otra cerca de Badajoz, consiguió al fin arrojarle de todos sus estados, penetrar hasta Sevilla, sitiarle en su misma corte, y obligarle á reconocer el señorío de Castilla, satisfaciendo los gastos de la guerra.

Un nuevo acontecimiento, originado del mismo yerro que el anterior, le impidió gozar en paz la gloria de sus triunfos. Irritado Tefin contra el rebelde Alí desenbarcó con un poderoso ejército, le sitió en Sevilla, y obligándole á entregarse le cortó la cabeza. Era muy probable

UNED

que despues tratase de hacer nuevas conquistas; y previéndolo D. Alonso pidió auxilio á otros príncipes, y con ellos no solo obligó á Tefin á refugiarse en lo interior de sus estados, sino á embarcarse para Africa.

Apenas habia concluido esta espedicion cuando se vió empeñado en otra nueva guerra. Asesinado el rey de Navarra D. Sancho III por dos hermanos suyos, se acogieron bajo la proteccion de D. Alfonso el hijo y demas parientes del difunto, suplicándole vengase su muerte, y renunciando en él todos sus derechos á aquella corona. Accedió el monarca castellano, y en brevísimo tiempo se apoderó de casi todos sus dominios. Creyóse entonces tambien con derecho á dilatar el término de los suyos D. Sancho I rey de Aragon; y haciéndose dueño de varias plazas, persiguiendo á los asesinos que se habian refugiado entre los moros, puso sitio á Huesca. Zeloso D. Alfonso de tan rápidos progresos, no solo se negó á auxiliarle como se lo pidió, sino que cometió la felonía de favorecer al rey moro de Huesca; sin embargo, no pudo socorrer la plaza, y aunque en el sitio fué herido mortalmente D. Sancho por una flecha, se apoderó de ella su valeroso hijo D. Pedro, despues de una horrorosa batalla dada en los llanos de Alcañiz, en la que quedaron cuarenta mil cadáveres.

Aun le estaba reservado al rey de Castilla el golpe mas cruel y sensible. Murió Jucef Tefin, dejando por sucesor á su hijo Alí; y aprovechándose éste de los disturbios que agitaban á España, desembarcó con poderoso ejército, el cual aumentaron los moros españoles. Dirigióse desde luego á Castilla, y no pudiendo D. Alfonso ponerse al frente de sus tropas por sus achaques dió el mando á su hijo único D. Sancho, jóven de pocos años, acompañado de D. García de Cabra y otros seis condes, soldados de mucha reputacion. Caminaba victorioso el sarraceno por entre un monton de ruinas y cadáveres; y avistando al castellano en las cercanías de Uclés le arrolló, dejando muertos en el campo á D. Sancho con los siete condes y gran parte del ejército. Siglo XII. Años de J. C. 1110.

Inconsolable Alfonso por la muerte de su hijo, pero enardecido en deseos de vengarla, sobreponiendose á su ancianidad y dolencias apareció á la cabeza de sus tropas,

UNED

y entrando por Andalucía persiguió á sus enemigos hasta las murallas de Sevilla, borrando así la afrenta de la anterior jornada; aunque sin cerrar la herida que su coraAños de J. C. zon habia recibido. Esta le ocasionó una grave enfermedad que padeció dos años, falleciendo de sus resultas en 1109. Toledo, á los 63 de edad, en el de 1109.

Urraca. Hallóse heredera de todos los estados de su padre la infanta Doña Urraca, hija primogénita de D. Alonso el *Bravo*, viuda del conde Raymundo de Borgoña, del que tuvo un hijo llamado Alfonso; pero creyendose con derecho á la corona Alonso I, rey de Aragon, introdujo sus trópas por Castilla, y la reina para desarmar su furia admitió su mano, aunque con suma repugnnacia por su parte y disgusto de toda la nobleza. Tan violento enlace no podia menos de causar funestas consecuencias; pues queriendo contener D. Alonso á la reina en su conducta, que no era muy arreglada, abandonó esta el palacio, y pasando á Castilla se atrajo un considerable número de descontentos por el gobierno de un príncipe estraño. Los gallegos por su parte habian proclamado rey al niño D. Alonso Ramon, hijo de Urraca y de Raymundo; mas presentándose en Castilla el rey de Aragon con un respetable ejército puso guarniciones aragonesas en las principales plazas, y hallando las huestes de la reina en los campos del Espinar, cerca de Sepúlveda, consiguió una completa victoria: pasó en seguida el Duero por tierra de Campos, y entrando por Leon á sangre y fuego arrolló otro ejército que se le opuso, y se apoderó de Burgos, Palencia y Leon con otras muchas plazas. A pesar de sufrir los castellanos tan continuos reveses, consiguieron al fin derrotar á su vencedor en algunos encuentros; y advirtiendo éste la disminucion de sus fuerzas compró la paz haciendo nulo su matrimonio, y quedando escluido del gobierno de Castilla. Convirtió despues sus armas contra los sarracenos, y los despojó de cuanto poseian en Aragon y Navarra.

Sobrevinieron nuevas disensiones entre Doña Urraca y su hijo, pues habiendo sido reconocido por rey de Leon y de Galicia el infante D. Alonso, quiso la madre ejercer su autoridad absoluta en los dominios del hijo: resistióse la nobleza, y por espacio de seis años se vieron converti-

UNED

dos los reinos de Leon, Castilla y Galicia en sangriento teatro de robos, violencias y asesinatos, hasta que la muerte de la Reina, acaecida en 1126, puso fin á todas estas calamidades. Años de J. C. 1126.

Alonso VII. Quedaron reunidas en la cabeza de este jóven príncipe dichas tres coronas; y aunque los aragoneses ocupaban con diferentes pretestos algunas plazas de Castilla, supo vencer los obstáculos y reproducir la amistad entre ambos reinos.

Sería demasiado difuso referir el número de victorias que D. Alonso obtuvo sobre los moros: baste decir que no solo traspasó las márgenes del Guadalquivir, que hasta entonces ninguno se habia atrevido á forzar, sino que adelantó sus conquistas hasta las costas de Granada, apoderándose de Córdoba, Jaen, Guadix, Baeza y Almería; habiendo podido subyugar completamente á los mahometanos á no haberle distraido sus ambiciosas miras á las coronas de Aragon y Navarra. Falleció en Fresneda el año 1157, volviendo de una espedicion contra los moros de Andujar. 1157.

CAPITULO II.

Reyes privativos de Castilla.

RESUMEN.

De Leon y Castilla
los reinos divididos
otra vez á los pueblos
causan nuevos conflictos.
D. Sancho y D. Fernando
conservar no han sabido
la paz que se juráran
como hermanos y amigos.
El moro se aprovecha
del momento propicio,
y Sancho de Navarra
llega hasta Burgos mismo.
Humilla el castellano
del navarro los brios,
y vuelve sus pendones

UNED

contra el moro atrevido.
No puede Calatrava
sufrir el duro sitio,
y una militar órden
allí tiene principio.
Por muerte de D. Sancho
queda Alonso muy niño
expuesto á las violencias
de tres fuertes partidos.
Sale de minoría
y vuelve al tiempo mismo
la paz tan deseada
y el esplendor antiguo.
Cuatro reyes cristianos
dilatan darle auxilio
contra las medias lunas,
y se encuentra afligido.
Proclama una cruzada,
y aunque de sus servicios
le privan varias causas,
resiste al moro altivo.
De edad tambien muy corta
deja á Enrique su hijo,
y su tutela pone
el reino en gran conflicto.
Muere al fin en Palencia
por un acaso el niño,
y es D. Fernando el Santo
su sucesor invicto.
Lara, tutor de Enrique,
se opuso á este designio;
mas Fernando en el campo
su prisionero le hizo
Esta primer victoria
fue venturoso signo
de los muchos laureles
que despues ha cogido.

Sancho III. Habiendo por su muerte ceñido su hijo D. Sancho el *Deseado* la corona de Castilla, y D. Fernando la de Leon, produjo esta division los mismos re-

UNED

sultados que la anterior. Desunidos entre sí los príncipes cristianos, á pesar de haber hecho una solemne confederacion los dos hermanos, dieron lugar á que los sarracenos negasen los tributos al rey D. Sancho, arrojasen de sus ciudades los presidios que puso en ellas D. Alonso VII, y se apoderasen de las villas de Baeza, Andujar, Pedroches y otras muchas, conquistadas por el rey difunto.

Al mismo tiempo, y con el pretesto de vengar ciertos agravios del difunto D. Alonso, se introdujo en Castilla D. Sancho de Navarra, y llegó hasta Burgos arrasándolo todo. Estrechado el castellano por dos partes acudió al peligro mas inminente, enviando sus tropas contra el navarro á las órdenes de D. Ponce, conde de Minerva, caballero catalan, que estaba hacia algun tiempo al servicio de Castilla.

Halló éste á D. Sancho de Navarra en las llanuras de Valpiedra, y acometiendole de sorpresa le derrotó completamente; pues aunque reforzado con tropas francesas renovó el combate, no solo fue vencido, sino hecho prisionero el rey con muchos nobles, á quienes dió libertad D. Ponce, diciendo: *Solo he venido á castigar la insolencia de vuestro rey, pero no á derramar la sangre de vasallos fieles.*

Procuró despues el rey de Castilla abatir el orgullo de los mahometanos, cuya insolencia habia llegado hasta el estremo de amenazar á la importante plaza de Calatrava: su defensa estaba encargada por el difunto rey D. Alonso á los caballeros Templarios, los cuales reputaban como imposible sostenerla por mas tiempo. Presentáronse al rey con este motivo frey Raymundo abad de Fitero, y frey Diego Velazquez, monjes cistercienses, y anteriormente valerosos soldados, ofreciendo tomar á su cargo la defensa: admitió el monarca la proposicion, cediendo la plaza en su favor si la conservaban por Castilla. A la energía de frey Raymundo se reunieron mas de veinte mil hombres, monjes la mayor parte, que aunque encerrados en la plaza y ligados con la regla del Cister, supieron rechazar á los mahometanos. Alejandro III en 1164 confirmó esta regla y militar estatuto, al cual deben servicios muy importantes los príncipes católicos.

Pocos años antes habia sido construido un fuerte cas-

UNED

tillo en las inmediaciones de la ermita de S. Julian del Pereyro, cuna de la orden militar de Alcántara, á espensas de D. Gomez y D. Suero, caballeros salmantinos, inflamados contra los moros por el ermitaño Armando. Esta célebre órden, por los servicios que hizo en la restauracion de España, fué agregada por Julio I á la del Cister.

Despues reinando D. Alonso VIII, establecieron los canónigos de S. Eloy unos hospicios en el camino de Compostela, en el objeto de favorecer á los peregrinos que iban á visitar el sepulcro del apóstol Santiago, contra las correrías que los africanos hacian por aquel territorio; y varios caballeros castellanos, deseosos tambien de libertar á su patria del yugo sarraceno, reunieron sus bienes y fuerzas á las de los canónigos, abrazaron su instituto, y obteniendo la aprobacion pontificia, erigieron la ilustre orden de caballería de Santiago, cuyo primer maestre fué D. Pedro Fernandez de Fuente Encalada, caballero leones.

Años de J. C. 1158.

Falleció D. Sancho en 1158, dejando un hijo de tres años espuesto al encono de tres facciones poderosas que se disputaron la tutela para gobernar en su nombre. D. Fernando II de Leon, los Castros á quienes estaba encargada su educacion, y finalmente los Laras, que se apoderaron de él, encendieron entre sí una sangrienta guerra, que por espacio de siete años desoló á Castilla.

Alonso VIII. Declarado en fin mayor de edad D. Alonso por el reino, aunque no lo era, y enlazado con Doña Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra, restituyó la paz á sus pueblos. Prudente y amable, se granjeó el amor de sus vasallos: volvieron á su obediencia cuantas plazas le habian usurpado sus vecinos; y aumentandose diariamente su poder, despertó la envidia de los reyes de Leon, Aragon, Portugal y Navarra: uniéronse todos contra el; pero no se atrevieron á romper abiertamente por entonces. Precisado D. Alonso á oponerse al ejército que conducia Miramamolin Jacob Aben-Jucef en socorro de los moros andaluces, el cual habia pasado el Estrecho y llenaba de terror toda la España, pidió socorro á aquellos príncipes; pero la morosidad estudiada con que procedieron espuso á Alonso á los mayores peligros.

Perdió por esta causa una sangrienta batalla cerca de Alarcos, la cual se vió obligado á admitir aunque la rehu-

UNED

sabá; mas impaciente por vengar esta derrota, proclamó una cruzada contra los sarracenos, á la que acudieron multitud de religiosos, militares y estranjeros, y volviendo inmediatamente á las armas les hizo ver en varios encuentros el esfuerzo y valor que le animaba. Por desgracia la falta de víveres y el ardor del clima privaron al ejército de mas de cuarenta mil hombres, que no pudiendo resistirlo regresaron á sus hogares, y habiendo quedado muy debilitado no dudó el africano dar una batalla decisiva. Salió sin embargo á su encuentro D. Alonso; y confiado en la naturaleza del terreno, le presentó la batalla en las estrechuras de Tolosa, dejó en el campo doscientos mil sarracenos, y obligó á huir á su gefe á Andalucía, de donde pasó al Africa *(Nota 5)*. Siglo XIII. Años de J. C. 1212.

Aumentó ademas Alonso sus estados con el país que se dilata entre el Guadiana y el Guadalquivir, terminando con tan gloriosa victoria y tan importante conquista un reinado de cincuenta y seis años mezelados de grandes felicidades y desgracias. Falleció en Garci-Muñoz, pueblo inmediato á Arévalo, en el año de 1214. 1214.

Enrique I. De once hijos que tuvo D. Alonso de su legítimo matrimonio solo existia á su muerte Enrique, el menor de los infantes, el cual tenia diez años cuando subió al trono, bajo la tutela de su madre Doña Leonor. Por fallecimiento de esta quedó á cargo de la infanta Doña Berenguela su hermana; pero en breve la obligaron á renunciar su tutela las intrigas de la casa de Lara, que se apoderó del mando é hizo sufrir á los pueblos los mismos males que los habian afligido al principio del reinado anterior. Quiso atajar estos desórdenes Doña Berenguela con amonestaciones; mas el insolente D. Alvaro Nuñez de Lara, lejos de darla oidos, la despojó de los pueblos que poseia, quiso hacerla salir de Castilla, y envolvió á los pueblos que se habian declarado en favor de la infanta en una guerra civil, que terminó solo con la muerte del jóven monarca. Estando D. Enrique recreándose en el patio del palacio del obispo de Palencia con otros jóvenes de su edad, se desprendió una teja del alero, la cual le hirió en la cabeza mortalmente y falleció á los once dias en 6 de junio de 1217. 1217.

Fernando III, el Santo. Apenas llegó la noticia de

UNED

la muerte de D. Enrique á Doña Berenguela, sucesora del trono de Castilla, envió á llamar á su hijo D. Fernando, residente en Toro al lado de su padre D. Alonso IX, rey de Leon, que habia sido su esposo; pero cuyo matrimonio fué despues declarado nulo por el inmediato parentesco de ambos esposos; y cediéndole la infanta todos sus derechos, le hizo proclamar en Valladolid por la nobleza y el pueblo que le acompañaba. Tomó las armas D. Alvaro Nuñez de Lara para oponerse á esta aclamacion; pero el jóven príncipe, despues de haberle hecho proposiciones pacíficas, á las que se negó, se puso al frente de un gran número de vasallos fieles y humilló su orgullo, haciendole prisionero, y obligándole á ceder cuantas plazas y fortalezas poseia para recobrar su libertad.

Calmadas estas inquietudes, dirigió sus armas D. Fernando contra los sarracenos, y en siete campañas sucesivas debilitó considerablemente su poder, allanando las dificultades que hubiera habido mas adelante para reconquistar á Córdoba y Sevilla.

Por muerte del rey de Leon D. Alonso IX debia pasar la corona de aquel reino á D. Fernando; pero su padre, en virtud de haberse declarado nulo su matrimonio con Doña Berenguela, dejó por herederas del reino á sus dos hijas Doña Sancha y Doña Dulce, que hubo de su primera mujer Doña Teresa de Portugal. Sin embargo fué declarado por los jurisconsultos heredero legítimo D. Fernando, como contraido de buena fe, pues no era mejor el derecho de las dos infantas por proceder de un enlace vicioso é igualmente anulado, y porque la masculinidad se habia considerado siempre en aquellos estados como cualidad preferible; por lo tanto fué reconocido hijo legítimo por Inocencio III, y jurado rey de Leon por toda la nobleza, señalando D. Fernando á las dos princesas para su manutencion treinta mil doblas anuales. Hubo aun algunas personas que quisieron llevar á efecto el testamento de D. Alonso; pero desistieron de su designio por la mediacion de varios prelados respetables.

Nos es preciso suspender la descripcion de los gloriosos hechos de este Monarca, para dar lugar á la historia de los reyes leoneses desde su desmembracion acaecida en 1157 por el fallecimiento de D. Alonso VII.

UNED

CAPITULO III.

Reyes privativos de Leon hasta su incorporacion á la corona de Castilla.

RESUMEN.

El cetro de Leon toma Fernando
segundo de este nombre: mas su genio
desconfiado y suspicaz consigue
que los nobles se muestren descontentos.
En la menor edad de Alonso octavo
desordenado el castellano reino
le ofreció coyuntura favorable
para la tutoría, si el proyecto
los Laras y los Castros no frustrasen.
El rey de Portugal entró á este tiempo
por tierra de Leon, y D. Fernando
por un acaso le hizo prisionero
aunque despues la libertad le vuelve
con su fina amistad. El sarraceno
el valor de Fernando experimenta:
muere en fin, y da el trono á su heredero
D. Alonso el noveno. Por captarse
este rey de Leon el tierno afecto
de su primo el monarca de Castilla
es por su mano armado caballero.
Temen que se engrandezca el castellano
los otros reyes, y al mirarle espuesto
á una invasion del moro le abandonan.
Entra el rey de Leon á sangre y fuego
por la infeliz Castilla: por fortuna
hace una retirada el sarraceno
y rechazar el castellano puede
la no esperada guerra. El casamiento
de Doña Berenguela y D. Alonso
la terminó sin sangre, aunque Inocencio
Pontifice Romano, á tal enlace
se opuso por razon del parentesco.

UNED

Años de J. C. 1157. Colocado en el reino de Leon D. Fernando II en 1157, su genio suspicaz y desconfiado le enagenó los corazones de los nobles del reino; y entre estos el conde de Minerva D. Ponce, que despojado injustamente de sus bienes huyó de su opresor acogiendose al rey de Castilla, el cual por los servicios que contrajo en la guerra de Navarra le reconcilió con su hermano é hizo le restituyesen sus estados.

La menor edad de D. Alonso VIII ocasionaba en Castilla muchas revoluciones, y D. Fernando quiso aprovechar tan favorable coyuntura para alzarse con el gobierno encargándose de la tutela del niño; mas la vigorosa resistencia que opusieron los Laras y los Castros, le precisaron á desistir del proyecto. Al mismo tiempo entró por los dominios leoneses D. Alonso Henriquez, primer rey de Portugal, para tomar venganza de agravios recibidos, 1168. y se apoderó de Badajoz; pero D. Fernando se puso con sus tropas sobre la fortaleza de Alcántara é intimidó al portugues en tales términos, que al salir precipitadamente de Badajoz tropezó con la puerta, se rompió una pierna y quedó prisionero. Sin embargo, fué tratado por D. Fernando con la mayor cortesanía, y haciéndole curar la fractura le puso en libertad; restableciéndose entre ambos la armonía y volviendo D. Fernando á recobrar las plazas usurpadas.

Apenas se habia concluido esta guerra, cuando amenazó á Leon otra no menos peligrosa. Los moros andaluces, que internándose en Portugal se habian apoderado de Torres-Novas, fueron espelidos por D. Alonso Henriquez, dejándose caer sobre los dominios leoneses; pero D. Fernando socorrió inmediatamente á Ciudad-Rodrigo y ahuyentó de sus dominios á los mahometanos. Desde esta época 1188. hasta la muerte del rey de Leon, ocurrida en 1188, solo merece referirse la espedicion que hizo D. Fernando contra los africanos coligado con los reyes de Castilla y Portugal, pues dió sobre los invasores con tal acierto y valor, que dejó veinte mil en el campo, incluso su caudillo.

Alonso IX. Dejó la corona D. Fernando á su hijo D. Alonso IX, el cual para captarse la benevolencia de su primo Alonso VIII de Castilla concurrió á las Córtes que éste celebró en Carrion, y recibió en ellas de su mano la

UNED

orden de caballería. Zelosas las testas coronadas al ver el engrandecimiento del monarca castellano, conspiraron secretamente contra él por no atreverse á hacerlo sin rebozo. Apurado D. Alonso por el rey moro Miramamolin Jacob Aben-Jucef, esperaba para rechazarle el auxilio de los demás príncipes; pero todos cometieron la bajeza de abandonarle á la merced del vencedor, y cuando se hallaba el rey de Castilla ocupado en contener tan formidable enemigo invadió el rey de Leon las fronteras castellanas, poniendole en la mayor consternacion. Por fortuna se retiró el sarraceno á las Andalucías, quedando en disposicion de medir sus armas con el nuevo agresor; y á no haber intermediado algunos obispos con la reina de Castilla Doña Leonor, hubieran venido á las manos. El matrimonio del rey de Leon y la infanta de Castilla Doña Berenguela, celebrado en 1197, restableció la tranquilidad. Opúsose á este enlace el pontífice Inocencio III por ser parientes en segundo con tercer grado de consanguinidad; pero el monarca leonés presentó tantas dificultades, que á pesar de las conminaciones del cardenal legado, el cual puso entredicho al reino de Leon, logró diferir la separacion por siete años. Verificóse al fin esta en 1204, quedando legítimos los hijos por la buena fe de los contrayentes, y en poder de D. Alonso de Leon los pueblos y castillos que habia cedido en arras á su esposa. Levantóse el entredicho, y antes de restituirse á Castilla la infanta Doña Berenguela fué reconocido y jurado D. Fernando por sucesor en el trono de su padre. Por el fallecimiento de D. Enrique I de Castilla y la cesion de Doña Berenguela reunió á sus dominios este reino poco tiempo despues. Las intrigas de los Laras avivaron la envidia que abrigaba D. Alonso contra su hijo por ver en sus sienes esta corona, lo que debia haberle servido de satisfaccion; y hubieran venido á las manos si las súplicas de D. Fernando y el amor paternal no hubieran recobrado todo el ascendiente que antes tenian sobre el corazon de D. Alonso. Finalizada tan odiosa guerra, á cuyo feliz resultado contribuyó no poco la muerte de D. Alonso Nuñez de Lara, dirigió el rey de Leon sus armas contra los mahometanos estremeños, apoderándose de Cáceres y Mérida. Quiso reparar estas pérdidas Aben-Hut rey de Sevilla, y poniendose al frente

Años de J. C. 1197. 1204.

UNED

de ochenta mil combatientes, creyó sorprender á D. Alonso en Mérida: mas éste saliendo á su encuentro con un reducido número de tropas, pasó de noche el Guadiana, le embistió y quedó vencedor: hizose dueño en seguida de Badajoz, y dejando guarnecidas algunas fortalezas regresó á Leon cargado de trofeos. Hubiera continuado sus espediciones á no haberle sorprendido la muerte en Villanueva de Sarria, pueblo de Galicia, en el año 1230, dejando á su hijo D. Fernando la gloria de acelerar la ruina del imperio mahometano.

Años de J. C. 1230.

CAPITULO IV.

Reyes de Castilla y de Leon.

Continuacion del reinado de Fernando III, el Santo.

RESUMEN.

Rey de Castilla y de Leon Fernando
cual zeloso cristiano solo anhela
á libertar del yugo sarraceno
su amada tierra.
Ya su fortuna en Córdoba propicia,
ya el valor de sus huestes, por do quiera
le ofrecen la victoria, y en Sevilla
triunfando entra.
Seiscientas mil personas abandonan
tan hermosa ciudad; queda desierta,
pero la vigilancia de Fernando
pronto la puebla.
Viendose coronado de trofeos
á los Cruzados reunirse intenta;
la muerte le sorprende, y cual cristiano
se rinde á ella.
Alonso por el Sabio *conocido*
hereda el trono: si su vida muestra
algunos desaciertos, le dan fama
armas y letras.
La guerra que empobrece las naciones
aun cuando sea feliz, hizo por fuerza
que el monarca alterase los valores
de la moneda.

UNED

Se sigue el descontento de los pueblos:
y el hermano del rey, de esta manera
cree que á su ambicion se proporciona
una ancha puerta.
Con el rey de Granada coligado
abiertamente le declara guerra,
mas el hijo de Alonso le contiene
y el riesgo aleja.
Federico segundo de Alemania
muere, y por votos D. Alonso hereda
la corona imperial; pero un contrario
en Roma encuentra.
Cuatro son los Pontífices romanos
que en tenaz sucesiva resistencia
se oponen á que Alonso en Alemania
monarca sea.
Este envió sus tropas á la Italia,
y aun él mismo se puso en la presencia
del Papa, mas en vano siempre fueron
sus diligencias.
Al fin porque desista de su intento
le dan los diezmos para hacer la guerra
al moro, y de aquí nace sean del trono
las reales tercias.
¡Cuán dilatada serie de desgracias
causaron los Infantes de la Cerda,
y cuántas la ambicion, y las intrigas
siempre funestas!
Entre estos males terminó su vida,
y su hijo Sancho el cuarto que le hereda
no gozó el reino con mayor sosiego
ni menos penas.
En su menor edad Fernando el cuarto
pone en su frente la corona régia,
y nuevas divisiones y partidos
al punto empiezan.
El ser neutral entonces era un crimen,
y de España la ruina ya era cierta,
si á esta nacion, benigna no mirase
la Providencia.

UNED

De la hambre y la peste acongojadas
las facciones se apartan por sí mesmas,
de la misma aflicción nace el sosiego,
cesa la guerra.
Dueño ya de sí propio y sus estados,
perdonó este Monarca las ofensas,
y así de los contrarios hizo amigos
con la clemencia.
Mas fué como un borron de su reinado
de los Carvajales la sentencia,
y por ella el renombre de Emplazado
él se granjea.
Al primer año de su edad Alonso
ve ceñida á sus sienes la diadema,
y con la tutoría los partidos
de nuevo empiezan.
Y aun pasada tambien la minoría
los tutores causaron graves penas
ya amigos entre sí, ya cual contrarios
del que rey era.
Mas venturoso fué contra los moros
en una y otra lid: pero la adversa
fortuna los laureles que le ofrece
luego ensangrienta.
Pierde toda su armada en Algeciras
por mirar cual delito la prudencia
de su gefe, y el moro desembarca
enormes fuerzas.
La célebre batalla del Salado
eterno nombre á su reinado deja;
y los de Vengador *y* Justiciero
á él le quedan.
Dictado menos dulce tuvo su hijo
pues le llaman Cruel, *aunque exageran*
sus acciones de modo, que á las veces
en duda quedan.
Mal hijo, mal esposo, y mal hermano,
buen rey apellidarse no pudiera,
y así la historia del reinado suyo
toda es sangrienta.
Aunque fué venturoso en varias lides

UNED

usó de la victoria de manera,
que marchitó el verdor de los laureles
que allí adquiriera.
Vió su reino ocupado por su hermano
y errante por las cortes extranjeras
mendigando socorros, del desaire
sufrió la afrenta.
Allá en los campos de Montiel Enrique
le vence, y engañandole, en la tienda
de Claquin su aliado, le da él mismo
muerte violenta.
Haciendo beneficios sube Enrique
al trono que usurpado pareciera:
mas viendo sus virtudes, lo pasado
nadie recuerda.
No adquirió mas laureles en campaña,
pero borró los males de la guerra,
y la paz y justicia en su reinado
se dan las diestras.
Del lecho de la muerte dicta á su hijo
sanos consejos, y D. Juan arregla
por ellos su conducta, pues le imita
en la clemencia.
Amó siempre la paz, y de tal modo
que antepuso al laurel la oliva bella;
y así murió llorado, cuanto en vida
amado era.
Dos años en tutela vivió su hijo;
pero en ellos los sustos se renuevan:
cumple la edad, y todos los disturbios
al punto cesan.
Un Juan Sago, frenético ermitaño,
por ensalzar la religion intenta
desafiar al moro Granadino
y entra en sus tierras.
Todos los infelices engañados
que le siguen perecen en la empresa;
y la paz que reinaba felizmente
al fin se altera.
Muere, y D. Juan II le sucede;
pero fué venturosa su tutela

UNED

por mostrar el infante D. Fernando
rara prudencia.
Este murió: tambien la Reina madre;
D. Alvaro de Luna dueño queda
de todos los negocios, y gran tino
en ellos muestra.
Hizo grandes servicios al estado:
por ellos mereció la preferencia
del monarca, y el odio de las gentes
tambien granjea.
Luchando contra tantos enemigos
Que le proporcionaba la grandeza,
su afortunada vida, cortar pudo
dura sentencia.
El rey que la firmó conoció pronto
cuánto le convenia que estuviera
á su lado un político y guerrero
cual Luna era.
Sucede á Juan II, Enrique IV,
y su conducta á todos descontenta
por ver que hombres oscuros á su lado
tiene y eleva.
Reúnense los grandes y prelados:
y hacen presente al rey cuánto se arriesga
el bien de la nacion en tal desórden
como se muestra.
Piden se llame á Córtes, y que Alonso
del rey hermano su heredero sea;
pero Enrique tenaz en sus principios
todo lo niega.
En vez de darles gusto, hace que juren
á su hija doña Juana por princesa,
niña á quien todos llaman por desprecio
la Beltraneja.
Desórdenes, intrigas, y desgracias
son de esto las terribles consecuencias;
fallece el rey odiado, y en desórden
el reino deja.

SUCESOS MEMORABLES DE ESTA EPOCA. En 1245 empezó el Consejo de Castilla.—En 1282 fueron las vísperas Sicilianas.—En 1330 se inventaron las notas de música.—En 1365 los fuegos

UNED

artificiales.—En 1393 se adopta la Era vulgar.—En 1397 empieza la salazon de los arenques.—En 1400 el primer reloj en Sevilla.

HOMBRES CELEBRES. Garci Perez de Vargas, Berceo, Pedro Lopez de Ayala, Anaya, Jorge Manrique, Juan de Mena, Santillana.

Por la injusticia de su padre se vió colocada algun tiempo la corona de Leon sobre cabezas imbéciles, que solo prometian infelicidades á los pueblos; pero aunque tenia D. Fernando suficiente virtud para renunciar sus legítimos derechos, su bondadoso corazon no podia mirar con indiferencia los males que iban á sobrevenir: reclamó los agravios que se le hacian; la fortuna le preparó los ánimos de los leoneses, y reunió para siempre ambas coronas.

Hallándose D. Fernando con duplicadas fuerzas á beneficio de esta union, aplicó toda su atencion á sostener la guerra contra los africanos. Apoderado de Ubeda, dirigió sus armas contra Córdoba; y un incidente le hizo dueño de ella. Algunos mahometanos descontentos por la tiranía de su gobernador, ofrecieron entregar á los cristianos el arrabal: estando de acuerdo los Adelantados de las fronteras, reunieron tropas escogidas, y, protegidos de la oscuridad de la lluviosa noche del 8 de enero de 1236 llegaron hasta los muros del arrabal. Algunos valientes españoles que sabian el árabe, é iban disfrazados con el msmo traje, subieron al muro, se fingieron contrarondas, y arrojaron desde la muralla á los centinelas que allí habia; corrieron inmediatamente todo el muro, asesinando á cuantos se les oponian, y apoderándose de la puerta de Martos la franquearon á la caballería cristiana. Sus habitantes, medio desnudos y llenos de pavor, solo pensaban en salvar sus vidas de la cortante espada del enemigo; y aunque alarmada la guarnicion rechazó por tres veces á los cristianos, tuvo al fin que guarecerse en la ciudad, dejándolos dueños del arrabal y cubiertas las calles de cadáveres. Años de J. C. 1236.

Se hallaba el rey en Benavente cuando recibió la noticia; y sin detenerse casi á comer, dijo á los que estaban presentes: *Caballeros, quien sea mi amigo y buen vasallo, sigame.* Montó en seguida á caballo, y acompañado de muchos hidalgos y de los caballeros de las órdenes mi-

UNED

litares que se le reunieron en el camino, se presentó delante de Córdoba. Conociendo los moros cordobeses que era inevitable su ruina, dieron parte á Aben-Hut que se hallaba en Ecija para que los auxiliase; pero éste, no creyendo que fuese tanto su apuro, partió á favorecer á su amigo Zaen, rey de Valencia, contra D. Jayme de Aragon, y estando á punto de embarcarse en Almería fué ahogado en el baño por Haben Ramin, su gobernador, sin que se sepa el motivo. Destituidos de todo socorro los sitiados, entregaron la plaza bajo la condicion de poder ir á residir donde quisiesen, lo cual les concedió D. Fernando.

Acometió al rey una enfermedad, y durante esta encomendó el mando del ejército á su hijo D. Alfonso con órden de adelantar las conquistas; el rey moro de Murcia, lleno de temor, le ofreció su reino, reservándose solo el título, la mitad de las rentas y la proteccion de Castilla contra el granadino, que se habia hecho temible. Aceptó el infante esta oferta, y tomó posesion de todas las ciudades y fortalezas, sin que se le resistiesen mas que Lorca, Mula y Cartagena, las cuales fueron tomadas á la fuerza en el año 1242. Restablecido D Fernando, dirigió sus armas contra Granada; pero no teniendo suficientes fuerzas para atacarla, marchó sobre Jaen, y en pocos dias se le rindió á pesar de ser la plaza mas fuerte que tenian los infieles. La toma de Jaen, el haberse engrosado considerablemente el ejército castellano con los socorros que enviaron los obispos, las órdenes militares y los concejos, y juntamente un plan de operaciones bien concertado, obligaron á Ben-Al-hamar, gobernador de Granada, á ponerla en manos de D. Fernando en 1245, despues de cerca de un año de sitio.

Años de J. C. 1242. 1244. 1245.

Solo restaba á este gran Monarca apoderarse de Sevilla para asegurar sus conquistas, á las cuales servia de barrera el Guadalquivir. Sin embargo, era empresa arriesgada, pues Jaraf, su gobernador, la tenia bien fortificada, y por la mar estaba favorecido del rey de Marruecos. Conociendo estos obstáculos D. Fernando pidió al rey de Granada los auxilios con que debia socorrerle como feudatario, y no solamente se los envió, sino que mientras reunia su infantería, rompió él mismo con quinientos caballos

UNED

UNED

Conquista de Sevilla.

Quitadas á los moros Córdoba y Jaen, y sujeta Granada al vasallage por el santo Rey Fernando, llevó este sus armas victoriosas sobre Sevilla, que á pesar de la mas obstinada resistencia se le rindió en el año de 1248; quedando desde entonces libre de la dominacion sarracena casi toda España. Quando la política concurre á las empresas como solo sierva de la religion, el cielo la asegura los triunfos.

T. L. Engmd.r de ag. fte. J.s Bonifaz. cenc.

UNED

por las tierras de Sevilla, cubriéndolas de estragos. El rey, habiéndolos recibido, atacó luego á Carmona, que se le entregó, con lo cual quedó bloqueada la plaza por tierra: mandó despues á su escuadra que batiese á la del marroquí; y habiendolo hecho con feliz éxito, quedó tambien la ciudad privada de todo auxilio por mar. No obstante, duró el sitio diez y seis meses, durante los cuales hicieron prodigios de valor su guarnicion y habitantes; y solo se rindieron cuando ya no tenian comestibles ni municiones: hallándose la ciudad abierta por todas partes, capitularon en 22 de diciembre de 1248, de cuyas resultas salieron para África seiscientas mil personas, quedando la plaza casi desierta; pero la vigilancia del conquistador la repobló en breve. Años de J. C. 1248.

Dueño D. Fernando de todas las principales plazas del reino de Sevilla, desde el Guadalquivir hasta el Estrecho, y por lo tanto libre de temores, determinó pasar al Asia para coadyuvar con las cruzadas á la conquista de la tierra Santa; pero se le agravó la hidropesía, que ya hacia algun tiempo le aquejaba, y en 31 de mayo de 1252 murió como verdadero penitente, recibiendo de rodillas sobre un lecho de ceniza con una soga al cuello, y despojado de todas las insignias reales, los últimos auxilios de la Iglesia. Por sus virtudes y zelo en estender y defender la religion católica mereció ser colocado en el número de los santos por el pontífice Clemente X, con sumo regocijo de toda la nacion española. 1252.

Alonso X, el Sabio. Heredó Alonso X, rey de Castilla y de Leon, el valor y el zelo de su padre por la estirpacion de los infieles, y asimismo mereció el glorioso renombre de *Sabio* por su amor y aplicacion á las letras. El código de las siete Partidas que compuso para uniformar el sistema legislativo de sus dominios, y otras muchas obras en prosa y verso, prueban que poseia conocimientos muy superiores á la ilustracion de su siglo; pues aunque cometió algunos deslices en el discurso de su vida, en contraposicion de la verdadera subiduría, no deben estos oscurecer la memoria de un príncipe digno por otros títulos del aprecio de la posteridad. 1260.

Por entonces promulgó D. Jayme de Aragon (llamado el *Conquistador*) un decreto de espulsion contra los mo-

UNED

ros valencianos que causaban continuos alborotos. Tenian estos á la sazon sesenta mil hombres armados, y no obstante salieron del reino todos los que no quisieron abjurar el mahometismo. Impacientes los reyes de Granada y Murcia por sacudir el yugo castellano y auxiliados por el de Marruecos, se insurreccionaron, é hicieron grandes preparativos con el intento no solo de sostener su independencia, sino de apoderarse de toda la península; pero D. Alonso retirándose de Sevilla, dejándola antes en buen estado de defensa, envió desde Córdoba algunas tropas para contenerlos, aunque no pudo evitar que por su corto número se apoderasen los sarracenos de casi trescientos pueblos. Imploró despues el auxilio de su suegro D. Jayme I de Aragon; y á la primavera del año 1263, mientras las huestes aragonesas se preparaban para invadir á Murcia, entró D. Alonso por los dominios de Granada y derrotó á los reyes coligados que salieron á su encuentro. Se hubiera malogrado tan feliz empresa á causa del refuerzo que recibió de Africa el granadino; pero las desavenencias que sobrevinieron entre sus tropas, y la rebelion de los gobernadores de varias plazas, que haciéndose tributarios del rey de Castilla le ofrecieron sus auxilios, obligaron al granadino á sujetarse á D. Alonso pagándole anualmente doscientos cincuenta mil maravedís, dándole asimismo sus tropas contra el rey de Murcia con tal que cesase la alianza que tenia con los gobernadores rebeldes.

Años de J. C. 1263.

Eran igualmente felices los progresos de las armas de D. Jayme en Murcia; y habiendosele reunido D. Alonso, se apoderaron de esta plaza, sufriendo su monarca igual suerte que el de Granada.

Tan continuas y gloriosas espediciones habian hecho temibles las armas castellanas; pero se hallaba muy exhausto el erario, y los pueblos tan estenuados por los anteriores desembolsos, que no atreviéndose D. Alonso á decretar nuevos impuestos, aumentó el valor de la moneda rebajando su ley, sin prever las fatales consecuencias que habia de producir una medida tan opuesta á los principios económicos Creció el precio de los granos en proporcion de la pérdida del numerario, y habiéndose prefijado nadie queria vender.

Aprovecháronse algunos grandes de la escasez y des-

UNED

contento general de los pueblos para sostener sus miras ambiciosas; y coligados con el rey de Granada, á cuyo servicio se pasaron á las órdenes del infante D. Felipe, hermano del rey, amenazaron invadir á Castilla. Procuró D. Alonso transigir aquellas diferencias con la mayor moderacion; pero viendo que eran inútiles cuantas proposiciones les hacia, envió á su primogénito D. Fernando de la Cerda con un cuerpo de tropas escogidas, el cual, pasando á Córdoba, pudo conseguir se rindiesen los rebeldes aunque bajo condiciones tan injustas, que á no haber deseado tanto D. Alonso el bien de la paz, y llamado su atencion otros asuntos, eran absolutamente inadmisibles.

Habiendo muerto el emperador de Alemania Federico II, fué elegido sucesor el rey de Castilla D. Alonso por cinco votos contra tres que obtuvo Ricardo, conde de Cornwall, y quiso hacer valer su derecho por medio de cartas y de embajadores; pero opuesta abiertamente la corte de Roma, que favorecia las pretensiones de Ricardo, arrebató de sus sienes una corona que por su legítima eleccion y demas circunstancias le pertenecia.

Murió poco despues su competidor, y trató de apaciguar D. Alonso las disensiones intestinas para hacer valer mejor sus reclamaciones; pero no solamente no pudo conseguir que los papas Alejandro, Urbano y Clemente IV favoreciesen su causa, sino que Gregorio X, siguiendo el espíritu de sus predecesores, se declaró por Rodulfo, conde de Aspurg, y quedó este electo. Insistió sin embargo D. Alonso; pero el papa le contestó que abandonase sus pretensiones, prometiendole en recompensa las indulgencias que podia ganar en la conquista de la tierra Santa. Por espacio de diez y ocho años fueron continuas las reclamaciones del monarca castellano; y aunque envió algunas tropas á Italia para sostener vigorosamente su causa, y por último se avistó con el papa en Belcayre de Francia, nada consiguió; teniendo al fin que contentarse con escribir á varios príncipes de Alemania que no habia desistido ni pensaba desistir de su derecho al Imperio, y con usar el título de *Electo Rey de Romanos*, á lo cual se opuso tambien el pontífice, mandando al arzobispo de Sevilla que le escomulgase sino se conformaba, mas concediendole en caso de que obedeciese, los diezmos eclesiás-

UNED

ticos para continuar la guerra contra moros. Desistió al fin D. Alonso de un empeño que la prudencia caracterizaba ya de temerario; y desde entonces quedaron á beneficio del real erario las tercias reales, cuya gracia concedió despues perpetuamente Inocencio VIII.

La imprudencia de D. Alonso en partir á Francia, dejando espuestos sus dominios al furor de los moros, no podia menos de causar fatales consecuencias; así fué que apenas volvió la espalda cuando coligado el rey de Granada con el de Fez, y reconciliado con los rebeldes gobernadores de Guadix, Málaga y Baeza, se arrojó con formidable ejército dividido en dos cuerpos sobre Ecija y Jaen: acudió á su socorro el adelantado de aquella frontera D. Nuño de Lara, y viniendo á las manos pelearon con sumo denuedo los cristianos; pero la desproporcion de sus fuerzas con las de los mahometanos les obligó á ceder á estos el campo, despues de haberles vendido bien cara la victoria. Esta desgracia aceleró los preparativos del príncipe D. Fernando de la Cerda, y juntando apresuradamente la gente que pudo se dirigió hácia la frontera, encargando á todos los concejos y mesnaderos que alistando sus tropas le siguiesen; pero le acometió en Ciudad Real una enfermedad aguda, de que falleció á los pocos dias en el año 1275, recomendando sus hijos y mujer á D. Juan Nuñez de Lara, hijo y sucesor de D. Nuño, rogándole hiciese los mayores esfuerzos para que su hijo mayor D. Alonso heredase la corona despues de los dias del rey su abuelo.

Años de J. C. 1275.

El infante D. Sancho, hermano segundo del difunto D. Fernando, caminaba con sus tropas desde Burgos á la frontera de Andalucía; pero habiendo sabido el fallecimiento de aquel se dirigió inmediatamente á Ciudad Real, y supo granjearse tan bien el afecto de los ricos hombres que le reconocieron por sucesor al trono despues de los dias de su padre, con preferencia á los hijos de D. Fernando, nietos del rey. Granjeóse igualmente el afecto de D. Lope Diaz de Haro, señor de Vizcaya, el cual habia concurrido con sus tropas para la defensa comun; y para captarse mas el amor de los vasallos hizo llamamiento de gentes para continuar la guerra, las mandó reunir en Córdoba, y aseguró á los pueblos que los socor-

UNED

reria en todo trance, encargándoles que observando los movimientos del enemigo pusiesen en salvo los ganados y demas efectos de consecuencia en caso de riesgo. Pasó á Sevilla, y con el objeto de terminar bien pronto aquella guerra dispuso se situase en el Estrecho de Gibraltar una escuadra que interceptase los socorros que llegaban de Africa; pero temiendo el rey de Fez que le cortasen la retirada se replegó sobre Algeciras. En efecto, la falta de víveres y municiones le obligaba diariamente á regresar á Marruecos, y como sus naves no pudiesen sostenerse contra la escuadra castellana, se hallaba tan apurado que á no haber llegado entonces de Francia D. Alonso, hubiera sido indudablemente destruido. Sin embargo, algunas derrotas que habian sufrido anteriormente las tropas castellanas, la muerte del príncipe D. Fernando y el deplorable estado del real erario, convencieron al rey de Castilla de que era conveniente conceder alguna tregua á sus pueblos exháustos de gente y dinero. Propuso al marroquí un armisticio de dos años, el cual no pudo menos de aceptarlo aunque reservándose las plazas de Algeciras y Tarifa; y el granadino no pudiendo solo resistir á los cristianos dejó tambien aunque con disgusto las armas.

Pasó en seguida á Toledo el príncipe D. Sancho á fin de solicitar de su padre que le declarase inmediato sucesor del trono, escluyendo á los hijos del primogénito D. Fernando y Doña Blanca de Francia, hija de san Luis: se hallaban estos bajo la tutela de D. Juan Nuñez de Lara; pero por haber muerto éste pasaron á la de su madre, y rezeloso D. Sancho de que la reina Doña Violante abogaria por sus nietos, procuró granjearse la voluntad del rey por medio de su confidente D. Lope Diaz de Haro. Exageró éste al rey los méritos que en su ausencia habia contraido D. Sancho en defensa del reino, y le hizo ver que la nobleza y el pueblo deseaban con ardor que ocupase el solio. No se atrevió D. Alonso á resolver sin consultar á su consejo, por no privar á sus nietos del derecho que pudiesen tener; pero segun el código de las Partidas, y con arreglo á la jurisprudencia romana, los hijos del príncipe que muriese antes que su padre eran llamados á la sucesion y herencia del abuelo. No se atrevieron tampoco los ministros á oponerse á estas opiniones que

UNED

el rey acababa de proponer; pero el infante D. Manuel fué de dictamen que la corona no debia pasar al nieto sino al hijo mayor que quedaba del rey, como si fuese el primogénito. Así lo prevenian las leyes godas, y las Córtes celebradas en Segovia al efecto se conformaron con el dictamen del infante, y juraron por sucesor á D. Sancho. Viendo la reina frustradas sus esperanzas trató de poner á salvo la vida de sus nietos contra las asechanzas del tio; los llevó secretamente á Aragon en compañía de su madre Doña Blanca, y poniendolos bajo la proteccion del rey D. Pedro III, creyó la sería fácil desconcertar las intrigas del príncipe heredero D. Sancho.

Con motivo del fallecimiento del príncipe D. Fernando de la Cerda reclamó tambien por dos veces el rey de Francia al de Castilla el dote de Doña Blanca, y el permiso para que con sus hijos pasase á Francia, declarando antes heredero presuntivo de sus reinos al mayor de ellos; pero en punto á la primera invitacion, contestó D. Alonso que no convenia saliesen de Castilla Doña Blanca ni sus hijos donde estaba asegurado el dote, como así mismo que la corona pertenecia á su segundogénito D. Sancho; y en punto á la segunda, que se hallaban privados de todo derecho por haber salido de Castilla clandestinamente y sin su permiso. Quiso en ambas ocasiones el francés declarar la guerra, pero no llegó á verificarlo por la mediacion del papa.

Años de J. C. 1277.

Finalizado el armisticio con los mahometanos, y resuelto D. Alonso á apoderarse de Algeciras, á cuyo fin mantenia en el Estrecho una fuerte armada para interceptar los socorros que podian venir de Africa, encargó á su hijo el infante D. Pedro el bloqueo de la plaza. En efecto, tomó éste con tal acierto los puntos de circunvalacion, que reducida al mayor apuro la ciudad, solo se diferia su rendicion por el socorro que Aben-Jucef habia prometido enviar desde Tánger; pero el príncipe D. Sancho, comandante de la escuadra, cometió la imprudencia de enviar á su madre los caudales destinados para su manutencion, y la tripulacion hambrienta, desnuda y enferma tuvo que saltar á tierra: aprovechóse el marroquí de estas circunstancias; y armando catorce galeras que tenia en Tánger, quemó y echó á pique cuantas na-

UNED

ves cristianas se le presentaron y socorrió la plaza. Siendo ya inútil la continuacion del sitio por tierra, y habiéndose introducido la desercion en el ejército, tuvo que retirarse precipitadamente, dejando en manos del enemigo los pertrechos de guerra; de manera que hallándose D. Alonso sin armada ni soldados, se vió obligado á transigir con Aben-Jucef para no perder sus derechos á las tercias.

Continuaban todavia las negociaciones á fin de que regresasen á Castilla la reina Doña Violante y los infantes de la Cerda: consiguióse la venida de aquella; pero en cuanto á estos, no quiso entregarlos el rey de Aragon, y solo se obligó á no dejarlos pasar á Francia. Repitió esta potencia sus pretensiones acerca de la sucesion de los infantes Cerdas; y á pesar de las instancias de los papas sostenia que sino se anulaba la jura de D. Sancho, ó se dividian los reinos de Leon y de Castilla entre él y el hijo mayor de D. Fernando, recurriria á cuantos arbitrios le proporcionase su poder. Siendo, pues, ya imposible convenirse por medio de embajadores, determinaron avistarse ambos monarcas: trataron del asunto con el mayor teson, y ya consentia el francés en que D. Alonso fuese solo reconocido rey de Jaen, feudatario de Castilla; pero no condescendiendo el castellano en enagenar cosa alguna por el influjo del príncipe D. Sancho, quedaron las cosas como estaban.

Retiróse el rey de Francia, encargando encarecidamente al de Aragon protegiese á los infantes Cerdas; lo cual era escusado, pues le interesaba mucho conservar en su poder estos rehenes. El príncipe de Castilla, temeroso de que favoreciese la causa de los Cerdas, se veia precisado á sostener la amistad con el aragonés; y éste necesitaba igualmente la alianza del castellano, pues tenia con él un poderoso enemigo que oponer á la Francia, si le perjudicase en sus pretensiones sobre la posesion de la Sicilia, oprimida por los franceses. Bajo este concepto, puso á los infantes en el inexpugnable castillo de Játiva, é hizo un tratado de alianza ofensiva y defensiva en 1281 con el rey de Castilla y el príncipe su hijo, bajo la responsabilidad de veinte y cinco mil marcos de plata que pagaria el que primero violase el pacto. Así se publicó,

Años de J. C. 1281.

UNED

pero secretamente se coligaron contra la Navarra, con ánimo de dividirla entre sí; y aun el príncipe D. Sancho le cedia su parte, con tal que al fallecimiento de su padre le favoreciese en la sucesion al reino. Con semejante encadenamiento de circunstancias no es de admirar hiciese tan pocos progresos la causa de los Cerdas.

No habia olvidado aun D. Alonso la catástrofe de su ejército y armada en Algeciras, de la cual habia sido su hijo el autor; pero en vez de descargar su cólera sobre este, reconvino á D. Zag de la Malea por haber entregado el dinero á D. Sancho sin darle parte antes, y con tan especiosos cargos fué preso y condenado á muerte. No satisfecho todavia quiso hacer ver que su enojo se estendia contra el verdadero delincuente, y mandó arrastrar al miserable por delante de la habitacion del príncipe. Quiso este libertarle; pero no pudiendo verificarlo, juró vengar una muerte tan injuriosa á su persona. Estaban disgustados los pueblos por el empeño que tenia D. Alonso en hacerles admitir el código de las Partidas; y la nobleza por su parte que prevía las disensiones que iban á sobrevenir por la cesion que D. Alonso habia resuelto hacer del reino de Murcia en el infante de la Cerda, apoyaba á D. Sancho confiando en su palabra; finalmente, la sangre del infante D. Felipe y la del señor de los Cameros, ajusticiados sin saberse la causa, exigian una pública satisfaccion. Abandonaron todos á D. Alonso; y el partido del príncipe se hacia diariamente mas respetable, pues ademas de los nuevos parciales que se le reunian, habia sabido conservar la alianza con Aragon, Portugal y Granada. Aunque no ignoraba D. Alonso todas estas intrigas, no podia persuadirse que amenazaban tan de cerca á su autoridad; y con el designio de mantener la paz solicitó avistarse con su hijo para satisfacer sus quejas: mas este no solo detuvo á los embajadores de su padre, sino que reuniéndose en Valladolid sus partidarios le reconocieron por su rey, obligándose á sostener en su nombre los castillos y fortalezas y á contribuirle con las rentas reales. En vano repitió D. Alonso sus oficios de paz, ofreciendo al príncipe partidos ventajosos; pues este solo queria reinar y á nada condescendió. Desengañado el rey de que era preciso apelar á la fuerza, y no teniendo la suficiente pa-

UNED

ra hacerse obedecer y no ser destronado, imploró el auxilio del papa, y de Francia, Aragon, Portugal, Granada y Marruecos; mas todos le desampararon á escepcion del papa que le socorrió con censuras eclesiásticas, y del marroquí que le envió algun dinero y varias naves bien tripuladas; pero aun de este último auxilio fue privado, porque circulando la voz de que el moro solo venia con el designio de atacar á Castilla, se resintió el marroquí y repasó el Estrecho con su gente. Sin embargo, las amonestaciones del papa y de los obispos, que amenazaban con las penas espirituales á todos los que no fuesen fieles á D. Alonso, no solo fueron causa de que se aumentase el partido de éste, sino que se redujeron á su deber los principales caudillos de la sedicion y una multitud de pueblos. Convocó el rey sus Córtes en Segovia, y haciendo ver los agravios que habia recibido de su hijo D. Sancho, fulminó contra él su terrible maldicion y le desheredó; con lo que aterrado el príncipe buscaba ya medios para alcanzar el perdon de su irritado padre, cuando éste falleció en Sevilla á 4 de abril de 1284. Años de J. C. 1284.

Sancho IV. Algunos aseguran que D. Alonso revocó á la hora de su muerte el testamento, nombrando por sucesor á D. Sancho; pero lo cierto es que éste fue aclamado por todos los pueblos, prestándole obediencia aun los que se habian mantenido por su padre, y que su hermano el infante D. Juan tuvo que abandonar el proyecto que habia formado de quedarse con Sevilla y Badajoz, que por la primera disposicion testamentaria del rey difunto le pertenecia.

Resentido el rey de Marruecos al ver desairadas las proposiciones de paz y amistad que hizo á D. Sancho, por una respuesta descortés é intempestiva que le dió éste, pasó el Estrecho con gruesa armada, sitió á Jerez y cubrió de estragos la comarca de Sevilla. Preparabase D. Sancho á resistirle, cuando recibió un mensaje del rey de Francia solicitando no prestase auxilios al de Aragon en la guerra que aquel sostenia para despojarle de sus estados; pues habia merecido la escomunion del papa por sus pretensiones á la Sicilia, y se hallaban adjudicados por él mismo sus dominios á Cárlos de Valois. Necesitaba D. Sancho la alianza del aragonés por temor á los Cerdas, pero

UNED

la guerra de Andalucía le impedia enviarle socorros; y deseando contener un poco la tempestad despidió con una respuesta equívoca á los embajadores, ofreciendo enviar otros á Francia para discutir este asunto. No logró por este medio deslumbrar al francés, pues este sin aguardar la nueva embajada introdujo un ejército de cien mil combatientes por el territorio aragonés, y presentándose delante de Gerona puso la plaza en el mayor conflicto. Exháusto de fuerzas el rey de Aragon para hacer frente á su enemigo, reclamó de D. Sancho los auxilios estipulados; mas éste se escusó con el sitio de Jerez y correrías de los moros andaluces. Poco satisfecho el aragonés, disimuló por entonces su resentimiento y procuró resistir, aunque solo, á los esfuerzos de su contrario. Falleció poco despues, sucediéndole su hijo D. Alonso III; y temeroso el rey de Castilla de que finalizada la guerra de Francia vengaria á su padre sosteniendo las pretensiones de los Cerdas, pidió se los entregase, asegurándole continuaria en su alianza como hasta entonces; pero por la respuesta vaga que obtuvieron sus embajadores, conoció que amenazaba un rompimiento. No podia por otra parte solicitar la amistad de la Francia sin chocar con el aragonés; y siéndole igualmente necesario conservar la de este, dudaba cuál de las dos alianzas podia serle mas útil, por lo que celebró Córtes en Alfaro á fin de que en ellas se deliberase sobre este negocio.

Se decidió la mayoría por la de la Francia; y ademas tuvo la satisfaccion D. Sancho de ver vengada la insolencia de D. Lope Diaz de Haro, que ya trataba como enemigos los estados de su favorecedor, teniendo la osadía de presentarse en el consejo y de abogar por el aragonés en contradiccion de la reina, de los prelados y de todo el consejo real: irritado D. Sancho de este proceder, se salió de la sala, tomó conocimiento del número de tropas que habia llevado, preparó las suyas, y volviendo á entrar intimó á D. Lope se entregase preso: la respuesta de éste fué gritar á los suyos y dirigirse con un cuchillo hácia donde estaba el rey; pero interponiendose la guardia le cortaron de un tajo la mano derecha, y cayó muerto de un golpe de maza. El infante D. Juan, amigo y compañero en las maldades de D. Lope, solicitó con otro

UNED

puñal abrirse paso y logró herir con él á algunos; pero hubiera muerto indudablemente á no acogerse al regazo de la reina, y le condujeron preso á Burgos. De este modo recobró D. Sancho las fortalezas y castillos que le tenia usurpados D. Lope.

La viuda de éste hizo tomar las armas á su hijo D. Diego Diaz de Haro, y con mucha gente pasaron á Aragon en solicitud de la libertad de los Cerdas, lo que consiguieron inmediatamente pues el aragonés solo deseaba vengarse del castellano. Aclamaron rey de Castilla y Leon á D. Alfonso, el mayor de los infantes Cerdas, y por influjo de D. Diego contrajeron los dos Alfonsos la mas estrecha alianza; pero se acabó el resentimiento por la muerte de D. Diego, acaecida poco despues.

Como no tenia otro apoyo D. Alonso de la Cerda que el rey de Aragon, y este no podia auxiliarle por hallarse ocupado en la guerra de Francia y de Sicilia, se encontró hecho rey, pero sin corte, estados ni tropas para mantener su autoridad. Reclamó sin embargo la proteccion del aragonés, haciéndole promesas no despreciables si le ponia en posesion de los reinos de Castilla y Leon que su tio D. Sancho le tenia usurpados; y movido del interes se apresuró el rey de Aragon á sufocar las divisiones intestinas, y marchó con un poderoso ejército contra D. Sancho: salió éste á su encuentro con fuerzas tambien respetables; pero cuando parecia que iba á haber un combate general se redujo todo á algunos retos y correrías de ambas partes.

Murió de allí á poco D Alonso de Aragon, y el infante de la Cerda suplicó igualmente á su sucesor D. Jayme II que defendiese sus derechos; mas el prudente D. Jayme tuvo por mas oportuno confederarse con el rey de Castilla, enemigo temible por su alianza con la Francia, que esponer su reputacion al éxito dudoso de una guerra voluntaria. D. Sancho participó al rey de Francia su concordia con el aragonés, y consiguió conciliar por algun tiempo las dos potencias.

A pesar de la moderacion y prudencia con que gobernaba D. Sancho, no habia podido aun estinguir el fuego de la sedicion, la cual hacia vacilar sobre su cabeza una corona violentamente adquirida. Debia el infante D. Juan

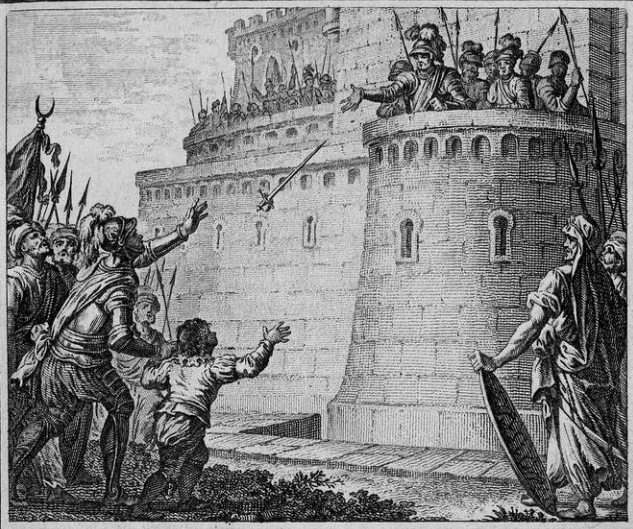
UNED

la libertad á su generoso hermano; pero como no poseia nobles sentimientos, jamás abandonó sus pretensiones: se unió á los Laras y empezó á fomentar la insurreccion, si bien don Sancho logró atajarla en sus principios y D. Juan tuvo que refugiarse en Portugal. Su rey D. Dionisio le despidió de aquellos estados á ruegos de D. Sancho, y dirigiéndose á Francia, un viento contrario le condujo á Tanger; pero aun de este acontecimiento supo sacar partido su genio revoltoso: logró persuadir á Aben-Jucef que venia á su servicio, y éste que premeditaba invadir á Castilla, dió á D. Juan el mando de cinco mil caballos para atacar á Tarifa. Defendia esta plaza D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, el cual rechazó con denuedo los terribles asaltos de los sitiadores: conociendo el infante la dificultad de la empresa, y sabiendo que D. Alonso habia hecho llevar de Tarifa á un pueblo cercano á su hijo único, niño de pocos años, por no esponerle á los peligros del bloqueo, dispuso que se le llevasen al campo, y participasen á su padre que sino entregaba la plaza pereceria el niño al filo de su espada; mas el noble D. Alonso, haciendose superior á los sentimientos de la naturaleza, no vaciló un momento: se asomó á la muralla, y asegurando al infante que defenderia á Tarifa hasta exhalar su último aliento, "no tengo mas que un hijo, añadió, pero le amo demasiado para que su vida sea premio de una vileza; y si como no es mas que uno fuesen muchos, á todos los sacrificaria gustoso por mi patria y por mi honor: así pues, infante D. Juan, si en ese campo falta cuchilla para inmolar la víctima, ahí está mi acero:" arrojó su espada al campo y se retiró á comer tranquilamente; pero una estraordinaria gritería que sobrevino en el campamento llamó de nuevo su atencion, y corriendo á los baluartes presenció el asesinato de su inocente hijo; mas llevando hasta el estremo su heroismo, "no es nada, prorumpió regresando á los suyos, creí que era otra cosa, imaginé que los enemigos escalaban el muro...." y se volvió á la mesa. Confundidos los mahometanos al ver tal grandeza de ánimo, el cual hacia inútiles sus tentativas, levantaron el sitio, repasaron el Estrecho y el infante se retiró á Granada.

Años de J. C. 1292.

Disponiase el rey D. Sancho para el sitio de Algeciras;

UNED



Guzman el Bueno.

Intimó el Infante D. Juan á D. Alonso Perez de Guzman el Bueno que rindiese al exército moro la plaza de Tarifa, ó le mataría su hijo único que tenía en su poder; pero Guzman, tirando desde el muro su espada, dixo: Si falta acero ahí está el mio; *y vió luego con serenidad morir á su hijo. Asombrado de tal fidelidad el enemigo levantó el sitio. Sacrificar asi el amor paterno al honor es sobreponerse á los héroes.*

T. I. Enguid.s de ag. fte. Alex.s Blanco conc.

UNED

UNED

mas no siendo suficientes las fuerzas de la plaza para defenderla, ni pudiendo Aben-Jucef socorrerla por entonces, mandó á su gobernador que la cediese al rey de Granada; y privados los africanos de este puerto, cesaron sus piraterías por las costas españolas. Ocurrió la muerte de D. Sancho en 26 de Abril de 1295, dejando por sucesor á su hijo D. Fernando que solo contaba nueve años, encargando su tutela á su esposa Doña María Alfonsa de Molina. Por la constancia y grandeza de ánimo que manifestó en todas sus empresas mereció el sobrenombre de *Bravo*; pero su ambicion y el haber atropellado las obligaciones filiales le privó del de virtuoso.

Años de J. C. 1295.

Fernando IV. Son por lo comun fatales al Estado las menores edades de los reyes; pero en España ninguna lo fue mas que la de Fernando IV, rey de Castilla y de Leon. Despedazaban el vasto cuerpo de la monarquía cuatro distintas facciones, sin contar la de la reina gobernadora: dos de ellas disputaban al rey niño la corona pretestando ser ilegítimo su nacimiento, nulo el matrimonio de sus padres, y tratando de usurpador al rey difunto; las otras dos se oponian al gobierno de la reina, que aunque sábia y virtuosa, ni por el sexo ni por las fuerzas se hallaba en estado de hacerse temer ni escuchar. La primera faccion que se quitó la máscara fué la de D. Alonso de la Cerda, cuyo derecho incontrastable estaba sostenido por los reyes de Francia, Aragon y Granada. Fue coronado rey de Castilla y Leon, y como tal le reconocieron todos sus parciales. Descubrióse despues el partido del infante D. Juan, y apoyado por el rey de Portugal fue aclamado rey de Leon, de Galicia y Sevilla. Siguióse la parcialidad de la mayor parte de los grandes, que intentando una especie de revindicacion pretendian el gobierno como privilegio privativo de la grandeza. Se oponia á esta la del infante D. Enrique, tio del rey niño, que en virtud de esta prerogativa alegaba tocarle el gobierno del reino con preferencia á todos los demas, y obligó á las Córtes del reino, convocadas en Valladolid, á que le reconociesen por gobernador. La reina madre inclinándose en la apariencia al infante, y haciendo modestia de la necesidad, renunció el título á su favor; pero aunque se despojó del gobierno en el nombre, se quedó con él en el ejercicio.

Siglo XIV. 1301.

UNED

Creer que á todos estos partidos les animaba el zelo del bien comun, sería hacerles demasiado favor, faltando á la verdad que debe ser compañera inseparable de la historia. Ninguno era gobernado por otro impulso que su interés, ni atendia á otro fin que al de su exaltacion: todos se presentaban armados sin otra caja militar para el sustento de las tropas que la libertad y el pillaje. La neutralidad era un delito irremisible en todas las facciones, y al que se declaraba por un partido, el contrario le declaraba por enemigo de la patria. Caminaba la monarquía á su infalible ruina precipitada por esta confusion universal, si el Cielo, que tan visiblemente la habia protegido en otras ocasiones, no hubiera adelantado el auxilio que la preparaba. Descargó la divina Providencia el hambre y la peste sobre los ejércitos de todas las facciones, y no se necesitó mas para que desapareciesen.

Era la reina madre una de aquellas grandes almas, estraordinarias y capaces, que el sexo femenino descubre de tiempo en tiempo; y no solo supo mantenerse en medio de tantas turbaciones, lo que sería bastante para acreditar su sagacidad, sino que halló modo de quedar superior á todas ellas, que fue un gran rasgo de su esquisita prudencia, valiéndose oportunamente de la inaccion á que la miseria y las enfermedades epidémicas habian reducido los ejércitos faccionarios; introdujo en todos la negociacion, y consiguió con ella ganar su confianza. Desarmó á Dionisio, rey de Portugal, proponiendole el matrimonio de D. Fernando con su hija la infanta Doña Constanza, y el de la hermana de D. Fernando con el infante heredero de Portugal, dotando á la infanta de Castilla con la plaza de Olivenza y algunas otras. No la fue tan fácil contentar la ambicion desmedida de los grandes; pero empeñada en reducirlos á cualquier precio, les concedió cuanto pedian, con intencion de volverselo á quitar siempre que se presentase ocasion. La mayor dificultad consistia en satisfacer las ambiciosas miras del infante D. Enrique; pero habiendo muerto éste cuando se negociaba su composicion, se desvanecieron todos los obstáculos. La Francia habia retirado sus tropas, y el rey de Aragon, único apoyo de las pretensiones de D. Alonso de la Cerda, estaba ya cansado de mantener aquella guerra. Ganó la

UNED

reina madre su confianza, apelando de la fuerza de sus armas á la de su razon, haciéndole juez árbitro con el rey de Portugal para que decidiesen aquella diferencia. Conociendo los dos monarcas la imposibilidad de destronar á D. Fernando, le adjudicaron unánimemente la corona, señalando á D. Alonso muchas ciudades y lugares para que viviesen con el esplendor correspondiente á su elevado nacimiento. Aunque D. Alonso reclamó contra esta sentencia por parecerle injusta, contemporizó despues y volvió de Francia á España con el príncipe D. Luis, su primogénito, dejando allí á D. Juan, su hijo segundo, que fue conde de Angulema y condestable. Mientras la reina madre restableció la paz, salió el infante D. Fernando de su menor edad, y habiendo bebido desde su infancia las máximas de una política dulce y apacible, le costó poca violencia recibir con bondad á las cabezas de los malcontentos; culpó á los tiempos de las calamidades públicas, y los perdonó con tanta generosidad, que de súbditos inquietos hizo unos vasallos fieles y zelosos de su servicio, de lo cual dieron relevantes pruebas en la guerra que emprendió D. Fernando contra los moros finalizadas las inquietudes civiles. Tomáronse á los infieles las plazas de Bedma, Quesada, Gaudete y Gibraltar, aunque la conquista de esta última fue demasiado costosa por haber perdido en ella al célebre D. Alonso Perez de Guzman el Bueno, que murió heróicamente combatiendo en el campo de la gloria. Años de J. C. 1309.

Era el rey valiente, afable, grato, clemente y justo; pero demasiadamente pronto en los primeros arrebatos de indignacion que le causaban los delitos. Hallábase en Martos cuando supo que estaban allí dos caballeros hermanos llamados los Carvajales, gravemente iniciados de haber cometido cierto asesinato á la puerta del palacio real de Palencia; y el rey, sin mas pruebas ni procesos, los hizo prender y condenó á ser arrojados desde una elevadísima peña: reclamaron los infelices su derecho á ser oidos en justicia; pero se les negó este consuelo y sufrieron la pena, protestando su inocencia y emplazando al rey para que dentro de treinta dias compareciese en el tribunal del Juez Eterno á responder de su injusticia. Al cumplirse el plazo se halló muerto en su cama al rey, que ya anterior- 1312.

UNED

mente se sentia indipuesto, y confirmándose en la opinion pública la inocencia de los dos hermanos, dejó á D. Fernando el sobrenombre del *Emplazado*. Falleció en 7 de setiembre de 1312, á los veinte y cuatro años de edad.

Alonso XI. Aclamado el niño D. Alonso XI, cuya edad á la sazon era de poco mas de un año, salieron á la pretension de la regencia cuatro partidos contrarios, cuyas cabezas eran dos tios del rey niño, su abuela y su madre. Renováronse los mismos desastres que en el reinado precedente. Todos deseaban apoderarse de la persona del príncipe, como el único medio para dar despues la ley y hacerse obedecer de las Córtes; pero le habia retirado la reina á Avila bajo la custodia del obispo D. Sancho, y fueron infructuosas cuantas tentativas hicieron al efecto. Celebráronse finalmente Córtes en Palencia á fin de restablecer la tranquilidad, y propuso la reina que se confiriese la tutela y gobierno á los dos infantes; mas como las ciudades estaban divididas, é igualmente sus procuradores, no les fue posible convenirse, hasta que convocadas nuevamente las Córtes en Burgos en 1315 se prestaron gustosas á esta resolucion. Sosegadas las turbulencias interiores se encargó el infante D. Pedro, con fuerzas respetables, de contener á los moros granadinos que asolaban las fronteras; y las primeras acciones quedaron señaladas con otras tantas victorias. Debia D. Juan auxiliarle con tropas y dinero para sostener la guerra; pero envidiando la gloria de su rival, se desentendió y tuvo la reina Doña María que prometerle la mitad de las tercias eclesiásticas concedidas á D. Pedro por el papa Juan XXII, para empeñarle á tomar parte en la guerra. Dirigiéndose los dos infantes á la frontera, acaudillando sus respectivos tercios, tomaron por asalto varias plazas, y se presentaron intrépidamente á vista de Granada; pero los ardores del estío les obligaron á retirarse, y acometidos entonces por los moros fueron arrollados y muertos los dos gefes en la refriega. Por su muerte volvió la discordia á soplar el amortiguado incendio de las guerras civiles. So pretesto de que la reina no podia por sí sola sostener el peso del gobierno, se erigió en tutor y gobernador absoluto el adelantado de Murcia D. Juan Manuel, el cual obtuvo el voto de algunas ciudades. Opúsose el infante

Años de J. C. 1315.

UNED

D. Felipe, hijo de la reina abuela, y estuvieron próximos á batirse; pero la reina logró impedirlo, haciendo que repartiesen entre sí el gobierno, como lo habian hecho anteriormente los infantes D. Juan y D. Pedro. Aparecieron poco despues otros dos poderosos competidores. D. Juan el *Tuerto*, hijo del infante D. Juan, y D. Fernando de la Cerda, obtuvieron aunque separadamente casi á un mismo tiempo el nombramiento de tutores por la ciudad de Burgos y su consejo; reunieronse despues, y dueños de Burgos y una gran parte de Castilla, resolvieron no obedecer ninguna órden del soberano: por otra parte las ciudades de Andalucía que habian elegido á D. Juan Manuel le abandonaron repentinamente y nombraron al infante D. Felipe, y diariamente se mudaba de partido entre los cinco tutores. Duraron estas inquietudes dos años, y al fin de la segunda campaña quedó el gobierno por la reina Doña María, abuela del rey; pero esta virtuosa señora, rendida á las dolencias inherentes á su avanzada edad, y agravadas por una continua serie de aflicciones, falleció en Valladolid el año 1321, encomendando la persona del rey, su nieto, á los caballeros ricos-hombres y concejo de aquella ciudad. Años de J. C. 1321.

Esta desgracia atrajo la confusion en el sistema gubernativo, y los desórdenes llegaron á lo sumo. Como no habia tutores por nombramiento de las Córtes, sino por el de algunas ciudades, estas mudaban á su arbitrio de tutor á la menor sugestion de cualquiera de los competidores, los cuales solo aspiraban á despojarse mutuamente; y por espacio de cuatro años se vieron los caminos llenos de salteadores y asesinos que atacaban impunemente la seguridad y propiedad de los ciudadanos, aun en el recinto de sus habitaciones, siendo preciso repeler las violencias con la fuerza. Cumplió el rey por fin los catorce años de edad, hizo declarar su mayoría, y los tutores se vieron precisados á renunciar solemnemente un cargo que enmascaraba su ambicion. 1325.

Empezó á restablecerse el orden con la prudencia del rey; y temerosos D. Juan Manuel y D. Juan el *Tuerto* del castigo que les amenazaba por haber sido los principales revoltosos, renovaron en el pueblo de Cigales su antigua alianza, estrechando mas los vínculos formados por el es-

UNED

píritu de partido con el enlace de D. Juan el *Tuerto* y Doña Constanza hija de D. Juan Manuel. Previó el rey las funestas consecuencias de tan poderosa coalicion; y ya que las circunstancias no le permitian recurrir á la fuerza para sujetarlos, se valió de la política con el objeto de enemistarlos. Remitió un mensaje á D. Juan Manuel, pidiéndole con el mayor sigilo á su hija por esposa; y este ambicioso, tan mal caballero como infiel amigo, lisonjeado con la dicha de ver á su hija ocupar el trono de Castilla, y esperando tener mayor influencia en el gobierno, abrazó la propuesta, faltando á su palabra y juramento. Aunque se celebró el matrimonio, no llegó á consumarse por la corta edad de la novia; y el burlado D. Juan el *Tuerto*, deseoso de vengar este agravio, se acogió á la proteccion de D. Jayme de Aragon, solicitó la mano de su nieta Doña Blanca, reanimó á D. Alonso de la Cerda, y se confederó con el rey de Portugal. Tales alianzas amenazaban á Castilla con una nueva guerra civil; y D. Alonso, que aun no habia podido restablecer totalmente la tranquilidad en sus estados, y se hallaba con muy pocos recursos para oponerse á tan poderosos enemigos, tuvo que recurrir á la prudencia para desarmar á lo menos al rebelde D. Juan. Socolor de transigir sus diferencias y combinar los planes de la guerra proyectada contra los moros le hizo llamar á Toro, mas se escusó éste temiendo fuese un pretesto para deshacerse de él; el rey se valió entonces del engaño para conseguir lo que no habia logrado con la política, y despachándole un salvoconducto que disipó sus temores, consiguió se presentase en Toro, acabando de tranquilizarle el amistoso acogimiento que le hizo. Sin embargo, al dia siguiente fue asesinado á la entrada del palacio con dos caballeros que le acompañaban. Aunque era digno D. Juan de un severo castigo, no está en el orden de la justicia, ni es propio de la magestad de un monarca, un asesinato tan premeditado.

Apenas llegó la noticia á D. Juan Manuel, que debia temer igual suerte aunque emparentado con el rey, abandonó el adelantamiento de la frontera de Andalucía, y se refugió en la fuerte plaza de Chinchilla. Tenia entonces D. Alonso emprendida guerra contra Granada, y las fuerzas del Adelantado le hacian suma falta; pero aunque le

UNED

envió á llamar se negó abiertamente, dejándose decir que pensaba unirse con el granadino. En castigo de su criminal desobediencia, ó tal vez porque el amor no habia tenido parte en su enlace con Doña Constanza, repudió el rey á esta; y admitiendo la propuesta del rey de Portugal, se casó con su hija Doña María. Deseoso D. Juan Manuel de vengar la afrenta de su casa, se confederó con los reyes de Aragon y Navarra, causando infinitos males con semejante coalicion; y habiendo mandado el rey á su confidente Garcilaso de la Vega, Justicia mayor de su casa, con otros caballeros á Soria para que reclutasen algunas tropas, conduciéndolas á la frontera contra los africanos y las gentes de D. Juan Manuel, seducidos tal vez por éste los sorianos, sorprendieron á Garcilaso y sus compañeros oyendo Misa, y los asesinaron impunemente.

Resolvió el rey vengar semejante esceso; y no dando oidos á las amonestaciones del papa, principió á asolar los pueblos de D. Juan, y éste igualmente los del rey; transformando ambos los pueblos en tristes esqueletos descarnados. Las ciudades de Valladolid, Toro, Zamora y otras se declararon contra D. Alonso, tomando por pretesto para tan odiosa accion la privanza que disfrutaba D. Alvaro Nuñez de Osorio, conde de Trastamara; y aunque el rey hacia castigos ejemplares en los rebeldes que caian en su poder, impedia esta misma severidad que se rindiesen los demás.

Aunque infructuosamente, tuvo al fin el rey que tratar de reconciliacion; pues habiendo recibido el granadino nuevas tropas de Albohacen, rey de Marruecos, y engrosado considerablemente su ejército, no podia tener por mas tiempo divididas sus fuerzas, ni resistir á tantos enemigos. En efecto, ya se habian apoderado los africanos de Algeciras; y poco despues se les rindió Gibraltar por la traicion de su alcaide Vasco Perez de Neyra, el cual tenia la guarnicion hambrienta, desnuda y desprovista de todo. No se atrevió á partir D. Alonso en su socorro por no abandonar la Castilla al furor de D. Juan Manuel y demás rebeldes; pero al fin marchó, y aunque ya eran dueños de la plaza los mahometanos, determinó á toda costa reconquistarla. Lo hubiera conseguido, pues fueron tantos los asaltos y el valor con que se dieron, que abierta por

UNED

todas partes no podia ya oponer resistencia; pero se introdujo el hambre y la desercion en el ejército castellano, y tuvo el rey que admitir las proposiciones de paz que por la proximidad del invierno y las turbulencias del reino de Ganada le hicieron los moros, abandonando un sitio que ya le era imposible continuar. Volvió inmediatamente á Castilla resuelto á acabar con los rebeldes; y viéndose estos en breve desamparados de sus principales cabezas, despojados de las plazas y fortalezas que tenian y aterrados con los terribles castigos que imponia el rey á cuantos cogia, imploraron el perdon de la bondad de D. Alonso, abandonando sus proyectos; y éste aparentando creer su arrepentimiento les concedió un indulto general, por el cual volvieron á su servicio. Por el mismo tiempo renunció espontáneamente D. Alonso de la Cerda todos sus derechos á la corona de Castilla; y habiéndose restablecido totalmente la paz dirigió el rey sus armas contra Portugal, á fin de tomar satisfaccion de su monarca por haber patrocinado á los caballeros rebeldes. El saqueo de un gran número de pueblos, y el sangriento combate que en las aguas del Océano ganó la armada castellana á las órdenes de D. Alonso Jofré Tenorio sobre la escuadra portuguesa, obligaron al rey de Portugal á solicitar un armisticio. Mediaron para la reconciliacion el papa y el rey de Francia, y accedió D. Alonso por tener que atender nuevamente á la guerra de Granada, en vista de los preparativos que hacia el rey de Marruecos para renovarla.

Por otra parte la paz ajustada en el sitio de Gibraltar no era mas que una tregua que debia terminar á los cuatro años; y habiendo estos transcurrido, hacia tambien Albohacen formidables aprestos de galeras y tropas con el designio de reconquistar toda la España. Era muy perjudicial á los reyes de Aragon y Castilla la comunicacion que tenia el marroquí con el granadino; y por lo tanto para interceptarla reunieron sus escuadras y las apostaron al paso. Bloqueados por este medio los africanos que habian desembarcado, pues por tierra tenian tambien á la vista un ejército que aunque inferior en número era formidable por su valor y disciplina, empezaron las hostilidades por pequeños combates en que fueron siempre vencidos los sarracenos. Abomelic, hijo de Albohacen y ge-

UNED

neral de la espedicion, juzgó necesario hacer una salida para escarmentar á los cristianos; y moviendo sus huestes hácia Jerez amenazó apoderarse de Alcalá de los Gazules, jurando no dejar en toda la frontera un solo cristiano. Quiso desde luego tomar la plaza de Lebrija donde estaba el acopio de víveres para el ejército castellano, y mil quinientos caballos que despachó le parecieron sobradas fuerzas para la empresa; pero noticioso del proyecto el alcaide de Tarifa D. Fernando Perez Portocarrero, convocó las gentes y mesnadas de aquel sitio, y no solo defendió la villa con sumo denuedo, sino que obligó á retirarse á los moros: salió en seguida de la plaza con sus tropas, consiguió cortarles, y acometiendoles con furor los dejó casi todos muertos en el campo de batalla.

Victorioso el ejército castellano creyó hallarse en disposicion de medir sus fuerzas con el mismo Abomelic; y alcanzando á éste en la vega de Pagana, cerca del rio Patute, sorprendió su campamento al amanecer, y se empeñó el combate con quinientos ginetes sarracenos que dispertaron á los gritos de *Santiago*, *Santiago*. Ni la gritería de los combatientes, ni el ruido de las armas, ni los lamentos de los heridos, fue suficiente para sacar al resto del ejército africano del sueño profundo en que se hallaba; y habiendo perecido los que sostenian la accion, entraron los cristianos en los reales y mataron y destrozaron cuanto se les opuso: los que salvaron la vida se refugiaron en Algeciras y en los montes comarcanos; y el mismo Abomelic se halló abandonado de los suyos, sin caballo y cubierto de heridas, por lo que se ocultó en una maleza al lado de un arroyuelo fingiendo estar muerto; pero un soldado castellano, advirtiendo que respiraba, le atravesó con su lanza sin conocerle.

Inconsolable el rey de Marruecos por la muerte de su hijo, juró vengarla: reforzó al efecto las plazas de Gibraltar y Algeciras con nuevas tropas, sin que pudiesen evitarlo los almirantes de Aragon y Castilla; y estando seguro de que la escuadra castellana no podia oponersele por haberse retirado la aragonesa con motivo de haber perdido su gefe en una pequeña refriega, fondeó en Algeciras á favor de la noche con ciento cincuenta buques de guerra bien equipados. En vano le hubiera disputado el

UNED

paso la armada castellana compuesta solo de veinte y siete naves, y conociendolo su almirante Jofré solo trató de conservar la ventajosa posicion que ocupaba; pero este rasgo de prudencia fue tachado ante el rey de delito y cobardía, y el valiente Jofré para vindicar su honor marchó contra los bajeles enemigos, los acometió con sumo valor, y á pesar de la desproporcion de sus fuerzas no pudieron apoderarse los africanos de la nave almiranta, aunque estaba luchando largo rato sola contra cuatro marroquíes, hasta que él y su animosa tropa fueron muertos sobre la cubierta, estando ya las demás naves abandonadas ó echadas á pique.

Hallándose el rey de Castilla sin escuadra, y habiendo desembarcado en España mas de doscientos mil africanos, era casi inevitable la pérdida de toda la península: lo conoció D. Alonso, pidió socorros á los reyes de Portugal y de Aragon, reparó algunas naves que se habian salvado del anterior combate, y tomando á sueldo quince galeras genovesas, consiguió apostar en el Estrecho una escuadra, que si bien no era fuerte, á lo menos impedia que hiciesen mas progresos los moros.

Entre tanto se coligó Albohacen con el rey de Granada, y para asegurar libre el camino á los comboyes que le venian de Africa, puso sitio á Tarifa. Defendiéronse los sitiados con tanto valor, que dieron tiempo á ser socorridos por los reyes de Castilla y Portugal con un ejército de doce mil infantes y ocho mil caballos. Levantaron el sitio los sarracenos inmediatamente; pero ocuparon un cerro próximo, resueltos á esperar á los cristianos en tan ventajosa posicion. Separaba los dos ejércitos el pequeño rio Salado, que era preciso vadear á no ocupar un puente resguardado por un destacamento de dos mil quinientos caballos; pero atacándolo animosamente con ochocientos hombres dos caballeros hermanos llamados Lasos de la Vega, lograron ponerle en fuga, franqueando el paso á las demás tropas, y se empezó la accion por ambas partes con el mayor encarnizamiento. Un pequeño destacamento de cristianos que se separó de la batalla dió vuelta á unas colinas, y arrojándose impetuosamente sobre el cuartel de Albohacen aterraron á los moros que le custodiaban: huyeron estos precipitadamente hácia Tarifa; salió á su en-

UNED

cuentro la guarnicion de la plaza, y acometiéndolos con denuedo fueron hechos pedazos. El rey de Castilla atacó el ala derecha de Albohacen, y flanqueándola la desordenó: presurosos los fugitivos por guarecerse en los reales, cayeron bajo la cuchilla de los cristianos, que despues de haberlos ocupado bajaban por el cerro precedidos de la muerte y el espanto. Convirtióse la batalla en sangrienta carnicería de los africanos: doscientos mil quedaron en el campo; y esclavos los demás, ó fugitivos, abandonaron al vencedor inmensas riquezas. Sucedió esta famosa batalla año 1340, en la cual, segun todos los escritores, solo perecieron quince ó veinte cristianos. Siguióse poco despues la conquista de varias fortalezas y plazas importantes, como Alcalá la Real y Algeciras. Es memorable el sitio de esta última por haberle precedido otra victoria naval conseguida por la armada castellana; porque durante él se introdujo el tributo de la alcabala, temporal en su principio y radicada despues perpetuamente á favor del reino de Castilla; y por haberse descubierto el uso de la pólvora, proporcionando á D. Alonso una ventajosa tregua de diez y ocho años con los mahometanos, obligándose el granadino á satisfacer anualmente un tributo de doce mil doblas de oro. Años de J. C. 1340.

Quedaba todavía en poder de los infieles Gibraltar, plaza de suma importancia por ser la llave del Estrecho, dejándoles libre la comunicacion con el reino de Granada, lo cual era sumamente peligroso. La sublevacion de uno de los hijos de Albohacen habia puesto en combustion el reino de Marruecos, y Albohacen no pudiendo á un tiempo defender sus derechos y socorrer á su aliado el granadino, proporcionó á D. Alonso una favorable coyuntura para reconquistar aquella plaza. Reunió el monarca castellano cuantas tropas y naves le fue posible, y presentándose delante de Gibraltar hubiera caido esta plaza en sus manos á pesar de lo bien pertrechada que se hallaba, si un voraz contagio que se declaró en su campo no hubiera malogrado las oportunas disposiciones adoptadas al efecto. Aconsejaron al rey que se retirase levantando el sitio; pero este prefirió la muerte, que poco despues le sobrevino, al menoscabo de su reputacion, y arruinado por la peste casi todo el ejército castellano tuvo que retirarse finalmente. Murió D. Alonso en 27 de Marzo de 1350, mereciendo el 1350.

UNED

renombre de *Vengador* y *Justiciero* por su amor á la justicia, y por aplicarla sin escepcion de personas. No dejó delito sin castigo, pues no servia de inmunidad á los culpados la intercesion mas poderosa, ni la calidad mas distinguida; resistióse D. Juan Ponce á una órden del rey en que le mandaba restituir el castillo de Cabra al gran maestre de Calatrava, y pagó con su cabeza su desobediencia: sufrió igual suerte el gran maestre de Alcántara por la correspondencia que tenia con los moros: obligó á todos los grandes del reino á restituir al estado cuantas villas y tierras habian usurpado ó les habian sido cedidas violentamente en las minoridades precedentes; y por último trató con sumo rigor á todos los salteadores y asesinos, haciéndoles desaparecer del reino. Sin embargo, oscureció la brillante carrera de sus dias por la vergonzosa pasion que tuvo á Doña Leonor de Guzman, dama sevillana, viuda á la edad de diez y ocho años de D. Juan de Velasco, de la cual tuvo en el espacio de nueve años que duró este amor nueve hijos y una hija, siendo uno de ellos el famoso D. Enrique, conde de Trastamara: los demás perecieron en la niñez, y algunos fueron víctimas de la crueldad del rey D. Pedro.

Pedro I. Dejó D. Alonso solo un hijo de su legítima esposa Doña María de Portugal, llamado D. Pedro, primer rey de este nombre en Castilla, el cual tenia quince años, y fué reconocido y jurado por el reino. Con sumo sentimiento nos vemos precisados á describir parte de las horrorosas é inhumanas acciones de este monarca, las cuales han cubierto de oprobio su memoria; pero no siéndonos posible ocultar aquellas en que los historiadores mas exactos estan contestes, prescindiremos de todas las que carecen de este apoyo, y que debe presumirse que al menos son exageradas por haberse escrito las memorias que nos las han trasmitido en tiempo de su hermano D. Enrique, en que por espíritu de partido se quiso dar el colorido de justo al asesinato y usurpacion que cometió éste.

Apenas ciñó la diadema empezó á ejercer la tiranía. Los zelos y el rencor que tenia la reina su madre contra Doña Leonor de Guzman, fue suficiente motivo para que conducida de prision en prision al alcázar de Talavera fuese muerta en él por haber amado á D. Alonso. Habia

UNED

previsto esta señora la suerte que la amenazaba; y para contraer una poderosa alianza que la evitase, aceleró el casamiento de su hijo D. Enrique con Doña Juana Manuel, hermana de D. Fernando, señor de Villena; pero fué á disgusto de los reyes, y solo sirvió para apresurar el fin de sus dias: igual desgracia hubiera sucedido á D. Enrique á no haberse refugiado en Asturias, pues que D. Juan Alonso de Alburquerque, que de ayo pasó á ser gran privado del rey, solo aspiraba á deshacerse de cuantas personas pudieran perjudicarle.

Exasperados los grandes al ver tan odiosa conducta, y temiendo la ambicion é intrigas del favorito, no tardaron en manifestar su resentimiento. D. Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya, se retiró á Castilla la Vieja para hacerse fuerte y sublevar aquella tierra; pero falleció poco despues, y el rey por via de castigo resolvió apoderarse de sus estados, mandando asesinar á su hijo que no tenia mas que tres años: crímen horrible que solo pudo evitar la vigilancia de su nodriza huyendo con él precipitadamente. Deseaba D. Pedro saciar su venganza sacrificando alguna víctima á su furor, y Garcilaso de la Vega, adelantado de Castilla é hijo del asesinado en Soria, sin otro delito que ser afecto á D. Juan Nuñez de Lara, fué muerto á mazadas en el palacio real, arrojado su cadáver á la calle, y conducido despues por órden del rey á la plaza de toros, cuya fiesta se estaba celebrando en su presencia, teniendo el bárbaro placer de ver hollados aquellos nobles y sangrientos despojos por las reses acosadas y los caballos de los lidiadores. Falleció muy en breve el hijo de D. Juan, y aprisionando el rey á dos niñas que dejó, sedujo á sus vasallos y se apoderó de todos sus estados.

Llegó á conocer Alburquerque que debia temer á la nobleza irritada, y que para consolidar su arbitrariedad era preciso descargar sobre este cuerpo privilegiado un golpe terrible que hiciese su poder mas precario: á este fin consiguió se convocasen Córtes en Valladolid el año de 1351, donde propuso, con la máscara seductora de la quietud de los hijosdalgos y de los pueblos, que se aboliesen para siempre las behetrías, las cuales hacian mas

Años de J. C. 1351.

UNED

formidable su grandeza; pero la mayoría de los diputados conocieron las miras del favorito, y las behetrías no se abolieron; decretándose solamente el casamiento del rey con Doña Blanca, hija segunda de D. Pedro, duque de Borbon, enlazado con la esclarecida sangre real de Francia. Interin los mensajeros despachados á París desempeñaban el objeto de esta mision, se avistó D. Pedro en Ciudad-Rodrigo con su abuelo D. Pedro de Portugal, á cuya proteccion se habia acogido D. Enrique; consiguió el monarca reconciliar á los hermanos, pero el agradecimiento de D. Enrique fue retirarse á Asturias á alistar gente de guerra, pertrechar algunas plazas y hacerse fuerte en Gijon. Acudió D. Pedro inmediatamente con algunas tropas, y sin hacer resistencia se rindieron todos espontáneamente, por lo cual fueron perdonados. Le acompañó en esta espedicion su favorito Alburquerque, el cual, para cautivar mejor su corazon, le presentó en Sahagun una doncella de su mujer llamada Doña María, hija de D. Diego García de Padilla, señor de Villagera, cuya hermosura dejó al rey sin facultades para defenderse del atractivo de sus gracias; y conociendo que era amado, se abandonó á su pasion sin respeto á las buenas costumbres. Se hallaba el rey en Torrijos entregado al placer de verse reproducido en una hija que acababa de dar á luz Doña María de Padilla, cuando llegaron á Valladolid los embajadores con la princesa, cuya noticia recibió con sumo disgusto. No amaba á Doña Blanca, y por lo tanto sentia que viniese á perturbar la felicidad que disfrutaba en los brazos de su querida. Sin embargo, el valimiento que empezaron á tener con el rey los parientes de Doña María, iba á causar muy en breve la ruina del favorito; y conociéndolo éste, recordó al rey las consideraciones debidas á la princesa, la palabra real empeñada, el resentimiento que debia temerse de la Francia, y la pérdida de su riquísimo dote: cedió el rey á tan poderosas razones, y se celebró el matrimonio solemnemente en Valladolid; pero á los dos dias abandonó D. Pedro á Doña Blanca, y volvió á los brazos de su amada, que habia quedado en el castillo de la Puebla de Montalvan; y aunque los mismos parientes de Doña María le afearon una accion tan injusta, reduciéndole á volver

Años de J. C. 1352.

UNED

á Valladolid, abandonó otra vez á su nueva esposa y mandó arrestarla en Arévalo.

Verificóse en seguida la caida de Alburquerque y de cuantos gozaban su favor, siendo ocupados todos los destinos de palacio por los parientes de Doña María; y aunque esta señora repugnaba en su corazon estas gracias, no pudo contener la violenta conducta del rey, que persiguiendo vivamente á D. Juan Alonso de Alburquerque, le obligó á refugiarse en Portugal para salvar su vida. Apoderóse el rey de algunos de sus pueblos, y resistiéndose obstinadamente las fortalezas de Alburquerque y Coddesera, dejó en Badajoz por fronteros contra dichas plazas á sus hermanos D. Enrique y D. Fadrique, y á D. Juan de Padilla, hermano de Doña María, con suficientes tropas, y regresó á Castilla.

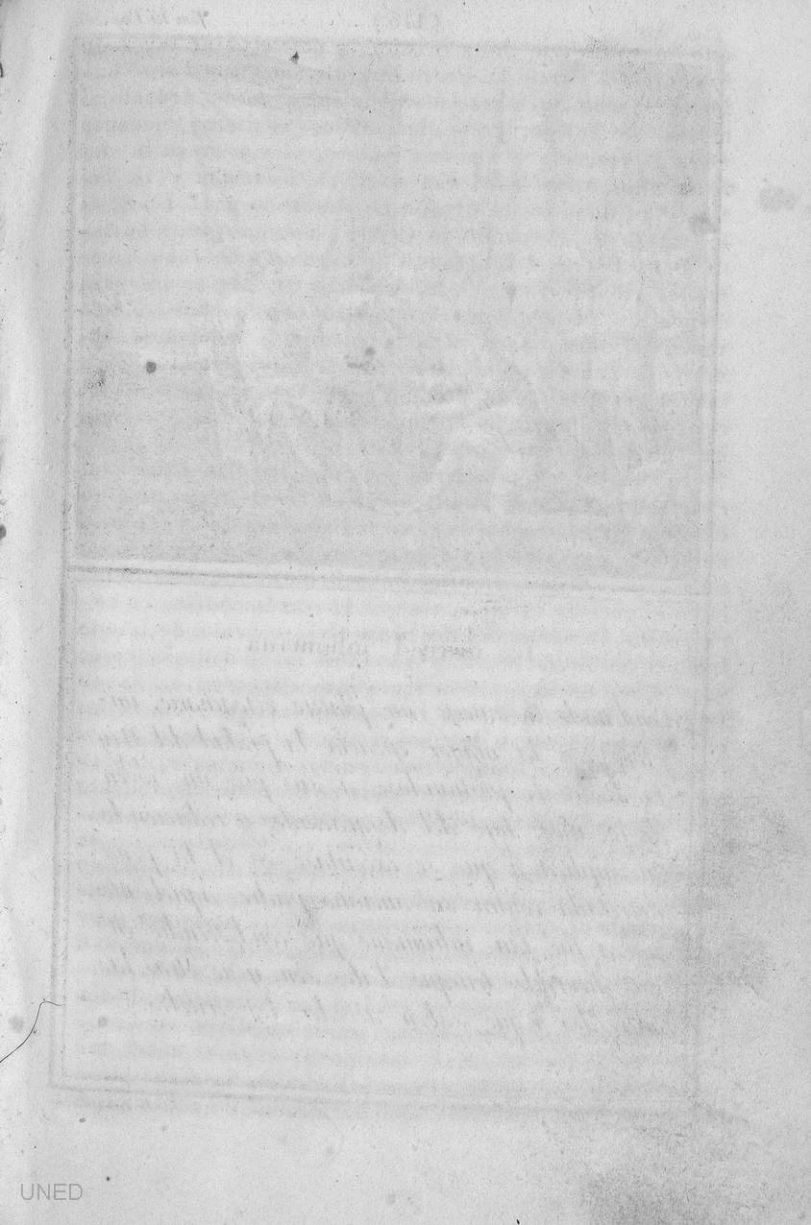
El carácter feroz y arrebatado de D. Pedro y algunas desavenencias que tuvo con Doña María, fueron causa de que solicitase esta señora retirarse á un monasterio; y habiendose entibiado la pasion que el rey la tenia al ver la belleza de Doña Juana de Castro, la concedió sin repugnancia esta gracia. Era Doña Juana dama de ilustre sangre y viuda de D. Diego de Haro, señor que fue de Vizcaya; pero no consintió admitir su amor sino en clase de esposa. El matrimonio del rey con Doña Blanca era un impedimento: mas el rey allanó esta dificultad, persuadiendo á la dama que habia sido nulo como contrario á su voluntad, cuyas ideas fueron apoyadas por los obispos de Avila y de Salamanca, que le declararon libre de aquel vínculo. Se verificó el matrimonio en la villa de Cuellar; pero solo duró veinte y cuatro horas, pues Doña Juana fue abandonada al dia siguiente, teniendo que contentarse con la villa de Dueñas que la concedió su fementido esposo, y con el vano dictado de reina de Castilla que usó toda su vida. Con motivo de la ausencia del rey hicieron alianza con D. Juan Alonso de Alburquerque D. Enrique, D. Fadrique, y otros caballeros que habian quedado en Badajoz, aparentando querer restablecer á Doña Blanca en sus legítimos derechos, y resistir á las violencias del rey; pero su objeto solo era quitar el influjo que gozaban los Padillas y ocupar su lugar. Habian preso los confederados á D. Juan de Padilla; pero

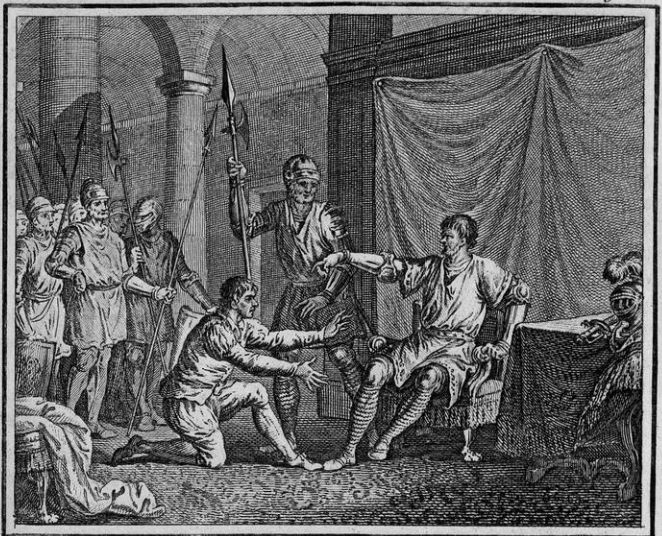
UNED

éste logró fugarse de la prision, y participó al rey todo lo ocurrido. Partió D. Pedro inmediatamente á Toro, habiendo hecho antes trasladar á la reina desde Arévalo al alcázar de Toledo. Compadecidos los caballeros toledanos de la desgraciada y virtuosa señora, llamaron en su defensa á los infantes D. Enrique, D. Fadrique y D. Tello, á los infantes de Aragon D. Fernando y D. Juan, al agraviado D. Fernando de Castro, hermano de la burlada Doña Juana, á D. Juan de la Cerda y á D. Juan Alonso de Alburquerque. Asímismo tomaron las armas para amparar á Doña Blanca las ciudades de Cuenca, Talavera, Córdoba, Jaen, Ubeda y Baeza, habiéndose formado de esta liga un ejército de seis mil caballos y un número respetable de infantes, superior al que tenia el rey, por lo que tuvo éste que refugiarse en la fortaleza de Tordesillas.

Sin embargo, ofrecieron al rey dejar las armas, si apartando de sí á la Padilla, que en vez de retirarse á un cláustro habia recobrado el ascendiente que tenia sobre su corazon, y removiendo á todos los parientes de ésta, se unia á su legítima consorte Doña Blanca, restableciendola en el goce de los derechos que la correspondian. La reina madre, creyéndolos de buena fe, se habia declarado tambien en su favor, entregándoles la ciudad de Toro; pero el rey no otorgaba ni repugnaba cosa alguna, dando treguas á fin de debilitar la liga con la separacion de los que lisonjeaba con sus promesas seductoras. Conociendo su intento, y so protesto de transigir las diferencias, lograron se presentase en Toro, donde una accion imprudente hizo mas dificil la reconciliacion. Desposeidos de sus empleos los Padillas, y reemplazados por caballeros de la faccion opuesta, se vió el monarca de Castilla rodeado de gentes sospechosas y como detenido en su posada; pero supo aprovecharse de la libertad que le permitian para salir á caza, y acompañado de doscientos caballos se fugó una mañana dirigiendose á Segovia. Reuniéronsele en el camino los infantes de Aragon, y varios caballeros que habia seducido con sus promesas; y los que quedaron en Toro, solamente pensaron en salvarse por la fuga al saber los preparativos que hacia el rey para sujetarlos: por estos incidentes quedó reducida aquella formidable coalicion á

UNED





La merced inhumana.

Condenado á muerte un platero octogenario, imploró con la mayor eficacia la piedad del Rey D. Pedro I, postrandose á sus pies un jóven de 18. años, hijo del desgraciado; y reduciendo su súplica á que se executase en él la pena decretada contra su anciano padre, aquel monarca fué tan inhumano que condescendió en este horrible trueque. Tales son, y no otras, las mercedes á que saben acceder los crueles.

T.L. Enguid.s de ag. fte. Js. Bonifaz conc.

UNED

unos miserables restos comandados por el conde D. Enrique y la reina madre. Rechazaron, sin embargo, denodadamente los ataques del irritado monarca; pero hubieran al fin sucumbido á no haber llamado la atencion de D. Pedro otro acontecimiento. Se hallaban divididos en pareceres los caballeros que defendian la ciudad de Toledo en favor de Doña Blanca, pues unos temiendo la venganza del rey proponian una espontánea rendicion, otros se resolvian á perecer antes que entregarse, y los mas prudentes opinaban se debia capitular. Aprovechó D. Pedro tan oportuna ocasion para apoderarse de aquella plaza casi inexpugnable; y aunque el conde D. Enrique partió en socorro de su hermano D. Fadrique, y ambos unidos entraron por fuerza en Toledo para hacerse fuertes, cuya entrada se les habia negado por hallarse en negociaciones de paz con el rey, se presentó este al dia siguiente, y á pesar de haberle disputado el paso los dos hermanos con el mayor denuedo, tuvieron que retirarse á Talavera, temerosos tanto de la ira del rey, como del odio que se habian granjeado de los toledanos por los escesos que cometieron en la ciudad.

Apoderado el rey de Toledo, castigó cruelmente á los que habian tenido parte en la liga, llegando al estremo de ser insensible á los sentimientos de la naturaleza y de la humanidad: un platero octogenario fué comprendido en el número de los proscriptos, y por lo tanto condenado á muerte: arrojóse su hijo á los pies del rey, suplicándole que sino perdonaba á su infeliz padre, le concediese la gracia de morir en su lugar; pero insensible D. Pedro á tan generoso rasgo de piedad filial accedió á tan horrible trueque.

Sosegadas enteramente las turbulencias de Toledo, marchó el rey contra Toro donde se hallaban refugiados sus hermanos, y en breve tiempo redujo la ciudad á tal apuro, que D. Enrique, temiendo caer en manos del rey, partió á Galicia. Siendo cada dia mas penosa la situacion de los habitantes por la falta de vituallas, trataron secretamente algunos de entregar la ciudad; y sabiendolo D. Fadrique solicitó y obtuvo el perdon del vencedor, el cual hecho dueño de Toro castigó severamente á todos los que habian tenido parte en la conspiracion. La reina ma-

UNED

dre, horrorizada al ver tan continuadas y sangrientas escenas, pasó á Portugal; y Doña Juana Manuel, mujer de D. Enrique, que permanecia en una prision, logró fugarse por el favor y astucia de un caballero amigo de su marido.

Consternados todos los rebeldes solicitaban el seguro del rey para volver á su servicio. Así lo hizo D. Tello desde Vizcaya; y el rey, que deseaba ver reunidos á todos sus hermanos para deshacerse mas fácilmente de ellos, accedió á la peticion; pero rezeloso D. Tello de alguna traicion difirió presentarse, y D. Fadrique se libertó tambien por entonces de las asechanzas del rey por un imprevisto accidente.

Se hallaba D. Pedro en el puerto de Santa María divertido en la pesca de los atunes, cuando arribó para tomar refrescos una escuadra aragonesa destinada al socorro de Francia contra Inglaterra. Habia entonces en la rada dos barcos placentinos con direccion para Alejandría, y sin respetar la neutralidad del puerto los apresó dicha escuadra, pretestando pertenecian á Génova, enemiga de Aragon. No miró el rey de Castilla con indiferencia semejante violencia del derecho de gentes; y despues de mandar al almirante aragonés que restituyese la presa, le pidió una satisfaccion completa, amenazándole con la prision y embargo de bienes de cuantos comerciantes catalanes habia en Sevilla. No dió oidos á tan justas reclamaciones el almirante y se hizo á la vela para su destino; pero el ofendido castellano no solo llevó á efecto su amenaza, sino que reclamó una satisfaccion de su señor. Se negó á darla el monarca aragonés porque no tenia parte en el hecho de su almirante, y mas bien debia exigirla por la tropelía cometida por D. Pedro con sus súbditos; y de reconvenciones vinieron á un absoluto rompimiento. Hallábase el aragonés empeñado en la reduccion de Cerdeña, y por lo tanto bastante imposibilitado para resistir al castellano; pero procuró robustecer su ejército llamando al infante D. Enrique y demás caballeros agraviados, dividiendo así las fuerzas de su enemigo con las rebeliones suscitadas en varios puntos de Castilla. A pesar de estas intrigas principió la guerra con tan mal éxito por su parte, que á no haberse ajustado una tregua por mediacion del papa, se habria

UNED

visto en la necesidad de comprar la paz bajo condiciones desventajosas.

En vez de aprovecharse el rey de Castilla de la tregua para apercibirse y continuar la guerra, se ocupó solo en granjearse el odio general de los pueblos, asesinando á una multitud de caballeros que podrian serle muy útiles en aquella ocasion. Entre estos fueron los principales su hermano D. Fadrique y el infante de Aragon D. Juan: el primero, á pesar de los servicios que habia contraido en la última guerra, fué muerto á mazadas en el mismo palacio de Sevilla; y el segundo, engañado con falsas promesas por D. Pedro, sufrió la misma suerte en Bilbao, salvándose solo D. Tello por una fuga sumamente precipitada.

Renováronse las hostilidades, pues el conde D. Enrique y el infante D. Fernando de Aragon, ambos deseosos de vengar la muerte de sus respectivos hermanos, rompieron furiosamente, el primero por la comarca de Soria, y el segundo por el reino de Murcia. Emprendida la guerra por mar y tierra, era caso imposible restablecer la paz á pesar de las negociaciones de un nuevo legado pontificio, porque ni D. Pedro la deseaba, ni el aragonés podia someterse á las humillantes condiciones que le proponia su competidor; pero despues de muchas escaramuzas y recíprocos despojos, sin haber ninguna accion decisiva, la política del aragonés obligó á D. Pedro á transigir, devolviendo las plazas que habia conquistado, con tal que su contrario desterrase de sus reinos á sus hermanos y demas caballeros fugitivos de Castilla. Aprovechóse para esto de las circunstancias del tiempo, pues se hallaba tan debilitado el imperio mahometano, así por la continua y desventajosa lucha que por muchos años habia sostenido, como por la ambicion de algunos moros que se habian repartido entre sí los miserables restos de aquella soberanía, que parece concurria todo á completar su destruccion. Habiase apoderado del cetro granadino Mahomad Aben-Al-hamar, llamado el *Bermejo*, desposeyendo de él á su legítimo monarca Mahomad Lago. Tenia éste íntima alianza con D. Pedro, y no dudando Aben-Al-hamar que acudiria en su socorro, solicitó el favor del aragonés; pero este si bien no podia entonces darle ningun auxilio por ha-

UNED

llarse ocupado en la guerra de Cerdeña y de Castilla, quiso terminar esta última sin manifestar debilidad, persuadiéndole á que rompiese por las fronteras castellanas, y D. Pedro se vió entonces precisado á aceptar la paz que el aragonés le proponia, deponiendo la arrogancia con que la habia desechado antes.

Retiró, pues, sus tropas de las fronteras de Aragon, y las hizo marchar hácia Sevilla, resuelto á castigar la insolencia de Al-hamar y restablecer al destronado Lago; pero suspendió las operaciones con motivo de la muerte de Doña María de Padilla, su objeto idolatrado. Era tal la pasion que tenia á esta señora y el sentimiento que le causó su prematura muerte, que mandó vistiesen luto general todos los pueblos, y la elevó al rango de reina de Castilla, reconociéndola por su legítima esposa.

Parecia justo que hallándose D. Pedro libre del objeto de sus amores se reuniese á su legítima esposa Doña Blanca, y este era el voto general de la nacion; pero en vez de asentir á tan justo dictámen, aumentóse estraordinariamente el odio que siempre la habia tenido, y dispuso su muerte.

Hallábase la princesa en Medinasidonia bajo la custodia de D. Iñigo Ortiz de Zúñiga, el cual fué encargado por el rey de darla un veneno que le remitió: negóse este noble caballero á intervenir en tan destestable accion; pero firme el rey en llevarla á efecto comisionó á uno de sus ballesteros, quien, no menos cruel que su señor, la desempeñó sin repugnancia.

Reforzado el ejército castellano con cuatrocientos caballos que habia reunido Mahomad Lago, y creciendo diariamente los preparativos de Al-hamar, juzgó D. Pedro no debia diferir por mas tiempo su venganza. Entraron sin oposicion por el territorio granadino los dos reyes coligados, y derrotando á Al-hamar en varios encuentros, le hicieron conocer muy en breve que en vano les resistiria. Procuró Al-hamar granjearse la amistad de D. Pedro restituyendo la libertad á muchos caballeros que habia hecho prisioneros, y devolviéndolos á su soberano con magníficos regalos; pero viendo que aun no era bastante para separarle del empeño de favorecer á su enemigo, se presentó él mismo en la corte con solo la comitiva necesaria

UNED

para su custodia y la de los ricos dones con que deseaba comprar la paz. Solo exigia de D. Pedro que retirando sus tropas dejase á los dos rivales en libertad de disputar con las armas sus respectivos derechos, y que sino podia prescindir de restablecer en el trono á Mahomad, le permitiese regresar á Berbería. La respuesta del rey fué un horrible atentado: treinta y cinco caballeros moros sorprendidos por su orden en un banquete, y vilmente despojados de sus trages, fueron degollados en el campo destinado para el suplicio de los malhechores; y el mismo Al-hamar, inicuamente ultrajado y escarnecido, pereció á manos de D. Pedro que quiso tener tan bárbaro placer.

Finalizada de esta suerte la guerra de Granada, renovó D. Pedro la de Aragon, la cual se habia visto precisado á suspender admitiendo una paz desventajosa en su concepto. El hallarse ocupado el aragonés en contener los escesos que un gran número de bandidos, con el nombre de *compañías blancas*, cometian en los confines del Rosellon, proporcionó al castellano la posesion de muchas ciudades y plazas importantes, hacer alianza con el rey de Navarra, y dirigirse contra Calatayud, que se le entregó á discrecion: tan inesperado acontecimiento sorprendió al aragonés, y no estando en estado de oponerse á su enemigo, invitó al conde D. Enrique, á su hermano D. Sancho y demás caballeros castellanos á que le socorriesen; pero todos unánimemente le negaron sus auxilios por la mala fe con que anteriormente los habia abandonado, si bien logró por último persuadirlos con repetidas instancias y lisonjeras promesas.

Acaso influiria mucho para esta resolucion el deseo que tenia D. Enrique de ceñir la diadema de Castilla, que veia vacilar en las sienes de su hermano por el odio que justamente le tenian los pueblos; y exigiendo del aragonés, bajo muchas fianzas, que favoreceria despues sus proyectos, marchó en su auxilio con mil y quinientos caballos. Habiendo sido favorable á D. Enrique la primera campaña pasó á Francia, reclutó las *compañías blancas*, á las órdenes de sus caudillos Beltran Claquin y Hugo de Cawreley, que se habian entregado al pillaje, y formando un buen ejército se introdujo en Castilla por la villa de Alfaro y se apoderó de Calahorra, donde fué proclamado rey de Castilla por cuantos le seguian.

UNED

Se hallaba D. Pedro en Burgos en completa inaccion, y por lo tanto se decidió D. Enrique á acometerle en esta capital; pero acobardado D. Pedro al ver la proximidad de su enemigo absolvió á la ciudad del juramento de fidelidad que tenia prestado, y huyó precipitadamente á Sevilla. La ciudad de Burgos abrió, pues, sus puertas espontáneamente á D. Enrique, y recibiéndole con gran placer fué coronado en el monasterio de las Huelgas el año 1366.

Años de J. C. 1366.

Muy pocos pueblos de Castilla la Vieja dejaron de imitar á su capital; y la ocupacion de Toledo, juntamente con las profusas liberalidades de D. Enrique, granjearon á éste el afecto de todos los pueblos, y de muchos parciales, mereciendo el renombre con que desde entonces fue conocido de D. Enrique el de las *Mercedes*.

Abandonado D. Pedro aun de aquellas personas que le habian sido mas leales, trató solo de salvarse refugiándose en Sevilla, donde era aborrecido, y luego en Portugal, adonde pasó por mar con su familia; pero la pérdida del tesoro que entregó á D. Enrique su almirante Bocanegra, y la oposicion del portugues á recibirle en sus estados, le pusieron en el último conflicto. Determinó pasar á Galicia contando con el favor de D. Fernando de Castro, y este caballero, aunque agraviado, le proporcionó auxilios en union con el arzobispo de Santiago, logrando de este modo reunir un ejército de dos mil infantes y novecientos caballos, con el cual debia dirigirse hácia Logroño que aun le estaba sometida; mas temiendo los riesgos de la travesía se embarcó para Bayona, desde donde solicitó la proteccion de Inglaterra á cuyos dominios pertenecia aquella plaza. A su partida hizo asesinar al mismo arzobispo que tanto le habia protegido, sin mas delito que el ser natural de Toledo.

La conquista de Andalucía completó el plan de D. Enrique, y le permitió gustar por algun tiempo las delicias de un trono adquirido fácilmente; pero le perdió su misma confianza, pues creyendo que su hermano no podia contrarestarle, y confiado demasiadamente en el afecto de los pueblos, despidió las compañías blancas que le habian prestado los mayores servicios, quedándose con solas mil quinientas lanzas á las órdenes de Claquin.

UNED

Entre tanto logró D. Pedro que el rey de Inglaterra le favoreciese con crecido número de tropas escogidas que se presentaron en las fronteras de Navarra á las órdenes del príncipe de Gales. Consternados los pueblos castellanos tanto por este motivo como por la llegada de su vengativo soberano, abandonaron á D. Enrique con la misma celeridad con que se habian declarado en su favor. Era inevitable su ruina, y aunque tarde conoció D. Enrique su imprudencia; pero resuelto á vencer ó morir en la demanda procuró ocultar su temor, y reuniendo las tropas que pudo partió en busca del ejército enemigo. Avistáronse los dos hermanos en las inmediaciones de Nájera, y despues de una sangrienta batalla en que ambas partes pelearon desesperadamente, quedó D. Pedro vencedor. Fue abandonado D. Enrique por un gran número de los suyos en el ardor del combate, y aun D. Tello desamparó cobardemente el puesto que ocupaba, lo cual completó su derrota teniendo que refugiarse á Francia. No podia menos de hallar auxilio en esta potencia el vengador de Doña Blanca; y en efecto, el rey, el duque de Anjou, el conde de Fox y otros muchos caballeros le franquearon suficientes caudales, con los cuales consiguió poner en campaña un mediano ejército, y solo aguardó una ocasion favorable para volver á España.

El rigor que usó D. Pedro despues de su victoria ensangrentándose con todos los vencidos y parciales de su hermano, reanimó el partido de éste y llenó de indignacion al príncipe de Gales, el cual viendo la mala fe de D. Pedro en todos sus tratados mandó que se retirasen sus tropas. Aprovechóse D. Enrique de este acontecimiento, y apenas se presentó en las fronteras se declararon por él un gran número de ciudades. Siguió sin detencion hasta Calahorra, y jurando solemnemente no volver á salir de Castilla cualquiera que fuese su suerte, pasó á Burgos donde fue recibido con suma alegría, y desde allí recorrió Leon, Asturias y ambas Castillas, sin que hallase obstáculo alguno hasta Toledo, que se le opuso obstinadamente. Recibió D. Enrique nuevo refuerzo del rey de Francia su aliado, y resolviendose á salir al encuentro á D. Pedro que en union con el granadino se dirigia en su busca devastando todo el país que encontraba al paso, le sorpren-

UNED

dió descuidado en los campos de Montiel, derrotándole completamente, y obligándole á encerrarse en un castillo inmediato, donde la falta de agua y bastimentos, la desercion y la ninguna esperanza de auxilios hacian inevitable su rendicion.

Viéndose D. Pedro casi en las manos de su enemigo, el cual no respetaba mejor que él las relaciones fraternales, se valió de la amistad de su parcial Mendo Rodriguez de Sanabria con Claquin, á fin de que le proporcionase la fuga; pero éste, tomándose un breve plazo para determinar, descubrió á su señor toda la intriga, y D. Enrique, haciéndole las mismas ofertas que su hermano, le propuso engañase á Mendo Rodriguez con la esperanza de salvar á D. Pedro, si éste se resolvia á pasar cierta noche hasta su tienda con pequeña escolta. Cayeron ambos en el lazo, y apeándose D. Pedro en la tienda de Claquin se vió sorprendido por su hermano, el cual le acometió furiosamente, y despues de herirle en el rostro empezaron ambos una obstinada lucha, que terminó matando D. Enrique á su hermano, cuyo acontecimiento sucedió en 23 de Marzo de 1369 (*Nota* 6).

Años de J. C. 1369

Enrique II. Se apresuraron inmediatamente casi todos los pueblos á besar la ensangrentada mano de su libertador, desentendiéndose del horrible fratricidio que habia cometido, de su ilegitimidad y de la usurpacion de la corona, al ver la bondad de su corazon y el genio afable, franco y generoso que caracterizaba á su nuevo monarca.

Desde luego se granjeó el amor de toda la nobleza castellana con sus dádivas y comportamiento; premió liberalmente á cuantos le habian servido, y cuando no tenia que dar, ofrecia hacerlo en la primera ocasion que se le presentase; siendo sus promesas tan efectivas, que jamás dejó de cumplirlas.

No obstante, como pertenecia indudablemente el cetro al portugues D. Fernando, descendiente legítimo de D. Sancho IV, por su hija Doña Beatriz, esposa de D. Alonso IV de Portugal, resolvió hacer valer sus derechos; y habiéndose declarado en su favor algunas ciudades empezó á titularse rey de Portugal y Castilla. Coligado con el granadino, el aragonés y el navarro, los cuales temian

UNED

el resentimiento de D. Enrique, el primero por la amistad que profesó á D. Pedro, y los demas por haberle despojado anteriormente de algunos pueblos, puso el reino en el mayor conflicto.

A pesar del poder de estos competidores y de hallarse exháusto el erario, la política de D. Enrique destruyó tan formidable coalicion: negoció la paz con el granadino: contentó al navarro dándole por esposa á su hija primogénita Doña Leonor; y obligando al aragonés á solicitar la paz, puso al portugues en la precision de renunciar sus pretensiones.

Ocurrieron despues las del duque de Alencastre, hermano del príncipe de Gales y esposo de Doña Constanza, hija de D. Pedro y Doña María de Padilla. Habian sido fruto de este matrimonio tres hijas llamadas Doña Beatriz, Doña Constanza y Doña Isabel, y á pesar de lo dudosa que era la legitimidad del enlace, D. Pedro tenia declarado en las Córtes celebradas en Sevilla el año de 1362 que Doña María era su legítima consorte, y asimismo nombró sucesoras á sus hijas en el testamento por el orden sucesivo; pero retirada al cláustro Doña Beatriz transfirió todos sus derechos en Doña Constanza, y el duque instigado secretamente por el aragonés se manifestó protector de los intereses de su mujer uniéndose con éste y con el rey de Portugal que nuevamente levantaron sus estandartes: sin embargo, triunfó de todos el prudente y valeroso Enrique; y el duque, casi desbaratado en la travesía por la armada de su enemigo el rey de Francia, tuvo que abandonar una empresa hecha sin reflexion.

Desembarazado D. Enrique de todos sus rivales, y asegurado en un trono adquirido con tantas fatigas, se dedicó esclusivamente á mejorar el régimen y gobierno de sus pueblos, teniendo el placer de ver que el éxito correspondia á sus desvelos; y todo el reino, que habia pasado repentinamente de las zozobras é inquietudes de un gobierno cruel y sangriento, á la paz y tranquilidad de otro humano y justo que protegia su honor y propiedades, bendecian á su monarca, pidiendo al cielo conservase los preciosos dias de su vida, cuyo término, por desgracia, se acercaba demasiado.

Agravado de la gota, que padecia, falleció en 30 de

UNED

Años de J. C. 1379. mayo de 1379, recomendando á su hijo D. Juan la amistad con Francia, y dándole saludables consejos acerca de la conducta que debia observar. «Si quieres reinar en paz, le dijo, no debes perder de vista que tu reino se compone de tres clases de gentes, á quienes es preciso manejar con mucho tino y prudencia: unos que siguieron constantemente mi partido; otros que con la misma constancia se declararon por D. Pedro, y otros que se mantuvieron neutrales: conserva á los primeros los empleos que obtienen, y las mercedes que les he concedido, teniendo siempre presente su constancia y su lealtad: confia sin reparo á los segundos los cargos de la mayor importancia: ellos permanecieron constantemente fieles á su soberano en su fortuna próspera ó adversa, y esta conducta, al paso que te asegura de su honradez, les empeñará á borrar con importantes servicios las ofensas anteriores; para nada te acuerdes finalmente de los últimos, pues nada hay que esperar de unas personas que al bien comun han preferido siempre su interés particular.» Censuran á D. Enrique su demasiada prodigalidad; pero ademas de que indudablemente le precisaron á ello las circunstancias en que se halló, puso oportuno remedio á los perjuicios que sobrevinieron por las muchas donaciones que habia hecho, declarando en su testamento que solo los hijos y descendientes legítimos por línea recta las disfrutasen; y de esta suerte volvieron con el tiempo á incorporarse á la corona (*Nota 7*).

Juan I. Fiel observador de los sabios consejos de su padre, ratificó su alianza con Francia; y socorriéndola con una escuadra por mar, y con un ejército por tierra, contra los ingleses, en ocasion que estos se hallaban próximos á ser espelidos de aquel reino, se resintió vivamente el inglés, y se propuso renovar y hacer valer las pretensiones de su hermano el duque de Alencastre á la corona de Castilla.

Infiel el portugues á sus tratados, no solamente ofreció acoger á Alencastre, sino darle socorros para esta empresa: partió con efecto el duque con dos mil hombres, determinado á desembarcar en Portugal; pero conociendo D. Juan cuan ventajoso le era anticiparse á sus enemigos, mandó salir su escuadra contra la inglesa, y logró batirla con pérdida de veinte galeras. Sin embargo, habiendo

UNED

tenido el almirante la imprudencia de retirarse á Sevilla, ufano con su presa, dió lugar á que los ingleses desembarcasen en Lisboa sin la menor oposicion.

Empeñado D. Juan en el sitio de Almeyda, plaza frontera de Portugal, la cual hacia una vigorosa defensa, aceleró su rendicion para salir al encuentro del ejército coligado, á fin de impedir la invasion. En efecto, le avistó en Yelves; pero habiendo habido mediadores de una y otra parte no llegaron á las manos, pues el rey de Castilla se obligó á restituir las galeras apresadas á los ingleses, franqueando asimismo buques para el regreso de estos; y el portugues cedió la mano de su hija Doña Beatriz al infante D. Fernando, hijo segundo de D. Juan, que apenas tenia un año *(Nota 8)*.

No eran á la verdad muy ventajosas estas condiciones para D. Juan, que se hallaba en disposicion de reprimir el orgullo de los confederados; pero su genio pacífico le decidió á admitirlas, si bien no se verificó el contratado enlace, tanto por la corta edad del esposo, como porque habiendo perdido á su mujer Doña Leonor, hija del rey de Aragon, de resultas de un desgraciado parto, y siendo aun bastante jóven, admitió la mano de Doña Beatriz, que le propuso el portugues para evitar una dilacion que podia ser funesta á ambas potencias.

Sin embargo, para obviar los disturbios que pudieran sobrevenir, renunció D. Juan el derecho que este matrimonio le conferia sobre el trono de Portugal despues de la muerte de su suegro, estipulando en el contrato: « que muriendo sin hijo varon el rey de Portugal heredaria el reino su hija primogénita Doña Beatriz, permitiendosele á su marido el rey de Castilla titularse rey de Portugal; pero reservándose el gobierno del estado á la reina viuda Doña Leonor, durante su vida ó hasta que Doña Beatriz y su marido tuviesen hijo ó hija de edad de catorce años, en quien recaeria en este caso el gobierno y dictado de rey de Portugal.» Falleció á pocos meses el monarca portugues, por cuyo motivo heredó el castellano este reino en cabeza de su mujer; pero la nacion portuguesa se negó unánimemente á reconocerle, y solo disentia en la eleccion de la persona que habia de sustituirle. El infante D. Juan, hermano natural del rey difunto, y el maestre de Avis, fru-

UNED

to de esta misma ilegítima union, eran los inmediatos sucesores en defecto de Doña Beatriz, y ambos tenian sus parciales: mas hallándose el primero ausente y preso en los dominios castellanos, se hizo el maestre dueño de la voluntad general y fué aclamado rey de Portugal.

Conoció desde luego el rey de Castilla que para que los portugueses se decidiesen á su favor era menester confiar el alegato á las armas; y seguido de un ejército numeroso, caminó sin hallar obstáculo alguno hasta Lisboa, encerró en ella al maestre, y se hubiera apoderado en breve tiempo de la plaza y de su competidor si una furiosa peste que se declaró en el campo castellano, cubriéndole de cadáveres, no hubiese obligado al rey á levantar el sitio y retirarse á Castilla.

Deseoso D. Juan de sujetar aquella nacion refractaria, volvió al año siguiente con un ejército de treinta mil hombres, y habiendo hallado á su enemigo cerca de Aljubarrota, le acometió con denuedo sin reparar la ventajosa posicion que ocupaba, ni el cansancio de sus tropas; por cuya impremeditada accion perecieron diez mil castellanos, la mayor parte de la nobleza, debiendo el mismo rey la vida á la grandeza de alma de su mayordomo Pedro Gonzalez de Mendoza, que le cedió su caballo y se entregó á la muerte por protejer su fuga.

Años de J. C. 1385.

Orgulloso el portugues con esta victoria, no se contentó solamente con recobrar las plazas que habian sido ocupadas por los castellanos, sino que envió á llamar al duque de Alencastre para que viniese á tomar posesion del reino de Castilla que por su mujer le pertenecia, y en esta confianza se presentó el duque en Portugal con tres mil hombres, no dudando traer consigo á su mujer é hijas, persuadido que D. Juan no estaba en disposicion de defenderse.

No obstante, se hallaba bien apercibido el castellano, y con los socorros que habia recibido de Francia podia hacer frente al ejército combinado, arrojar de España al de Alencastre, y abatir el orgullo del portugues; pero prefiriendo D. Juan la paz á cuantas ventajas se le proporcionasen, concilió los intereses de su casa con los de la que se suponia agraviada, por medio del matrimonio de su hijo primogénito D. Enrique con Doña Catalina, hija del duque y de su mujer Doña Constanza, siendo los prime-

UNED

ros príncipes que en Castilla usaron el título de *Príncipes de Asturias;* y reducido el portugues á sus propias fuerzas, se vió precisado á ajustar treguas por seis años, despues de hacer grandes esfuerzos para continuar la guerra.

Restablecida la tranquilidad, se dedicó D. Juan esclusivamente á mejorar el gobierno de sus pueblos. Convocó Córtes, y promulgó en ellas leyes muy prudentes. Fué la principal y mas útil para dejar bien establecida la autoridad del rey, la que declaraba que de las sentencias promulgadas por los jueces que nombraban los señores en sus estados, se pudiese apelar á los tribunales reales. Sin embargo, llegó á desconfiar este monarca de hacer tan felices á sus vasallos como deseaba, y mas de una vez quiso dejar la corona; pero se opuso siempre el reino, que le amaba entrañablemente.

Una inesperada desgracia frustró bien pronto todas las esperanzas de los pueblos, privándoles de su idolatrado monarca. Presenciando el rey las evoluciones que hacia un cuerpo de caballería, quiso imitarlos; y dando espuelas á su caballo, fué precipitado por él á los treinta y tres años de edad y once de reinado, en 9 de octubre de 1390. Años de J. C. 1390.

Enrique III. Tenia Enrique poco mas de once años cuando subió al trono, bajo la direccion de un gran número de tutores nombrados por su padre, todos ambiciosos y rivales entre sí, los cuales por espacio de dos años hicieron sufrir á los pueblos iguales calamidades á las acaecidas en las minoridades anteriores, esponiendo el reino á una sangrienta guerra civil á pesar de las medidas que adoptaron las Córtes para contenerlos. Cumplió en fin Enrique catorce años, y haciendo declarar su mayoría en las Córtes celebradas en Burgos el año 1393, se dedicó esclusivamente á poner remedio á los males que afligian á sus pueblos y á su magnánimo corazon. Hizo desde luego cesar en sus funciones á todos sus tutores y gobernadores; pero el arzobispo de Santiago, que era uno de ellos, no solo encareció ante el jóven príncipe sus servicios y los de sus compañeros en un prolijo discurso, sino que quiso persuadirle que tenia precision de seguir sus consejos si queria asegurar el acierto en las deliberaciones: mas Enri- 1393.

UNED

que, indignado al oir tan capcioso razonamiento, le contestó con energía: "Mientras fuí pupilo obedecí vuestros preceptos: ahora que soy rey no dejaré de valerme de vuestras advertencias cuando fuere menester; pero tened entendido que conozco muy bien mis obligaciones."

Aseguró Enrique la paz á sus vasallos contrayendo relaciones amistosas con los demas príncipes españoles, y obligando asimismo con sus pacíficas aunque enérgicas disposiciones á dejar las armas á todos sus enemigos *(Nota 9)*.

Sin embargo, faltó poco para que se frustrasen sus benéficos designios por una necedad caballeresca. Seducido el maestre de Alcántara D. Martin Yañez de la Barbuda por un fanático ermitaño llamado Juan Sago, creyó hacer un gran servicio á la religion y á su patria defendiendo con las armas la santidad del cristianismo, y su superioridad respecto del mahometismo. A este fin reunió un corto número de imprudentes alucinados, y sin atender á la paz que tenia el rey de Granada con el de Castilla, ni á las justas amonestaciones de este último, no solo envió un cartel de desafio al granadino, insultándole desmesuradamente, sino que llevando adelante su fanatismo supersticioso (con el que aseguraba tener *indudables vaticinios de la proteccion del cielo*) partió al frente de sus fervorosos soldados, precedidos de una cruz, y se introdujo por la comarca de Granada; pero los mahometanos, que no creian deber respetar aquella misteriosa insignia, los acometieron é hicieron pedazos inmediatamente sin poderse salvar ninguno.

Con motivo de este acontecimiento, y deseoso de conservar la paz con el granadino, dió D. Enrique una satisfaccion á éste, asegurándole no haber tenido parte en semejante empresa; pero aunque por entonces no hubo ningun funesto resultado, pocos años despues manifestó el moro su resentimiento invadiendo á Castilla. Propúsose D. Enrique no solo contenerlos sino arrojarlos de toda la península; pero sus continuos achaques le imposibilitaron llevar á efecto sus miras, y despues de un felicísimo reinado de diez y seis años, durante los cuales pagó todas las deudas de la corona, recobró las rentas usurpadas, y proveyó con sus ahorros el tesoro real sin gravamen de los pueblos, cesó de vivir el dia 25 de di-

UNED.

ciembre de 1406, con sumo desconsuelo de estos, dejando la corona á su hijo primogénito D. Juan, niño de veinte y dos meses, y una hija llamada Doña María de Castilla *(Nota 10)*. Sig.o XV. Años de J. C.

Juan II. Dejó D. Enrique en su testamento nombrados por gobernadores del reino, durante la menor edad del príncipe, á su madre la reina viuda Doña Catalina, y á su tio el infante D. Fernando; y con tan acertada eleccion libertó á los pueblos de turbulencias semejantes á las acaecidas en los reinados anteriores. Dedicada esclusivamente la reina á la educacion del príncipe, acreditó su esmero en esta parte; y D. Fernando, decidido á conservar ileso á su inocente pupilo el patrimonio que le pertenecia, dió eminentes pruebas del raro talento que le adornaba, igualmente que de su zelo, actividad y desinteres, rehusando la corona que algunos espíritus revoltosos le ofrecieron inmediatamente. Sin embargo siguiendo estos sus designios en contra de su monarca, lograron desconceptuarle con la reina madre; y previendo D. Fernando las peligrosas resultas de esta desunion, aceleró el repartimiento del gobierno que para semejante caso habia dejado prevenido el monarca difunto, á fin de que cada uno de los tutores pudiese gobernar una parte con absoluta independencia. 1406. 1407.

Hecha la division quedó encargada la reina del gobierno de Castilla la Vieja; y D. Fernando, á cuyas órdenes estaba Castilla la Nueva y las provincias andaluzas, partió á sujetar á los moros granadinos que infestaban entonces las fronteras. Con efecto, los batió en repetidas ocasiones; pero mas particularmente en las aguas de Cádiz y campiñas de Archidona, de cuyas resultas se apoderó de la importante plaza de Antequera, obligándoles á solicitar lo paz. Tuvo poco despues que abandonar á Castilla con motivo de la muerte de D. Martin, rey de Aragon, cuyo trono le pertenecia; pero no por eso descuidó los intereses de su menor, y á no haberle sorprendido, por desgracia, la muerte, no se hubieran levantado las borrascas á que quedó espuesto D. Juan, las cuales sobrevinieron inmediatamente. Quedó por lo tanto la reina madre por tutora y gobernadora absoluta de todo el reino; pero á los dos años de desempeñar tan espinoso car- 1410. 1412. 1416. 1417.

UNED

Años de J. C. 1418. go con bastante acierto, falleció tambien; quedando el príncipe en la edad de trece años, el cual se puso bajo la direccion de D. Alvaro de Luna, á quien por haberse criado desde niño en su compañía profesaba singular cariño, y que no hay duda reunia el talento y firmeza necesaria para resistir á los continuos ataques de los ambiciosos.

La estraordinaria privanza á que fué elevado D. Alvaro en poco tiempo, no podia menos de escitar la envidia de muchas personas que deseaban sacar partido de la debilidad del rey, y no tardó en formarse una formidable conspiracion contra el favorito, que se oponia constantemente á sus perversos designios. Aunque secretamente, trató desde luego el infante D. Enrique, hijo del difunto rey de Aragon D. Fernando, y maestre de Santiago, de separar de la corte á todos los afectos de D. Alvaro, reemplazándoles con personas de su confianza; y pretestando querer mantener al rey en mas seguridad, si bien por otra parte no tenia otras miras que el apoderarse de su persona para ser dueño de su voluntad, logró confinarle en Tordesillas. Hubo bastantes personas que conociendo el designio del infante quisieron libertar al monarca de la opresion en que se hallaba; pero D. Alvaro contemporizando por entonces con su enemigo, á fin de evitar los grandes males que de otro modo iban á sobrevenir á los pueblos, permaneció pasivo, hasta que habiendo conseguido acompañar al príncipe á una partida de caza, le pasó al castillo de Montalvan, encomendando su persona á algunos caballeros amigos suyos. Lleno de ira el maestre se puso al frente de un respetable ejército, y presentándose delante del castillo, le sitió rigorosamente á pesar de las amonestaciones del rey: reducida la plaza al último apuro por falta de bastimentos, indudablemente hubiera caido en poder de D. Enrique; pero sabiendo éste que grandes fuerzas venian á socorrerla, se retiró precipitadamente á Ocaña, aunque resuelto siempre á continuar sus intrigas y maquinaciones.

Habia dotado el rey á su hermana la infanta Doña Catalina con el marquesado de Villena cuando se casó con el maestre; pero en castigo de sus escesos revocó el monarca la donacion por inoficiosa. Irritado D. Enrique se hi-

UNED

zo dueño á la fuerza de aquel estado; mas acudiendo inmediatamente las tropas reales le recobraron, y siguiendo el rey el dictámen de D. Alvaro anuló la gracia que cuando se hallaba en poder de D. Enrique en Tordesillas le habia concedido de que sus descendientes disfrutasen tambien las rentas del maestrazgo. Sin embargo, hubiera causado lamentables consecuencias esta medida, á no haber aplacado la reina viuda de Aragon la cólera de su hijo, haciéndole desistir del designio que tenia de emplear sus armas contra el rey, y adoptar, aunque solo en la apariencia, medios suaves y pacíficos que pusiesen fin á aquellas desavenencias. Presentóse Enrique en la corte, y procurando sincerarse, propuso condiciones razonables; pero unas cartas interceptadas del condestable de Castilla Ruy Lope Dávalos, parcial suyo, hicieron ver la conspiracion que trataban, ofreciendo al granadino su apoyo si hostilizaba á Castilla. Convicto el maestre de este crímen, á pesar de que pretendió defender su inocencia, fué preso y conducido al castillo de Mora, ínterin le juzgaba el consejo real. A una precipitada fuga debió la libertad el condestable, que se refugió en el reino de Valencia; pero fueron confiscados todos sus bienes por el rey, quien los adjudicó á varios señores, y dió á D. Alvaro la dignidad de condestable.

Las repetidas instancias del rey é infantes de Aragon á fin de que fuese puesto en libertad D. Enrique, amenazando en caso contrario invadir á Castilla con un poderoso ejército, pusieron á D. Juan en circunstancias muy críticas; y á pesar de que D. Alvaro le hizo ver las funestas consecuencias que iban á sobrevenir si se condescendia, tambien por otra parte el peligro inminente de una guerra cuyo éxito no podia preverse, decidieron al monarca á conceder la libertad del maestre. En el momento que este disfrutó de ella se coligó con su hermano el rey de Navarra, aunque al principio habia desaprobado su conducta, y ambos formaron el proyecto de acometer al rey de Castilla; sin embargo, les embarazaba bastante la preponderancia de D. Alvaro, y para poner en práctica sus perversos fines era indispensable desconceptuarle con el rey: esparcieron á este fin tan atroces calumnias contra él, que sorprendido el monarca tu-

UNED

vo la debilidad de nombrar cuatro parciales de D. Enrique para entender en el asunto, y por su dictámen fué desterrado D. Alvaro de Castilla con todos sus amigos. No obstante, la desmesurada ambicion de sus enemigos indignó de tal modo á D. Juan, que no solo revocó la sentencia volviendo á llamar inmediatamente al condestable, sino que hizo salir de la corte á todos los que le eran sospechosos, y prohibió las juntas clandestinas.

Previendo el maestre y el navarro los perjuicios que iban á sobrevenirles por el triunfo de D. Alvaro, se unieron con el rey de Aragon D. Alonso V, su hermano, el cual deseaba aumentar sus dominios, y trataron de sorprender al castellano, presentándose con un grueso ejército en las fronteras; mas el condestable, que todo lo debia temer de una familia que conspiraba particularmente contra él, puso en breve á D. Juan en disposicion de defenderse con ventaja. Ya estaban los dos ejércitos próximos á batirse en los llanos de Ariza, á no haber mediado el legado pontificio Fox y la reina doña Leonor, viuda del generoso D. Fernando, los cuales consiguieron restablecer la paz; y D. Juan, que solo habia entablado la guerra por defender la independencia de sus pueblos, solo exigió que el aragonés se separase de la alianza con sus hermanos. Era justo que el rey de Aragon admitiese tan razonable proposicion; pero se negó abiertamente, y el rey de Castilla remitiendo á las armas su decision entró á sangre y fuego por los dominios aragoneses, mientras que sus adelantados hacian lo mismo por el reino de Navarra. Hizose temible D. Juan, y pasando á Estremadura puso sitio á Alburquerque, donde se habian hecho fuertes el maestre y su hermano D. Pedro, despues de haberlos arrojado de otras plazas D. Alvaro de Luna y el conde de Benavente D. Rodrigo Pimentel. Hizo publicar inmediatamente un indulto general para todos los culpables, ofreciendo además mantener en su servicio á los infantes si se rendian espontáneamente, y declarándoles reos de lesa magestad en caso contrario; pero lejos de asentir los rebeldes á proposiciones tan justas, respondieron con una multitud de flechas y metralla. No era ya debido que el rey dejase de vengar tan grave ofensa; y aunque por la situacion y obstinada resistencia de la pla-

UNED

za no era posible apoderarse de ella, convocó Córtes en Medina del Campo y haciendo manifiestos los crímenes y traiciones de los infantes, les condenaron estas á la pérdida de todos sus estados, premiaron con ellos la lealtad de varios sugetos distinguidos, é hicieron á D. Alvaro administrador del maestrazgo de Santiago.

Por este medio se hallaron imposibilitados los rebeldes de continuar la guerra, no pudiendo por otra parte resistir á los formidables aprestos que hacia el monarca castellano; y aunque orgullosamente, y con proposiciones muy inadmisibles, pidieron la paz, é igualmente los reyes confederados: á todo condescendió D. Juan solo por restablecer el órden, y se ajustó una tregua de cinco años; pero apenas se cumplió este término, volvieron á renovar las hostilidades los infantes, favorecidos por el maestre de Alcántara D. Juan de Sotomayor, si bien no lograron nada, pues el infante don Pedro fué preso, ocupada la fortaleza de Alcántara, y depuesto su maestre.

Falto ya de todo recurso D. Enrique para sostener sus ambiciosas miras, suplicó al rey de Portugal solicitase su perdon y la libertad de su hermano. Alcanzó con efecto estas gracias del generoso y pacífico D. Juan; pero con la condicion de restituir las plazas de que se habia posesionado en Estremadura, de retirarse con D. Pedro á Aragon, y no volver á turbar el sosiego de Castilla bajo ningun pretexto.

Poco disfrutó de él, pues Mahomad el *Izquierdo*, rey de Granada, no solo se negó á satisfacer á D. Juan el tributo estipulado, sino que olvidando que á él debia el verse restablecido en el trono, de que habia sido despojado anteriormente por Mahomad el *Chico*, solicitó el favor del rey de Tunez contra su protector y amigo. Sin embargo, consiguió D. Juan convencer al tunecino de la perfidia de su ahijado, y de que no debia prestar sus auxilios para sostener una injusticia; y entrando despues por la Andalucía á sangre y fuego, dejó en la vega de Granada treinta mil cadáveres, hallándose en disposicion de hacerse dueño de esta plaza si le hubiese favorecido la estacion y tenido todos los pertrechos necesarios. Abrió D. Juan otra vez la campaña en el año siguiente; se apoderó de algunas plazas importantes, y castigó la traicion de Maho-

Años de J. C. 1431. 1432.

UNED

mad, favoreciendo el partido de Jucef Aben-Almao, su competidor, el cual le destronó. No obstante, por la muerte de Juzef volvió Mahomad á ocupar el trono, y deseando vengarse renovó las hostilidades; pero batido siempre por las armas castellanas, y teniendo que atender á otras insurrecciones intestinas, dejó las armas y se restableció la paz.

A pesar de hallarse ocupados los infantes en la guerra que su hermano el rey de Aragon sostenia en Italia, no era posible faltasen émulos á la extraordinaria privanza que disfrutaba D. Alvaro, y por lo tanto dispuestos á alterar el sosiego del reino. No tardó D. Alvaro en descubrir una conspiracion que iba á estallar en breve, y de la cual era el principal caudillo el adelantado Pedro Manrique, su mas irreconciliable enemigo; pero se equivocó en los medios que adoptó para sufocarla, pues con motivo de la prision de éste hecha sin arreglo á las leyes en Fuentidueña de donde logró fugarse, se sublevaron todos sus parientes, tomaron las armas, y haciendo responsable al rey de los males que sobreviniesen sino libertaba á los pueblos del poder del favorito, separándole inmediatamente de su lado, sedujeron á estos con tan lisonjeras como capciosas reclamaciones, y diariamente reunian bajo de sus banderas un crecido número de parciales. Favorecidos por el príncipe heredero D. Enrique, que odiaba á D. Alvaro, y por el infante D. Enrique y D. Juan su hermano, rey de Navarra, que habian regresado de su espedicion, se hallaron muy pronto en disposicion de hacerse respetables; y aunque empleó D. Alvaro todos los recursos que poseia para contener á los rebeldes, no pudo evitar que apoderándose estos de las principales ciudades y fortalezas del reino lograsen intimidar al rey, y que le desterrase por seis años á un punto determinado, cortando con todo rigor su comunicacion con el monarca.

Sin embargo, la ominosa esclavitud á que se vió reducido el rey, pues llegó al estremo de no poder oir ni ver á nadie sin el conocimiento de los gefes de la rebelion, los cuales espiaban cuidadosamente todas sus acciones y pasos, debian producir muy pronto nuevas convulsiones políticas; y D. Alvaro, aunque gravemente ofendido por el rey, aguardaba no obstante una ocasion favorable para sacarle

UNED

del poder de sus ambiciosos consejeros, la cual no tardó en presentarsele. El príncipe heredero D. Enrique, que tenia depositada toda su confianza en un caballero llamado D. Juan Pacheco, á pesar de que no habia considerado justo que su padre hiciese lo mismo con D. Alvaro, no pudo ver con indiferencia que su favorito se hallase espuesto á los tiros de los cortesanos; y éste, temiendo sus maquinaciones que podian arruinarle, tuvo por conveniente vengarse antes de sus enemigos, que ya le miraban con desconfianza, descubriendo al príncipe sus inicuas tramas dirigidas solamente á apoderarse de la autoridad real, y el deplorable estado en que se hallaba su padre. Lleno de una justa indignacion D. Enrique deseaba hallar medios para libertarle; cuando teniendo noticia D. Alvaro de su intento le ofreció sus auxilios: aprovechó el príncipe tan oportuna ocasion; y estando ambos de acuerdo, juntaron sus fuerzas, á las cuales se agregó un número considerable de vasallos fieles, y se hallaron muy luego en disposicion de medir sus armas con los contrarios. No estaban estos desapercibidos; pero la fuga del rey, que no pudieron evitar á pesar de todas sus precauciones, y la derrota que sufrieron en los campos de Olmedo en la cual murió el infante D. Enrique, y fué hecho prisionero el almirante de Castilla, gefe principal de los revoltosos, los redujo al último apuro. Años de J. C. 1445.

Era de esperar se restableciese la paz con motivo de esta memorable victoria, y en efecto calmaron algun tanto aquellas inquietudes; pero muy pronto sucedieron otras mas trascendentales y escandalosas: D. Alvaro habia recobrado otra vez todo su ascendiente sobre el corazon del monarca, el cual le proporcionó el maestrazgo de Santiago, y tan repetidas mercedes hicieron conocer á Pacheco que no era fácil conservase en la corte el influjo que por medio del príncipe esperaba ejercer, mientras no lograse deshacerse de su competidor; y á este fin avivó en secreto el rencor de los descontentos, dejándole abandonado al éxito de una desventajosa lucha, la cual indudablemente terminaria en mengua de la magestad. No podia presentarse ocasion mas favorable á las miras de Pacheco. Incapaz el rey de sacudir el yugo que le oprimia, habia de verse precisado á sufrir la ley que dictase el partido vencedor,

UNED

y no podia menos de ser removido el condestable, atendido el odio que le tenia la nobleza por el favor que disfrutaba, é igualmente por haber sido vanos sus esfuerzos para derribarle; por otra parte el príncipe se prestaba dócilmente á los consejos de Pacheco, y aprobaria fácilmente cualquiera resolucion que le proporcionase alguna superioridad respecto de su padre, prestándose gustosamente á cualquiera intriga para arruinar á D. Alvaro, á quien veia con envidia hacer el primer papel.

Ciertamente, su sagaz favorito le pintó con el mas feo colorido la conducta del condestable, persuadiéndole que los castigos impuestos á los rebeldes eran efecto de los abusos del poder que ejercia sobre su padre; y por último le aconsejó tomase bajo su proteccion á aquella multitud de víctimas que se suponian inmoladas á la seguridad y venganza de un hombre, determinándole á huir precipitadamente de la corte. Conoció el condestable el objeto de tan inesperada fuga, comprendiendo toda la estension de la intriga, cuyas consecuencias habia de turbar la tranquilidad de Castilla y su propia seguridad. Acongojado el monarca al ver que amenazaban nuevas inquietudes, y demasiado débil para hacerse respetar, entabló una negociacion con el príncipe su hijo á fin de precaverlas: mas éste se negó á toda composicion sino perdonaba á los descontentos que él habia tomado bajo su proteccion, y se premiaba á Pacheco por haber coadyuvado á la libertad del rey. A pesar de ser tan insolente esta propuesta no pudo menos el rey de admitirla por evitar una guerra escandalosa, y los rebeldes quedaron impunes: D. Juan Pacheco obtuvo el marquesado de Villena, y por la influencia del rey eligieron los comendadores de Calatrava á su hermano D. Pedro Giron maestre de la orden. En tales circunstancias eran ya inútiles cuantos arbitrios buscase D. Alvaro para destruir á sus implacables enemigos y conservar la autoridad del rey; y por lo tanto, conociéndolo, puso en práctica el proyecto que tenia formado de antemano para proporcionarse un apoyo que evitase la ruina que le amenazaba, pues no podia contar con el favor de un monarca débil y pusilánime. Se hallaba D. Juan viudo de Doña María de Aragon, y en su enlace con Doña Isabel de Portugal juzgó que al paso que atraia á Castilla

UNED

una poderosa alianza, le proporcionaria un constante influjo al lado del rey, desconcertando por este medio las intrigas de los dos envidiosos, y sosteniéndole igualmente contra la inconstancia del monarca. Años de J. C. 1447.

Efectivamente, aunque el rey se manifestó disgustado al principio, consintió al fin en admitir la esposa que le presentó su favorito; pero no dejó de resentirse de semejante abuso, lo cual participó muy en breve á su esposa, como asimismo su decision á sacudir el vergonzoso yugo que le oprimia. Se encargó la princesa gustosamente de la ejecucion de las ideas de su esposo, cuya autoridad deseaba ver libre de competidores; pero no obstante se tuvo por conveniente el disimulo hasta que hubiese ocasion oportuna para realizarlas, y esta no tardó en presentarse.

El favor que osadamente dispensaba el príncipe á la nobleza descontenta, y que no se atrevió á refrenar su padre por no exasperarle, fué causa, como dejamos dicho, de la impunidad de los rebeldes. Fueron puestos en libertad los que se hallaban presos, escepto el conde de Alba, que á pesar de su lealtad acrisolada se hallaba aun en una dura prision, confundido entre los desleales. Su hijo D. García de Toledo quiso vengar este agravio, tomó las armas, y desde su castillo de Piedrahita donde se hizo fuerte, saqueó los pueblos del distrito: pasó el rey á sujetarle con algunas tropas aconsejado de D. Alvaro, mas D. Pedro de Zúñiga que estaba retirado en Bejar, juzgó que esta espedicion se dirigia contra él para sorprenderle indefenso, pues el condestable era enemigo de los Zúñigas; y para precaver semejante atentado se unió con sus amigos, decidido á acometerle en su misma casa, prendiéndole ó matándole si se resistia. Dificil hubiera sido realizar anteriormente este designio; pero la reina coadyuvó á la empresa, y consiguiendo aquellos caballeros un despacho del rey en que decretaba la prision de D. Alvaro, inmediatamente fué preso, entregado á un consejo compuesto de personas que le eran desafectas, y condenado á morir en un cadalso por tirano y usurpador de la autoridad real. Cuando se halló en el patíbulo dirigió al caballerizo del príncipe D. Enrique, que se hallaba presente, estas palabras: «Dirás á tu señor que á sus leales servidores les premie de otro modo que el rey me premia á

UNED

mí;" y examinando tanquilamente la escarpia en que había de estar colgada su cabeza, sacó del pecho una cinta para que le atasen las manos, adoró un crucifijo y entregó despues al cuchillo su garganta. Así acabó sus dias en Valladolid este hombre singular, este monstruo de la fortuna, el cual habiendo llegado á la cumbre del poder, y á poseer los tesoros de la corona, fué enterrado de limosna en el cementerio de los malhechores (*Nota* 11).

Años de J. C. 1453.

Apenas falleció se manifestaron los grandes de Castilla mas insolentes y atrevidos; y aunque el rey, valiéndose de las armas y de las riquezas del condestable, quiso poner dique á su desenfrenada ambicion, lograron hacer ilusorios sus proyectos, conociendo el monarca, aunque tarde, la falta que le hacia la constancia, política y fino talento de un D. Alvaro de Luna. Acometiéronle poco despues una cuartanas dobles, que le condujeron al sepulcro en 21 de Julio de 1454, á los cuarenta y nueve años de edad y cuarenta y siete de reinado.

1454.

Dejó dos hijos de su segundo matrimonio; pero la prematura muerte del primero llamado D. Alonso, hizo que recayese la corona en el segundo.

Enrique IV. Aunque se hallaba casado D. Enrique con Doña Blanca de Navarra cuando falleció su padre, impetró de la silla romana la gracia de que declarase nulo su matrimonio por falta de sucesion; y habiéndola alcanzado, contrajo nuevos esponsales con la infanta Doña Juana de Portugal, cuya belleza le habian ponderado sobremanera.

De los muchos yerros que cometió D. Enrique apenas ocupó el solio, fué el mas trascendental el descontento que se atrajo de los grandes, por dar los primeros destinos á personas que lejos de tener la capacidad y méritos correspondientes para obtenerlos, los adquirian solo por la proteccion é intriga de sus favoritos; al paso que aquellos se veian desatendidos de tal modo, que un criado ordinario del marqués de Villena llegó á ser cancíller y condestable; maestre de Alcántara un simple hidalgo de Cáceres, y mayordomo mayor D. Beltran de la Cueva, que solo era paje de lanza.

En breve el arzobispo de Toledo y otros muchos grandes manifestaron su resentimiento, y dirigiendo sus que-

UNED

D. Alvaro de Luna.

Fué tal la confianza con que D. Juan II distinguió á D. Alvaro de Luna, que parecia reynaba para solo obedecer á su Ministro; pero este se adquirió por lo mismo tantos y tales émulos, que al fin lograron del Monarca que decretase su prision y la muerte que sufrió en un cadalso. Si tanto pueden las quejas y la envidia ¿como és que hay quien aspire y se exponga tranquilamente á ser envidiado y á tener quejosos?

T. L. Enguid.s de ag. fte. Alex.o Blanco cone.

UNED

jas al monarca, le representaron los perjuicios que ocasionaba la inversion que se hacia de muchas de sus rentas en continuos y supérfluos festejos que le proponian sus consejeros; la mala administracion de justicia que habia en los tribunales, y el desórden que reinaba en todas las clases del estado, suplicándole finalmente convocase Córtes para remediar tamaños males, y otros muchos que podian sobrevenir; pero sus designios se dirigian mas bien á separar de la corte al favorito y sus obligados, y lograr que el rey, en virtud de la impotencia que se le suponia, declarase á su hermano el infante D. Alonso por príncipe heredero, pues contaban con la mayoría de los vocales, á fin de formar apoyados de éste un partido respetable que oponer al rey, cuyo ejemplo les habia dado él mismo en el reinado anterior, llegando el caso de imponer la ley á su indolente padre: mas el rey no solamente desechó sus proposiciones, sino que habiendo la reina dado á luz poco despues una hija, á quien pusieron por nombre Doña Juana, conocida vulgarmente por la *Beltraneja*, hizo que el reino la jurase heredera del trono de Castilla para desvanecer todos sus proyectos.

Sin embargo, parte de la nobleza se negó á prestar el juramento so pretexto de los rumores esparcidos de que la recien nacida no era hija del rey: hubo quien la suponia por padre á D. Beltran de la Cueva, añadiendo que éste no habia hecho mas que corresponder á las ideas del mismo D. Enrique; pero lo cierto es, que en el momento se formó una terrible conspiracion, dirigida á deponer al rey y ceñir la corona al infante D. Alonso. Los gefes principales eran los nobles descontentos; mas despues se les agregaron otros muchos, los prelados mas respetables, y finalmente el mismo Villena, que no pudiendo ser indiferente al ensalzamiento de su rival D. Beltran de la Cueva, fomentó estraordinariamente la sedicion.

Por otra parte los reyes de Aragon deseaban el enlace de su hijo D. Fernando con la infanta Doña Isabel; y habiéndose opuesto D. Enrique se declararon á favor de la liga, por lo cual se halló esta en disposicion de dirigir al rey un manifiesto en nombre de los tres estados, en que le recordaban sus anteriores reclamaciones; se quejaban al mismo tiempo de los excesos que habia cometido él y Don

UNED

Beltran de la Cueva; de haberles hecho jurar por sucesora de los reinos á Doña Juana dándola el dictado de princesa que no la correspondia; y por último, de que hubiese puesto presos en Segovia á sus hermanos los infantes Don Alonso y Doña Isabel, procurando su muerte para asegurar la sucesion á la Beltraneja; por todo lo cual protestaban que sino nombraba el rey un legítimo sucesor á la corona y ponia fin á estos desórdenes, defenderian con las armas sus derechos.

Previendo D. Enrique que los coligados tenian medios para sostener lo que decian, juzgó contenerlos entregando el infante D. Alonso al marqués de Villena para que fuese jurado su sucesor, bajo la inteligencia de desposarse con Doña Juana cuando se hallase en edad competente; y para acreditar la legitimidad de la princesa, encargó á los obispos de Cartagena y Astorga que hiciesen una sumaria informacion de su potencia, cuya ridícula comision desempeñaron los respetables prelados, recibiendo declaraciones acerca de si Doña Juana era realmente hija del rey ó adulterina por algun engaño. De ellas resultó que D. Enrique no habia tenido ningun defecto natural hasta la edad de doce años; que enervada con el tiempo su potencia, no habia conseguido sucesion de Doña Blanca, su primera esposa; pero que tuvo la fortuna de recobrarla despues.

Deseosos los coligados de llevar á efecto su idea de arrojar del trono á D. Enrique, tan luego como tuvieron en su poder al infante D. Alonso se reunieron bajo los muros de Avila para ponerla en práctica, representando una escena bien extraordinaria. En un estenso tablado, hecho en una llanura próxima á la ciudad, levantaron un ostentoso trono, colocando en él la estátua de D. Enrique con todas sus insignias reales; y á presencia de una multitud de pueblo de todas clases, se le condenó en forma de juicio á perder la corona por las injusticias y excesos que suponian justificados. Leida que fué la sentencia en alta voz á los circunstantes, se despojó á la efigie de los atributos de la magestad, y arrojándola ignominiosamente del trono, pusieron en él al infante, aclamándole en seguida rey de Castilla.

Un atentado de esta naturaleza debia castigarse; y en efecto, los rebeldes fueron derrotados por D. Enrique

UNED

bajo los muros de Olmedo: mas ni este desastre, ni la prematura muerte del infante, les hicieron desistir de sus proyectos. Ofrecieron inmediatamente la corona á la infanta Doña Isabel, manifestándola los derechos por qué la pertenecia; pero la generosa princesa no solamente reprobó la proposicion, sino que les recordó la obligacion que tenian de ser fieles á su legítimo monarca: si bien exigió por otra parte ser reconocida por sucesora de su hermano D. Enrique con preferencia á Doña Juana. Depusieron entonces las armas; mas antes tuvo el rey que admitir las proposiciones que le hicieron al efecto, reducidas á un indulto general, á la devolucion de cuanto les habia pertenecido, y á la declaracion de heredera del trono á la princesa Doña Isabel. En vano apeló la reina al papa, á nombre de su hija, pues éste declaró írrito el juramento prestado á Doña Juana, y Doña Isabel fué reconocida y jurada por los tres órdenes del Estado.

Sin embargo, duró poco el sosiego: envidiosos los cortesanos al ver la preponderancia que sobre el rey gozaba el marques de Villena, cada uno aspiraba á apoderarse del gobierno para cimentar su poder sobre las ruinas de los demas. Era el arzobispo de Toledo enemigo irreconciliable de Villena, y por lo tanto fué tambien el primero que desde luego trató de derrocarle: apoyaba el arzobispo las pretensiones del príncipe D. Fernando de Aragon, y fué suficiente para que Villena se opusiese, proponiendo para esposo de la infanta Doña Isabel al rey de Portugal y al duque de Berri.

Dividida la corte en partidos, unos se decidieron á favor de las miras del arzobispo, y otros patrocinaban con ardor las de Villena: ambos eran poderosos y obstinados; pero era mas ventajoso el partido del arzobispo por sostener el gusto de la infanta. Sin embargo, faltó poco para que no se celebrase el matrimonio de dicha señora con D. Fernando de Aragon por sus sutiles ardides de Villena, si los desvelos del arzobispo no los hubiesen frustrado superando cuantos obstáculos se le presentaron. Cuando éste lo tuvo todo preparado, partió secretamente la infanta de donde se hallaba retirada á fin de reunirse con él. Quiso Villena detenerla en el camino; pero trescientos caballos preparados por el arzobispo, salieron á su defensa y la es-

UNED

coltaron hasta Valladolid. A pesar de no haber logrado Villena evitar esta reunion, espidió órdenes á las fronteras para que impidiesen el paso á D. Fernando; pero éste, sabiendo lo urgente que era su entrada, despreció el peligro á que se hallaba espuesto, é introduciendose disfrazado en Castilla llegó finalmente á Valladolid, acompañado de solas cuatro personas, donde se celebró el desposorio.

Frustrados los intentos de Villena, desplegó su ira contra los príncipes, intentando privarles del cetro haciendo revivir el derecho de la infeliz Beltraneja, el cual se hallaba ya olvidado, y él mismo habia desatendido anteriormente, induciéndole á esta intriga el temor de perder todos sus estados si reinaban en Castilla. Con este objeto persuadió al rey que Doña Juana era hija legítima suya, y que habiendo sido jurada princesa y sucesora no debia permitirse que la usurpase el trono su hermana Doña Isabel. D. Enrique, altamente irritado por el enlace de ésta, anuló la declaracion hecha en su favor, y publicó otra en el de Doña Juana. No satisfecho aun Villena, y queriendo afirmar su poder con la amistad de alguna potencia estranjera, propuso al rey de Portugal que se casase con Doña Juana; pero poco despues juzgando que le sería mas útil la alianza con Francia, apoyó la misma pretension hecha por el duque de Berri, y abandonó el empeño que tenia con el portugues. Preferido el duque, se verificó su enlace en el valle de Lozoya, asistiendo á él una numerosa corte: no obstante, desconfiando los embajadores de la legitimidad de Doña Juana, exigieron de la reina que jurase en público ser la princesa hija legítima de su marido, la cual así lo afirmó; y pasando á exigir igual protesta al rey, este no vaciló tampoco en sostener lo que no podia menos de ignorar, y que otras veces habia negado abiertamente.

Falleció poco despues el duque de Berri; y Villena para sostener su preponderancia, hubo de recurrir á la alianza del portugues que habia despreciado; pero este desechó entonces la propuesta. Viéndose desairado por esta parte, hizo igual proposicion á D. Enrique Fortuna, hijo póstumo del infante D. Enrique, hermano del rey de Aragon; mas aunque parece estuvieron para concluirse las negociaciones, no llegaron á verificarse.

UNED

Entre tanto los príncipes Doña Isabel y D. Fernando, aprovechándose de las circunstancias, supieron granjearse el afecto y dominio de muchas ciudades; y solamente les faltaba ganar el ánimo del rey para destruir de una vez todas las intrigas de Villena. Bien lo conoció éste, y puso en práctica todos los resortes de su autoridad para contener sus proyectos: mas no pudo evitar que viendo el rey ya con indiferencia los intereses de su hija, estando por otra parte disgustado de su esposa y desconfiando de sus consejos, diese oidos á la reconciliacion que le propusieron tan oportunamente los marqueses de Moya y el cardenal de España D. Pedro Gonzalez de Mendoza, la cual se verificó bajo las condiciones justas de no alterar la paz de sus estados, de no perturbarle en la posesion de la corona durante su vida, de auxiliarle para recobrar los pueblos enagenados, y de que no se incomodaria á los que estaban á su servicio: de resultas de este convenio fué separado Villena de la corte, recibiendo el rey á los príncipes en Segovia con singulares muestras de cariño.

Sin embargo, volvió Villena á la corte, y sedujo de tal modo á D. Enrique para que se apoderase de los príncipes, que lo hubiera verificado, si noticiosos estos del peligro en que se encontraban no se hubiesen librado con la fuga. Desde entonces hasta el fallecimiento de Villena nada alcanzaron del rey los esfuerzos del arzobispo de Toledo ni del cardenal de España; y aunque sobrevivió el monarca á su favorito dos meses, tampoco lograron desimpresionarle. Falleció D. Enrique IV en 12 de diciembre de 1474, dejando demostrado con su ejemplo que la indolencia en los reyes, aun cuando tengan los mejores sentimientos, es funestísima para los vasallos. Años de J. C. 1474.

Doña Isabel y D. Fernando el Católico. Declaróse inmediatamente todo el reino por Doña Isabel, esposa de D. Fernando el *Católico*, hijo de D. Juan II, rey de Aragon, los cuales se dedicaron por entonces esclusivamente á remediar los males que afligian la nacion, corrigiendo infinitos abusos con sus acertadas providencias; pero no pudieron sin embargo poner tan brevemente un dique á la desenfrenada ambicion de los cortesanos, acostumbrados á dominar el débil corazon de los monarcas anteriores.

Irritado el nuevo marqués de Villena por no haber

UNED

obtenido el maestrazgo de Santiago, formó otra conspiracion en favor de Doña Juana, y poniéndose al frente de ella, atrajo á su partido al portugués ofreciéndole con la mano de esta señora el trono de Castilla. Por otra parte no creyéndose el arzobispo de Toledo suficientemente recompensado por sus servicios, se ausentó repentinamente de la corte y entró en las miras de Villena. Esta coalicion si hubiese sido sostenida por la nobleza, con la cual contaban, hubiera puesto á los príncipes en inminente riesgo de perder la corona; pero afortunadamente se separó de ella tan luego como la actividad y constancia de los reyes la hizo ver cuán dispuestos se hallaban á sostener sus derechos.

No obstante, el portugués no solamente entró con fuerzas respetables por tierra de Castilla, sino que llegando á Plasencia, sin que nada lo impidiese, celebró su casamiento con Doña Juana, á la que aclamaron reina muchos de los que anteriormente dudaban de su legitimidad. Se les sometieron sin oposicion las ciudades de Zamora y Toro; pero en esta última fueron sitiados por don Fernando, el cual se hubiera hecho dueño de la plaza, si conociendo lo dificil que era atraer al portugués á una accion decisiva, como asímismo los trabajos subsiguientes á un largo sitio, no hubiese levantado el campo partiendo en socorro de Burgos, oprimida por su gobernador y obispo á causa de su fidelidad.

Quiso el portugués aprovechar estas circunstancias para estenderse mas por Castilla, y en efecto llegó hasta Peñafiel; pero reuniendo la reina algunas tropas, las dividió en pequeños destacamentos que continuamente le molestaban; y el conde de Benavente sostuvo por ocho horas un sangriento combate en el pueblo abierto de Valtanas, del cual solo se hizo dueño cuando cubierto el campo de cadáveres, y herido y hecho prisionero su esforzado gefe, no era posible continuar defendiendose. Debió el conde su libertad al favor de la condesa de Plasencia, bajo condicion de no volver al servicio de la reina de Castilla; pero su carácter no le permitia diferir los servicios á su legítimo monarca por mas tiempo que el que estuviese en poder de su contrario, é inmediatamente se reunió á su soberana á pesar de hallarse espuesto á perder á su hijo D. Alonso,

UNED

que habia entregado en rehenes, igualmente que las fortalezas de Portillo, Villalba y Mayorga.

Entre tanto D. Alonso de Cáceres, que se titulaba maestre de Santiago, y el duque de Medinasidonia, entraron á sangre y fuego por los dominios portugueses; y D. Fernando despues de restablecer el sosiego en Burgos se posesionó de Zamora, de cuyas resultas se retiró el portugués precipitadamente á Toro para impedir ser cortado. Además la considerable disminucion de fuerzas que habia sufrido, al paso que su enemigo diariamente conseguia ventajas, le obligaron á presentar la batalla en los llanos de Pelayo Gonzalez; pero el castellano atacándole con sumo denuedo, auuque con fuerzas inferiores, logró batirle tan completamente que no pudo continuar la guerra. Este acontecimiento puso á Villena y á los demás rebeldes en la necesidad de implorar de la clemencia del rey el perdon, y lo consiguieron; mas el arzobispo de Toledo no solamente se negó á admitir las proposiciones pacíficas que le hicieron los reyes, sino que aun invitó al portugués á que regresase á Castilla. Fué, pues, indispensable usar de la fuerza para contener su tenacidad y rebeldía, secuestrándole las rentas arzobispales y enviando al mismo tiempo tropas para su arresto; no quedándole mas arbitrio que acogerse á la generosa piedad de sus monarcas.

Falsameute reconciliados Villena y los demás rebeldes, volvieron otra vez á sublevarse luego que lograron que el portugués entrase nuevamente en sus miras; pero fueron aquellos reducidos inmediatamente á la obediencia, y el portugués precisado á solicitar la paz renunciando sus pretensiones al trono de Castilla y á la proteccion de Doña Juana.

Habiéndose negado á esta desgraciada señora la rehabilitacion de la dispensa para efectuar su matrimonio, que la habia concedido el pontífice y anulado despues, se retiró al monasterio de santa Clara de Coimbra cansada ya de un mundo que tantos disgustos y pesares la habia ocasionado.

Por la muerte de D. Juan II de Aragon, padre de D. Fernando, acaecida en este tiempo, se incorporó esta corona á la de Castilla: juzgamos oportuno con este motivo describir aquí, aunque sucintamente, la historia de sus reyes.

UNED

CAPITULO V.

Reyes privativos de Aragon hasta la incorporacion de esta corona á la de Castilla.

RESUMEN.

Los montes de Aragon sirven de asilo
á los cristianos que huyen las cadenas
y la crueldad del moro. D. Ramiro
con título de conde allí comienza
la serie de sus reyes privativos,
y haciendo al agareno cruda guerra
sus tropas y su vida en Graus pierde.
Su hijo Sancho Ramirez halló en Huesca
igual gloriosa muerte: mas D. Pedro
que su valor y su corona hereda,
cual otro Anibal juramento hace
de perseguir las huestes agarenas,
y á todo trance conquistar el muro
á cuyo pie su padre falleciera:
y lo cumplió, venciendo antes al moro
que al socorro acudió con grandes fuerzas.
Siguió el Batallador: *aquel Alonso*
que treinta años reinó, y en ellos cuenta
veintiocho batallas victoriosas;
y aunque en otra la suerte le fue adversa,
á fuer de buen soldado, en la lid muere.
Si bien su reino á los Templarios deja
es elegido en su lugar Ramiro
denominado el Monge, *porque fuera*
Abad en Sahagun, y luego Obispo.
Toma esposa obtenida la dispensa,
tiene una niña, y al cumplir dos años
su mano al conde D. Raymundo entrega
y la administracion de sus estados,
aunque de rey el título conserva.
Conde de Barcelona D. Raymundo
y ya rey de Aragon, hace la guerra

UNED

unido con Alonso de Castilla
al monarca Navarro; pero queda
desairado en su empeño. Le sucede
su hijo Alonso segundo: hace á Valencia
su tributaria, y á Teruel conquista;
pero intentando renovar la guerra
contra Navarra, no logró su intento
pues desistir le hicieron de la empresa
las tentativas de los reyes moros.
Pedro su sucesor dando una prueba
de su catolicismo, admitir quiere
de las manos del Papa la diadema,
por cuya ceremonia religiosa
renombre de Católico granjea;
toma parte en la guerra que hubo en Francia
contra los albigenses: muere en ella,
y su hijo D. Jayme de cinco años
la corona heredó. Fue su tutela
una serie de males: se vió preso,
pero al cabo reinó: por sus proezas
Jayme el Conquistador es aclamado.
Conquistó las Baleares; y Valencia
y Murcia sus pendones recibieron.
Así vivió triunfando, y aun siguiera
lidiando contra el moro, si la muerte
no lo estorbase. Su valor hereda
Pedro tercero su hijo. Hasta Granada
huye el moro temiendo sus banderas,
pero su reino puso en mucho riesgo
solo porque su esposa sostuviera
sus derechos al trono de Sicilia.
Las Sicilianas vísperas, escena
de horror, fué por D. Pedro protegida
y hace que Francia su enemiga sea.
Cárlos de Anjou le llama á desafio,
opónese el Pontífice, y condena
á D. Pedro, y declara sus estados
á Cárlos de Valois, con dependencia
de la corte Romana; ya con ruegos,
ya con las armas quiere á tal violencia
oponerse, la guerra mas se enciende

UNED

y fué para el francés harto funesta.
D. Alonso tercero le sucede,
empieza declarando que á la Iglesia
aquel cetro no debe, y de este modo
la enemistad de Roma hace que crezca.
Hubo preparativos formidables,
hubo negociaciones, y hubo treguas,
y un tratado final en el que Alonso
mostró que en su carácter no hay firmeza.
Hereda la corona el cuarto Alonso:
con enagenaciones indiscretas
á favor de sus hijos y su esposa
logra que todo el pueblo le aborrezca.
No mas diestro en la ciencia del gobierno
ni mas feliz tampoco su hijo reina.
Sigue D. Juan primero: su madrastra
al tormento cruel se ve sujeta
por el soñado crímen de hechizarle,
y poco tiempo y con disgusto reina.
Nacen guerras civiles y trastornos
porque sin sucesor el reino queda;
al fin el quinto Alonso es elegido,
magnánimo y amigo de las letras,
pero de la fortuna poco amado,
murió sin hijos: pasa la diadema
al navarro D. Juan, y en su reinado
los males con los males se encadenan.

Aragon, cuya parte septentrional está situada á las faldas del Pirineo, sirvió de asilo á los cristianos espelidos por los mahometanos de las provincias que sucesivamente conquistaron. Hiciéronse allí fuertes á favor de la aspereza de sus montañas, defendiéndose de los sarracenos bajo el gobierno de los gefes que elegian ellos mismos con el dictado de condes ó príncipes, los cuales dependieron siempre de los reyes de Navarra. Sus estados, ó alguna parte de ellos, se unió con el tiempo á esta corona; y finalmente en la division que el rey don Sancho el *Mayor* hizo á su fallecimiento entre sus hijos el año de 1035, tocó este condado á D. Ramiro llamado el *Espúreo*, condecorado con el título de rey.

Siglo XI. Años de J. C. 1393.

UNED

Ramiro I, el Espúreo. Casi puede asegurarse que no hubo parte de España que sostuviese guerras mas continuas y obstinadas que las montañas de Aragon; pero cuantas veces intentaron los moros estender sus dominios por aquella parte, otras tantas fueron espelidos, dando sus habitantes pruebas eminentes de su incomparable valor y heroismo. Conquistó D. Ramiro varias plazas en los confines de Zaragoza; mas empeñado en hacerse dueño de Graus, fué muerto y todo su ejército derrotado en 8 de mayo de 1063. Años de J. C. 1063.

Sancho Ramirez. Su hijo y sucesor D. Sancho despues de estender sus dominios conquistando cuantas plazas halló hasta la jurisdiccion de Zaragoza, con gravísima pérdida de los africanos, fué herido mortalmente por una flecha en el sitio que habia puesto á la fuerte ciudad de Huesca, en 4 de Junio de 1094. 1094.

Pedro I. Sucedióle su hijo primogénito D. Pedro, el cual deseoso de cumplir el juramento que antes de morir le habia exigido su padre, igualmente que á cuantos le acompañaron en la espedicion, de no levantar el sitio de Huesca hasta apoderarse de ella, no solo concluyó tan gloriosa empresa sino que antes derrotó un grueso ejército de sarracenos que venia en su auxilio, dejando en el campo mas de cuarenta mil cadáveres. Falleció D. Pedro en 28 de Setiembre de 1104. Siglo XII. 1104.

Alonso I, el Batallador. Por no haber dejado D. Pedro ningun hijo, le sucedió su hermano D. Alonso. Este despues de sus espediciones contra Castilla, cuando ciñó esta corona Doña Urraca (las cuales referimos en su correspondiente lugar) quiso imposibilitar de una vez á los africanos de hacer continuas irrupciones en los pueblos fronterizos de su reino, apoderándose de Zaragoza, corte de su monarca, donde tenian reunidas sus mayores fuerzas. En efecto, se presentó ante sus muros el invencible Alonso, y á pesar del valor con que se defendieron los sitiados y de haber implorado y obtenido un crecido número de tropas auxiliares de los régulos circunvecinos, fueron estas derrotadas completamente antes de llegar á su destino, y de sus resultas se vieron precisados los moros zaragozanos á entregar la ciudad.

No satisfecto aun el rey de Aragon con ser dueño de

UNED

Zaragoza y de otras infinitas plazas fuertes, adelantó sus conquistas hasta tal punto, que no solamente hizo retirar á los mahometanos á los confines de Valencia, dejando libre todo el reino de Aragon, sino que se apoderó de Mequinenza; y hubiera obtenido igual resultado de Fraga, á no haberle acometido un ejército considerable que al socorro de la plaza enviaron los régulos de Lérida, Valencia y Murcia, y abandonádole la fortuna que constantemente le habia acompañado en todas sus gloriosas empresas. Los aragoneses pelearon con indecible valor, pero fueron arrollados por la multitud; y el rey, que ya habia logrado salvarse con algunos pocos de los suyos, fué alcanzado en el camino y muerto en la nueva refriega que se vió obligado á sostener. Murió en 7 de Setiembre de 1134 á los setenta años; reinó treinta, y de veinte y nueve batallas campales que tuvo con los moros solamente fué desgraciado en la última, por lo cual mereció el renombre del *Batallador*. No habiendo dejado sucesor, nombró á los Templarios por herederos del reino.

Años de J. C. 1134.

Ramiro II. Sin embargo de la declaracion del rey difunto eligieron los aragoneses por su rey á D. Ramiro II, llamado el *Monge* por haber sido abad de Sahagun y obispo de Burgos y Pamplona. El papa Inocencio II le concedió una dispensa para casarse con Doña Inés de Poitiers, hermana del conde de Aquitania, de la que tuvo una hija llamada Doña Petronila; pero disgustado de los cuidados de la corona, y deseoso de tener una vida mas tranquila, trató el enlace de su hija, que solo tenia dos años, con D. Raymundo Ramon, conde de Barcelona, y declarándolos por herederos, dando el reino en administracion al conde, aunque reservándose el título de rey y el uso de su autoridad durante la minoridad de su hija, se retiró á Huesca. Cedió el trono el año de 1137, tercero de su reinado, y á los cincuenta y tres de edad; pero vivió en su retiro hasta el de 1147.

1137.

1147.

Ramon. Agregada ya á la corona de Aragon parte de la Navarra, desde el reinado de D. Sancho Ramirez, acaeció la muerte de D. Alonso, y haciéndose independiente proclamó á D. García Ramirez por su rey. D. Ramiro vió con indiferencia esta desmembracion; pero el conde D. Ramon, su yerno, tan luego como se vió en posesion del

UNED

gobierno, se unió á D. Alonso VII de Castilla, resolviendo ambos destituir al navarro y dividir entre sí la conquista. Sin embargo, dispuesto D. García á defender sus cortos dominios, logró avistarse con el aragonés antes que se uniese con su aliado, y poniendole en fuga le obligó á desistir de su intento. No obstante renovó D. Ramon á poco tiempo sus pretensiones; y conociéndose débil para esta empresa hizo entrar en sus miras á su sobrino D. Sancho III, rey de Castilla, aunque reconociéndose con este motivo feudatario suyo; si bien el feudo solo consistia en que el príncipe heredero de Aragon habia de asistir al acto de coronarse los reyes de Castilla, con estoque desnudo en mano. Por esta alianza se vió D. García obligado á negociar la paz, pues ya se habia apoderado el rey de Aragon de algunas fortalezas fronterizas de Navarra. Falleció D. Ramon en 6 de Agosto de 1162, dejando á su hijo primogénito D. Alonso la corona de Aragon y el condado de Barcelona. Años de J. C. 1162.

Alonso II. Inmediatamente que ocupó el trono D. Alonso II dirigió sus armas contra los africanos, á fin de estender los límites de su reino por la parte de Valencia. Ocupó á Teruel y otras plazas importantes en las márgenes del Guadalaviar, y se hubiera posesionado de Valencia si su gobernador no se hubiese convenido á pagar doble tributo. En seguida marchó contra la inexpugnable Játiva, y á no haber tenido que atender á la invasion hecha por el navarro en las fronteras de su reino, faltando á la tregua que ambos monarcas tenian concertada, sin duda alguna se hubiera apoderado de la plaza. Se avistó despues con su enemigo; pero no pudiendo conseguir admitiese una batalla decisiva, traspasó el cordon D. Alonso y se introdujo en Navarra, esparciendo por todas partes el terror y la devastacion. Al siguiente año se coligó con el rey de Castilla, y ambos batieron al navarro, recobrando muchas plazas; mas al fin, obligados por las hostilidades de los moros fronterizos, trataron de convenirse, sujetándose á la deliberacion del rey de Inglaterra; y aun cuando algunas proposiciones no eran del gusto de las partes, el bien de la paz superó todos los obstáculos y se concluyeron felizmente las negociaciones. Murió D. Alonso en 5 de Abril de 1196, nombrando por sucesor á su 1196.

UNED

hijo primogénito D. Pedro, bajo la tutela de su esposa Doña Sancha, hija de D. Alonso VII de Castilla.

Pedro II. Siguiendo el espíritu religioso de aquellos tiempos, quiso recibir D. Pedro la corona por mano del pontífice Inocencio III, y en prueba de su reconocimiento depuso sobre el altar el cetro y la diadema, haciendo su reino feudatario de la silla Apostólica. El papa por este acto de sumision le distinguió con el renombre de *Católico*, que transmitió á sus sucesores; pero el feudo y censo que anualmente se obligó á satisfacer fué solo durante su vida, á causa de las turbulencias y protestas de los aragoneses que por esto sobrevinieron. Tomó parte D. Pedro en la guerra que hubo en Francia contra los albigenses, favoreciendo con sus caudales y persona al conde de Tolosa pariente suyo, y uno de los primeros gefes de la secta; mas pereció el rey en la batalla ganada por los cruzados en las márgenes del Garona el 13 de setiembre de 1213, á los diez y siete años de reinado. Algunos dias antes habia solicitado separarse de la reina, en razon de haber estado casada anteriormente con el conde de Cominges que aun vivia. La reina pasó á Roma para defender su causa, y aunque la sentencia la fué favorable sirvió solamente para declarar hijo legítimo al príncipe heredero D. Jayme.

Siglo XIII. Años de J. C. 1213.

Jayme I, el Conquistador. D. Jayme solo tenia cinco años cuando heredó el trono, y de consiguiente no faltaron competidores para obtener la regencia y el gobierno. Desde luego su tio D. Fernando, abad de Montearagon, y D. Sancho, conde del Rosellon y tio del rey difunto, pretendieron separadamente encargarse del reino, suponiendo ilegítima la procedencia de D. Jayme, cuya causa sostenian con teson, mientras que el príncipe, por disposicion del papa, permanecia aun en poder de Simon de Monfort, gefe de la cruzada contra los albigenses, desde que acaecieron las desavenencias de sus padres, é ínterin se deliberaba en el consistorio romano sobre el asunto. No obstante, la mayor parte de la nacion proclamó al príncipe, y pidió al papa mandase entregarle á fin de evitar una guerra civil; y á pesar de que Simon se opuso en algun modo, cedió al fin al decreto espedido en el concilio provincial celebrado en Mompeller, y á los conminaciones del papa. El príncipe les fué, pues, restituido y conducido al

UNED

fuerte de Monzon, confiando su custodia y educacion á D. Guillermo de Monredó, mientras sus ambiciosos tios disputaban sus derechos acerca del gobierno del reino.

Logró al fin el conde del Rosellon apoderarse del mando; mas disgustados los pueblos de sus disposiciones, determinaron traer á su jóven príncipe á Zaragoza para entregarle las riendas del gobierno, aunque solo tenia diez años. Quiso el conde malograr este proyecto apoderándose del rey, y al efecto, con suficiente número de tropas, sorprendió en el camino á los que le conducian; pero temiendo las resultas contemporizó.

El jóven monarca á fin de proporcionarse un apoyo contra sus ambiciosos rivales, y á persuasion de sus consejeros, se casó con Doña Leonor, hija de D. Alonso VIII de Castilla; pero no faltaron revoltosos que de acuerdo con el infante monge D. Fernando se apoderasen de D. Jayme, teniendole como prisionero en su mismo palacio; si bien logró fugarse con el favor de Monredó, refugiandose en el castillo de Horta perteneciente á los Templarios. La muerte de uno de los principales caballeros rebeldes, la cual se atribuyó á disposicion del rey, fué causa de que muchos pueblos, escepto Calatayud, abrazasen el partido de su tio; pero D. Jayme con su amable carácter y gran indulgencia sofocó la sedicion, y acogiéndose todos á ella, sin esceptuarse su propio tio, se restableció totalmente la tranquilidad.

Terminadas las disensiones intestinas dió principio D. Jayme á sus espediciones militares por la conquista de Mallorca: esta isla se hallaba en poder de los mahometanos desde que se hicieron dueños de España, y florecia tanto bajo su dominio, así como las demás Baleares, que en 1229 tenia disposicion de presentar un número de combatientes superior quizá á los habitantes que la ocupan en el dia. Una fanfarronada imprudente atrajo al príncipe que la gobernaba entonces la enemistad de D. Jayme, perdiendo por ella el trono, pues desembarcando en su isla el monarca aragonés le hizo prisionero; sin embargo le trató con mucha generosidad. En el espacio de tres años se hizo dueño D. Jayme de las demás Baleares, dejando á los moros imposibilitados de continuar sus piraterías, y privados de esta escala para comunicarse con Murcia y

Años de J. C. 1229.

UNED

Valencia. La estension y riqueza de este último reino no podia menos de llamar la atencion de D. Jayme; y en efecto desde luego formó el proyecto de engrandecer su poder con la adquisicion de aquella poblacion, atendiendo á que nunca era mas fácil conseguirlo que poseyendo las Baleares. Convidó, pues, para la empresa á todos los guerreros de Europa que quisiesen concurrir voluntariamente, y aumentadas bastante sus fuerzas por este medio, y apoderado por otra parte de Burriana, Peñíscola, Puig, Denia y otras fortalezas de primer orden, marchó contra Valencia, la cual á pesar de la heróica y obstinada resistencia que hicieron sus habitantes se le rindió en 1238, siguiéndose á esta victoria la sumision de todos los pueblos, de tal manera que tuvo la complacencia de unir á su corona las de Valencia y Murcia.

Años de J. C. 1238.

Disgustado D. Sancho el *Fuerte*, rey de Navarra, con su sobrino Teobaldo, conde de Champaña, adoptó por su heredero á D. Jayme de Aragon, y éste no quiso manifestar menos su generosidad haciendo lo mismo con D. Sancho, á pesar de ser sumamente ridículo que el adoptante fuese un jóven de veinte y tres años, y el adoptado un anciano ds setenta y ocho; mas sin embargo falleció D. Sancho y fué colocado en el trono Teobaldo.

Tuvo D. Jayme un hijo de la princesa de Castilla, llamado D. Alonso; pero disgustado de su esposa halló fácilmente un pretesto para la separacion en su parentesco en tercer grado y fué anulado el matrimonio, si bien á D. Alonso se le reconoció por legítimo. Pasó D. Jayme á segundas nupcias con Doña Violante, princesa de Hungría, teniendo de ella un hijo llamado D. Pedro, á quien declaró heredero con D. Alonso, hijo de la castellana. Esta division no podia menos de traer fatales consecuencias, pues asignaba á D. Pedro el condado de Barcelona con una alteracion de límites que no convenia á catalanes ni aragoneses. Sumamente perjudicado el príncipe D. Alonso con esta desmembracion del reino, creyó debia oponerse á ella, y al momento se unió á su favor la mayor parte de la nobleza aragonesa; pero aunque no solamente se separó el príncipe del rey, sino que contrajo alianza con Castilla, no llegó el caso de recurrir á las armas, si bien no cesaron las diferencias hasta la muerte de D. Alonso. Gustaba

UNED

D. Jayme al parecer de hacer particiones, y por lo tanto subdividió sus estados entre tres hijos que ya tenia de Doña Violante, asignando al mayor D. Pedro, Aragon, Cataluña y Valencia, á D. Jayme las islas Baleares, y á D. Fernando todos los estados que tenia en Francia.

Cuando debia gozar D. Jayme del fruto de sus gloriosas victorias, y se hallaba en el último período de su vida, se vió precisado á recurrir á las armas para contener una nueva insurreccion de los moros. Se habian espatriado muchos de resultas de la toma de Valencia; pero quedaron no obstante los suficientes para hacer temer una conspiracion, y conociéndolo D. Jayme decretó su espulsion, por la cual salieron del reino sobre cien mil: aun los que quedaron para las labores del campo, prevalidos de la ancianidad del rey, solicitaron la proteccion de los granadinos y berberiscos á fin de recobrar su libertad, y formaron un buen ejército con el que intentaron apoderarse de algunas fortalezas. Marchó D. Jayme contra ellos; pero una grave enfermedad que le acometió en Alcira le obligó á detenerse: allí se arrepintió públicamente de todos sus defectos, vistió el hábito del Cister, haciendo profesion de retirarse al monasterio de Poblet si recobraba la salud, y logrando llegar á Valencia, falleció en 27 de julio de 1276, dejando por sucesor á su hijo D. Pedro. Años de J. C. 1276.

Pedro III. Este monarca continuó la espedicion contra los moros, y los batió tan completamente que abandonando casi todos sus hogares se refugiaron en Granada. Con esta victoria aseguró sobre su cabeza la diadema, mas despues faltó poco para que la perdiese por sostener los derechos de su esposa Constanza al trono de Nápoles y de Sicilia. Era esta hija de Manfredo, bastardo del emperador Federico II y conde de Tarento, el cual siendo tutor de Coradino, hijo de su hermano Conrado, despues de envenenar á éste, hizo creer habia muerto su sobrino y pupilo á fin de apropiarse los estados de Nápoles y Sicilia que le pertenecian. Reputaba la corte de Roma estos reinos como feudo de la Iglesia, desde la donacion hecha por Pipino, rey de Francia, con el objeto de desposeer de ellos á la familia de Federico, de quien tantas ofensas habia recibido. A este fin ofreció el cetro al rey de Inglaterra; pero este no le admitió juzgando arriesgado despo-

UNED

jar de él al que lo poseia; y temeroso Manfredo de que los gloriosos hechos de D. Jayme de Aragon llamasen la atencion del papa, y solicitase su proteccion para llevar á efecto sus miras, trató inmediatamente de contraer alianza con él, ofreciendo la mano de su hija Constanza á su hijo primogénito D. Pedro; cuyo enlace y coalicion no pudo impedir la corte romana á pesar de los muchos esfuerzos que hizo al efecto.

Clemente IV, que ocupaba á la sazon el trono pontificio, hizo á san Luis, rey de Francia, iguales proposiciones que habia hecho al de Inglaterra, siempre que espeliese de Sicilia el usurpador Manfredo; pero llamaba mas su atencion la armada que iba á enviar á la conquista de Tierra Santa, y se desentendió tambien de tomar parte en este negocio. Por último, admitió la oferta Cárlos de Anjou, su hermano; y coronado en Roma por el mismo pontífice, se puso en marcha inmediatamente contra Manfredo: le avistó en las inmediaciones de Benevento, y atacándole con denuedo perdió Manfredo en el combate la corona y la vida, quedando el vencedor dueño de todos sus estados.

Parecia regular que D. Jayme hubiese favorecido á su consuegro contra su rival, mediante al interés que tenia de que la corona de aquel, recayendo despues en su nuera Constanza, se radicase luego en su descendencia; pero permaneció neutral, y acaso hubiera seguido su ejemplo su hijo D. Pedro, aunque todavía mas interesado, si los sicilianos no le hubiesen llamado vivamente en su socorro, ofreciéndole cuantos recursos necesitase para la empresa, con tal que les restituyese la libertad de que se veian privados, recobrando el trono que pertenecia indudablemente á su esposa.

En efecto, preparó una fuerte armada, la cual salió secretamente de Tortosa; y contando ya los sicilianos con este apoyo, sacrificaron impunemente en un dia y á una misma hora cuantos franceses ocupaban la isla, escepto su gobernador Guillermo de Porcelet, sin duda por el buen comportamiento que habia tenido, aclamando en seguida por su rey á D. Pedro; y este hecho es justamente el que se conoce con el título de *Vísperas Sicilianas*, ocurrido en 1282.

Años de J. C. 1282.

No podia mirar con indiferencia este agravio Cárlos de Anjou; y habiendole proporcionado el pontífice Martino IV un respetable ejército, hubiera conseguido vengarse á no haber llegado en socorro de la isla la escuadra aragonesa, la cual le infundió tal temor que se retiró con no poca precipitacion á Calabria. Por último, aceptaron los dos reyes un combate cuerpo á cuerpo en la ciudad de Burdeos para terminar las diferencias, pero Cárlos tenia el doble designio de acometer la isla tan luego como saliese de ella D. Pedro: mas éste la dejó en buen estado de defensa antes de partir al desafio, el cual no llegó á verificarse por prohibirlo el papa; si bien D. Pedro permaneció en el campo todo el dia prefijado, aguardando á su competidor, y acompañado solamente de tres caballeros, dejando las armas antes de retirarse en manos del Senescal, en prueba de su exactitud, conociendo asimismo la poca seguridad en que se hallaba por no estar el campo asegurado. Interin estas desavenencias, y á instancias del papa, fué invadido el Aragon por el rey de Francia, llevando por do quiera el terror y la desolacion, retirándose despues de haber satisfecho vilmente su venganza en unos pueblos indefensos. Por otra parte el pontífice no solo eximió á estos de la obediencia que debian á su monarca, condenándole á la pérdida de sus reinos, sino que los concedió al príncipe cristiano que los conquistase, y por último declaró señor de ellos á Cárlos de Valois, hijo segundo del rey de Francia, aunque con cierta dependencia de la corte de Roma.

Hizo D. Pedro su competente apelacion contra tan injusta sentencia; pero al mismo tiempo no descuidó los aprestos militares para rechazar los ataques que preveia y que muy luego sucedieron. En efecto, invadido el Rosellon por cien mil combatientes, y no habiéndose opuesto D. Jayme, rey de Mallorca, que poseia las plazas mas fuertes, se hizo dueño el ejército francés de aquel condado, atravesó los Pirineos, apoderóse del Ampurdan, y no pudiendo Gerona resistir al considerable número de sus sitiadores, hubo de rendirse despues de acreditar bien su valor la guarnicion que la defendia: mas en medio de estos progresos la escuadra francesa, situada desde Colliubre hasta Guijols, fué deshecha por una catalana, procedente

UNED

de Barcelona, en la embocadura del Ter, pues de veinticuatro naves de que se componia la primera, apresó quince, y puso en desordenada fuga las restantes; al mismo tiempo, en el cabo de san Feliu, consiguió D. Pedro otra victoria, en la cual perdió el rey de Francia cuatro mil hombres, trece galeras y la caja militar: finalmente, una enfermedad contagiosa que sobrevino entre las tropas francesas de tierra obligó á su monarca á regresar precipitadamente á su pais; pero aun no pudo lograr salvar el poco ejército que le quedaba, pues alcanzándole el aragonés en la retirada acabó de destruirle.

Años de J. C. 1285. A poco tiempo falleció D. Pedro en Villafranca del Panadés á 8 de noviembre de 1285, cuando premeditaba vengarse del indecoroso proceder de D. Jayme apoderándose de las Baleares; pero recomendó esta espedicion á su primogénito D. Alonso, y dejó afianzado en el trono de Sicilia á su hijo segundo D. Jayme, por haber muerto su competidor y hecho prisionero á su hijo Cárlos de Salerno, que renunció en favor suyo cuantos derechos le pertenecian.

Alonso III. Este monarca protestó en el acto de su coronacion, que no debia á la Iglesia el cetro que empuñaba, ni tampoco lo recibia en su perjuicio; y asimismo que esta augusta ceremonia podria verificarse en cualquier otro lugar que no fuese sagrado. Semejante resolucion le atrajo la enemistad del pontífice, el cual se negó abiertamente á admitir las proposiciones de paz que le hizo D. Alonso; y aunque éste por mediacion del rey de Inglaterra puso en libertad á Cárlos de Salerno, á fin de reconciliarse con la silla Apostólica, si bien quedándose con sus hijos en rehenes, y exigiendo que Roma, Francia y Cárlos de Valois no hostilizasen en tres años el Aragon y Sicilia, ó en caso contrario se pusiese otra vez á su disposicion el prisionero, no obstante, no pudo lograr el rey de Francia que su hermano renunciase sus miras á la corona de Aragon: antes faltando éste al derecho de gentes, arrestó en Navarra á unos embajadores que D. Alonso enviaba al pontífice, y este por su parte coronó en Rieti á Cárlos de Salerno por rey de Sicilia, absolviéndole del cumplimiento del tratado, sin atender á las condiciones con que habia recobrado su libertad.

UNED

Finalizada la tregua, y conociendo el aragonés lo infructuosos que eran ya los medios pacíficos, como asimismo que el rey de Inglaterra alegaba varias escusas para cesar en el empeño que habia contraido de mediador, limitándose á instar inútilmente á Cárlos para que diese satisfaccion de su persona, hizo grandes aprestos militares para sostener sus derechos; pero últimamente cedió el papa, y cometió el examen de la competencia de las naciones beligerantes á dos cardenales llegados de Francia, los cuales á presencia y con acuerdo de otros embajadores aragoneses y franceses acordaron un tratado de paz, dirigido principalmente á afianzar al pontífice el dominio de Sicilia, desposeyendo de él á los descendientes de Manfredo; y tuvo D. Alonso la debilidad de firmarlo, abandonando los intereses de su madre y hermana, sin que haya fundado motivo á que atribuir este injusto procedimiento. Falleció en 18 de Junio de 1291, habiendo obtenido el renombre de *Liberal*; dejó por sucesor á su hermano D. Jayme. Años de J. C. 1291.

Jayme II. Se hallaba D. Jayme en la actualidad poseedor de la Sicilia; mas como vacilase aun esta corona sobre su cabeza, á pesar de todos sus esfuerzos por sostenerla, la cedió á su hermano Federico. No obstante, sin saberse ni poderse averiguar el motivo, tan luego como se vió afianzado en el trono de Aragon protegió las miras del papa sobre el dominio de aquel reino, presentándose en Sicilia con una fuerte escuadra mandada por el célebre Rogerio de Lauria unido á Cárlos de Salerno: mas Federico defendió bizarramente sus estados; y D. Jayme tuvo que contentarse con la Córcega y la Cerdeña, cuya posesion le habia concedido el pontífice para cuando las conquistase, lo cual realizó en poco tiempo.

Desde entonces se dedicó esclusivamente á favorecer el comercio marítimo que hacian sus vasallos, y consiguió ponerlo floreciente. Su hijo primogénito D. Jayme rehusó constantemente el cetro á pesar de las instancias de su padre, y tomó el hábito de San Juan de Jerusalen; por lo que al fallecimiento de D. Jayme, ocurrido en 2 de noviembre de 1327, pasó la corona á D. Alonso IV, su hijo menor. Siglo XIV. Años de J. C. 1327

Alonso IV. A pesar de tener ya entonces sucesor D. Alonso en su hijo llamado D. Pedro, habido de su pri-

UNED

mera mujer Doña Teresa de Entenza, apenas murió ésta contrajo nuevos esponsales con Doña Leonor de Castilla, cuya disposicion causó un descontento general. Se habia obligado con juramento á no enagenar nada del patrimonio real por diez años; pero inmediatamente quebrantó el pacto cediendo á su esposa la ciudad de Huesca y otros pueblos y fortalezas. Opusieronse los estados del reino á esta infraccion, y D. Alonso trató de persuadirles que no habia sido su voluntad incluir en el estatuto á su mujer é hijos; mas apenas dió á luz la reina un niño, cedió á favor del recien nacido varias villas y otras posesiones de considerable valor. Previendo la reina los malos resultados que sobrevendrian por tantas donaciones, propuso al rey exigiese de los ricos-hombres y demas caballeros juramento de mantener al infante en posesion de ellas; mas D. Ot de Moncada, uno de los que habian de prestarle, se opuso con teson haciendo ver los perjuicios que de este acto se seguian á los intereses del príncipe heredero. Sin embargo, fué inútil la resistencia, pues el rey persistió en despojar á un hijo para enriquecer al otro, hasta que todo el reino se declaró abiertamente contra semejantes disposiciones, y los tres Estados manifestaron estar unánimemente resueltos á defender la integridad del patrimonio real. Valencia tomó las armas para rechazar la fuerza con la fuerza; y á pesar de presentarse D. Alonso en el consejo, donde se valió de instancias y aun de amenazas para aplacar á los sublevados y llevar adelante sus intenciones, tomó la palabra Guillen de Vinatea, uno de los primeros magistrados, y despues de hacer patente con suma entereza lo contrario que era semejante abuso á las leyes del reino y los perjuicios que traia á la corona, concluyó diciendo: «Los del gobierno de esta ciudad preferimos morir en defensa de las leyes, y nunca prestaremos nuestro consentimiento á tan exorbitantes enajenaciones contra los derechos del príncipe. ¿Qué vigor, qué fuerza, qué autoridad tendrán las leyes, si hoy se establecen y mañana se quebrantan? Podremos morir, no hay duda; pero tampoco quedará nadie vivo en este palacio, y todos perecerán al furor del pueblo que nos aguarda afuera.» Intimidó al rey tan enérgica respuesta, y anuló cuantas donaciones habia hecho.

UNED

Resintióse vivamente la reina contra los que acreditaron ser afectos al príncipe, y defendian los intereses de la corona; y valiéndose del predominio que gozaba sobre el corazon de su esposo, indujo á este á que desterrase de la corte á unos, juzgase á otros como reos de lesa magestad, citase á algunos para justificarse de los crímenes que se les atribuian, y sacrificase impunemente al que por temeridad se presentó. Por esta persecucion se granjeó el aborrecimiento de toda la nacion y particularmente del príncipe heredero D. Pedro, que como tal era gobernador del reino; mas éste disimuló por entonces los agravios qne habia recibido, contentándose con no confirmar las donaciones hechas á su hermano. Falleció el rey D. Alfonso, su padre, en 24 de Enero de 1336. Años de J. C. 1336.

Pedro IV. Creyéndose poco segura la reina entre un pueblo que justamente la odiaba, se puso, en cuanto murió D. Alonso, bajo la proteccion de sn hermano el rey de Castilla D. Alonso XI, suplicándole defendiese sus derechos y los de sus hijos en Aragon. En efecto, dió éste algunos pasos en su favor; mas el aragonés se evadió con una respuesta equívoca, y secuestró cuantas rentas gozaba su madre en Aragon, Valencia y Cataluña. Exasperado el castellano por este desaire, se introdujo á sangre y fuego por el reino de Valencia; pero encontró á D. Pedro prevenido, y sino hubiese intervenido el papa hubieran venido inmediatamente á las manos. Acordaron por último nombrar árbitros que decidiesen sobre sus respectivos intereses, resueltos á conformarse con su dictámen; y este se redujo á que se permitiese á la reina viuda Doña Leonor la renta vitalicia de los pueblos que la habia cedido su consorte, pero sin jurisdiccion alguna, reservándose á la corona.

Tan luego como vió D. Pedro apaciguadas estas desavenencias, formó la ambiciosa idea de arrebatar la corona de Mallorca á sn cuñado D. Jayme II, y para justificar en algun modo esta usurpacion le calumnió altamente, formándole una especie de juicio, en el cual se le condenó á perder el trono. El reino de Mallorca se consideraba en cierto modo como feudatario del de Aragon, é igualmente sus monarcas estaban sujetos á cierta dependencia que si infringian eran delincuentes en sumo grado, y sobre ella estableció D. Pedro los fundamentos para conse-

UNED

guir su vil é indecoroso proyecto; si bien se cree que D. Jayme no dió motivo alguno de queja. Recurrió el mallorquin á las armas para defender sus estados, mas abandonado de los suyos se vió obligado á cederlos á su ambicioso cuñado.

No tardó en alterarse la paz, pues D. Pedro, dejándose arrastrar de su genio caprichoso, bien pronto dió motivo para ello. Escluian las leyes de Aragon á las hembras de suceder en el trono; mas D. Pedro, que aun no habia logrado tener sucesion masculina, quiso esceptuar de esta ley á su hija primogénita Doña Constanza, y esta arbitrariedad produjo fatales consecuencias.

Resueltos los aragoneses á no consentir la infraccion de ninguno de sus fueros, y á defenderlos á toda costa, se opusieron inmediatamente; y viendo que no se daba oidos á sus justas reclamaciones formaron una liga que llamaron la *Union*, y tomaron las armas para sostenerlos. Recurrió D. Pedro á la fuerza para someter á los sublevados; pero estos se hacian cada dia mas poderosos y temibles, en términos que despues de dos años de una sangrienta guerra tuvo que ceder D. Pedro, declarando por sucesor á la corona á su medio hermano D. Fernando, hijo de su madrastra Doña Leonor, en el caso que falleciese sin hijos varones legítimos.

Entre los feos lunares que cubren de perpetua ignominia á este monarca, deben referirse los viles procedimientos con que sacrificó al resentimiento del pueblo á su general, ministro y favorito D. Bernardo de Cabrera, el cual le habia dado pruebas incontestables de fidelidad, y en quien desde los primeros años de su reinado habia depositado toda su confianza; pero esta le granjeó émulos tan poderosos y temibles, que D. Pedro sin mas prueba de delito que las que qnisieron suponerse á Cabrera, le entregó á un tribunal presidido por su hijo el duque de Gerona, donde sin oirle en juicio fue condenado á muerte, llevándose á efecto la sentencia.

Años de J. C. 1387.

Falleció D. Pedro IV en 5 de enero de 1387, dejando dos hijos varones de su tercera esposa Doña Leonor de Sicilia, llamados D. Juan y D. Martin. El renombre que se le dió del *Ceremonioso*, fue originado del gusto particular que parece tenia á las grandes asambleas.

UNED

Juan I. Ocupó el trono D. Juan como primogénito; pero su reinado no ofrece otro acontecimiento notable sino que habiendo tratado su madrastra la reina Doña Sibila de Forcia, cuarta esposa de D. Pedro, de refugiarse en Barcelona antes de la muerte del rey, por temor de que D. Juan vengase los ultrajes que de ella habia recibido, fue detenida y presa en el camino, obligándola á sufrir el tormento á fin de que declarase acerca de los crímenes que se la atribuian de haber dado al nuevo monarca una bebida para hechizarle y alterar su salud, é igualmente de haber estraido de palacio alhajas y otras preciosidades; y por último que de los caballeros que la acompañaban fueron dos degollados, y otros condenados á perpetuo encierro, debiendo la misma reina su libertad á la mediacion del cardenal D. Pedro de Luna. Sin embargo, poseia D. Juan algunas virtudes, por las cuales era digno del trono; pero por desgracia fue muy corto el período de su vida, que acabó desgraciadamente. Era aficionado á la caza, y habiéndose alejado de los que le acompañaban en ocasion de perseguir á una loba, le precipitó su caballo, y cuando acudieron los monteros le encontraron muerto ó espirando. Años de J. C. 1395.

Martin. Aunque D. Juan dejó dos hijas de distintas esposas, no le sucedieron; pues, como ya dijimos, se escluia á las hembras de la corona, y por lo tanto recayó esta en su hermano D. Martin, el cual ocupaba entonces el trono de Sicilia por su enlace con Doña María, hija y sucesora de D. Fadrique, rey de aquella isla. No obstante, el conde de Fox, esposo de Doña Juana, primogénita del monarca difunto, tomó el título de rey de Aragon, é introduciéndose por Cataluña se apoderó de varios pueblos y castillos, pues la ausencia de D. Martin le proporcionaba ocasion para ello; sin embargo, la vigilancia y acertadas disposiciones de su esposa Doña María, que afortunadamente se hallaba en Aragon, y el heroismo de sus naturales, rechazaron al invasor en tales términos que tuvo que retirarse inmediatamente á Francia.

Encargó D. Martin el gobierno de Sicilia á su hijo único de igual nombre cuando partió á Aragon; pero falleció el príncipe á poco tiempo, y su padre esperimentó igual desastre en 31 de mayo de 1410. Por su muerte se Siglo XV. 1410.

UNED

conmovió no solo el reino de Aragon, sino tambien los de Castilla, Nápoles, Francia y Sicilia, habiendo en todos ellos quien aspirase al trono, creyendo pertenecerle esclusivamente. Mas aunque eran seis los pretendientes, ninguno tenia mas derecho que el infante D. Fernando, por ser el pariente mas inmediato del rey difunto. Sin embargo, D. Jayme, conde de Urgel y viznieto por agnacion del rey D. Alonso IV, habiendo logrado encargarse del gobierno aun en vida de D. Martin, si bien con repugnancia de éste, valióse de esta preeminencia para sostener su intento, castigando á los que no le eran afectos; y á pesar de que el reino se opuso á reconocerle, esperimentó los horrores de una guerra civil, consecuencia de las diferentes facciones que se formaron entre las poderosas familias de los Urreas, Heredias y Lunas, estendiéndose estos desórdenes hasta Valencia donde las de los Centelles y Villaragut causaron tambien una insurreccion; preservándose solamente de esta calamidad la Cataluña, á causa de haber nombrado un consejo de ministros de suma probidad y prudencia.

Por último, las personas mas respetables del reino de Aragon pudieron con no pocas fatigas persuadir á los competidores que no habia otro medio para restablecer la tranquilidad que someter el examen y decision de tan grave negocio á una junta compuesta de nueve sugetos de conocida ciencia é imparcialidad, tres por cada reino. En efecto, reunidos los compromisarios en el castillo de Caspe, convocaron á los interesados para que por medio de sus procuradores se presentasen á deducir los fundamentos de su pretension, y despues de tres meses de sesiones declararon pertenecia la corona á D. Fernando á cuya deliberacion se sometieron todos.

No obstante, el conde de Urgel quiso aun oponerse temerariamente; pero D. Fernando le sitió en la fortaleza de Balaguer, y le obligó á entregarse á discrecion, debiendo la vida á la generosidad de su soberano, si bien tuvo que sufrir la pena de prision perpetua, á la cual fue condenado por los Estados del reino. Falleció D. Fernando en Igualada en 2 de Abril de 1416, á los cuatro años de estas ocurrencias.

Años de J. C. 1416.

Alonso V. No puede negarse que Alonso V tenia su

UNED

mayor complacencia en las letras y en conferenciar con los sabios, por cuyas circunstancias mereció ser considerado por uno de los mejores hombres de su siglo, guiado por la máxima de que *un príncipe ignorante no es más que un asno coronado*, la cual repetia con frecuencia. La reina de Nápoles Doña Juana le pidió socorros contra el duque de Anjou, que con el apoyo de la nobleza napolitana intentaba arrebatarla su corona. A este fin ofreció á D. Alonso adoptarle por hijo é inmediato sucesor, y éste, á pesar de conocer los gastos y penalidades que ocasiona una guerra y la poca confianza que debia tener del carácter voluble de la reina, remitió tropas en su socorro con las cuales la libertó de sus enemigos. Mas la reina aunque cumplió su palabra acerca de la adopcion de D. Alonso, mudó de parecer apenas se vió libre de las de Anjou, y determinó espeler de Nápoles á sus libertadores. No creyéndose sin embargo con bastante poder para llevar á cabo su designio, solicitó secretamente la proteccion del papa; pero no habiendo podido deshacerse de D. Alonso, como pérfidamente lo intentó, anuló su adopcion, admitiendo en su lugar al duque de Anjou, íntimo amigo del papa Martino V. No pudo por entonces D. Alonso vengar tan vil agravio, á causa de tener que atender á las turbulencias que sobrevinieron en Castilla por su hermano D. Enrique; pero calmadas que fueron volvió con una fuerte armada, y la reina que ya estaba disgustada del de Anjou revocó su adopcion, y revalidó aunque secretamente la del aragonés. No obstante, faltaba aun la aprobacion é investidura del pontífice Eugenio, sucesor de Martino; pero éste, aunque aparentaba estar descontento del de Anjou, y ser afecto á D. Alonso á quien habia ofrecido ambas gracias, se unió por último mas íntimamente con aquel. Se ignoran las circunstancias que motivaron esta variacion, porque D. Alonso le habia prometido su influencia con el emperador de Alemania, que protegia el concilio de Basilea, el cual trataba de deponerlo y nombrar otro papa; pero viendo el aragonés que habia faltado á su palabra, se puso de acuerdo con los de Basilea no dudando que si se verificaba su deposicion le darian la investidura, y tal vez recaeria la tiara en uno de los suyos.

Falleció la reina de Nápoles; y como si hubiese que-

UNED

rido dar un público testimonio de la mala fe que acompañó siempre á sus tratados, y de la intriga y engaños de que se habia valido para que D. Alonso la defendiese, nombró en el testamento por su heredero y sucesor á Renato, hermano del duque de Anjou, que habia muerto hacia algun tiempo. Declaróse inmediatamente la ciudad de Nápoles por el papa y por Renato, á quien aclamaron rey; y todos los actos hechos en favor de D. Alonso fueron anulados. Exasperado justamente el aragonés, y sabiendo la liga que habian hecho con Venecia, Génova, Florencia y el duque de Milán, como asimismo que estaban decididos á espelerle de Italia, recurrió á las armas, contando con el apoyo de no pocos amigos que tenia en aquel reino, y se presentó con una numerosa escuadra al frente de Gaeta. La plaza estaba por los genoveses y el duque de Milán y se defendió con bastante denuedo; mas á poco tiempo se hallaron tan escasos de víveres que arrojaron fuera á todas las mujeres y niños como bocas inútiles. Los comandantes aragoneses quisieron hacer retroceder á la ciudad á aquellos infelices; pero el magnánimo Alonso mandó no se les detuviese, ni se les causara el menor perjuicio, añadiendo: "Mas quiero dejar de tomar la plaza, que de cumplir con lo que debo á la humanidad afligida." Por desgracia acudia en socorro de la plaza una flota genovesa enviada por el duque de Milán, la cual incendiando á la aragonesa verificó su desembarco, y batió completamente el ejército de tierra, haciendo prisioneros al rey D. Alonso, á sus hermanos y á cuantos le acompañaban. El vencedor tuvo la gloria de conducir en triunfo á sus ilustres prisioneros; pero aun fue mayor la del duque de Milán por restituirles la libertad. A consecuencia de este desastre parece debia haber renunciado D. Alonso sus pretensiones á aquella corona, y ser espelido del reino para siempre; pero coligado con el duque, el cual desconfiaba ya de los intentos de Renato, no solo se apoderó de Nápoles, sino que tuvo que concederle el pontífice la investidura, y le reconocieron por rey todos sus naturales, como igualmente legítimo sucesor á su hijo natural D. Fernando. Falleció en 27 de junio de 1458, habiendo dado pruebas evidentes de que se hallaba dotado de relevantes prendas para reinar, á pesar de adolecer de no pocos vicios.

Años de J. C. 1458.

UNED.

Juan II. Como no dejó D. Alonso ningun hijo legítimo, recayó la corona de Aragon en su hermano D. Juan, rey de Navarra. Se hallaba casado este príncipe en segundas nupcias con Doña Juana Enriquez, de la cual tuvo á su hijo D. Fernando; y empeñada la reina en que éste ciñese la diadema de Aragon, que pertenecia á D. Cárlos príncipe de Viana, como primogénito de D. Juan habido en su primer matrimonio, indujo al rey infames sospechas contra D. Cárlos, por el mero hecho de haber reclamado, aunque con suma moderacion, la corona de Navarra, que tambien le correspondia de derecho por su madre, y conservaba su padre usurpada. Logró en efecto la reina su intento; el príncipe fué preso injustamente, y aunque el rey se vió en la necesidad de ponerle en libertad por haberse declarado la Cataluña en su favor, murió á poco tiempo de pesar, víctima de la criminal desconfianza de su padre, y del injusto odio de su madrastra, el cual alcanzó tambien á su hermana Doña Blanca que fué emponzoñada de su orden.

Semejantes persecuciones aumentaron la sublevacion de Cataluña; y la reina y su hijo, que se hallaban en Gerona, se vieron cercados por una multitud de pueblo armado que aclamaba la libertad. Varios personajes que quisieron contener su furor por medio de la persuasion fueron asesinados, y por último se hicieron dueños de la plaza aunque fué defendida heróicamente por la guarnicion que la ocupaba. Igual suerte hubieran tenido las personas reales, á pesar de haberse refugiado en la antigua fortaleza conocida por la Gironella, si ademas de hacer prodigios de valor los caballeros que la custodiaban, animados por el espíritu varonil de la reina, no hubiese llegado el rey á tiempo para socorrerla logrando rechazarlos. Exasperados los catalanes se declararon independientes, y todos tomaron las armas en defensa del reino. No obstante, fueron batidos por las tropas reales; pero resueltos á no desistir de su intento, los tres Estamentos del principado ofrecieron aquel señorío al rey de Castilla, que en el momento lo admitió, y se introdujo en Aragon con un ejército respetable: mas poco despues hizo alianza con D. Juan, abandonando á los catalanes á sus propias fuerzas. En vista de esto eligieron por su señor á D. Pedro, condestable de Portugal;

UNED

pero no por eso obtuvieron mas feliz éxito: apoderado el ejército real de muchas plazas fuertes, que si bien se defendieron obstinadamente no fueron socorridas á tiempo por D. Pedro, se dirigió contra el de los sublevados, y atacándolo en las inmediaciones de un pueblo llamado *Prados del Rey*, lo derrotó tan completamente que el condestable solo pudo salvar su vida con la fuga, cuyo pesar le causó la muerte á breve tiempo. Tan repetidos contratiempos no fueron suficientes aún para hacer desmayar la Cataluña. Inmediatamente eligieron los representantes de los Estados á Renato de Anjou; y éste, enemigo declarado de la nueva familia real de Aragon, persuadido de que le habia despojado injustamente del reino de Nápoles un hermano de D. Juan, y hallándose por otra parte sostenido en la actualidad por su sobrino el rey de Francia, lejos de desechar la propuesta envió prontamente con buen ejército á su hijo el duque de Lorena, el cual pasando las fronteras se hizo dueño de Rosas y otras plazas, presentandose despues en Barcelona á tomar posesion de aquel condado y señorío á nombre de su padre, con el título de lugar-teniente. Imposibilitado D. Juan de poder ponerse al frente del ejército para contener á sus implacables enemigos, ya por su ancianidad, ya por estar casi ciego de resultas de haberle sobrevenido cataratas en ambos ojos, no pudo hacer mas que coligarse con los contrarios de la casa de Anjou, encargando á la reina la gloriosa empresa de defender el reino. Marchó esta en efecto con un número respetable de tropas, y acompañada de su hijo Fernando se apoderó de Rosas por asalto, libertó á Gerona que se hallaba sitiada por el duque de Lorena, y espelió á los franceses de todo Ampurdan. Por último, fallecieron la reina y el duque; recobró afortunadamente la vista el monarca; la Francia no quiso sostener mas tiempo las pretensiones de Renato, y los sediciosos viéndose sin apoyo tuvieron que someterse, pues todas las plazas se fueron rindiendo á las tropas reales, escepto Barcelona que por un efecto de obstinacion tardó algun tiempo en seguir el ejemplo de las demas.

Calmadas las disensiones intestinas determinó D. Juan recobrar los condados del Rosellon y Cerdeña, que existian en poder del rey de Francia, á consecuencia de ha-

UNED

berselos cedido cuando principió la sublevacion de Cataluña, como en fianza del subsidio anual de doscientos mil escudos que habia contratado satisfacerle por el auxilio de setecientos ginetes que le dió.

El lector tendrá presente que tan luego como Renato fué elegido por los rebeldes se separó el rey de Francia de la alianza que tenia con D. Juan, apoyando las miras de su contrario; por lo tanto resolvió el aragonés vengar al mismo tiempo este agravio, y avisando á los habitantes de aquellos condados que estaba decidido á libertarlos del yugo frances que ya no podian tolerar, logró que tomasen las armas en su favor, y se apoderasen de varias plazas inclusa Perpiñan, cuya guarnicion hubiera sido pasada á cuchillo sino se hubiese hecho fuerte en el castillo. Partió D. Juan en socorro de los amotinados; y opuso tan fuerte resistencia á mas de cuarenta mil franceses que bloquearon la plaza, que tuvieron al fin que retirarse y contratar un armisticio.

Negóse á ratificarlo el rey de Francia y envió mayores fuerzas; pero estas tuvieron igual suerte que las anteriores, sin otro fruto que el de arrasar los campos y saquear las aldeas. Ultimamente, un tercer ejército se hizo dueño de la plaza; pero si lo consiguió fué cuando exhausta de gentes, víveres y pertrechos se vieron sus moradores precisados á rendirse, ó á devorarse recíprocamente, lo cual habia empezado ya á verificarse; y el rey de Francia, que no podia mirar con indiferencia el haber perdido sus mejores tropas y considerable numerario, admitió la paz. Años de J. C.

En el año próximo de 1479 enfermó D. Juan, falleciendo en 19 de enero del mismo á los ochenta y dos de edad, cubierto de la gloria de sns triunfos; si bien por otra parte merecedor del odioso renombre de tirano por haber sacrificado impunemente á sus propios hijos D. Cárlos y Doña Blanca, y cometido otros escesos execrables. 1479.

UNED

CAPITULO VI.

Continuacion del reinado de los reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel.

RESUMEN.

D. Fernando é Isabel
reunen en sus banderas
á castillos y leones
las barras aragonesas.
Pierde el moro cuantas plazas
aun en España conserva,
y luego en las Alpujarras
nuevo escarmiento le espera.
De moriscos y judíos
libre la española tierra,
en tranquilidad ganó
lo que en riqueza perdiera.
Zelo por la religion
los dos esposos demuestran;
si como justos castigan,
como magnánimos premian.
Colon descubre otro mundo,
el lusitano se muestra
envidioso de las glorias
que España á lograr empieza.
Quiere estorbar la conquista
de las incógnitas tierras,
y el Pontífice romano
arregla la competencia.
En medio de tantas glorias
sufre la reina Isabela
en la muerte de sus hijos
las mas dolorosas penas.
Adorado de sus pueblos,
consumida de tristeza,
muere, y la paz y el sosiego
tambien murieron con ella.

UNED

A Doña Juana su hija
nombra al morir heredera,
mas gobernar no podia
por su estado de demencia.
Su hijo Cárlos es el rey,
y mientras á la edad llega
dispone que en sus estados
Fernando regente sea.
El padre del heredero
suscita desavenencias
que una política aviva
y otra sagaz desconcierta.

Por la muerte de don Juan II heredó el trono de Aragon su hijo D. Fernando, esposo de Doña Isabel, reina propietaria de Castilla; y aunque gobernaban separadamente sus estados, eran siempre uniformes sus deliberaciones, dirigidas todas únicamente al bien general de los pueblos, y se publicaban á nombre de ambos todos sus decretos. Gozaban de una profunda paz con las potencias estranjeras, y esta buena coyuntura les inspiró el pensamiento de arrojar de España á los sarracenos, que ocupaban todavía el reino de Granada. Poseedores estos de una multitud de plazas fuertes en el mejor terreno de la península, y hallándose inmediatos al Africa, de donde recibian continuos auxilios, no solo rechazaban las incursiones que frecuentemente hacian los castellanos, sino que se desentendian ya de pagar el tributo que se habian obligado á satisfacer á los monarcas de Castilla.

Reclamaron los reyes Católicos el feudo cuando se hallaban ocupados en sufocar las divisiones interiores; pero el orgulloso africano, aprovechándose de aquellas críticas circunstancias, contestó: "que en Granada no se labraba ya moneda para dar parias, sino lanzas y dardos para defenderla; que ya eran muertos los que solian pagarlas, y así que en adelante se pagarian á lanzadas." Tan insolente respuesta era digna de castigo; mas la necesidad hizo que por entonces se transigiese, y aun se admitiera una tregua de tres años. Sin embargo, al presente era llegado el tiempo de vengar aquella ofensa, llevando á efecto el glorioso designio de conquistar y reu-

nir á sus dominios aquel hermoso reino, que yacia tan largo tiempo bajo el yugo mahometano. En efecto, el esfuerzo y valor del marques de Cádiz y de Diego de Merlo, asistente de Sevilla, dieron principio á la empresa apoderándose por sorpresa una noche de la fuerte plaza de Alhama con solos cuatro mil infantes y tres mil ginetes; siendo digno de eterna memoria el heroismo con que el soldado Juan de Ortega y otros doce valientes escalaron el muro, mataron á los centinelas y al alcaide, tomaron posesion del fuerte y abrieron las puertas al ejército, que despues de combatir por espacio de todo un dia, y cuando ya habian perecido la mayor parte de sus moradores que se defendieron obstinadamente, lograron hacerse dueños de la plaza *(Nota 12)*.

Años de J. C. 1482.

Deseosos los reyes Católicos de aprovechar el fruto de esta primer tentativa, publicaron inmediatamente la guerra contra Granada, encargándose D. Fernando de dirigir las operaciones militares, Doña Isabel de proveer el ejército con bastimentos y pertrechos: la nobleza y el clero contribuyeron tambien con un considerable número de guerreros sosteniéndolos á sus espensas, y en el mismo año 1482 se comenzaron las hostilidades. Al siguiente perdió Boabdil, rey de Granada, una memorable batalla cerca de Loja, en la cual fue hecho prisionero; y aunque recobró poco despues la libertad, no pudo continuar la campaña. Sucesivamente, y en el espacio de nueve años de continua lucha, se apoderó el ejército real de todas las plazas de aquel reino, quedando reducido el dominio de los africanos á sola la capital, y cortada enteramente su comunicacion con Africa; pero al paso que D. Fernando adelantaba la conquista, dispensaba igualmente gracias particulares á los que capitulaban, ya proporcionándoles buques para retirarse al Africa, ya subsistencia fija á los que prefirieron quedarse en los estados del vencedor. No obstante, aun tenia Granada dentro de sus muros mas de cien mil combatientes, prontos á sacrificarse en defensa de su amada patria, y acaso suficientes para rechazar al ejército castellano sino hubiese sobrevenido la guerra civil entre sus hijos: su monarca Albohacen, despues de mandar asesinar á los principales personajes de la poderosa y valiente tribu de los Abencerrajes, se granjeó

1483.

UNED

Clavos 16 [illegible]

[illegible]

9 - 649128

Martin Cisero

M. Muy Señor mio.

Casimiro Vivero Baca

9

6

UNED

Granada rendida.

A los ocho meses de sitio, en principio de Enero de 1492, se rindió Granada, con lo qual no quedó ya en dominio de los Moros un palmo de terreno en España; y en 4 del mismo hicieron su entrada pública en la plaza los Reyes católicos, acreditando su religiosidad en medio de la misma pompa de un acto tan solemne y brillante. De Dios fué el triunfo, lo reconocian; pero quisieron que todo su reyno lo reconociese.

UNED

el desafecto de sus vasallos por haber repudiado á Aija, haciendo perecer á los hijos que tuvo de ésta para que le sucediesen los que tenia de Zoraida, cristiana renegada: Boabdil, primogénito de Aija, que afortunadamente se habia salvado, no solo se apoderó del trono con el auxilio de los Abencerrages, arrojando de él á su padre, á pesar de algunos reveses, sino que despues de la muerte de éste rechazó tambien las tentativas que hizo su hermano Abohardil para arrebatarle la corona: éste viendo frustrados sus designios se unió á los enemigos de su patria sacrificándola á su desenfrenada ambicion; y mientras Boabdil sostenia tan fatal lucha, que secretamente fomentaban los castellanos, no conoció el inminente peligro que le amenazaba con la proximidad del enemigo, descuidando hasta el abastecer la plaza de víveres, siendo causa de que su numerosa poblacion, aumentada diariamente con un considerable número de africanos que acudian á refugiarse, se hallase bien pronto bloqueada con todo rigor y sufriese los horrores del hambre.

En vano acreditaron todos sus moradores el patriotismo y valor que les animaba, saliendo continuamente de la ciudad y arrojándose con singular denuedo sobre el campo de sus enemigos, pues con igual esfuerzo eran rechazados por el ejército castellano; mas á los ocho meses de bloqueo se halló exháusta la plaza de bastimentos y precisada á capitular: habiéndose firmado los pactos á principios de enero de 1492, entraron los reyes en ella el 4 del mismo mes con gran magnificencia y religiosidad, teniendo asimismo la gloria de haber rescatado aquel pais del yugo mahometano despues de ocho siglos que le habia dominado. Años de J. C. 1492.

Trataron los reyes Católicos con suma bondad á todos los capitulados, y aun su monarca Boabdil obtuvo la gracia de poder residir en las Alpujarras con los que quisieron acompañarle; pero de allí á poco regresó al Africa, muriendo en ella desgraciadamente privado de la vista. A fin de que los infieles perdiesen toda esperanza de volver á España, se guarnecieron completamente todas las plazas y fortalezas, y se agregó á la corona el marquesado de Cádiz, indemnizando á su poseedor D. Rodrigo Ponce de Leon con el condado de Casares y el tí-

UNED

tulo de duque de Arcos. Por algun tiempo se permitió á los mahometanos de Granada la práctica de su religion; mas habiendo sobrevenido entre ellos algunas disensiones, decretaron los reyes que los que no quisiesen profesar el cristianismo se retirasen al Africa, de cuyas resultas recibió la mayor parte el bautismo. Estendióse esta medida á los de las Alpujarras, pero confiando estos en la aspereza del terreno se sublevaron y emprendieron una guerra tan sangrienta como obstinada; finalmente, bautizaronse muchos, y á los que prefirieron espatriarse se les exigió diez doblas por familia, cuya suma ascendió á ciento setenta mil. Igualmente espelieron los reyes Católicos de sus estados á los judíos; pero no se los exigió ninguna cosa, antes bien se les permitió llevar sus considerables riquezas, creyéndose con fundamento que ochocientos mil de todas edades y sexos salieron del reino por este motivo.

Con estas determinaciones dieron los reyes una prueba nada equívoca de su infatigable zelo por mantener la religion en toda su pureza; pero aun no setisfechos crearon el tribunal de la Inquisicion para que velase sobre su exacta observancia, mereciendo por este motivo el glorioso renombre de *Católicos*, cuya gracia les dispensó la silla Apostólica en el año 1496, estendiéndola á sus sucesores.

Habiendo muerto D. Fernando II, rey de Nápoles, temerosos los nobles del reino que su hijo y sucesor D. Alonso ejerciese la misma crueldad é inclemencia que les habia hecho esperimentar su padre, de lo cual habia empezado á dar muestras, se dividieron en partidos, ofreciendo unos la corona al rey Católico y otros al de Francia Cárlos VIII. El pretesto era que no habiendo podido D. Fernando como bastardo obtener aquel reino con justicia, debia quedar escluida su descendencia, y ceder al derecho de que estaban revestidos los príncipes en quienes ponian la mira. No era superior el del francés, reducido solamente á la adopcion que la reina Juana II hizo de Luis de Anjou, de la segunda rama de esta familia. Era mas poderoso el del rey Católico, pues ademas de la adopcion que tambien habia hecho la reina de su tio D. Alonso, como ya se ha espresado, se apoya igualmente en el de la conquista que

por sí mismo hizo este príncipe de aquellos estados; mas D. Fernando, lejos de admitir la proposicion, se decidió á mantener en el trono á su sobrino D. Alonso. No obstante, el francés no guardó tanta consecuencia, y marchando á Italia con un ejército respetable, se hizo dueño de la mayor parte del reino y hasta de Nápoles sin hallar obstáculo alguno. Conocieron entonces los príncipes italianos el peligro que amenazaba á sus estados si D. Cárlos conseguia su ambicioso designio; y uniendose en su defensa formaron aquella famosa liga que la historia reconoce con el título de *Santa*, la cual le arrojó precipitadamente de Italia. Contribuyó mucho á tan feliz éxito el valiente y gran capitan Gonzalo de Córdoba, que llegó á tiempo oportuno á Mesina conduciendo un refuerzo de tropas españolas; pero fallecieron el rey de Nápoles D. Alonso II y su hijo D. Fernando, y desavenidos los coligados dieron lugar á que el rey de Francia Luis XII, sucesor de Cárlos VIII, intentase otra vez apoderarse de aquella monarquía. Entró efectivamente por el Piamonte y Montferrato, y en muy corto espacio de tiempo se hizo dueño de la Lombardía y el Genovesado, infundiendo rezelos al rey Católico de que aspirase igualmente á la Calabria, Sicilia y Cerdeña. Para evitarlo hizo alianza D. Fernando con el emperador Maximiliano I, contratando para mas afirmarla el enlace de Doña Juana, princesa de Castilla, con el archiduque D. Felipe; pero al fin propuso el rey de Francia á D. Fernando el repartimiento de aquel reino, cediendo á su favor los condados de Rosellon y Cerdania, causa principal de las continuas desavenencias que habia habido entre ambas potencias.

Aunque ocupado incesantemente D. Fernando en estender sus dominios, no dejó de conocer lo indispensable que era abatir el orgullo y poder de la nobleza, que fácilmente podia conmoverlos y alterar la pública tranquilidad, de lo cual hemos visto bastantes ejemplos en el discurso de esta historia.

Al principio fué lentamente anulando muchas concesiones que habian adquirido mas por intriga que por justicia, privándoles asimismo de algunas tierras: despues hizo llevar á efecto la ley del reino en que se concedia poder apelar de los jueces de los pueblos de señorío á los

UNED

tribunales reales, impidiendo de esta suerte el pillaje que muchos de sus antecesores habian sufrido bajo la tutela de algunos grandes ambiciosos; y por último, considerando lo temibles que eran los tres grandes maestres de las órdenes de Calatrava, Alcántara y Santiago, mientras continuasen poseyendo tan considerable número de villas, fortalezas y encomiendas como entonces tenian y gobernaban independientemente; las inmensas riquezas que todo esto les proporcionaba; y finalmente las muchas tropas que mantenian á sus ordenes, las cuales no pocas veces hicieron combatir contra sus legítimos soberanos, solicitó y consiguió de la silla Apostólica que le concediese en 1493 la administracion de los maestrazgos. Cárlos I obtuvo mas adelante que fuesen incorporados perpetuamente á la corona de Castilla, con cuya medida se redujo á los grandes á la debida sujecion.

Años de J. C. 1493

Poseedores ya D. Fernando y Doña Isabel de casi toda la península, de gran parte de los reinos de Nápoles, de Sicilia, de Cerdeña y de la costa de Berbería, hasta donde condujeron sus victoriosas armas, llegaron á ser mas poderosos que todos sus antecesores desde la monarquía Goda; pero la divina Providencia, que queria sin duda elevarlos á la cumbre del poder, les proporcionó el imperio de otro nuevo mundo, hasta entonces desconocido.

Cristóbal Colon, genovés, casado en Portugal, gran piloto y mayor matemático, hizo presente á los reyes que segun sus cálculos debian existir otros paises al Occidente, los cuales se ofrecia á descubrir. Iguales proposiciones tenia ya hechas á los monarcas de Portugal y otros; pero las despreciaron, reputándole de fátuo ó mentecato. Sin embargo, no fué tan desatendido por D. Fernando, quien juzgó podia ser cierto; mas ocupado en la conquista de Granada, no pudo atender á su instancia hasta la conclusion de la guerra, en cuya ocasion habiendo Colon renovado su solicitud, dirigiendose á la reina Doña Isabel, se le concedieron al fin por ella tres buques.

Hízose á la vela en 3 de Agosto de 1492 desde el puerto de Palos de Moguer, ancló en las islas Canarias que ya conocia, y atravesó desde allí los mares de Occidente, á pesar de las murmuraciones y sediciones de la tripulacion, que no pocas veces atentó contra su vida. Afortunada-

UNED

mente descubrió en el mes de octubre las Lucayas, y cerciorado de la existencia de un nuevo mundo volvió á España con toda felicidad, conduciendo oro, plata y otras preciosidades. Fué tan estraordinario el regocijo que su vuelta causó á los españoles, que así como le habian tenido por fátuo antes de su partida, le reputaban despues por el primer hombre del mundo, colmándole de elogios. Le premiaron los reyes con el almirantazgo del nuevo mundo, y satisfechos del buen éxito de los descubrimientos de Colon pusieron inmediatamente á su disposicion una escuadra mas numerosa y mejor equipada. En esta nueva espedicion descubrió la isla de Cuba, la Española, la de Puerto-Rico y las costas de Tierra-Firme, que corren de Norte á Sur; trazó un mapa, tomó posesion de todas ellas en nombre de los reyes Católicos, restituyéndose á España cargado de riquezas. Por tan interesantes descubrimientos y servicios fué condecorado con el título de duque de Veraguas y gran almirante de las Indias Occidentales, con cuyo nombre se distinguieron aquellos paises de los de las Orientales anteriormente descubiertas.

Envidioso Portugal de que reportase Castilla tan considerables ventajas, las cuales habia estado en su mano disfrutar, quiso impedir la continuacion de los descubrimientos so pretesto de pertenecerle por bulas pontificias. Motivaronse de esto contestaciones entre una y otra Corte; mas el pontífice, á quien se confió la decision, tiró sobre el globo una línea divisoria de polo á polo por el meridiano de Canarias, y señaló á Portugal el hemisferio Oriental y á Castilla el Occidental en plena propiedad.

Por desgracia, y cuando se hallaban los reyes en el colmo de su felicidad, perdieron á su hijo único D. Juan, príncipe digno de sucederles por las bellas prendas que le adornaban. Asimismo falleció tambien su hija primogénita Doña Isabel, esposa del rey de Portugal; y aun la archiduquesa de Austria Doña Juana contrajo de resultas de un parto una demencia, de la cual era el principal objeto su marido, á quien amaba sobremanera y de quien se cree no era muy bien correspondida. No pudiendo la reina Doña Isabel soportar tan acerbas y repetidas desgracias, cayó en una languidez que la causó la muerte en 26 de Noviembre de 1504. Declaró heredera universal de sus

Siglo XVI. Años de J. C. 1500.

1504.

estados á su hija Doña Juana; pero en vista de su incapacidad para el gobierno, y de la repugnancia que habia manifestado el archiduque á residir en España, encargó la regencia del reino á su esposo D. Fernando, ínterin su nieto D. Cárlos, á quien sustituyó á la princesa, cumpliese veinte años de edad: revocó cuantas gracias habia hecho á su ingreso en la corona, si las juzgaba su esposo contrarias al bien de la monarquía; espresando que mas por necesidad que por inclinacion las habia concedido: ratificó al rey D. Fernando en la administracion vitalicia de los tres grandes maestrazgos, asignándole veinticinco mil ducados anuales sobre las alcabalas de ellos, y la mitad de las rentas de lo descubierto en el nuevo mundo. El raro y sublime talento con que manejó todos los negocios de sus estados, las relevantes virtudes y otras bellas prendas que poseia, la distinguen de cuantas reinas la habian precedido, haciéndola digna de ocupar un eminente lugar entre los mayores monarcas.

Juana y Felipe I el Hermoso. Apenas falleció Doña Isabel trataron algunos nobles ambiciosos de alterar el órden, procurando por cuantos medios estaban á su alcance indisponer á D. Fernando con su yerno D. Felipe, que se hallaba entonces en Flandes: unos adulaban al rey Católico manifestándole que por la incapacidad de su hija é indiferencia de su yerno debia permanecer en el trono de Castilla, y que aun cuando él no consintiese en esto, el testamento de su esposa le declaraba gobernador del reino mientras se hallase ausente su hija, y hasta que su nieto D. Cárlos tuviese la edad competente, lo cual debia cumplirse; otros aconsejaban á D. Felipe, que á pesar del deplorable estado de la princesa su esposa, debia reunir en su persona el gobierno del reino, sin permitir á su suegro tuviese ninguna intervencion. Semejantes intrigas no dejaron de surtir efecto, y ambos príncipes se hallaron bien pronto rezelosos uno de otro. El archiduque se decidió, pues, á pasar á Castilla con buen ejército, á fin de apoderarse del mando si su suegro no se lo entregaba pacíficamente; y en apoyo de su resolucion contrató alianza con el rey de Francia. Aunque D. Fernando sentia estremadamente tener que emplear sus armas contra su yerno, creyó que debia estar prevenido á la defensa; y despues

de guarnecer bien las fronteras deshizo la alianza que D. Felipe estaba á punto de concluir con el francés, pidiendo á éste la mano de su sobrina Germana de Fox, el cual accedió inmediatamente, renunciando á favor de su sobrina en clase de dote el derecho que le competia á una parte del reino de Nápoles, que se le habia adjudicado anteriormente (pero que se hallaba ya bajo el dominio de D. Fernando por el valor y bizarría del gran capitan Gonzalo de Córdoba) como asimismo el título de rey de Jerusalen.

Tan sagaz política desconcertó bastante las miras del archiduque; pues no teniendo D. Fernando mas que cincuenta y tres años, podia aun tener sucesion, y si esta fuese varonil no debia ya esperar poseer los reinos de Aragon y Nápoles, ni tal vez el de Granada que le sería tambien disputado en todo ó en parte. Sin embargo, todavía juzgaba le era conveniente venir á Castilla confiando en los muchos parciales que aquí tenia; mas su padre le hizo ver los riesgos á que iba á esponerse, y logró persuadirle á que entablase una composicion amistosa, si bien solo condescendió á ello en la apariencia. D. Fernando deseaba por su parte no dar lugar á que se creyese queria impedir entrar en el reino á su hija, siendo la reina propietaria, y á su nieto D. Cárlos inmediato sucesor á la corona; por lo cual admitió gustoso la propuesta, y reunidos los embajadores, repartieron la administracion del reino entre Doña Juana como propietaria, D. Felipe como su legítimo esposo, y D. Fernando como gobernador perpetuo, reconociendo al príncipe D. Cárlos por inmediato heredero y sucesor al fallecimiento de su madre, dividiendo por mitad entre el rey Católico y sus hijos las rentas de Castilla y las del nuevo mundo.

Se hizo esta concordia en Salamanca el año de 1504, la cual causó sumo regocijo á todo el reino, escepto á los afectos de D. Felipe, que prontos siempre á sacrificar el reposo público á su interés particular, le representaron era desventajosa; y muy fácil por otra parte el obligar á D. Fernando á rectificarla, ó de lo contrario espelerle de Castilla: en esta persuasion activó el archiduque, aunque secretamente, los preparativos para su partida. No bien hubo desembarcado en la Coruña cuando le ofrecieron sus

UNED

servicios muchos caballeros principales, disgustados de la rigidez con que los trataba D. Fernando; y esta circunstancia entusiasmó tanto á D. Felipe, que contando ya con el favor de toda ó la mayor parte de la grandeza castellana, no se detuvo en declarar públicamente que no accedia á la concordia. En vano se valió D. Fernando de todos los medios posibles para cortar la discordia, ya lisonjeando con promesas á los parciales de su yerno, ya proponiendo á éste una entrevista para transigir las diferencias; pues el archiduque, desentendiéndose mañosamente de la propuesta, reunió mayores fuerzas, y ganó de tal modo con dádivas el ánimo de los amigos de su suegro, que fué abandonado este aun de los prelados que le acompañaban.

Viendo, pues, D. Fernando el considerable ejército á cuyo frente marchaba el archiduque, y por otra parte la odiosa ingratitud de muchos de aquellos que fingiendo ser leales habian merecido su confianza, se preparó á la defensa con el pretesto de libertar á la reina, su hija, de la prision en que se hallaba por el archiduque y sus favoritos. Sin embargo, conociendo la larga distancia á que estaba de Aragon, y que no podia recibir socorros del rey de Francia por no haberle avisado del peligro en que se encontraba, se decidió por último á avistarse con su yerno, cuya noticia le participó.

En efecto, al lado de unos robledales, y en una casa de labor llamada el *Remesal*, se encontraron por primera vez D. Fernando y su yerno; aquel acompañado solamente de algunos señores respetables y pacíficos; y éste por el contrario con grande ostentacion y aparato de guerra: el primero solo exigia el respeto que le era debido como mayor, rey y padre; mas el segundo queria suplir estos títulos con vana y precaria grandeza. No obstante, nada acordaron; y se separaron disgustados uno de otro. Finalmente, deseando el rey Católico salvar á los pueblos de los funestos males que ocasiona la guerra civil, cuyo éxito es siempre dudoso, y viendo asimismo la indiferencia con que era mirado por la grandeza y el reino, donde ya se le reputaba como estranjero, admitió y ratificó en 27 de junio de 1506 la concordia que le propusieron los parciales del archiduque, reducida á dejar *á sus hijos el gobierno de Castilla y retirarse á Aragon, adonde se*

Años de J. C. 1506.

UNED

le contribuiria con la mitad de las rentas de América, y veinticinco mil ducados sobre las alcabalas de los maestrazgos, cuya administracion le quedaba reservada con la obligacion de proveer las encomiendas en naturales de Castilla.

No satisfecho aun D. Felipe por no ser dueño absoluto del gobierno, pues tambien le incomodaba su esposa á pesar de no intervenir en los negocios del estado, convocó Córtes en Valladolid con el pretesto de ser reconocidos en ellas por soberanos, si bien con la única idea de que la reina fuese declarada falta de juicio, é incapaz de dirigir el reino; pero se opusieron los procuradores de las ciudades, y solo pudo lograr se le permitiese recluirla adonde le pareciera. Poco duró su reclusion, pues D. Felipe atacado de una aguda calentura falleció en el corto espacio de seis dias, á los veintinueve años de edad y nueve meses de su entrada en España. Inconsolable Doña Juana por esta desgracia, perdió casi del todo el uso de su razon, quedando absolutamente imposibilitada para encargarse del gobierno; lo cual tambien aborrecia, pues entregada toda á la memoria de su esposo no era posible distraerla.

CAPITULO VII.

Continuacion del reinado de D. Fernando el Católico.

RESUMEN.

Huérfano de edad menor
quedó Cárlos, de manera
que fué preciso se hiciera
nombramiento de tutor.
Por precisa consecuencia
las intrigas renacieron,
y aun algunos pretendieron
apelar á la violencia.
Con su firmeza Fernando
todo lo tranquilizó,
y por el menor quedó
como su tutor mandando.

UNED

Los africanos miraron
los españoles pendones,
y con diversas naciones
tratados se celebraron.
Tomó el castellano rey
de Navarra posesion:
segun unos con razon,
segun otros contra ley.

Como aun no habia cumplido el príncipe D. Cárlos veinte años, era indispensable nombrar una persona respetable que, encargándose del gobierno, evitase los males que podian sobrevenir en tan críticas circunstancias. Efectivamente, todos estaban acordes en este punto, mas no acerca de la persona que debia elegirse. Los ciudadanos pacíficos proponian á D. Fernando, que aunque justamente resentido no era de esperar mirase con indiferencia la situacion lamentable de los vasallos de su hija; pero se oponian los que habian sido causa de los disturbios pasados, temerosos del castigo á que eran acreedores, y cada uno opinaba diferentemente. A unos les parecia que debia llamarse al príncipe D. Cárlos, para que gobernase el reino en union de las personas que nombrasen las Córtes; otros juzgaban por mas oportuno que se casase la reina con D. Alonso de Aragon, hijo del infante *Fortuna*, con D. Fernando de Nápoles, ó con Gaston de Fox, hermano de la reina Germana; y finalmente no faltaron quienes opinasen por las testas coronadas de Alemania, Portugal ó Navarra. Entre tanto intentaron algunos apoderarse del gobierno, prevalidos del deplorable estado de la reina, y entre ellos, aunque cautelosamente, el arzobispo de Toledo D. Fr. Francisco Jimenez de Cisneros; pero Doña Juana á pesar de hallarse demente desconcertó sus planes, pretestando que iba á llegar en breve su padre.

Entonces desistió el arzobispo de sus designios, y no solo se declaró en favor de D. Fernando, instándole á que precaviese la anarquía que amenazaba á Castilla, sino que tambien descubrió é impidió llevasen á efecto los enemigos del rey el enlace que querian hacer del príncipe D. Cárlos con la hija del rey de Inglaterra, á fin de que en

UNED

nombre de ellos gobernase éste la nacion; y por último tomó posesion de las principales fortalezas y plazas del reino en nombre de la reina, atendiendo á que habiendo esta revocado todas las rentas que algunos ambiciosos alcanzaron de su difunto esposo por intrigas, habia motivo para temer que las renovasen por venganza.

Accedió por último el rey Católico á las vivas instancias de la mas sana parte de la nobleza castellana, é inmediatamente que se presentó se restableció el órden, el cual no volvió á alterarse durante su reinado, habiendo sido fecundo su gobierno en proyectos, tratados y guerras esteriores. Por dictámen, á espensas y aun con direccion del célebre cardenal Jimenez de Cisneros se hicieron interesantes conquistas en Africa. Se unió á la liga de Cambray con el pontífice, el emperador y Francia contra los venecianos, los cuales se habian apoderado de algunos estados que aquellos monarcas poseian en Italia. Despues temiendo á la Francia se coligó con el papa y los venecianos contra ella, cuya confederacion fue llamada la *Liga Santa*, y auxiliados por esta los venecianos recobraron la mayor parte de las plazas que les habiau tomado los franceses; mas la derrota que sufrió el ejército español en Ravena por el de Luis XII, rey de Francia, hubiera traido fatales consecuencias á los confederados, á no haber por una parte acudido en su socorro el papa con veinticuatro mil hombres, y por otra amenazado el inglés á la Normandía con uu desembarco. Retiró entonces Luis XII su ejército de Italia; los españoles espelieron las guarniciones que habia dejado en algunas plazas, y por último se ajustó una tregua entre el monarca francés y el castellano. Interin ocurrian estos acontecimientos se apoderó el rey Católico del reino de Navarra, cuyo hecho acriminan algunos historiadores franceses, si bien lo han defendido y justificado sólidamente otros muchos; mas habiéndose unido desde entonces esta corona á las de Leon, Aragon y Castilla, nos parece conveniente antes de pasar adelante dar una rápida ojeada sobre la historia de sus reyes.

UNED

CAPITULO VIII.

Reyes privativos de Navarra hasta la incorporacion de esta corona á la de Castilla.

RESUMEN.

Gloriosa historia, mas de incierto orígen,
el reino de Navarra nos presenta:
ya solo, ya con partes de otros reinos,
uniendo á otras banderas, sus banderas.
El renombre de Abarca *Sancho adquiere*
porque las inventó, calzó con ellas
sus tropas, y á los moros sorprendiendo
que á Pamplona sitiaban, de manera
los aterró, que quien huyó del hierro
murió precipitado entre las breñas.
Entre sus sucesores se distingue
Teobaldo, que zeloso por la Iglesia
quiere á Jerusalen librar del Turco;
y aunque fue desgraciado en tal empresa,
tuvo por fruto de su largo viaje
aumentar su instruccion y su experiencia.
Cárlos segundo, el Malo *apellidado,*
halla en las disensiones complacencia;
las excita entre amigos y aliados:
la vida á Cárlos su cuñado abrevia
con un veneno, y á su suegro acaso
igual suerte procura, y él entrega
el alma entre las llamas, en su lecho,
ó entre crueles dolores que le aquejan.
Su hijo Cárlos el Noble *le sucede,*
con distinto carácter: feliz reina
y es por sus buenas prendas conocido.
Su hija Doña Blanca el reino hereda,
madre de aquel D. Cárlos de Viana
bien conocido por su suerte adversa.
Por fallecer sin hijos fue su hermana
la que ciñe en sus sienes la diadema

UNED

que antes habia sido de la madre.
Fue perseguida con igual violencia
por su padre y hermana, que ambiciosos
deseaban reinar. La Providencia
aunque de Blanca consintió la muerte
no permitió lograse el fruto de ella
Leonor, la descastada hermana suya
á quien su padre amaba; tal contienda
dejó raices de otros y otros males.
Francisco Fox, que debe á su belleza
el título de Febo, *subió al trono*
entre mil esperanzas halagüeñas,
pero un veneno le quitó la vida
y disipó la perspectiva bella.

SUCESOS MEMORABLES. — En 913. Fundacion de la Catedral de Leon.

A pesar de no estar contestes los historiadores acerca del orígen de este reino, haremos mencion de algunas de sus opiniones, si bien carecen de la certeza necesaria, pues solo las fundan en cartas y privilegios de ciertos monasterios erigidos en aquel país. Parece segun unos, que hácia el año 758 se reunieron varios señores navarros y un numeroso pueblo con motivo del funeral de un ermitaño llamado Juan; y que despues de verificado determinaron elegir un gefe que los pusiese á cubierto de las irrupciones de los mahometanos: recayó la eleccion en D. García Jimenez, caballero español, quien los gobernó por algun tiempo con el título de conde, bajo la dependencia de los reyes de Asturias; mas despues se constituyó independiente y tomó el de rey, el cual trasmitió á su hijo D. Fortun García, que reinó felizmente bastantes años, falleciendo en un monasterio edificado á sus espensas. Citan igualmente á un D. Sancho que en 921 abandonó el de Leire, donde se hallaba retirado, por socorrer á su hijo y sucesor contra Abderramen, rey de Córdoba; y por último, refieren que García el *Trémulo* obtuvo en 994 una victoria contra Almanzor, y estendió sobremanera sus dominios. Otros escritores, y particularmente los franceses, fijan la primera época de esta monarquía en

UNED

el siglo IX, no reconociendo otro rey antes de Iñigo Arista, conde de Baygorri, el cual suponen originario de Francia por un efecto de su amor patrio, y con el designio de defender el derecho que los reyes de Francia han pretendido tener á la corona de Navarra.

En vista de estas contradicciones, y para no detenernos en discusiones agenas de nuestro propósito, juzgamos conveniente adherirnos solamente al dictámen de un escritor moderno, que describe con bastante juicio é imparcialidad la serie cronológica de los reyes de Navarra hasta el siglo XII, donde ya cesa la oscuridad.

Es indudable que Navarra permaneció bajo la dependencia de los reyes de Asturias hasta el reinado de D. Alonso II llamado el *Casto*, en cuyo tiempo, é instigados por la Francia que deseaba agregar á sus dominios esta provincia, quisieron por dos veces hacerse independientes, sosteniendo con ardor este designio. Verdad es que D. Alonso los redujo á la obediencia; mas no pudo sofocar enteramente la insurreccion, que por do quiera se repetia, la cual fomentaban Sancho Iñigo, conde de *Baygorri*, apellidado el *Arista* ó sea el *Roble* ó el *Fuerte*, caballero francés, aunque descendiente de Castilla, quien pasó los Pirineos, llegando hasta las llanuras de Pamplona, y no pocas veces tomó parte activa en las sublevaciones de los navarros. Conoció en fin D. Alonso que habiendose granjeado el caballero francés el afecto de los navarros, y hallándose por otra parte favorecido del rey de Francia, no debia empeñarse en una guerra intestina, que además de ser sumamente ruinosa para sus estados y dificil de prever su éxito, le distraia de la de los africanos mucho mas interesante en aquellas circunstancias. Así, pues, concilió los intereses de todos, dando la provincia al conde de Baygorri en calidad de feudo, segun hacia la Francia con sus condes; si bien exigió la mano de una señora francesa llamada Sumeña ó Jimena, deuda del mismo conde, á fin de merecer mas sus respetos. Se verificó este tratado en 873, y el conde gobernó en Pamplona hasta 885.

Siglo IX. Años de J. C. 873. 885.

García Sanchez Iñiguez. Los navarros se hicieron independientes en dicho año, proclamando por rey á García Sanchez, hijo del conde de Borgoña, sin que pudiese evitarlo el rey de Asturias; pero solo reinó seis años, á

causa de haber sido sorprendido y muerto por los moros, juntamente con su esposa, en el valle de Aybar y pueblo de Larumbe, año de 891. Años de J. C. 891.

Sancho Garcés, llamado *Abarca*. Sucedió á D. García su hijo Sancho Garcés, mas por su corta edad permaneció hasta la de catorce años bajo la tutela de varios caballeros principales que gobernaron el reino en su nombre. En 905 tomó las riendas del gobierno; estendió gloriosamente sus dominios por toda la Navarra baja, y aun por territorio de Castilla y Aragon, y entre las muchas plazas que conquistó quiso perpetuar la de Vecaria fundando en ella hácia el fin de su reinado el célebre monasterio de Albelda. Intentó dominar la Gascuña ó Navarra francesa; pero se ignoran los resultados que obtuvo, si bien se sabe que hallándose al otro lado de los Pirineos cercaron á Pamplona los africanos, y teniendo noticia de ello dispuso que sus tropas calzasen abarcas de cuero crudo para trepar con facilidad por entre la nieve y despeñaderos, con lo cual consiguió sorprenderlos y batirlos tan completamente que pocos salvaron la vida. Por esta accion se le dió el renombre de *Abarca*, que dejó transmitido á sus sucesores, los cuales lo han tenido por un timbre glorioso. Reinó felizmente treinta y tres años y seis meses, y falleció á fines del de 924. Siglo X. 905.

Garcia II, el Trémulo. Ocupó el trono su hijo García Sanchez, llamado el *Trémulo ó Temblon*, á causa, segun dicen, de haberle quedado de resultas de una enfermedad cierta convulsion de nervios. Reinó cuarenta y seis años, y falleció en el de 970. 924.

Sancho II, el Mayor. Subió al trono su hijo D. Sancho, el cual casó con Doña Mayor ó Elvira, hija de Sancho conde de Castilla, por lo que reunió esta parte de España á la Navarra. Reinó sesenta y cuatro años, en los cuales aumentó de tal suerte sus dominios por Francia, Leon, Vizcaya y Aragon, que se le distinguió con el renombre de *Mayor*, y segun algunos con el de *Emperador*, que ningun monarca habia tenido hasta entonces. No obstante, redujo su reino á los límites que anteriormente tenia, repartiendo todos los estados entre sus tres hijos García, Fernando y Ramiro, adjudicando al primero la Navarra, al segundo la Castilla, y al tercero, que era el mayor, 970.

UNED

Siglo XI. aunque ilegítimo, las conquistas que habia hecho en Aragon. Falleció en febrero de 1035.

Años de J. C. 1035. *García III.* Semejante division no podia menos de producir fatales consecuencias, aunque contra la voluntad de D. Sancho. En efecto, apenas ocupó el trono D. García intentó despojarle de él su hermano D. Ramiro: confederóse á este fin con los monarcas mahometanos de Zaragoza, Huesca y Tudela, é inmediatamente se introdujo en Navarra con fuerzas respetables, acampando cerca de Tafalla. Hallábase entonces D. García en Roma con el piadoso designio de visitar sus santuarios; mas noticioso del peligro en que estaba su reino, regresó con toda brevedad, reunió las tropas que pudo, y atacó tan denodadamente á las de su hermano, que quedaron la mayor parte tendidas en el campo; y el mismo rey de Zaragoza, su aliado, solo pudo salvar su vida con la fuga.

Afirma un escritor que tambien se apoderó de los estados que su hermano poseia en Aragon; pero aun cuando así fuese, es indudable que despues los gobernó D. Ramiro pacíficamente.

Finalizada esta guerra emprendió D. García otra bien injusta, odiosa y desgraciada, contra su hermano D. Fernando que reinaba en Castilla; pereciendo de sus resultas D. García en la accion dada en el valle de Atapuerca en 1054. 1.° de Setiembre de 1054, cuyos pormenores dejamos descritos en su correspondiente lugar.

Sancho III. Sucedióle su hijo D. Sancho, quien sostuvo guerra con Ahmad-Abu-Giafar ó Almoctader, régulo de Zaragoza; pero se ignoran los resultados, y solo se sabe que al fin se convinieron en que el africano pagaria un tributo á D. Sancho, y éste ayudaria en caso necesario al africano contra D. Sancho Ramirez, rey de Aragon. 1076. Murió D. Sancho III en junio de 1076, á los tres años de haberse hecho la paz, siendo sorprendido en una cacería y precipitado en Peñalen, desde la cima de un monte, por sus hermanos Raymundo y Ermesenda. Dejó segun dicen tres hijos; pero ninguno ocupó el trono, pues el rey de Aragon D. Sancho Ramirez *(Sancho IV de Navarra)* y D. Alonso VI de Castilla, dividieron entre sí los estados: este último ocupó la Rioja y Vizcaya, so pretesto de protejer á los hijos y sobrinos del difunto contra los in-

UNED

tentos de sus fratricidas; y permaneció la Navarra en poder del aragonés hasta el reinado de D. Ramiro II el *Monje*, desde cuyo tiempo se hicieron independientes los navarros, proclamando rey á D. García Ramirez. No obstante, el conde de Barcelona D. Ramon, sucesor de D. Ramiro, quiso vindicar sus derechos, originándose por este motivo una guerra entre el navarro, el aragonés y el castellano, mas D. García sostuvo heróicamente su independencia. Murió en una montería de una caida del caballo el 12 de Noviembre del año 1150. Siglo XII. Año de J. C. 1134. 1150.

Sancho V. Apenas ciñó la diadema, conjuráronse contra él el castellano y el aragonés; pero D. Sancho invadió inmediatamente ambos reinos, y puso á sus monarcas en gran consternacion, si bien estos reuniendo sus fuerzas le batieron despues tan completamente, que no solo le persiguieron hasta sus propios dominios, sino que se hicieron dueños de algunas de sus plazas, obligándole á solicitar la paz con sumo empeño. Reinó cuarenta y cuatro años, y falleció en 1194. 1194.

Sancho VI, el Sabio. Nada nos dice la historia acerca de este monarca sino que hubo de reinar poco tiempo, aunque pacíficamente, y que mereció el sobrenombre de *Sabio*: á su fallecimiento le sucedió en el trono su hijo

Sancho VII, el *Fuerte* ó el *Retraido*. Se le llamaba el *Retraido* porque hallándose en su ancianidad enfermo de un cáncer, se retiró al castillo de Tudela donde no se dejaba ver de nadie. Opinan algunos escritores que pasó al Africa con el designio de casarse con una hija de su amigo Jacob Aben-Jucef, rey de Marruecos, donde fue detenido contra la buena fe; y que cuando logró fugarse y volver á sus estados, los halló invadidos y desmembrados por los reyes de Aragon y Castilla.

Aprovecharonse ciertamente de su ausencia para apoderarse de algunas plazas, aunque sin efusion de sangre, las cuales repartieron entre sí; pero D. Sancho lo recobró todo, y reinó en paz hasta el año 1234 en que murió (*Nota* 13). Siglo XIII. 1234.

Teobaldo I. Hizo este príncipe una espedicion á Tierra Santa con la idea de rescatar á Jerusalen del poder de los turcos, dejando bajo la proteccion del papa sus estados; pero fue desgraciado en ella, reportando solo la ven-

UNED

taja de adquirir mas esperiencia para el gobierno, y traer escelentes frutos, debiendo los navarros á su zelo el conocimiento y cultivo de las viñas, y los esquisitos vinos que les producen. Se asegura que Teobaldo fue buen músico y poeta, amante de las ciencias y de los hombres instruidos. Murió en 8 de julio de 1253, dejando por sucesor á su hijo

Años de J. C. 1253.

Teobaldo II. Era de corta edad cuando heredó el cetro, y siguiendo las miras de su padre tomó parte en la cruzada que habia dispuesto san Luis rey de Francia contra Tunez; mas sobrevino una peste desoladora, producida por los estraordinarios calores de aquel clima, á los cuales no se hallaban acostumbrados los europeos, y en ella perecieron el mismo san Luis, su hijo, é infinitos combatientes. Igual suerte hubiera sufrido toda la espedicion á no haber sido socorrida por el rey de Nápoles y Sicilia Cárlos de Aujou, que contrató la paz con el tunecino, exigiéndole solamente un tributo anual aunque bastante considerable. Dió la vela la escuadra á Palestina; pero falleció el rey de Navarra en Trapana á 5 de diciembre de 1270, y las tropas viéndose sin caudillo se volvieron á sus hogares.

1270.

Enrique. Como no dejó sucesor, heredó la corona su hermano Enrique, el cual se hallaba encargado del gobierno desde que se ausentó Teobaldo; mas reinó poco tiempo por sobrevenirle la muerte en 1274, dejando el trono á su hija Doña Juana que solo tenia dos años.

1274

Juana I. En virtud de la menor edad de la princesa encargó la reina madre Doña Blanca el gobierno al noble caballero D. Pedro de Monteagudo; pero esta medida escitó la envidia en otro llamado García Almoravid, el cual sublevó gran parte de la Navarra á su favor. Hallábase entonces Doña Blanca en Francia á contratar el enlace de su hija con Felipe el *Hermoso*, y juzgando que aplacaria la sedicion nombrando una tercera persona para el gobierno, eligió á Eustaquio de Bellemarque, caballero frances; mas los navarros se negaron á obedecerle y se aumentaron los desórdenes. Monteagudo se resintió vivamente de tener que sujetarse á la voluntad de un estranjero, y mucho mas en vista del menoscabo de su autoridad por la cual esperaba casar á Doña Juana con un príncipe de Aragon para man-

UNED

tener su influjo. D. García Almoravid, que pertenecia á Castilla, anhelaba igualmente que se verificase con algun infante castellano; y por último, otros se inclinaban á que fuese con el gobernador.

La Navarra fue, pues, víctima de estos partidos, y sufrió todos los horrores de una guerra civil. Monteagudo fue asesinado por D. García, y sin embargo su partido se hizo cada dia mas formidable, hasta que finalmente el rey de Francia envió con buen ejército al conde de Arras, el cual restableció la paz y obligó á los sediciosos á refugiarse en reinos estranjeros. Falleció Doña Juana en 6 de abril de 1305, dejando el trono á su hijo

Siglo XIV. Años de J. C. 1305.

Luis Hutin. Este poseyó además la corona de Francia; pero murió en 1316, declarando por heredera de la Navarra á su hija Juana. Sin embargo, su tio Felipe el *Largo*, hermano de Hutin, reinó seis años con perjuicio de su sobrina. 1316.

Cárlos I, el Hermoso. Por algun tiempo reunió éste las dos coronas, como hermano y sucesor del monarca anterior; mas Felipe de Valois, que despues heredó la de Francia, renunció la de Navarra, y se la devolvió á Doña Juana II de este nombre. 1322.

Juana II. Se casó con Felipe, conde de Evreux. Durante su reinado floreció sobremanera el reino; y por su muerte ocurrida en 6 de octubre de 1349, ocuparon sucesivamente el trono su hijo y su nieto Cárlos II y Cárlos III, mereciendo el primero por sus acciones el renombre de *Malo*, y el segundo el de *Noble* y *Generoso*. 1328. 1349.

Cárlos II, el *Malo*. Aunque no tenia Cárlos mas que diez y ocho años cuando ciñó la corona, ya daba muestras de su maligno y turbulento carácter. Casado con una hija de Juan, rey de Francia, la cual habia llevado un dote considerable, exigió aun de su suegro un suplemento de este, y Juan se le concedió por temor de que la jóven esposa no fuese desairada. Fue amigo de D. Pedro el *Cruel*; pero al mismo tiempo que hacia la alianza con Castilla, se puso de acuerdo con sus enemigos. Se le atribuyen asesinatos premeditados; asimismo el haber intentado emponzoñar á Juan su suegro, y á Cárlos su cuñado, consiguiéndolo con respecto á este último, de cuyas imputaciones se defendió muy mal; y por último es indudable que se com-

UNED

placia en escitar turbulencias donde quiera que se hallaba. Afirman que murió abrasado á causa de incendiarse una sábana empapada de aguardiente, en la cual se envolvió para aliviarse del reumatismo que padecia; pero aun cuando así no fuese, lo cierto es que falleció entre acerbos dolores el dia 1.° de enero de 1388.

Años de J. C. 1388.

Cárlos III, el Noble. Subió al trono á los veinticinco años de edad: se igualaba en talento á su padre; pero aunque sus inclinaciones eran buenas no poseia la vivacidad y elocuencia de aquel, si bien le era superior en dulzura y afabilidad. Casado con la infanta de Castilla Doña Leonor, hija de D. Enrique II, dió pruebas evidentes de buen esposo y padre tierno. Su reinado fue pacífico y falleció en 7 de setiembre de 1425, dejando por heredera á su hija única Doña Blanca, esposa de D. Juan II, entonces infante y despues rey de Aragon, y madre del desgraciado príncipe D. Cárlos de Viana.

Siglo XV. 1425.

Doña Blanca y Juan I de Navarra y II de Aragon. Aunque miraba el aragonés con indiferencia la Navarra por ser país mas agreste que el de Aragon y Castilla, residiendo por lo tanto poco tiempo en Navarra, la imponia no obstante contribuciones escesivas, las cuales continuamente promovian sublevaciones que él mismo procuraba fomentar. Se coligó con sus hermanos los infantes de Aragon contra el condestable D. Alvaro de Luna, solamente por coadyuvar á sus miras ambiciosas, y esta guerra causó infinitos males á Navarra.

Contrató el matrimonio de su hija Doña Blanca con D. Enrique, entonces príncipe de Castilla y despues rey IV de este nombre, mas á poco tiempo introdujo la discordia entre el yerno y su padre. El príncipe D. Cárlos de Viana, cuyo amable carácter se diferenciaba mucho del de su padre, incurrió tambien en su indignacion, solamente por haber reclamado la corona de Navarra, que le pertenecia desde 1.° de abril de 1441 en que falleció su madre Doña Blanca; y por las instigaciones de su madrastra Doña Juana Henriquez, que queria elevar á sus hijos sobre la ruina de los hijastros: vióse el príncipe precisado á ponerse en estado de defensa para libertarse del furor de su padre; la poderosa familia de Beaumont se decidió á favor del príncipe, y esto fue suficiente para que la de Agramont se

1441.

UNED

declarase por el rey, solamente por el odio que se profesaban recíprocamente; sacrificando esta última á su resentimiento particular la justa causa que el príncipe defendia.

Tomó las armas toda la Navarra, originándose una guerra civil, sangrienta y obstinada. Confederóse D. Cárlos con el rey y príncipe de Castilla, el cual estaba resentido justamente contra su padre; pero los auxilios de este no fueron bastantes para impedir que en una batalla que presentó quedase prisionero con los principales gefes que le acompañaban. Sin embargo, entusiasmados los navarros por su príncipe, se reconcentró mas y mas su furor, y á no haber recibido D. Juan auxilios de Aragon y Cataluña, cuyo reino y principado gobernaba entonces por ausencia de su hermano D. Alonso V, hubiera sido espelido indudablemente del trono de Navarra. Las Córtes de Aragon reconociendo en D. Cárlos su rey inmediato, á causa de no tener sucesion legítima D. Alonso, y ser D. Juan su único heredero, procuraron reconciliar al padre con el hijo, con el doble objeto de mirar por sus intereses y restablecer la paz.

Lograron, en efecto, que se nombrasen diputados de Aragon y Navarra para discutir este negocio, y estos acordaron se repusiesen las cosas en el estado que tenian antes de la guerra, entregando el príncipe á su padre la ciudad de Pamplona y demas plazas de que se habia apoderado: asimismo que el rey levantase el embargo de los bienes confiscados á los que seguian el partido del príncipe, devolviendo á este el principado de Viana y otras posesiones; y por último, que se remitiese al rey de Aragon la transacion de las diferencias, pero quedando mientras tanto D. Cárlos bajo el dominio de su padre.

Hallábase arrestado el príncipe en el castillo de Monroy, y llevado de la halagüeña perspectiva que se le presentaba de recobrar su libertad, firmó incáutamente la concordia, si bien con ánimo de quebrantarla en cuanto pudiese; mas no previó los riesgos á que se esponia por el último artículo, dictado quizá por su mismo padre.

Despues de haberse dado las partes los rehenes estipulados, y puesto en libertad el príncipe, era de esperar cesasen las convulsiones políticas; mas bien pronto se declararon contra el concierto varias villas de Navarra, y con-

UNED

tando con el auxilio del rey y príncipe de Castilla que deseaban colocar en el trono á D. Cárlos, se introdujeron por las fronteras de Aragon, llevando tras sí la guerra y la devastacion. Lo mismo hicieron D. Juan II de Castilla y el príncipe D. Enrique por varios puntos de la Navarra y Aragon, y el príncipe de Viana que se unió en breve á ellos aumentó estraordinariamente con su presencia el fuego de la discordia, la cual destruia las posesiones del partido opuesto, sin que el del vencedor consiguiese ninguna ventaja. Otra vez intentaron las Córtes de Aragon impedir sobreviniesen los males que amenazaban tan de cerca toda la monarquía, solicitando una suspension de armas por cuatro meses con el designio de probar nuevos medios de conciliacion; mas opúsose á todos D. Juan de Navarra, si bien tuvo despues que condescender, previendo que serian infructuosos cuantos esfuerzos hiciese contra tan poderosos enemigos. Hizo, pues, que pasase á Castilla la reina de Aragon para entablar negociaciones pacíficas entre ella y su hermano D. Juan II; pero falleció éste á poco tiempo, y su hijo Enrique IV dió pruebas nada equívocas de que no debia esperarse nada de él por su natural inconstancia. Pasó entonces á Nápoles el príncipe de Viana á fin de implorar la mediacion de su tio; mas tambien le privó de este á poco tiempo la cruel parca, y habiendo sobrevenido turbulencias despues de su muerte, tuvo que regresar con bastante celeridad.

Viéndose ya D. Cárlos sin apoyo aceleró la conclusion de la concordia; mas su padre logró engañarle con falsas promesas, y cuando creia próximo el fin de tantas desavenencias se vió nuevamente preso. En vano quiso el padre justificarse acusándole de traidor á su rey y patria, pues en el momento tomaron las armas Navarra, Aragon y Cataluña para defender á su inocente príncipe. Vióse, pues, precisado el desnaturalizado padre á dar libertad al desgraciado prisionero; mas los pesares y aflicciones, ó acaso un veneno segun sospechan algunos, fue causa de que le sobreviniese una dolencia, de la que falleció en 23 de setiembre de 1461. Como no dejó hijos legítimos declaró en su testamento por heredera de la corona de Navarra á su hermana mayor la infanta Doña Blanca, segun lo habia dispuesto de antemano su madre, el rey su abuelo, y lo

Años de J. C. 1461.

UNED

disponian las leyes fundamentales del reino, las cuales llamaban á las hembras al trono despues de los varones bajo el mismo órden de preferencia con que estos sucedian. Sin embargo, dejándose arrastrar su padre el rey D. Juan de su espíritu de venganza, é irritado por el amor que siempre habia profesado Doña Blanca á su hermano, se propuso privar á esta de la corona conforme lo habia hecho con el príncipe de Viana.

Casó D. Juan á su hija menor Doña Leonor de Navarra con Gaston, conde de Fox, con el fin de que este proporcionase auxilios para someter á aragoneses y navarros y adelantar sus vengativos designios. Por otra parte, en el momento en que parecia que D. Juan iba á reconciliarse con su hijo, se descubrió haber hecho un tratado secreto con el conde de Fox, por el cual se obligaba este á favorecer al suegro contra D. Cárlos, hasta conseguir la rendicion de la Navarra, é igualmente la del príncipe para hacerle sufrir la pena correspondiente á su supuesta desobediencia. En remuneracion de este servicio le ofreció el rey la sucesion á la corona de Navarra y el ducado de Nemours despues de su fallecimiento, estendiendo esta gracia á sus descendientes fuesen varones ó hembras, y desheredando para siempre á sus hijos el príncipe y Doña Blanca, obligándose á no perdonar á estos jamás, aun cuando se le sometiesen. Para justificar en algun modo este inicuo procedimiento, se determinó á nombrar jueces, que formando causa al príncipe y á la infanta, y procediendo hasta la definitiva, los declarasen indignos, inhábiles é incapaces de suceder en la corona de Navarra y demás herencias paterna y materna, como asímismo á sus descendientes. Por último, para que esta sentencia, pronunciada por el rey antes de elegir los jueces, tuviese fuerza de ley, se pactó que á los treinta dias de haber entrado en Navarra el conde de Fox, convocaria el rey las Córtes del reino haciendo que la ratificasen, y en su consecuencia fuesen jurados el conde y la condesa de Fox por legítimos herederos de la corona. Tal era el proyecto que el rey D. Juan habia formado tan anticipadamente, á fin de desheredar tambien á su hija Doña Blanca; pero apenas murió el príncipe de Viana, trató inmediatamente de deshacerse de la persona de la infanta, único medio que le

UNED

restaba para colocar en el trono á su querida hija Doña Leonor, pues se habia descubierto tan injusto tratado y por consiguiente hecho ilusoria su ejecucion. Valióse á este fin primeramente del artificio y despues de la violencia; sacó de Navarra á la infeliz infanta, y conduciéndola á Bearne, la entregó en manos del conde y de la condesa de Fox. No obstante, conociendo Doña Blanca que indudablemente iba á ser sacrificada, pudo eludir la vigilancia de sus guardas, y dejó en Roncesvalles una protesta en la cual declaraba nulos absolutamente cualesquiera instrumentos que apareciesen en adelante bajo su nombre y firma, como tambien cualquiera renuncia á favor de su hermana, de sus hijos, del infante D. Fernando de Aragon ó de otra cualquiera persona, á escepcion del rey de Castilla D. Enrique IV, su esposo en otro tiempo, ó el conde de Armañac; y sabiendo indudablemente que iba á ser entregada al conde, el cual tal vez la sacrificaria en breve tiempo, hizo tres dias despues en san Juan de Pie de Puerto, á 30 de abril de 1461, una donacion *inter vivos* del reino de Navarra y de cuantos estados la pertenecian á favor de su amado primo el rey de Castilla, suplicándole la libertase de la opresion en que yacia, ó vengase su muerte: efectivamente, fué reclusa la infeliz infanta en la fortaleza de Ortez, y al cabo de dos años, como opinan muchos, ó á muy pocos dias, como sienten otros, fué envenenada por su ambiciosa hermana la condesa de Fox. No disfrutó D. Juan en paz el fruto de sus crímenes: Cataluña tomó las armas con el mayor furor, y erigiéndose en principado independiente, ofreció sucesivamente el señorío al rey de Castilla, al condestable de Portugal y á Renato de Anjou, viéndose precisado D. Juan á emplear todas sus fuerzas y talentos militares para someterla. Por otra parte los condes de Fox, ansiosos de ocupar un trono adquirido á costa de un delito execrable, se introdujeron por Navarra, y apoyados por los Beaumonts obligaron á D. Juan á que los nombrase por gobernadores del reino. No satisfecha aun su desmesurada ambicion, quisieron varias veces ceñirse la diadema, teniendo el suegro necesidad de apelar á las armas para conservarla. Falleció en 1480, y su hija Doña Leonor que tanto habia anhelado ser reina de Navarra, le siguió á pocos dias de su coronacion.

Años de J. C. 1480.

UNED

UNED

Dª Blanca de Navarra.

No contento el Rey de Aragon D. Juan II con tener usurpado á su hija Dª Blanca el reyno de Navarra; por el injusto empeño de que recayese en su segunda hija D. Leonor puso en poder de esta y de su marido Gaston de Fox á la desgraciada primogénita; y ellos á pocos dias, para reynar en su lugar, la emponzoñaron. Hiere ciegamente á su ofensor la cólera; pero la ambicion sacrifica con tranquilidad á la inocencia.

T. L. Enguid.s de ag. fic. Jf. Bonifaz. conc.

UNED

Francisco Fox, llamado Febo. La sucedió en el trono su nieto Francisco Febo, hijo de su primogénito Gaston de Fox, muerto siete años antes, y de Magdalena de Francia. Por su estraordinaria hermosura fué llamado así, y las brillantes esperanzas que prometia su reinado fueron frustradas por su temprana muerte, acaecida á los dos años de ocupar el trono. Se sospecha que fué emponzoñado, atribuyéndose este crímen al resentimiento de alguno de los dos partidos que tantas turbulencias habia causado.

Juan y Catalina. Ciñó la corona su hermana Doña Catalina, la cual casó con Juan de Labrit, conde de Perigord, á pesar de haber solicitado este enlace el rey de Aragon y Castilla D. Fernando el *Católico* para su primogénito, con el objeto sin duda de asegurarse por aquella parte de las irrupciones de la Francia, con quien se hallaba enemistado por disputarle sus derechos al reino de Nápoles. Años de J. C. 1483.

No fueron vanos sus rezelos: en 1495 se vió precisado á exigir de su sobrina por medio de un tratado, que no permitiria entrar tropas francesas por sus dominios contra Aragon y Castilla, haciendo al efecto una alianza ofensiva y defensiva entre ambos, pues notaba que tenia alguna amistad con su enemigo. Sin embargo, tres años despues quebrantó el pacto Doña Catalina, dando paso á un considerable número de tropas francesas que llegaron hasta Pamplona; y queriendo imponer respeto al rey Católico hizo circular ademas la voz de haber cedido á Cárlos VIII de Francia el reino de Navarra por el ducado de Normandía. Reclamó D. Fernando el cumplimiento del tratado y exigió nuevas seguridades; pero aunque se lo otorgaron conoció muy bien la mala fe con que procedian. Se cree, no obstante, que habiendo formado Luis XII, sucesor de Cárlos, el proyecto de sostener los derechos que tenia á la corona de Navarra Juan de Fox, señor de Narbona, é hijo segundo de Doña Leonor, en la persona de su hijo Gaston, el temor de perder la corona si lo verificaba sería acaso el verdadero motivo de desatender á D. Fernando, olvidando, digámoslo así, la generosidad con que éste siempre habia procedido, y que podia mantenerles en el trono con su poder. 1495.

UNED

Habiendose apoderado los venecianos de algunas plazas de Italia, se reunieron todos los príncipes del país para defender sus estados, y como dejamos dicho, tomó parte D. Fernando en la liga de Cambray á favor del pontífice. Poco despues, y para disminuir la prepotencia que adquirió Francia, se incorporó así como el papa á la *Liga Santa* con los venecianos y los ingleses. Se acordó al efecto invadir la Guiena, y los ingleses tomaron á su cargo la empresa ínterin el rey Católico atacaba por tierra: para esto era indispensable tener franco el paso por Navarra, é inmediatamente lo pidió D. Fernando; mas le fué negado absolutamente, y aun las exhortaciones de la cabeza de la Iglesia no alcanzaron para retraerlos de su resolucion. En consecuencia fueron excomulgados Juan y Catalina, privados de la corona, absueltos sus vasallos de la obediencia, y cedido en propiedad el reino al que le conquistase.

No obstante el apoyo de esta bula, cuya autoridad era indisputable en aquellos tiempos, no solo no la publicó D. Fernando hasta tres meses despues de su concesion, sino que solicitó por medios pacíficos que dejasen transitar sus tropas á la Guiena, ó que le prometiesen no auxiliar al francés; pero tan infructuosas fueron estas gestiones como los anatemas pontificios, pues mas íntimamente se coligaron. Semejante procedimiento no podia ya disimularse, ni era posible diferir por mas tiempo el rompimiento.

Siglo XVI. Años de J. C. 1512.

Publicóse, pues, la bula y sentencia del papa, y se tomaron las disposiciones necesarias para la conquista que se empezó en 21 de julio de 1512, y cinco dias fueron tiempo suficiente para verificar la de todo el reino, inclusa la capital, pues el mismo monarca no tuvo valor para defenderse; y aunque auxiliado por la Francia intentó recobrar sus dominios, la indiferencia con que fué recibido por sus vasallos, y la intrepidez con que se defendieron las tropas castellanas, le obligaron á repasar los Pirineos y á renunciar para siempre aquella corona, si bien conservó la Navarra baja, situada al otro lado de los Pirineos por condescendencia de D. Fernando.

Enrique, su hijo, hubiera tal vez reconquistado el reino, si la Francia le hubiese proporcionado los socorros competentes. Hecho prisionero con Francisco I en la ba-

UNED

talla de Pavía, logró fugarse, y despues dió muestras sublimes de talento en el gobierno de su pequeño estado. Por último, casó á su hija Juana con Antonio de Borbon, duque de Vandoma, y fue abuelo de Enrique IV de Francia, el cual elevado al solio en 1589 agregó á esta corona aquel resto del reino de Navarra.

CAPITULO IX.

Conclusion del reinado de D. Fernando el Católico.

Siempre habian mirado con envidia los reyes de Aragon y de Francia que los españoles poseyesen la Italia; y apenas ocupó el trono Francisco I, cuando lleno de ardor el jóven monarca francés quiso hacer valer sus derechos al Milanesado, el cual ocupaba entonces por el favor de la *Liga Santa* el duque Francisco Esforcia, con objeto de que se opusiese á las pretensiones de la Francia.

Invadió en efecto Francisco I la Italia con numeroso ejército, y obligó á replegarse bajo los muros de Plasencia al virey de Nápoles, comandante de las armas españolas, don Ramon de Cardona; pero tambien fue batido por el mismo, que recobró todo el Milanesado, retirándose despues á Nápoles.

Años de J. C. 1510.

A este tiempo falleció el rey Católico en Madrigalejo á 23 de Enero de 1516, declarando por sucesor á su nieto D. Cárlos de Austria en atencion á la incapacidad de Doña Juana; y gobernador del reino al célebre cardenal de España Jimenez de Cisneros, ínterin cumplia aquel los veinte años que prescribió su abuela. Dió el primer lugar entre sus testamentarios á su mujer Doña Germana, de quien tuvo un hijo que murió á pocas horas de su nacimiento. A pesar de los gloriosos renombres de *Libertador*, *Restaurador*, *Conquistador y Gran Capitan* con que justamente honra la historia á este monarca, sin embargo la desconfianza que hacia de sus mas leales servidores, lo poco fiel en el cumplimiento de sus tratados, y por último el espíritu de venganza que dirigió á algunas de sus empresas, oscurecen no poco su buena memoria *(Nota 14)*.

UNED

SESTA EPOCA.

Reinados de la casa de Austria.

CAPITULO UNICO.

Cárlos I de España y V emperador de Alemania.

RESUMEN.

A Fernando el Católico *sucede*
D. Cárlos de Austria, gobernando el reino
mientras que aquel monarca vino á España
el gran Cisneros.
Este sabio prelado, y gran político,
envenenado fue cuando al encuentro
iba de Cárlos, pues lo que él diria
muchos temieron.
Apenas á este trono subió Cárlos,
la suerte le depara nuevo cetro,
y al ir á recibirle se preparan
mil descontentos.
Córtes junta en Santiago de Galicia,
da á conocer á Adriano su maestro
por Regente, y auxilios para el viaje.
pide á los pueblos.
Varias ciudades á esto se resisten:
las Córtes de Santiago en vano fueron;
las junta en la Coruña, y allí al cabo
logra su intento
Sale Cárlos de España, pero en breve
vuelve pues su corona se halla en riesgo,
armados á millares y en campaña
los descontentos.
Los vence en Villalar; Padilla y Bravo
y Maldonado, castigados fueron,
y así acabó la liga que se llama
de Comuneros.

UNED

Enrique de Labrit llega á Pamplona
bien decidido á recobrar el cetro
de sus padres, mas Cárlos volver le hace
al Pirineo.
La fortuna en campaña le fue amiga:
fue el monarca francés su prisionero
y en los muros de Roma sus pendones
ondear se vieron.
Ni estas victorias fueron suficientes
para extinguir el encendido fuego,
y el monarca francés, el Papa y otros
guerra quisieron.
Al fin se hizo la paz, pero bien pronto
los tenaces sectarios de Lutero
formaron nueva liga, y tuvo Cárlos
que ir contra ellos.
Venciólos, pero en vano, pues mas guerras
por influjo de Francia se siguieron,
y en ellas la fortuna fue contraria
á sus guerreros.
Cárlos se resignó, cual buen cristiano,
y encerrándose en Yuste en un convento,
supo dejar las glorias de la tierra
por la del cielo.
Mientras vida monástica allí hace,
D. Felipe segundo empuña el cetro
y eterniza el recuerdo de un gran triunfo
en San Lorenzo.
En San Quintin y Gravelingas logra
la infantería española nombre eterno;
hace la paz con Francia, y la afianza
un himeneo.
Por los Paises Bajos prosperaban
los odiosos errores de Lutero,
que defiende y sostiene con las armas
el pueblo necio.
Por la ambicion de algunos potentados
esta rebelion toma incremento,
y la severidad de los castigos
atiza el fuego.
Separanse por fin estos estados

UNED

y su separacion es un pretesto
para que á Cárlos haga aborrecible
su padre mesmo.
Con delito ó sin él sufre la muerte ;
Perez causa á Felipe vivos zelos ,
y aunque era su privado le persigue
con todo empeño.
Huye á Aragon su patria , confiando
que ella le defendiera por sus fueros ;
préndenle en Zaragoza , esta se arma
y salva al preso.
Irritado Felipe hace que muera
el Justicia Mayor , y así aquel reino
en tal magistratura , mira hollado
su antiguo fuero.
Amante de la paz reina su hijo ;
y ora fuese un error , ora un acierto ,
cuantos moros quedaron en España
echa del reino.
Felipe cuarto el Grande *sube al trono ,*
el Duque de Olivares se hace dueño
del Monarca , y á todos le hace odioso
tal valimiento.
Rodrigo Calderon sufre la muerte
á influjos del privado , y en su encierro
Giron por sus contrarios calumniado
muere indefenso.
Sin perder su amistad Francia y España
cada una sus amigos socorriendo
en guerra viven , y con ella arruinan
todos los pueblos.
Unirse á Francia quiere Cataluña ,
Braganza en Portugal empuña el cetro ,
y ambas rebeliones Francia incita
con sus manejos.
La paz concluye tan tenaces guerras ;
en la menor edad se ve heredero
de su padre D. Cárlos , y en tutela
se queda el reino.
El Jesuita Nitard que ve con odio
á D. Juan de Austria , muestra sus intentos

UNED

de alejarles de España, mas su intriga
no tuvo efecto.
Con gente armada exige que la reina
separe de su reino al indiscreto
confesor, y otros varios que contrarios
tambien le fueron.
Marcha el Jesuita á Roma, pero pronto
alcanza Valenzuela el valimiento:
cumple Cárlos la edad, y este privado
sufre un destierro.
Pusilánime, débil, é indeciso
no era capaz de sostener el cetro,
y un triste cuadro en el reinado suyo
presenta el reino.
Tres guerras sin embargo ha sostenido
en las que el español mostró su esfuerzo
en lidiar, y sufrir varios reveses
del Hado adverso.
De un heredero el trono carecia:
la casa de Austria pretendia serlo,
tambien la de Borbon, y esto produjo
disgustos nuevos.
Publícase que el rey está hechizado;
lo apoya Fray Froilan, y ya los pueblos
en altas voces piden se castiguen
los hechiceros.
Perdió la Casa de Austria sus apoyos,
la de Borbon redobla sus esfuerzos,
y por fin este vence, pues por ella
está Inocencio.

HOMBRES CELEBRES. Covarrubias. — Fray Luis de Granada. — Fray Luis de Leon. —Garibay. —Gil Polo. —J. B. de Toledo. —J. de Herrera. —J. Lanuza. — Lope de Rueda. —L. Vives. —Alcázar. — Espinel. — Góngora. — Argensolas. —Calderon. — Cervantes — Lope de Vega. — Mariana. — Moreto. — Murillo. —Quevedo. — Rioja. — Saavedra Fajardo. — Tirso de Molina. — Velazquez — Cabrera. — Candamo. —Cardenal Portocarrero. —L. Jordan. —N. Antonio. —Pellicer. —Solís. —Valenzuela.

Aun no habia fallecido D. Fernando cuando el consejo del príncipe envió á España á su preceptor Adriano, na-

UNED

tural de Utrecht y dean de Lovaina, con el objeto de impedir cualquiera intriga en su perjuicio. Quiso, pues, Adriano apoderarse del gobierno tan luego como finó el rey Católico, hasta que su alumno pudiese venir á encargarse de él; pero el cardenal Cisneros, que segun el testamento de D. Fernando debia obtener este cargo, se opuso con teson, si bien se convinieron por último en gobernar de acuerdo entre ambos. No obstante, algunos manifestaron estar descontentos de que el cardenal rejentase, y aun se propasaron á exigir los poderes que tenian al efecto; pero Cisneros, despues de apoyar su autoridad en la disposicion testamentaria del rey Católico, viendo que aun no quedaban satisfechos, y que le argüian de que D. Fernando, como mero gobernador, no podia delegar sus facultades, los hizo asomar al balcon de su palacio, y señalándoles un cuerpo de dos mil hombres de tropas veteranas, formado en batalla y sostenido por numerosa artillería con mechas encendidas, les dijo: *He aquí, pues, los poderes con que gobernaré la España hasta que venga el príncipe D. Cárlos.* Cumplió en efecto exactamente con sus deberes; se granjeó la estimacion de todos los hombres sabios y sensatos, y por su talento y virtudes se hizo digno de ocupar un lugar distinguido en la historia. Murió en Roa cuando iba á recibir á D. Cárlos, que llegaba de los Paises Bajos; y se sospecha que fue envenenado, á fin de evitar que diese al príncipe algunos consejos saludables, pero perjudiciales á cierta clase de personas.

Habiendo ascendido por sus relevantes méritos á la silla metropolitana de Toledo, empleó parte de sus rentas en formar y equipar un ejército respetable que condujo él mismo contra Orán, y con el cual se hizo dueño de la plaza oponiendo así un dique á las irrupciones que intentasen hacer los africanos en la península. Fundó y dotó espléndidamente la universidad de Alcalá de Henares; estableció en la catedral de Toledo un cabildo de capellanes que oficiasen segun el rito muzárabe, á fin de que este no se estinguiese enteramente; hizo escribir la primera Biblia complutense que se publicó en España, y esta obra y los muchos establecimientos útiles que erigió han hecho célebre para siempre su nombre.

UNED

Condescendiendo D. Cárlos á las vivas instancias de los regentes y consejo de Castilla para que viniese á tomar posesion de unos estados que habian de pertenecerle muy pronto, dejó los Paises Bajos, y desembarcó en Villaviciosa de Asturias en 19 de setiembre de 1517; mas apenas fué reconocido y jurado por las Córtes del reino, tuvo que partir á Aquisgran á recibir la diadema de aquel imperio, con motivo de haber fallecido su abuelo el emperador Maximiliano, y ser elegido por el cuerpo Germánico. Sin embargo, convocó antes Córtes en Santiago de Galicia á fin de dar á reconocer por gobernador en su ausencia al cardenal Adriano, y exigir al mismo tiempo algun numerario para los gastos del viaje, su coronacion &c. Estas peticiones, y juntamente el celebrar en Galicia las Córtes de Castilla y Leon, lo cual jamás se habia efectuado, no podian menos de producir fatales consecuencias. Efectivamente, los procuradores de Toledo, Salamanca y otras ciudades al pasar por Valladolid para Santiago quisieron hacer presente á D. Cárlos que no convenia se celebrasen en aquella ciudad, como asimismo que no debia pedir en ellas servicio alguno; pero no pudieron verificarlo, porque noticioso D. Cárlos de su designio se escusó de oirles hasta Tordesillas, adonde se dirigia para despedirse de su madre; y esta desatencion produjo ya una sublevacion en Valladolid, so pretesto de que iba á llevarse á la reina; mas se contuvo con el castigo de algunos de los amotinados, si bien se manifestó ya claramente el descontento general que reinaba. Abriéronse con efecto las Córtes á principios de abril de 1520, mas se opusieron con tanto teson los procuradores de Toledo, Salamanca, Sevilla, Córdoba, Toro, Zamora, Avila y otras ciudades á lo que exigia D. Cárlos, que nada se acordó, y exasperado éste desterró al de Toledo que fué el mas firme, y trasladó las Córtes á la Coruña. Este procedimiento hizo que Toledo tomase las armas acaudillado por uno de sus principales habitantes, llamado Juan de Padilla; y aunque quiso reprimir D. Cárlos esta insurreccion, lejos de conseguirlo se fomentó estraordinariamente.

Años de J. C. 1517. 1520.

Las Córtes de la Coruña se concluyeron á principios de mayo, y á pesar de la oposicion de un gran número de ciudades consiguió D. Cárlos un servicio de doscientos millo-

UNED

nes de maravedises en tres años; pero insistieron los procuradores en las pretensiones anteriormente dichas; exigieron además que no confiriese á extranjeros los empleos públicos; que no estrajese moneda del reino; que regresase pronto; que cercenase los gastos de su casa, segun habian hecho sus predecesores; que fuesen españoles los que nombrase en su ausencia para el gobierno; y por último expusieron que era de temer una sublevacion general en caso contrario. No obstante nada adelantaron; y D. Cárlos despues de exhortar á la paz á los tres brazos representantes del reino, nombró gobernador de Castilla y de Leon al cardenal Adriano, natural de Utrecht, asociado con el presidente y chancillería de Valladolid; virey de Valencia á D. Diego de Mendoza; justicia mayor de Aragon á D. Juan de Lanuza, y capitan general de sus armas á D. Antonio Fonseca; y aunque representaron todavía contra el nombramiento de gobernador, no dió oidos y se hizo á la vela en 20 del mismo mes.

En vista del poco aprecio que habian merecido las reclamaciones de los procuradores se sublevaron inmediatamente las cindades de Segovia, Zamora, Valladolid, Madrid, Avila, Guadalajara, Cuenca, Medina del Campo, Sigüenza, Jaen, Baeza, Alcalá, Leon y otras muchas; elevaron al cardenal sus quejas, y no siendo oidos tomaron las armas y reunieron tan considerable número de fuerzas, que el cardenal mismo llegó á temer por su persona, y se refugió disfrazado en Rioseco, al ver que otras muchas autoridades habian sido víctimas del furor del pueblo. Desde allí escribió á D. Cárlos el peligro en que se hallaba España y cuan urgente era su venida: lo mismo hicieron los gefes de los tumultuados; pero no es dificil conocer quien lo haria mas razonablemente. D. Cárlos contestó que regresaria en breve y accederia á sus solicitudes; mas encargó secretamente á la nobleza que auxiliase á las justicias, y asoció para el gobierno con el cardenal al almirante de Castilla D. Fadrique y al condestable D. Iñigo de Velasco, lo cual fué suficiente para que Burgos y otras varias ciudades depusiesen las armas. Sin embargo aun consistian las fuerzas reunidas de los sublevados en mas de doce mil hombres de infantería y caballería, inclusos novecientos que se les reunieron mandados por el obispo de

UNED

Zamora; y aunque el cardenal les hizo varias proposiciones pacíficas, las desecharon en nombre de la reina á quien tenian en su poder, y declararon estar dispuestos á sostener sus designios, para lo cual se reconcentraron sobre Rioseco y se apoderaron de Torre-Lovaton, villa del almirante. A consecuencia de esto marchó contra ellos un cuerpo de diez mil hombres á las órdenes de los condes de Haro y Oñate; se hicieron dueños de Tordesillas por sorpresa, y alcanzándolos cerca de Villalar, cuando se dirigian á Toro con ánimo de hacerse allí fuertes, los acometieron con tal furor que, á pesar del heróico esfuerzo con que pelearon, fueron deshechos; contribuyendo no poco á la victoria una recia lluvia que sobrevino y les daba en los ojos impidiéndoles pelear: sus principales caudillos, Padilla, Bravo y Maldonado, fueron hechos prisioneros, y sufrieron la pena capital al dia siguiente 24 de abril de 1521. Años de J. C. 1521.

Tan ejemplar castigo arredró á todos los pueblos, los cuales se acogieron al indulto general que se publicó, siendo castigados solamente los principales autores de las conmociones; pero Toledo, adonde se hallaba Doña María Pacheco, esposa de Padilla, lejos de someterse opuso tal resistencia, que no consiguieron apoderarse de la plaza las tropas reales hasta que faltos de hombres, víveres y municiones no les quedó otro recurso que capitular. No obstante, aun se hizo fuerte Doña María Pacheco en el alcázar, sosteniendose en él por espacio de tres meses rechazando con indecible valor los continuos asaltos de los sitiadores; y por último despues de haber defendido á palmos el terreno, y cuando no era posible resistir por mas tiempo, se puso en fuga con un hijo suyo, disfrazados de aldeanos, refugiándose en Portugal. Así acabó la guerra llamada de las *Comunidades de Castilla*, por haber tomado el nombre de *Comuneros* los que se creian agraviados y empuñaron las armas, derivado de la comunidad ó pueblo cuyos derechos al parecer sostenian; y la llegada del emperador y su clemencia acabaron de restablecer la tranquilidad en todo el reino. 1522.

Mientras ocurrian estas disensiones domésticas intentó Enrique de Labrit recobrar el reino de sus padres, y con un poderoso ejército que le dió Francisco I penetró sin re-

UNED

sistencia en Navarra hasta el castillo de Pamplona: defendia este el bizarro D. Ignacio de Loyola, despues fundador de la compañía de Jesus; pero herido en una pierna por una bala de cañon, y por lo tanto imposibilitado de pelear, se rindió el castillo, quedando sujeta al vencedor toda la Navarra el año de 1521. No obstante, en vez de fortificarse en este reino, se introdujo en Castilla con el objeto de fomentar la sedicion, y aun puso sitio á Logroño; pero ademas de la heróica resistencia que halló en esta ciudad, fué atacado y derrotado por la nobleza castellana en las Navas de Esquiros, que le persiguió hasta Pamplona, obligándole á repasar los Pirineos.

Ocurrió por entonces la muerte del pontífice Leon X, y queriendo D Cárlos remunerar al cardenal Adriano los servicios que le habia hecho, empleó todo su influjo en el consistorio romano á fin de que obtuviese la tiara. En efecto, recayó en él la eleccion; pero disfrutó bien poco tan sublime preeminencia, pues falleció antes de transcurrir un año, en el de 1523. Sin embargo manifestó bastante su agradecimiento á D. Cárlos, concediéndole la presentacion de todos los obispados de España como la habia solicitado, y la administracion perpetua de los maestrazgos de las órdenes militares.

Años de J. C. 1523.

Finalizadas las turbulencias interiores, é igualmente la guerra de Navarra, se vió empeñado D. Cárlos á emprender otra nueva contra el rey de Francia Francisco I, el cual se declaró desde luego su competidor; y no contento con habersele opuesto, aspirando al cetro imperial, ni con favorecer las miras de Enrique de Labrit sobre Navarra, hizo revivir sus pretensiones al ducado de Milán, despojando violentamente de él á Francisco de Esforcia. Se unió D. Cárlos con el pontífice Clemente VII, sucesor de Adriano, á fin de arrojar á los franceses de Italia, y despues de reportar las armas españolas muchas victorias en aquella obstinada guerra, se terminó esta con la célebre batalla dada en 24 de febrero de 1525 junto á los muros de Pavía, plaza que tenia sitiada Francisco I y defendia el esforzado capitan Antonio Leiva. Comandados los españoles por el marques de Pescara, el cual se hallaba adornado de un sublime talento y pericia militar, derrotaron completamente á los franceses á pesar de ser estos superiores

1525.

UNED

en número, y de haber hecho prodigios de valor animados con la presencia de su mismo soberano, quedando este prisionero de guerra igualmente que Enrique de Labrit y otros caudillos, y los restos de su destrozado ejército huyeron precipitadamente de Italia.

Temió Italia que Cárlos se apoderase de ella, pues poseyendo ya á Nápoles, Sicilia, Cerdeña y el Milanesado, y teniendo en su poder al rey de Francia, no habia quien se le opusiese, pudiendo decirse que era dueño de la mayor y mejor parte de Europa. Por lo tanto las potencias de Italia procuraron la libertad de Francisco valiéndose al efecto de los medios viles de la traicion y la fuga: mas la fidelidad de D. Pedro de Alarcon que le custodiaba desvaneció todas sus tentativas.

Fué, pues, preciso trasportar á España al ilustre prisionero, y desde Pizzighitonne, donde se hallaba detenido, fué conducido á Madrid con el decoro que correspondia. El emperador le concedió al fin la libertad, aunque bajo ciertas condiciones, siendo la principal de ellas que habia de abandonar sus pretensiones á los estados de Milán, Génova, Nápoles, los Paises Bajos y Borgoña: las aceptó todas el augusto prisionero por una solemne concordia firmada en Madrid á 14 de enero de 1526, obligándose á restituirse á la prision si en el espacio de seis meses no quedaban cumplidas; pero á pesar de haber empeñado su fe y palabra real, no solamente se negó despues á su observancia, sino que envió embajadores á Cárlos V haciéndole proposiciones muy diversas, y pretendiendo dar la ley el que la habia recibido. Interin se terminaban las negociaciones para el rescate de Francisco, las potencias de Italia, llenas de envidia y temor por el asombroso poder de Cárlos, trataron aun por medios viles de suscitarle enemigos. El marqués de Pescara, comandante de las armas imperiales, se hallaba disgustado de Cárlos por ciertas etiquetas, y prometiéndose que éste abandonaria los intereses de su monarca le hicieron proposiciones para que volviese contra él sus armas, y aun le ofrecieron la corona de Nápoles; mas aquel leal y honrado vasallo no solo se negó abiertamente á tan indecoroso procedimiento, sino que dió parte á su soberano.

Años de J. C. 1526.

Viéndose, pues, en descubierto los príncipes italianos,

UNED

formaron una liga titulándola de la *libertad de Italia*, y por otro nombre *Clementina* á causa de ser el papa Clemente VII su principal corifeo; tomaron parte en ella la república de Venecia, el mismo duque de Milán, á quien el emperador habia reintegrado en sus estados, el rey de Francia, el de Inglaterra, y los estados de Florencia. D. Cárlos hizo presente al papa, por medio de sus embajadores, la imprudencia que cometia fomentando una guerra entre príncipes cristianos, al paso que el turco se habia hecho dueño del Egipto y Rodas, y amenazaba á toda la cristiandad por la preponderancia que habia adquirido; pero viendo que eran inútiles sus esfuerzos para convencerle, envió contra Roma un cuerpo de tropas escogidas, á las ordenes del duque de Borbon, condestable de Francia, el cual por ciertas diferencias con su corte habia pasado al servicio del emperador, y distinguidose por su valor en la batalla de Pavía. Llegó en efecto á Roma este caudillo; mas habiendo determinado tomarla por asalto, fue el primero que subió al muro y tuvo la desgracia de perecer en él. Sucedióle en el mando el príncipe de Oranje; entraron las tropas en la ciudad, la saquearon y asesinaron á cuantos hubieron á las manos de los coligados, durando estos estragos siete dias; y por último, cercaron el castillo de Sant-Angelo adonde se habia refugiado el papa. Este, despues de defenderse por espacio de un mes, se vió desprovisto de víveres, municiones y dinero, y precisado á rendir el castillo en junio de 1527, obligándose á satisfacer cuatrocientos mil ducados, á entregar á Civitavechîa, Parma, Plasencia, Módena y Tiferna, á no embarazar al emperador en los asuntos de Milán y Nápoles, y finalmente á cumplir estas condiciones dentro de seis meses, quedando preso en el ínterin. No obstante, se le permitió á pocos dias volver al Vaticano, y desde allí se fugó disfrazado á Orbieto, ciudad fuerte y guarnecida por tropas de sus parciales.

Años de J. C. 1527.

Aunque estaba justamente resentido D. Cárlos del proceder del pontífice, le causó tanto pesar la noticia de los desórdenes cometidos por sus tropas en Roma, que mandó suspender los regocijos públicos que se celebraban en Valladolid por el nacimiento de su primojénito D. Felipe, dado á luz por la emperatriz Doña Isabel, hermana de D. Juan III rey de Portugal.

UNED

Entre tanto introdujo Francisco I un nuevo ejército en Italia, con el pretesto de libertar al pontífice; y despues de apoderarse de Génova y Pavía, entró por el reino de Nápoles y puso sitio á su capital. Hallábase poco guarnecida; pero encerraba dentro de sí á los mas insignes capitanes de aquellos tiempos, cuales eran D. Hugo de Moncada, D. Pedro de Alarcon, el príncipe de Oranje, el marques del Vasto &c.: sin embargo, derrotada la escuadra española por la francesa, mandada por Filipin Doria, muerto el valiente Moncada y otros caudillos en la refriega, prisioneros otros, bloqueado el puerto y por último disminuida considerablemente la guarnicion, era imposible que se defendiese mucho tiempo la plaza; y al primer asalto se hubiera rendido á no suceder un acontecimiento estraordinario. Andrés Doria, célebre capitan de marina al servicio de Francia, que mandaba un gran número de galeras propias, se pasó al emperador por cierto desaire que habia recibido del general francés, y accediendo á las ventajosas propuestas que le hizo el príncipe de Oranje, introdujo en Nápoles por medio de su sobrino Filipin un oportuno refuerzo de tropas, víveres y municiones: este suceso reanimó sobremanera á los sitiados, los cuales hicieron prodigios de valor, y habiendo sobrevenido al ejército francés una enfermedad contagiosa, tuvieron en fin que retirarse con no poca precipitacion, perdiendo además todo lo conquistado.

Viendo entonces el papa que su partido era ya muy débil y que su corte la dominaban los estranjeros, y el rey de Francia las pérdidas considerables que habia sufrido en sus espediciones contra Cárlos, resolvieron entre sí procurar la paz á Italia, solicitando la del emperador. En efecto, condescendió gustoso D. Cárlos á sus súplicas, y reconciliándose con Clemente, bajo proposiciones decorosas, hizo tambien despues la paz con Francisco I en Cambray el año 1529, bajo los mismos artículos, aunque algo reformados, de la concordia hecha en Madrid, restituyendo al rey de Francia, mediante la suma de dos millones de escudos de oro, las personas del delfin y de su hermano mayor, que D. Cárlos conservaba en rehenes para la seguridad del contrato. Se comprendieron en esta paz el rey de Inglaterra y todos los príncipes y repúbli- Años de J. C. 1529.

UNED

Años de J. C. 1530. cas de Italia, pues aunque Florencia no condescendió al principio, tuvo al fin que sujetarse al vencedor. Pasó despues D. Cárlos á Bolonia, donde recibió con la mayor pompa la corona imperial de mano del pontífice; y olvidando la ingratitud de Francisco de Esforcia, le concedió nuevamente la investidura del ducado de Milán: últimamente, dió á los florentinos por señor, con título de duque, á un sobrino del papa llamado Alejandro de Médicis, dándole á su hija natural Margarita de Austria por esposa. De Italia pasó el emperador á Alemania, en donde hizo coronar rey de romanos á su hermano D. Fernando, poseedor ya de los estados hereditarios de la casa de Austria, y de las coronas de Hungría y de Bohemia. Invadió por entonces estos dos reinos con un ejército respetable el emperador de los turcos Soliman; pero Cárlos V al frente de sus tropas le obligó á retirarse. Dirigióse despues el César contra Tunez, y á pesar de lo inexpugnable de su goleta, y de las triplicadas fuerzas que tenian los
1535. mahometanos, se apoderó de la plaza, restituyendo este reino á su monarca é íntimo aliado Muley Hacem, el cual habia solicitado su favor por haberle despojado de sus estados el atrevido pirata Aradin Barbarroja.

Con motivo de haber muerto el duque de Milán Francisco de Esforcia, declarando á D. Cárlos por heredero de todos sus estados, renovó sus pretensiones al Milanesado el rey de Francia, encendiéndose de nuevo la guerra. Reportó al principio Francisco I algunas ventajas en el Piamonte, que habia invadido con poderoso ejército; mas el emperador no solo contuvo sus progresos, sino que recobró las plazas ocupadas, se introdujo en la Provenza, conquistó algunos pueblos y cercó á Marsella. Sin embargo, cuando parecia que la Francia estaba amenazada de un terrible golpe, el éxito desmintió las conjeturas; Marsella hizo una vigorosa defensa, y una enfermedad epidémica que sobrevino en el ejército imperial le redujo bien pronto á menos de la mitad y obligó á Cárlos á levantar el sitio y retirarse á Niza. El célebre poeta Garcilaso de
1536. la Vega, que despues de haber ilustrado con su pluma las musas castellanas seguia la carrera de las armas, acreditando igualmente en ella el valor propio de su ilustre nacimiento, murió en el asalto de una torre inmediata á

UNED

esta plaza, y exasperado el emperador por la muerte desgraciada de aquel dulce poeta y noble soldado, hizo pasar á cuchillo á todos los que defendian la torre. Por último, el pontífice Pablo III, sucesor de Clemente, consiguió se ajustase una tregua de diez años entre Cárlos V y el rey de Francia, con cuyo motivo se restituyó aquel á España, quedando al parecer reconciliados ambos monarcas.

Las continuas guerras de Cárlos habian apurado sus tesoros y tenian oprimidos á los pueblos con nuevas contribuciones, y los flamencos que creian ser los mas recargados tomaron las armas para defenderse Amenazaba una sublevacion general en los Paises Bajos, que clamaban por la presencia del emperador: como en estas ocasiones nada importa tanto como la celeridad, para ir con mayor diligencia, Cárlos escesivamente confiado en la buena fe y honradez de Francisco I pidió paso libre por Francia, y lo obtuvo sin ningun reparo: recibióle Francisco en París con las mayores muestras de afecto, le hospedó en su palacio mismo y le trató con generosa magnificencia.

A vista de semejante comportamiento parecia que la reconciliacion de Francisco con Cárlos era sumamente sincera; mas como las renuncias hechas por aquel al ducado de Milán fueron aparentes, y no habia desperdiciado todavía ocasion de reiterar sus pretensiones, rompió la tregua apenas pasó un año, so pretesto de vengar la muerte de dos embajadores suyos, que dirigiéndose á Constantinopla fueron asesinados en Italia, cuyo atentado imputaba á secretas disposiciones del gobierno español; si bien con el objeto de aprovecharse del momento en que Cárlos V acababa de perder á la violencia de una tempestad la mayor parte de la escuadra que habia enviado contra Argel. Empezó, pues, á hostilizar el Piamonte, Brabante, Luxemburgo y Rosellon, con otros tantos ejércitos aguerridos y numerosos; pero aunque lograron algunas ventajas y reportaron una brillante victoria sobre los imperiales cerca de Carignan, en el Piamonte, no obstante el delfin tuvo que levantar el sitio que habia puesto á Perpiñan; el duque de Cleves, en Brabante, se vió precisado á transigir; el ejército del emperador resarció la mayor parte de las pérdidas que habia sufrido, y por último

UNED

penetró en Francia auxiliado por Enrique VIII, rey de Inglaterra, y marchando sobre París precedido del terror y la victoria, puso en tal consternacion á Francisco I, que solicitó la paz en 1544 renunciando todos sus derechos á Milán, Nápoles y otros paises, consintiendo además en el casamiento del duque de Orleans con una hija del emperador, y cediendo á aquel los Paises Bajos con título de rey.

Años de J. C. 1544.

No estaba el imperio menos necesitado de la paz que la Francia; porque la herejía de Lutero, la cual apareció primeramente en Sajonia el año de 1517, hacia rápidos progresos á causa de haberse adherido á ella el duque elector de Sajonia, el landgrave de Hesse y otros príncipes de Alemania. En vano procuró D. Cárlos sufocarla por medios pacíficos desde que fue descubierta, pues se confederaron contra él los príncipes luteranos y cundió por todas partes el fuego de la discordia y de la rebelion; mas tan luego como cesaron las continuas desavenencias entre España y Francia, se preparó el emperador contra la Liga. No halló tampoco desapercibidos á los *Protestantes*, nombre que tomarou los luteranos por haber protestado contra el concilio de Trento celebrado entonces, pues contaban con un ejército de ciento veinte mil hombres; sin embargo D. Cárlos despues de haberlos ido debilitando lentamente se decidió á atacarlos, consiguiendo tan completa victoria que en ella quedaron prisioneros el de Sajonia y el de Hesse, y apaciguadas por entonces las revoluciones que la herejía habia causado. No puede dudarse que el diligente zelo de D. Cárlos habria disipado para siempre la Liga, la cual se hallaba ya bastante exháusta de recursos; pero Enrique II, sucesor de Francisco I, habia heredado con el trono la envidia y rivalidad que su antecesor tuvo siempre al emperador, y por lo tanto le suscitó una nueva guerra uniendose á sus enemigos.

En efecto, cuando se hallaba ya D. Cárlos victorioso de los herejes y ocupado en repeler la invasion hecha por el turco en Alemania, el rey de Francia se apoderó de la ciudad de Metz en Lorena, la cual pertenecia al imperio, é introdujo asímismo la guerra en el Milanesado y los Paises Bajos. Tuvo, pues, que contemporizar el emperador con los protestantes, y aun restituyó la libertad á sus principales gefes á fin de que se separasen de la alianza

UNED

con Francia, y reuniendo un ejército respetable emprendió la reconquista de Metz con sumo empeño. Encerróse en la plaza el duque de Guisa y la defendió heróicamente; mas hubiera tenido que rendirla á no ser la estacion muy rigorosa y haber sobrevenido una enfermedad contagiosa en el ejército imperial, cuyas circunstancias obligaron al César á levantar el sitio. Esta desgracia le causó aun mas pesar que la que esperimentó delante de Marsella, y desde entonces miró ya con tedio el arte de la guerra. Dos años despues fue tambien derrotado su ejército por las armas francesas cerca de Renti, en el país de Artois; y esta noticia, acabando de desengañarle del mundo y de sus glorias, le hizo prorumpir: *¡Cómo se conoce que la fortuna es dama cortesana, que gusta de los mozos y se cansa de los viejos!* Fatigado ya por último de las armas y padeciendo bastante de la gota y otros achaques, renunció la corona de España con los reinos de Nápoles, Sicilia, Cerdeña, los Paises Bajos y el Milanesado á favor de su hijo el príncipe D. Felipe, declarando anejas á la corona de Castilla las posesiones de América conquistadas en su tiempo, y el imperio á D. Fernando, ya rey de romanos. Falleció en 21 de setiembre de 1558 en el monasterio de Yuste, orden de San Gerónimo, poco distante de Plasencia, donde vivió tranquilamente dos años despues de su renuncia. Su madre la reina Doña Juana habia fallecido en 11 de Abril de 1555 en el palacio de Tordesillas, adonde se habia retirado desde el trastorno del uso de su razon, que le duró hasta la muerte. Años de J. C. 1558.

Aunque algunos escritores deprimen bastante la gloria de este monarca por el carácter ambicioso que le dominaba y otros defectos, sin embargo su zelo por la religion Católica, y el heróico empeño con que defendió todos sus estados, haciendo á este fin nueve viajes á Alemania, seis á España, siete á Italia, diez á Flandes, cuatro á Francia, dos á Inglaterra y dos al Africa, le han hecho digno de perpetua memoria.

Desde esta época tomaron los reyes de España el título de Magestad en lugar del de Alteza que usaron hasta entonces, y los ricos-hombres el de Grandes de España. Dió nueva forma al consejo de Estado y estableció el de Indias, de cuyos asuntos entendian varios ministros de

UNED

otros tribunales desde su descubrimiento. Despues que Colon descubrió el nuevo mundo, muchos insignes españoles continuaron haciendo interesantes conquistas y descubrimientos. En 1518 Fernando de Magallanes, portugués, descontento de su soberano porque no remuneraba sus servicios, pasó á España á ofrecerlos, y habiendose hecho á la vela desde Sevilla con cinco navíos descubrió en 1519 el Estrecho á que dió su nombre. Hernan Cortés, natural de Medellin en Estremadura, acabó de conquistar á Méjico en 1521; y para quitar á sus soldados la esperanza de regresar á su patria antes de conseguir tan arriesgada empresa, hizo echar á pique los bajeles que los habian conducido, dando así una prueba evidente del sublime valor que le animaba. En 1526 se hizo dueño del Perú el valiente estremeño Francisco Pizarro, siguiendose á esta conquista las de Chile y el Paraguay. A pesar del estraordinario engrandecimiento que por tan ricos descubrimientos adquirió la España, lo cual causaba envidia y admiracion á todas las demas potencias; no obstante, las continuas guerras habian disminuido considerablemente su poblacion y agotado su erario, y esta nacion, que justamente se la reputaba entonces por la primera de Europa, principió á decaer en el reinado de Felipe II, cúya fatalidad se manifestó mas en el de su hijo Felipe III, se aumentó en el de su nieto Felipe IV, y llegó al estremo en el de su viznieto Cárlos II, último de la dinastía austriaca.

Años de J. C. 1556.

Felipe II. Durante la permanencia del emperador en Alemania, á donde partió para sosegar las turbulencias acaecidas en el imperio, habia gobernado la España Don Felipe, dando muestras evidentes de estar adornado de igual acierto y prudencia que su padre; y hallándose heredero ya de todos sus estados, heredó tambien la guerra contra la Francia, si bien tenia las mejores tropas de Europa, y los mas ilustres capitanes para sostenerla con reputacion. Era, pues, aparente la amistad que reinaba entre franceses y españoles desde las anteriores discordias, y bien pronto volvieron á tomar las armas los primeros con el designio de favorecer al pontífice Paulo IV que intentaba despojar á D. Felipe de los estados que poseia en Italia. En vano procuró éste persuadir al papa que desistiese de tan escandalosa idea, pues además de no acceder

UNED

á tan justa solicitud, puso presos á los embajadores enviados al efecto. Vióse entonces precisado D. Felipe á repeler la fuerza con la fuerza, y enviando un ejército de trece mil hombres á las órdenes del duque de Alba D. Fernando Alvarez de Toledo, virey de Nápoles á la sazon; se apoderaron las tropas españolas del puerto de Ostia y de cuantas plazas y pueblos hallaron hasta los muros de Roma, la cual igualmente que el papa hubiera sufrido la misma suerte que en el reinado de Cárlos V, á no haber admitido la paz que tan generosamente la ofreció España.

Al propio tiempo habian entrado los españoles en Francia por la provincia de Picardia, y empezado las operaciones militares por el bloqueo de San Quintin, plaza fuerte sobre el rio Soma. Adelantábase el sitio con el mayor empeño, cuando se dejó ver el ejército francés que venia al socorro de la plaza; pero salieron á su encuentro los tercios españoles mandados por Filiberto, duque de Saboya, y atacándole con sumo valor le derrotaron completamente. Noticioso D. Felipe de este suceso pasó desde Flandes al campo, y estrechando el sitio de la plaza se apoderó de ella por asalto en cuatro dias, é hizo pasar á cuchillo toda su guarnicion. Quedó tan sorprendido Cárlos V cuando le refirieron esta memorable victoria, que no pudo menos de preguntar sino estaba ya en París el rey su hijo. En reconocimiento de esta dichosa jornada dejó al mundo la piedad del rey el célebre y magnífico monumento del monasterio del Escorial, orden de San Gerónimo, que consagró á Dios en testimonio de su eterna gratitud, y en obsequio del invicto mártir San Lorenzo por haberse dado la batalla en el dia de su festividad 10 de agosto de 1557. Duró su construccion diez y nueve años: la empezó en 1563 el arquitecto Juan Bautista de Toledo, natural de Madrid, y la concluyó en 1582 su discípulo el montañes Juan de Herrera. Año de J. C. 1557.

Nada hubiera detenido á Felipe II hasta París, á no haber accedido á las proposiciones de paz que el rey de Francia le hizo; pero al año siguiente se renovaron las hostilidades, y los españoles adquirieron nuevos triunfos en la batalla de Gravelingas, no menos digna de eterna memoria que la de San Quintin, quedando desde entonces reputada la infantería española por la mejor de Europa.

UNED

Años de J. C. 1559

Por último volvió el francés á solicitar la paz; y D Felipe, que no podia menos de atender á las agitaciones que habian sobrevenido en los Paises Bajos, la admitió y firmó en 1559, casándose además para consolidarla con madama Isabel, llamada de la *Paz* por este motivo, hija de Enrique II de Francia, pues se hallaba viudo en segundas nupcias de la reina de Inglaterra Doña María.

Habia penetrado por los Paises Bajos la sediciosa herejía de Lutero, y hecho en poco tiempo considerables progresos. D. Felipe, al regresar de Flandes, dió las órdenes convenientes á fin de mantener en obediencia así á los pueblos como á la nobleza flamenca, y dejó por gobernadora á su hermana Doña Margarita de Austria, hija natural de Cárlos V, duquesa de Parma y princesa de estraordinario talento, nombrándola por su ministro al cardenal Granvela. Ofendidos el príncipe de Oranje Guillermo de Nassau y los condes de Horn y de Egmond por no haberseles confiado este cargo, al cual aspiraban, y disgustados del rigor que ejercia Margarita para atajar el fomento que habian tomado las opiniones de Lutero, propagadas ya por casi todas provincias del Norte, se declararon en favor de los protestantes, aprovechándose de estas inquietudes, é hicieron que la nobleza y la plebe se rebelase. Para cohonestar en algun modo su proceder, pretestaron quejas acerca de las nuevas contribuciones que se habian impuesto, y asimismo sobre el establecimiento de la Inquisicion y el agravio hecho á la nacion por la erección de nuevos obispados; por último, so color del bien público, que á su parecer lo exigia, pidieron saliesen del país las tropas estranjeras, con lo cual lograron desarmar al gobierno. Insensiblemente fueron aumentándose los descontentos: cerca de cuatrocientos nobles se confederaron, obligándose á permanecer unidos hasta que se suprimiese la Inquisicion y se revocasen los decretos publicados contra los protestantes (*Nota 15*). Enarbolado ya el estandarte de la rebelion, hicieron público el ejercicio de la secta protestante, saquearon los templos, y auxiliados por los hugonotes de Francia se hicieron dueños de muchas plazas.

Hallábase la gobernadora sin tropa para reprimirlos, y habiendo pedido auxilio á Felipe II, envió este un buen ejército á las ordenes del duque de Alba D. Fernando Al-

UNED

varez de Toledo, insigne capitan de su siglo. Apenas entró en Flandes, cuando mas de treinta mil rebeldes se refugiaron en lo interior de Alemania, y los demás tomaron aunque aparentemente el partido de la sumision, dando treguas á que volviese el príncipe de Oranje con los socorros que habia ido á implorar de los príncipes protestantes. Inglaterra, Dinamarca, Alemania y los hugonotes de Francia pusieron en pie dos ejércitos, uno de quince mil hombres mandados por Luis, hermano del de Oranje, que debia entrar por la Frisia, y el otro de treinta y seis mil, que habia de penetrar por el Brabante. Habian quedado en Flandes muchos gefes de la secta, los cuales solo aguardaban la llegada de las tropas estranjeras para declararse; pero fueron aprehendidos por el duque de Alba, y juzgados por el consejo de la rebelion, el cual condenó á ser decapitados en público á los condes de Egmond y de Horn, y á los demas á ser enrodados, empalados, quemados y ahorcados, segun la gravedad de los delitos de que se los convencia, cuyas penas sufrieron unos en Bruselas, y otros en diversas ciudades de aquellos estados. Esta severidad contuvo algun tanto á los pueblos, pues ninguno se atrevió á declararse en favor del de Oranje cuando éste se dejó ver. Precedióle su hermano Luis de Nassau entrando en Frisia con su ejército, en ocasion que el del duque de Alba se hallaba bastante disminuido por las gruesas guarniciones que tenia puestas en las plazas fuertes. Apenas constaba de doce mil hombres, cuando el ejército enemigo se componia de cincuenta y un mil; pero como venia divídido en dos cuerpos separados, se decidió el de Alba á aprovecharse de esta circunstancia para atacar el primero, mandado por Luis, y forzándole en su mismo campo, le pasó casi todo á cuchillo, sin dejarle ni aun sombra de un solo regimiento. Revolvió desde Frisia hácia el Brabante, muy á tiempo para recibir al príncipe de Oranje, y sabiendo que este príncipe no tenia ni víveres ni dinero para mantener un ejército tan numeroso, se contentó con irle costeando por medio de algunos campos volantes para ocuparle los víveres por todas partes, molestándole tambien por la retaguardia, y echándose sobre ella al paso de los rios. En esta disposicion se fueron paseando los dos ejércitos por todo el Brabante, la provincia de Namur y la de

UNED

Henao; pero al fin del paseo se halló sin ejército el príncipe de Oranje: unos habian desertado por falta de víveres, y otros habian perecido al tiempo de buscarlos, de manera que el de Oranje se retiró á Francia con solo trescientos hombres descalabrados, tristes despojos de los cincuenta y un mil con que habia entrado en Flandes. Cubierto de laureles el general español, volvió á Bruselas, continuando allí y en los demás pueblos los ejemplos de su severidad así contra los herejes como contra los rebeldes; pero en vez de atajar por este medio los progresos de la rebelion, puede asegurarse que fue causa de que al fin se sustrajesen totalmente aquellos estados de la obediencia que debian á Felipe II.

Los que se titulaban *mendigos de mar*, para diferenciarse de los *mendigos de tierra*, equiparon muchas embarcaciones, se apoderaron del puerto de la Brilla, pasaron á cuchillo todos los católicos que se hallaban en él, obligaron á Flesinga á que se juntase con ellos formando alianza ofensiva y defensiva contra los españoles, recibieron poderosos socorros de Inglaterra y de los protestantes, así de Francia como de Alemania, se unieron con los mendigos de tierra, y redujeron á la rebelion con increible celeridad las provincias de Frisia, Groninga, Over-issel, Utrecht, Holanda, Zelanda y Zurphen, dando de esta manera principio á la república de Holanda. Verdad es que el duque de Alba, despues de haber derrotado el ejército con que el príncipe de Oranje volvió á entrar en Flandes, habiendo tambien recobrado á Mons, obligó á todas estas provincias á entrar segunda vez en la obediencia de España, escepto Holanda y Zelanda donde dominaba el de Oranje como príncipe soberano; pero como para sujetar estas dos provincias necesitaba de una escuadra, y de dinero con que mantener á sus soldados hambrientos y desnudos, no pudiendo conseguir que de España le enviasen ni uno ni otro, pidió su dimision, y la obtuvo fácilmente de la Corte, desengañada ya de que su genio era el menos á proposito para aquella empresa en tan delicadas circunstancias.

Retirado el duque de Alba, se encargó sucesivamente el gobierno de los estados de Flandes á D. Luis de Zúñiga y Requesens, comendador mayor de Castilla, y á D. Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V, ambos insig-

UNED

nes capitanes, y de tan apacible genio y modales tan gratos, cuanto tenian de ásperos los de su antecesor. Los rebeldes al verse en parte acariciados y en parte consentidos, atribuyeron esta conducta á cobardía, y divirtiendo á los gobernadores con inútiles conferencias y vanas esperanzas de mantenerse sumisos, procuraron secretamente fortificarse con robustas alianzas. Conocieron finalmente los gobernadores que se les engañaba, y quisieron seguir las máximas del duque de Alba; pero ya era tarde. Los rebeldes se burlaron constantemente así de su rigor como de su benignidad, y aunque perdieron algunas batallas, al cabo la principal parte de Flandes sacudió el yugo de la dominacion española, negando la obediencia á Felipe II, rompiendo su real sello, y erigiéndose en república libre, soberana é independiente. Tan cierto es que la severidad y la clemencia, aunque sean dos medios muy eficaces para el gobierno de los hombres, de nada sirven y aun perjudican aplicados intempestivamente.

A D. Juan de Austria sucedió Alejandro Farnesio, duque de Parma é hijo de Margarita, cuando solo habian quedado dos provincias obedientes de las diez y siete que componian aquellos estados; pero este incomparable caudillo, ya por medio de la negociacion, ya al frente de los esforzados tercios españoles, que á pesar del hambre, de la desnudez y de la fatiga asombraban al mundo con los prodigios de su valor, consiguió reducir hasta ocho, y atemorizó á Holanda. Además un desertor del ejército real, que fingiendose afecto al gobierno republicano habia entrado en su servicio, y llegado á merecer la confianza del príncipe de Oranje, asesinó á éste de un pistoletazo estando á la mesa con su esposa; por este motivo, hallándose la nueva república sin su principal gefe y sin auxilios, á pesar de que se entregó sucesivamente al rey de Francia, á la reina de Inglaterra, al duque de Alenson, al archiduque Matías, y por último al duque de Leycester, favorito de la reina Isabel, los cuales la abandonaron á sus propios recursos, puede asegurarse que al fin hubiera vuelto á la obediencia de Felipe II, si por una indiferencia indisculpable, ó tal vez por llamar su atencion otros asuntos, no hubiese éste desistido de reducirlos en circunstancias tan ventajosas.

UNED

A la verdad no dejaban entonces de causar inquietudes los moriscos ó cristianos nuevos de Granada, á causa de haberseles prohibido bajo severas penas algunas prácticas supersticiosas que les habian transmitido sus padres, obligándoles asimismo á observar exactamente la religion católica, á vestir como los cristianos viejos, y á hablar el idioma castellano, pues confederándose en secreto tomaron las armas en 1568, y eligieron por su soberano á un hombre principal de entre ellos llamado D. Fernando de Valor, y desde entonces Mahomet Aben-Humeya, titulándole rey de Granada y Córdoba, cometiendo tan bárbaras hostilidades, que infundieron justos temores de que volviese aquel hermoso reino á la dominacion mahometana; mas al cabo de dos años de continua lucha se logró sujetarlos, si bien se defendieron obstinadamente por los socorros que recibian del Africa, y por la fragosidad de las Alpujarras que les favorecian: para imposibilitarlos de que hiciesen otras tentativas, se les esparció á bastante distancia unos de otros por los pueblos de Castilla.

Por otra parte, habia algunos años que el imperio Otomano insultaba frecuentemente á las potencias de Europa, haciendo demasiada ostentacion de su poder, sin que hasta entonces ninguna hubiese tratado de reprimirle. En 1558 se apoderó por asalto de Menorca una escuadra turca, y despues de saquear la isla se retiraron con un cuantioso botin. El arraez Dragut, gobernador de Trípoli, se hizo dueño igualmente de la isla de Gerbes; y á pesar de haberse intentado recobrarla con una pequeña escuadra, la vigorosa defensa que hizo Dragut, el haber acudido en su socorro una escuadra turca, la cual ahuyentó la española con gravísima pérdida de gente y galeras, y por último las enfermedades y escasez de víveres que padecieron los españoles, frustró del todo la empresa. Sin embargo, los turcos fueron rechazados por el valor de las guarniciones de Orán y Mazalquivir, cuyas plazas sitiaron; y el peñon de los Velez de la Gomera, en la costa de Berbería, conquistado por Fernando el *Católico*, y recobrado por los mahometanos en el reinado de Cárlos V, se rindió en 1564 á las armas de Felipe II, mandadas por los insignes generales D. Sancho Martinez de Leyva y el marqués de Santa Cruz D. Alvaro de Bazan. En vano el emperador Selim

Años de J. C. 1564.

quiso resarcir esta pérdida acometiendo á la isla de Malta, pues fue tambien rechazado.

Ultimamente se empeñó Selim en conquistar la isla de Chipre, que poseian los venecianos, y ocupó al efecto las ciudades de Nicosia y Famagusta; pero hicieron alianza contra él la república de Venecia, el pontífice Pio V y el rey de España, y en 1571 aprestaron una armada de mas de doscientas velas, confiando su mando al esforzado capitan D. Juan de Austria. Avistó éste la escuadra enemiga que constaba de mas de trescientas velas en el golfo de Lepanto, ó de Corinto, próximo á la isla de Cefalonia, y atacándola denodadamente obtuvo tan completa victoria, que apresó y echó á pique doscientas galeras, los muertos y prisioneros turcos pasaron de veinticinco mil, incluso su general que pereció en el combate, y mas de veinte mil cristianos recobraron su libertad. Dióse esta batalla naval en 7 de octubre de dicho año, y acaso D. Juan de Austria, que pudo entonces ocupar el estrecho de Galípolis ó Helesponto, hubiera sorprendido á Constantinopla sino se retirara inopinadamente á Mecina. A los dos años, ó sea en 1573, se preparó otra espedicion contra Tunez; y aunque los venecianos hicieron la paz con los turcos, abandonando pérfidamente la liga, no pudieron impedir que D. Juan de Austria, al frente de doscientas naves y veintidos mil hombres de desembarco, se apoderase de la plaza y su goleta sin oposicion alguna, por haberla abandonado su guarnicion y habitantes. Encargó el gobierno del reino á Muley Hacem, imitando la generosidad que con el mismo habia usado Cárlos V; y habiendo guarnecido suficientemente la ciudad de Biserta que se le habia entregado voluntariamente, se retiró á Sicilia. Dispuso al año siguiente que se construyese un castillo entre Tunez y la Goleta para defensa de la ciudad; pero acometieron los beyes de Argel y Trípoli ambas plazas con una formidable escuadra, y á pesar del esfuerzo y valor con que defendió la Goleta su comandante D. Pedro Portocarrero, así como la guarnicion de la plaza, la cual se sostuvo mas de un mes en continuo combate, hasta quedar solos treinta hombres que todavía disputaron á palmos el terreno, se hicieron dueños de ella.

Años de J. C. 1571. 1573. 1574.

Habiendo muerto el rey de Portugal D. Sebastian sin

UNED

dejar sucesor, en una desgraciada espedicion que hizo al Africa, ocupó aquel trono su tio el cardenal D. Enrique, el cual falleció igualmente á los dos años. Por estinguirse ambas líneas masculinas recayó el derecho al cetro en las hijas del rey D. Manuel, antecesor del malogrado D. Sebastian, llamadas Isabel, madre de Felipe II, y Beatriz, casada con el duque de Saboya; pero murió la primera que era la mayor, y por lo tanto pertenecia la diadema á D. Felipe: no obstante aspiraban á ella el duque de Saboya, el de Parma y el de Braganza, como esposos de hijas de otro hijo de D. Manuel, que murió antes de reinar, y el prior de Ocrato D. Antonio, hijo natural del infante D. Luis de Portugal. Gozaba este del favor del pueblo, y no tardó en sublevar el reino, el Brasil, la India, y aun atrajo á su favor algunas potencias estranjeras, logrando al fin tomar las riendas del gobierno, haciendose por todo esto mas respetable y temible que los otros competidores. Remitió, pues, D. Felipe á las armas la competencia, enviando al efecto contra Lisboa una escuadra de cien velas, á las órdenes de D. Alvaro de Bazan, marques de Santa Cruz, y un fuerte ejército á las del duque de Alba, que se encargó gustoso de su mando á pesar de hallarse de cuartel en Uceda desde que regresó de Flandes. Los progresos que hicieron en esta guerra las armas españolas fueron tan rápidos, que bastaron dos victorias terrestres y una naval para que se sometiesen á D. Felipe todos los dominios portugueses, teniendo su monarca que retirarse á Inglaterra despues de haberse refugiado vanamente en Coimbra, en Oporto, y en Viana del Miño.

Logró sin embargo D. Antonio que la reina Isabel de Inglaterra, y despues la reina de Francia Catalina de Médicis, el duque de Alenson y otros príncipes le favoreciesen, llegando á tener una escuadra de sesenta velas tripuladas con seis mil ochocientos franceses, con la cual emprendió la recuperacion del reino. A este fin marchó á la isla Tercera, que aun permanecia bajo su dependencia, resuelto á hacerse fuerte en ella; mas saliendo al encuentro de la escuadra auxiliar la que mandaba el marques de Santa Cruz, no solo la destruyó enteramente apresando y echando á pique casi todos los buques, sino que de resultas del combate, y juzgándose poco seguro D. Antonio

en la isla, la abandonó dejándola encargada al gobernador, que despues se rindió con su guarnicion, compuesta de ingleses, portugueses y franceses.

Pero no siempre acompañaba la fortuna á las escuadras de D. Felipe como á sus ejércitos terrestres, pues muchas veces fueron deshechas por las tempestades. Por otra parte hacia bastante tiempo que la reina Isabel de Inglaterra provocaba su enojo, ya socorriendo y fomentando la insurreccion de Flandes, ya autorizando á los corsarios de su nacion para que persiguiesen y apresasen embarcaciones españolas: por este motivo saqueó y asoló el intrépido marino Francisco Drack la isla de Santo Domingo, Cartajena de Indias, la Florida, Jamayca, y otras varias colonias españolas. Tan repetidos insultos hechos al pabellon de España y á su monarca debian ser vengados: á este efecto mandó D. Felipe aprestar en Lisboa una formidable escuadra, que por ser superior á cuantas se habian visto hasta entonces en los mares se llamó la *Invencible*, pues se componia de ciento treinta velas y de veinte mil hombres de desembarco. Hizose á la vela en el mes de junio de 1588, á las órdenes del esforzado general marques de Santa Cruz, y por su fallecimiento á las del duque de Medina-Sidonia; mas tan luego como dobló el cabo de Finisterre, esperimentó tan recio temporal que tardó bastante en repararse del destrozo que la causó. Sin embargo, esta desgracia fué solo un preludio de la que sobrevino despues. A vista de las costas de Holanda se levantó un furioso viento que disipándola estrelló en los escollos una parte de ella. En vano combatieron los españoles contra el furor de los elementos, y contra las escuadras unidas de Inglaterra y Holanda, que aprovechándose de las circunstancias salieron á su encuentro; pues estas se apoderaron de algunos buques, echaron á pique otros, y los restantes se vieron obligados á huir por el norte de Escocia, donde padecieron iguales infortunios, peleando siempre con el hambre, el temporal, las enfermedades y el enemigo, por manera que el corto número de vasos que pudieron salvarse de tantos desastres, llegaron á los puertos de España en tan deplorable estado que conmovieron sobremanera los ánimos de cuantos los vieron; si bien cuando dieron noticia á D. Felipe de pér-

Años de J. C. 1588.

:

UNED

dida tan grande, solo contestó con demasiada indiferencia: "*Yo no los envié á combatir con las tempestades, sino con los ingleses.*"

Orgullosa Isabel por esta especie de victoria, que debió solo á la casualidad, espidió contra las costas de Galicia y Portugal una escuadra de setenta naves al mando del temible Drack, el cual desembarcó en el puerto de la Coruña, saqueó los arrabales y asaltó la plaza; mas opusieron tan heróica resistencia la guarnicion y sus habitantes, que aun las mujeres *(Nota 16)* y los muchachos se disputaban la gloria de combatir, obligándolos á retirarse con gravísima pérdida; y aunque hicieron otra tentativa contra Lisboa, tampoco fueron mas dichosos que en la anterior. No obstante, á los siete años despues, en el de 1596, volvieron con dobles fuerzas sobre Cádiz, la saquearon y regresaron á Inglaterra con ricos despojos; y aunque quiso Felipe II vengar este insulto disponiendo al efecto ochenta buques bien tripulados, sufrieron estos la misma suerte que la escuadra anterior, por los temporales que la acometieron en las costas de Galicia, siendo asimismo saqueada la flota por la inglesa, y además destruidas por sus continuas correrías muchas de las posesiones españolas en Europa y América.

Años de J. C. 1589. 1596.

Tan repetidas desgracias imposibilitaron á D. Felipe tener una marina floreciente como deseaba; pero su sagaz política, sus riquezas y sus ejércitos terrestres le hacian aun respetable, como lo esperimentó la Francia. Se hallaba esta despedazada y víctima de las sublevaciones originadas entre católicos y protestantes durante el reinado de Enrique III; y el oro de Felipe distribuido mañosamente coadyuvó á la formacion de aquella memorable liga Católica que produjo en 1589 el asesinato de su soberano. Por fallecimiento de este se estinguió la línea de los Valois, y recayeron los derechos al trono en Enrique de Borbon, primer príncipe de la sangre real, y rey de la Navarra baja; mas éste profesaba el calvinismo, y la casa de Guisa, so pretesto de zelo por la religion Católica, si bien solo por lograr sus ambiciosos designios á la corona, se puso á la cabeza de los coligados, resuelta á despojarle de ella.

A pesar de esto Enrique empuñó el cetro, y despues

de haber derrotado dos veces el ejército de la liga, puso sitio á París. D. Felipe á quien recurrieron los coligados, y su gefe el duque de Mayenne, ofreciendole colocar en el trono á su hija Isabel Clara, mandó al duque de Parma Alejandro Farnesio que abandonando el gobierno de los Paises Bajos acudiese al socorro de la plaza. Logró efectivamente que D. Enrique levantase el sitio, como igualmente el que puso despues á Ruan, coadyuvando sobremanera á estos progresos la celeridad de sus marchas, la ejecucion de dos empresas tan llenas de dificultades, su prudencia y destreza de las retiradas á la vista de uno de los mayores guerreros que ha producido la Francia, todo lo cual le colmó de infinito honor; pero le embarazó bastante la conquista de Holanda, porque cuando volvió la atencion hácia ella ya era tarde.

Deseando Enrique poner fin á una guerra tan desastrosa abjuró el calvinismo y se reconcilió con la Iglesia, destruyendo de un golpe los proyectos de la liga y de Felipe; pero sin dejar por eso de declarar á este la guerra, y de continuar protegiendo la rebelion de las Provincias Unidas (adonde con su consentimiento habia ido el duque de Alenson á encargarse del gobierno que le ofrecieron los sediciosos) resentido de la proteccion que habia dispensado y dispensaba el monarca español á la liga, á pesar de la decadencia de esta.

Sin embargo, la variedad y poca decision de los sucesos de la guerra causó tanta sensacion en el espíritu de Felipe II, que cansado de espender cantidades enormes para sostenerla, del continuo trabajo de gabinete, el cual le acarreó varias dolencias habituales y debilitó su vigor, conociendo que se aproximaba el fin de sus dias, y por último previendo lo poco conveniente que sería dejar á su hijo y sucesor D Felipe, que solo tenia veinte años, un enemigo tan poderoso y temible como Enrique IV, hizo la paz con este monarca en 1598. A pocos dias de publicada se le agravó la gota, que ya le aquejaba gravemente, y falleció en el Escorial en 13 de setiembre del mismo año, á los setenta y uno de edad y cuarenta y dos de reinado. Este príncipe fundó muchos establecimientos útiles, y entre ellos son dignos de citarse el archivo general de Simancas en Castilla, y la universidad y colegios de Dovay

Años de J. C. 1598.

UNED

en Flandes; aumentó y dotó las escuelas de Lovayna, é hizo construir varios templos, hospitales, fortificaciones, puentes y otros edificios públicos en los cuales vive eternizada su memoria. Esta se conserva tambien en las islas Filipinas, que descubiertas por Magallanes en el reinado de Cárlos V, recibieron aquel nombre por haber sido conquistadas en tiempo de D. Felipe, como lo fue igualmente el nuevo Mégico y otras regiones de América. La desgraciada suerte de su hijo el príncipe D. Cárlos, habido de su primera mujer, ha dado lugar á conjeturas odiosas, y tal vez agenas de la verdad. Unos discurren que con motivo de haberle estado prometida en matrimonio la princesa Doña Isabel de Valois ó de la *Paz*, que fue despues esposa de su padre, era tan violento el amor que tenia á su madrastra, y causó tan furiosos zelos en el corazon de su padre, que sufocando éste los sentimientos de la naturaleza se determinó á cometer un horroroso parricidio; pero temiendo se alterase la tranquilidad del reino por este atentado, esparció primero la voz de que el príncipe conspiraba contra su vida, fomentaba la sublevacion de los Paises Bajos, y aborrecia el tribunal de la Inquisicion, &c.; con lo cual habiendo conseguido atraerle el odio y desprecio general, le aprisionó y sacrificó á su furor por medio de un veneno. No obstante, algunos aseguran que D Cárlos era de un carácter tan díscolo é indómito, que D. Felipe se vió precisado á arrestarle para corregirle; y que habiendo contraido cierta especie de demencia, le acarreó esta la muerte en 1568, á los siete meses de prision.

Otro de los sucesos mas memorables del reinado de Felipe II, y que oscurece bastante su buena memoria, es la prision del secretario de estado Antonio Perez. Amaba á este apasionadamente Doña Ana de Mendoza, viuda del príncipe de Eboli, dotada de grande talento; pero por desgracia puso los ojos en ella D. Felipe, y no pudiendo resistir á sus atractivos á pesar de estar privada de un ojo, era inevitable y aun precisa la ruina de su competidor. Efectivamente, en el elevado destino que este desempeñaba no era dificil hacerle criminal, y bien pronto se le atribuyó la muerte de Juan Escovedo, secretario de D. Juan de Austria, hecha por unos asesinos venidos de Aragon,

UNED

si bien se cree con fundamento que se verificó de orden del mismo rey. En su consecuencia fue inmediatamente preso, y á no haberle proporcionado la fuga su esposa Doña Juana Coello, hubiera acaso acabado sus dias en un suplicio. Refugiado en Aragon quiso publicar su defensa, apoyado en los fueros que gozaba por su patria; pero como era de temer que apareciese el rey en descubierto se le impidió, y acusándole de calvinista fue entregado á la Inquisicion. Sublevóse entonces el pueblo de Zaragoza al ver que se violaban sus privilegios con la prision del secretario, tomó las armas, rompió sus prisiones y le proporcionó huir á Francia, donde aunque infelizmente vivió con la reputacion que merecian sus talentos; mas irritado sobremanera D. Felipe al ver se habia salvado su víctima, no solo sació cruelmente su venganza privando á la familia de todos los medios de subsistir, sino que castigó rigurosamente á los autores del tumulto, haciendo perecer tambien en un patíbulo á D. Juan de Lanuza, el cual poseia á la sazon la antigua y respetable autoridad de Justicia mayor de Aragon, por haber hecho resistencia contra las tropas reales.

Aunque D. Felipe II fue casado cuatro veces, y logró tener sucesion de todas sus esposas, solo dejó á su muerte un hijo llamado igualmente Felipe, habido en su matrimonio con Doña Ana de Austria, que le sucedió en el trono.

Felipe III. Durante el belicoso reinado de su padre aprendió Felipe III á ser *pacífico*, y consiguió este renombre con la gloria de haberle merecido. Mandado de la razon mas que del gusto, procuró la paz á sus vasallos dentro y fuera de España, limitando su ambicion á conservar los dominios que habia heredado de sus padres. Conoció que los laureles ceñidos por este y su abuelo habian costado á la monarquía sumas inmensas y mucha efusion de sangre, y que no habian consumido menos las conquistas hechas en uno y otro hemisferio, por la necesidad indispensable de asegurar su posesion por medio de numerosas colonias y de sólidos establecimientos; sangre que salia del corazon sin el consuelo de que circulase, y con la seguridad de no volver á él jamás *(Nota 17)*. Nunca fue la monarquía mas dilatada, ni estuvo mas empobreci-

Siglo XVI. Años de J. C. 1598.

UNED

da: nunca hubo rey mas opulento en minas de oro y plata, ni mas escaso de numerario; las minas eran riquísimas, pero el erario estaba exháusto.

Era menester paz y tiempo para reparar las fuerzas de un cuerpo tan debilitado; y á fin de subvenir á las necesidades mas urgentes de la monarquía, concedieron las Córtes al rey veintitres millones sobre la octava del aceite y del vino *(Nota 18)*.

Siglo XVII. Años de J. C. 1604.

D. Felipe por su parte concluyó la paz con Inglaterra, y ajustó una tregua de diez años con los Estados generales de las siete Provincias unidas, aplicando toda su atencion á conservar buena correspondencia con los príncipes vecinos, particularmente con los de Francia.

Pero todavía abrigaba España en su seno un perenne manantial de inquietudes y de guerras. Habian los moriscos abrazado la religion cristiana, en el reinado de Fernando el *Católico*, menos por amor á la verdad que por no perder las haciendas que poseian: era por consiguiente muy bastarda su vocacion á la fe; estaban tan acreditados de perversos cristianos como de vasallos infieles, pues no solo habian vuelto á las hediondeces del mahometismo, sino que mantenian perpetua inteligencia con los africanos, y sobre haber sido frecuentemente cogidos en la trama de varias conspiraciones, estaba amenazada España en tiempos tan críticos y calamitosos de otra nueva inundacion de aquellos bárbaros. Muchas veces convocó el rey su consejo para deliberar si sería conveniente purgar enteramente la España de aquella peligrosa gente, y siempre se dividieron los pareceres segun la diversidad de las inclinaciones ó de los intereses. Los ministros que tenian muchos esclavos de la nacion mahometana se declararon por su conservacion, y aunque apoyaban su voto con varias razones, ocultaban la verdadera que les movia á opinar en favor de los moriscos. Las mas plausibles que alegaban se reducian á que cultivándose por ellos la mayor parte de las tierras, estas se convertirian en eriales por falta de labradores: que en las demas artes mecánicas sucederia lo mismo, porque suponiendo que los moriscos eran los que únicamente las ejercian y las adelantaban, espelidos ellos era menester que se las declarase tambien desterradas á ellas; finalmente, ponderaban que hallándose España lastimosamen-

UNED

te despoblada por las numerosas colonias que todos los dias pasaban á América, si salia tambien esta nacion el que antes era reino podria contarse por espantoso desierto. Pero los ministros que no tenian interes personal en la conservacion de los moros, fijando solamente su atencion en el bien del reino, votaron que todos sin escepcion fuesen espelidos. A las razones contrarias respondian que igualmente se debia desconfiar de los servicios de los moros que de su fidelidad; y mas cuando aquellos podian ser suplidos por los naturales del país, á quienes la necesidad haria industriosos y aplicados como á las demas naciones de Europa: y como quiera, que siempre se debia temer menos los muchos baldíos en España por dilatados que fuesen, que una multitud de enemigos capaces de formar ejércitos, y tambien conducir los del Africa. En fin, suponiendo como principio indudable que los moriscos eran enemigos irreconciliables del cristianismo y de los españoles, se limitó la cuestion á estos precisos términos: si era seguro y ventajoso abrigar en el seno del reino una multitud de enemigos jurados, sostenidos por los infieles del Africa. Sin ser necesaria mucha ponderacion, se hicieron ver las fatales consecuencias de este peligroso consentimiento, y se votó la espulsion por casi todos los vocales. Firmado el decreto, se publicó y ejecutó sin dilacion, saliendo de España al pie de novecientos mil moros de todos sexos y edades *(Nota 19)*. Años de J. C. 1609.

Con la misma idea pacífica casó á su hija Ana de Austria con el rey de Francia Luis XIII; gran presente que hizo el rey Católico á la Francia, como lo esperimentó durante la minoridad de Luis XIV, porque esta reina incomparable gobernó el reino en calidad de regente con tal prudencia, religion y valor, en medio de tantas turbulencias, que en dictámen de Luis XIV, buen juez en esta materia, merecia ser contada en el número de los mayores monarcas. Pudiera desear España que no acabase jamás un reinado tan feliz, en que se dieron la mano la paz y la justicia *(Nota 20)*; pero solamente duró veinte y dos años y medio, al cabo de los cuales murió Felipe III en 31 de mayo de 1621, á los cuarenta y tres de edad, dejando por sucesor á su hijo Felipe IV de este nombre. 1612. 1621.

UNED.

Felipe IV, el Grande. El nuevo monarca tenia solos diez y seis años cuando subió al trono; pero sin duda hubiera correspondido á las halagüeñas esperanzas que inspiraba su carácter y primeras disposiciones, á no haberse entregado despues esclusivamente en manos de favoritos ambiciosos. El conde-duque de Olivares D. Gaspar de Guzman, que en clase de gentil-hombre habia servido á D. Felipe cuando era príncipe, se hizo dueño de su corazon, y no solo consiguió desposeer del ministerio y desterrar á su bienhechor el duque de Uceda, sino que obtuvo el lugar y valimiento que este habia gozado desde el reinado del anterior monarca. D. Rodrigo Calderon fué otra de las víctimas que sacrificó el conde-duque á su desenfrenada ambicion. En el reinado anterior se le habia formado causa acusándole de una multitud de delitos; pero no habiendo sido convicto mas que de un homicidio, á pesar de haber sufrido el tormento, fué indultado por Felipe III, y se suspendieron las demás diligencias del proceso: sin embargo, sus enemigos, apoyados por el conde-duque, lograron que en el actual reinado se sustanciase de nuevo la causa y fuese sentenciado al último suplicio, cuya pena sufrió con igual constancia que todos sus demás padecimientos, siendo de admirar que no solo conmovió el corazon á cuantos presenciaron su muerte, sino que á pesar de no haberse grangeado durante su preponderancia un solo amigo, no hubo testigo alguno que en su causa declarase voluntariamente y sin necesidad de apremio. A esta desgracia sucedió la de D. Pedro Giron, duque de Osuna y virey de Nápoles, el cual fué vilmente calumniado en el reinado anterior de que aspiraba á ceñirse la corona de Nápoles por los que envidiaban verle cubierto de laureles á causa de las relevantes victorias que ganó sobre los turcos en Levante; pero no pudieron justificar semejante imputacion, por lo cual, y habiendo ocurrido la muerte de Felipe III, desistieron de su perverso designio: insistieron en la acusacion durante el actual reinado, en que olvidando el rey los muchos y distinguidos servicios del duque, oyó con interés las acusaciones y le hizo arrestar en la fortaleza de la Alameda, pueblo del conde de Barajas. En vano recurrieron los acusadores á cuantos medios les sugirió la intriga para conseguir su intento, pues

la variedad y poca constancia de las acusaciones fiscales, los escritos publicados en favor del duque, y aun los mismos que se circularon contra él, testificaban su inocencia: no obstante, se le negó usar del recurso que se concede al mas delincuente, cual es defenderse; y este varon, tan insigne cuanto desgraciado, despues de tres años de prision y harto de padecimientos, se postró á la violencia de una hidropesía que le condujo al sepulcro, con el dolor de ver tan mal remunerados sus servicios.

A pesar de hallarse sumamente aniquilada la monarquía, no dejó el conde-duque de seguir la inclinacion de Felipe IV, la cual era mas marcial que la de su padre, y por lo tanto pasó casi todo el tiempo de su reinado en sostener continuas y gravosas guerras que redujeron á la mayor miseria á los pueblos. Ganó muchas batallas y conquistó muchas plazas; pero como si en todas las campañas hubiera jugado al gana pierde, al fin de ellas siempre quedaba descalabrado. Conservóse en paz con Francia por largo tiempo; pero aunque las dos potencias eran amigas, no por eso dejaban de socorrer con tropas auxiliares á sus aliados respectivos: metafísica de estraña naturaleza, que inventó la política para que los príncipes recíprocamente se dañasen unos á otros sin declararse el rompimiento. Con este gusto se hizo la guerra de la Valtelina, país de los grisones y valle dilatado, que estendiéndose de Norte á Oriente en el Milanesado, acomodaba mucho á la casa de Austria para conservar la comunicacion por medio de esta línea con sus estados de Alemania y de Italia. Apoderada España de la Valtelina desde el año de 1615, para asegurar su posesion habia construido muchos fuertes; pero los venecianos y los grisones se coligaron con la Francia, siendo el fin de esta liga desalojar de aquel país á los españoles. Con efecto, le ocuparon todo las tropas francesas con las venecianas y las grisonas; pero no pudiendo mantenerle por mucho tiempo, fueron tambien desalojadas por los españoles, hasta que finalmente despues de varios flujos y reflujos se estipuló por el tratado de Monzon que los grisones quedarian dueños de la Valtelina bajo la garantía de Francia y España. De la misma especie fué la guerra por la sucesion al ducado de Mántua: Cárlos Gonzaga, duque de Nevers, príncipe dedicado enteramente

Años de J. C. 1626. 1627.

UNED

á la Francia, era el legítimo heredero. Tenia España sus razones para estorbarle la posesion, y no permitir que introdujese guarniciones en las plazas. Declaróse Francia por los intereses del duque, y conduciendo el mismo Luis XIII en persona su ejército á Italia, forzó el paso de Suza, hizo levantar el sitio de Casal, batió á los españoles en Cariñan, y obtuvo de España, por el tratado de Quierasco, que se diese la investidura del ducado de Mantua y de Montferrato al de Nevers.

Años de J. C. 1631.

La guerra de Flandes entre las dos potencias tambien se hizo sin dejar de ser amigas. Pretendia ó pretestaba Francia que España se habia coligado con los hugonotes, concluyendo un tratado con el duque de Roan, gefe de estos rebeldes, por el cual se obligaba á ayudarles en la rebelion; y usando de represalias, se coligó en la misma Francia con los holandeses, y envió á Holanda al mariscal de Chatillon con tropas auxiliares, que juntas á las de aquellos sediciosos republicanos sitiaron y tomaron á Boisleduc, Wenló, Ruremunda, Maestricht y Limbourg, juntándose á esto la desgraciada pérdida de dos numerosas escuadras, una de ochenta naves y otra menos considerable, que perecieron á impulso de dos violentas tempestades. No era fácil que Francia y España se estuviesen batiendo todos los dias en el campo de sus aliados y que al mismo tiempo se conservasen en paz, especialmente cuando solo faltaba el nombre de guerra al proceder de una y otra potencia. Al fin se declaró el rompimiento por parte de Francia, con motivo del elector de Tréveris, á quien tomó bajo su proteccion el rey Cristianísimo. Era el elector francés de corazon, y lo acreditó bien sirviendo lo mejor que pudo contra el rey de España. Mandó Felipe apoderarse de su persona y de su corte, lo que se ejecutó con tanta puntualidad como fortuna, siendo conducido prisionero á Bruselas. Pidió su libertad el rey de Francia, y habiéndosela negado, declaró á España la guerra con toda solemnidad. Fué muy obstinada por una y otra parte, durando veinticinco años con la mayor porfia y con mucha efusion de sangre, acreditando los dos príncipes el encono ó animosidad con que se miraban. No fueron favorables á los españoles las dos primeras campañas; porque perdieron la batalla de Aven, en el país de Lieja, otras

35.

dos en el Piamonte, y casi todo el Milanesado. En los sitios fueron varios los sucesos, alternándose con poca desigualdad por una y otra parte la felicidad y la desgracia. Sería demasiado prolija la relacion si nos detuviesemos á describir todos los acontecimientos. El ejército de Felipe hizo levantar el sitio de Thionville y ganó la batalla á los franceses; mas no por eso dejaron estos de tomar á Arras, y de apoderarse en las campañas siguientes de todo el país de Artois, una de las mas bellas provincias de los Paises Bajos.

Por este tiempo se halló el rey Católico ocupado por dos sucesos tan molestos como inopinados, manejados ambos por los artificios ocultos de Francia, que le embarazaron acudir al socorro de Artois como lo premeditaba.

Fué el primero la sublevacion de Cataluña *(Nota 21)* que se entregó á Francia; y el segundo la de Portugal en favor de D. Juan, duque de Braganza, uno de los herederos de D. Enrique y de D. Sebastian. Gobernóse la conjuracion con tanta destreza y con tal secreto, que en pocos dias fueron echados del reino todos los españoles, y aclamado universalmente por rey el duque de Braganza. No se descuidaron los franceses en enviar grandes socorros á Cataluña y Portugal, diversion que fué para ellos de suma importancia; porque mientras repartia España sas fuerzas en recobrar á Portugal y en sujetar á Cataluña, perdió el Rosellon, el condado de Artois, la famosa batalla de Rocroy, muchas plazas de Flandes, el mismo Tréveris, donde volvió á ser restablecido el elector, y en fin quedó Portugal por el duque de Braganza *(Nota 22)*. Cansáronse los aliados de Felipe de llevar el intolerable peso de una guerra tan prolija, y de unos gastos tan inmensos. Enviaron sus plenipotenciarios á Munster, donde se concluyó la paz entre el imperio, Francia, Suecia, y sus aliados, quedando reconocida por Estado independiente y libre la república de Holanda; último golpe que al cabo la arrancó de la dominacion de España.

Años de J. C. 1647.

1648.

Gravemente perjudicado Felipe por los artículos de esta paz se negó á acceder á ellos, y se empeñó en llevar adelante la guerra contra Francia, no obstante de verse solo, y de hallarse á la sazon España afligida con los estragos de la peste. Habia poco menos de cinco años que por

UNED

muerte de Luis XIII gobernaba la Francia en calidad de rejenta Doña Ana de Austria, durante la menor edad de su hijo Luis XIV, y viendo que su hermano D. Felipe estaba determinado á continuar la guerra, se olvidó de que era española, acordándose solamente de que era reina de Francia, rejenta del reino y madre del rey. Mantuvo, pues, la guerra contra España con el mayor ardimiento, sin considerar en su hermano otro respeto que el de enemigo de Francia, no siendo fácil decidir cual de los dos hermanos adquirió mas gloria en este animoso empeño. Logró Felipe grandes ventajas sobre los franceses en Cataluña, Italia y Flandes, donde penetrando hasta Reims el archiduque Leopoldo, general de sus ejércitos, arrasó la Picardía y la Champaña, tomando á San Venancio, la Quenoca, el fuerte de la Mote-aux-Boix, y se siguieron despues Gravelingas, Mardik y Rocroy.

Feron echados de Nápoles los franceses despues que el duque de Guisa se habia apoderado de aquel reino: tomóse á Casal que se restituyó luego al duque de Mántua: recobróse á Barcelona con otras muchas plazas de Cataluña; y en fin la victoria de Valenciennes colmó las gloriosas espediciones del rey Católico. No fueron menos brillantes las de Doña Ana de Austria. Ganó á los españoles las batallas de Arras, Dunas, Lens, Rethel y la Roqueta, ocupándoles por lo menos tantas plazas como ellos les habian tomado.

Adquirian sin duda grande gloria en esta guerra así el hermano como la hermana, no menos por las bellas acciones de sus tropas, que por el delicado manejo de sus políticos, y por la destreza en la negociacion; pero los vasallos de una y otra monarquía, exháustos y fatigados, suspiraban por la paz. Dejáronse convencer los corazones de ambos hermanos de unos deseos tan justos, y pensaron seriamente en consolar con la paz á sus vasallos. Efectuóse esta por el famoso tratado de los Pirineos mediante el matrimonio de la infanta doña María Teresa con el rey de Francia. Pasaron ya reconciliadas las dos Córtes á las fronteras para celebrar las bodas, compitiéndose de una y otra parte la gracia, el esplendor y la magnificencia. Hallóse en estas vistas la reina Doña Ana de Austria, sumamente satisfecha al ver colocada en el trono de Francia

UNED

una sobrina suya, y logrando abrazar un hermano á quien amaba y veneraba con particular ternura. Escusándose con el rey de la guerra que le habia hecho, respondió Felipe: «*Hermana y señora, vos cumplisteis con vuestra obligacion, y por el mismo caso os estimo mas.*» Pasó Luis XIV de incógnito desde su campo á la corte de España por ver á la infanta Doña María Teresa, y habiendole conocido Felipe por sus bellas disposiciones lo advirtió Luis y se retiró inmediatamente. Luego que se hizo entrega de la infanta, se separaron las dos Córtes recíprocamente satisfechas una de otra, y el mismo año se firmó y publicó la paz entre España y Francia, evacuando los franceses á Italia y Cataluña.

Sin embargo de haber conseguido D. Felipe dar la paz á todos sus estados, no podia mostrarse indiferente al conjunto de pérdidas y desgracias, que acumulándose durante su reinado habian desvanecido hasta la esperanza de restituir la monarquía al grado de esplendor con que cien años antes se habia hecho respetar en Europa. Acongojado su espíritu á la vista de tantos afanes y desventuras, enfermó gravemente y falleció en 17 de setiembre de 1665, dejando por sucesor al príncipe D. Cárlos, hijo de su segunda esposa y sobrina Doña María Ana de Austria, pues los demás varones que tuvo de esta señora, y el príncipe D. Baltasar Cárlos que nació de su primer matrimonio con Doña Isabel de Borbon, habian muerto en su infancia, ó en la flor de su edad. Años de J. C. 1665.

Cárlos II. Cuatro años escasos contaba á la sazon el nuevo soberano, y de consiguiente fué preciso que su padre dejase encomendada su tutela y la rejencia del reino, hasta que cumpliese la edad competente para tomar las riendas del gobierno. Siempre fueron muy ominosas para España las minoridades de sus monarcas, y si esta circunstancia sola habia ocasionado tantos males en tiempos menos calamitosos, cuando la nacion se hallaba constituida en la situacion mas deplorable no debian esperarse mas felices resultados. La reina viuda quedó por disposicion del rey difunto encargada de la tutela de su hijo y del gobierno, asistida de una junta compuesta del presidente de Castilla, del vicecanciller ó presidente de Aragon, del arzobispo de Toledo, del inquisidor general, de un grande de Es-

UNED

paña, y de un consejero de Estado; sin hacerse mencion de D. Juan de Austria, digno por su calidad, prendas y opinion de haber merecido el primer lugar en la confianza de su padre. Semejante ingratitud no podia menos de causar disgustos, y mucho mas viendo á la reina entregada esclusivamente á la voluntad de su confesor el padre Everardo Nithard, jesuita aleman, al cual, no teniendo nociones para el gobierno, elevó á consejero de Estado é inquisidor general; y por último, siendo miembro de la junta reunió en sí cuantas facultades pertenecian á esta, advirtiéndose ademas que deseaba alejar á D. Juan de Austria, teniéndole por un competidor que podria oponerse á sus desaciertos.

Efectivamente, so pretesto de hallarse amenazadas por Francia las posesiones españolas de Flandes, se le confirió á D. Juan el gobierno de ellas; pero previendo éste le amenazaba igual suerte que sufrió en Portugal, se negó abiertamente á admitirlo. Esta repulsa le acarreó el salir desterrado de la corte; mas no estando aun satisfechos sus enemigos, pues deseaban deshacerse de él totalmente, se sobornaron personas que fingiendo ser cómplices en una conspiracion contra la vida del padre Nithard, señalaron á D. Juan por su cabeza principal. A consecuencia se decretó inmediatamente su prision, y se enviaron tropas á Consuegra para que desde allí le condujesen al alcázar de Toledo; pero noticioso D. Juan se refugió en una fortaleza de Aragon, desmintió públicamente la impostura, y pidió en desagravio la remocion del confesor de la reina, haciendo ver las funestas consecuencias que de lo contrario iban á resultar. No obstante, se le concedió solamente se acercase á la Corte; mas deseoso D. Juan de acelerar por este medio la reparacion de su honor, se presentó en breve á tres leguas de Madrid, con una escolta de setecientos hombres de infantería y caballería en órden de batalla. En vano atemorizados los rejentes enviaron al nuncio pontificio para que le manifestase un breve del papa, en que le exhortaba á transigir sus diferencias con la Corte, y ademas se le pidieron cuatro dias de término para darle una completa satisfaccion; pues el agraviado caballero contestó: "*Que habiendo tenido la reina mucho tiempo para deliberar, exigia por primera satisfaccion la*

UNED

separacion del P. Nithard dentro de dos dias, y su salida de España.» Los temores de una guerra civil, la proximidad del enemigo, y el amor que le profesaba toda la nacion, la cual se hubiera reunido al momento en su defensa, obligaron á la reina á despedir á su confesor, si bien lo hizo con el honor posible, enviándole á Roma en calidad de embajador extraordinario. En seguida solicitó D. Juan la remocion del presidente de Castilla y algun otro miembro de la junta, de los que habian contribuido á ensalzar al padre Nithard, y pidió el vireinato de Aragon y Cataluña, ó bien una plaza en el consejo de estado; pero se le exigió antes de contestarle que despidiese la tropa que le acompañaba, y lejos de acceder D. Juan á esta peticion se acuarteló en Guadalajara, temiendo quisiesen desarmarle y dejarle burlado. Espidió nuevas órdenes la reina para que entregase la caballería, so pena de ser tratado como rebelde; mas se resistieron sus soldados á abandonarle, y tuvo al fin la reina que entablar una capitulacion hastante favorable á D. Juan, quien la admitió con la protesta de que no licenciaria las tropas hasta que le cumpliesen las condiciones. Sin embargo se retardó bastante el llevarlas á efecto, y aun se esparció la voz de que se trataba de engañarle, lo cual motivó que todo el reino se conmoviese, ofreciéndole socorros, y amenazase por do quiera la guerra civil. Insistió D. Juan en que la administracion del real patrimonio debia depositarse en manos fieles; que no se continuasen estrayendo caudales de España para Alemania, al paso que los pueblos estaban sobrecargados de tributos y el erario exháusto; mas la reina á todo contestó ambiguamente, sin acceder á nada. Por último se encargó al nuncio mediase en el asunto; y este usó de tan fina política en la negociacion, que D. Juan abandonó sus disposiciones hostiles, si bien con las condiciones de que no se le obligaria á tomar el gobierno de los Paises Bajos, y de que se le nombraria, como efectivamente se le nombró, virey y vicario general de Aragon, Cataluña, Valencia, Islas Baleares y Cerdeña, estableciendo su residencia y corte en Zaragoza.

Aunque restablecida algun tanto la tranquilidad, no por eso cesaron los desórdenes de la corte. El lugar y la preponderancia á que llegó el P. Nithard le obtuvo des-

UNED

pues D. Fernando de Valenzuela, el cual escluido de la casa del duque del Infantado, donde sirvió de paje, se vió de pronto elevado á caballerizo mayor, grande de España, y dueño absoluto de la voluntad de la regenta. Eran de esperar fatales consecuencias de esta arbitrariedad, y desde luego se manifestó quejosa la nobleza á pesar de los obsequios que recibió del nuevo favorito; pero afortunadamente cumplió el príncipe los quince años, y encargándose del gobierno inmediatamente, llamó á D. Juan al ministerio, desterró á la reina á Toledo, desposeyó á Valenzuela de todos sus honores y rentas, y le confinó en las islas Filipinas. En vista de tan felices disposiciones era muy probable se hubiese restablecido el órden totalmente, á no haber acaecido la muerte de D. Juan; mas con motivo de esta, y la débil complexion, pusilanimidad ó encogimiento del monarca, volvió á sumergirse el reino en un piélago de males é infortunios. Acostumbrado Cárlos II desde su niñez á seguir los consejos de los que le rodeaban, siempre ambiciosos del supremo poder, era incapaz de dirigir por sí solo el timon del Estado, y por lo tanto llamó á la reina madre; pero como esta, aun cuando no interviniese directamente en los negocios políticos, no obtenia ya la confianza pública, y las providencias del Gobierno eran poco conformes para tranquilizar los ánimos y reparar las profundas llagas del Estado, acabó de arruinarse la agricultura é industria, llegando al estremo la pobreza y abatimiento de la nacion. Por otra parte, en vez de alentar al comercio (base principal de la felicidad nacional) con oportunos reglamentos, se publicaron pragmáticas reduciendo el valor de varias monedas, prohibiendo el curso de otras, y franqueando el de algunas aunque con restricciones. Tales desaciertos entorpecieron las negociaciones, y el Estado se vió precisado á recurrir al indecoroso medio de vender los principales empleos de todas clases, llegando á ser el dinero un título superior al mérito. Por último decayó estraordinariamente el valor y disciplina militar, y la falta de poblacion, tropas y caudales fue sien-
Años de J. C. 1667. do cada dia mas sensible. Este es el cuadro que ofrece la historia del infeliz reinado de Cárlos II.

Tres guerras mantuvo Cárlos II contra Francia. La primera fue con motivo de los derechos que la reina de

UNED

Francia pretendia tener sobre el Brabante y otros dominios de los Paises Bajos. Pidió Luis XIV á la reina madre cuando rejentaba la España que le hiciese justicia en esta pretension; mas como no juzgase estos derechos tan legítimos é incontestables como la córte de Versalles, se introdujo en Flandes el rey Cristianísimo al frente de un numeroso ejército, y se apoderó de Charleroy, Berg-Saint-Vinox, Furnes, Ath, Tournay, Dovay, Ourdenad, Alost y Lila, deshaciendo sesenta y dos escuadrones que venian al socorro de esta última plaza. Atemorizado el gobierno de España con tan rápidas conquistas, se vió en la precision de oponer á la impetuosidad de este torrente una barrera que fuese capaz de reprimirle. Formóse una triple alianza entre Inglaterra, Holanda y Suecia para contrabalancear las fuerzas de Francia y para estorbar la invasion de los Paises Bajos; pero no obstante este contrapeso, el jóven monarca conquistador se hizo dueño en una sola campaña de todo el Franco-Condado de Borgoña. Propúsosele por parte de la triple alianza que si restituia el Franco-Condado se le dejaria en posesion de sus conquistas en Flandes en equivalente de las demás pretensiones. Admitió la proposicion, y se firmó la paz en Aix-la-Chapelle el dia 2 de mayo de 1668. Años de J. C. 1668.

Fue la segunda guerra á consecuencia de la que el rey Cristianísimo declaró á la república de Holanda para castigarla de algunos motivos de disgusto que habia recibido de ella. En sola una campaña quitó el héroe francés á las Provincias Unidas mas de cuarenta plazas fuertes y se dejó ver á las puertas de Amsterdam. Asustada la república al ver tan rápidas conquistas, introdujo la discordia y los zelos en las demás córtes, logrando por este medio formar una coalicion respetable, á cuya frente se puso el emperador Leopoldo, y en la que tomó parte el elector de Brandemburgo, todos los príncipes del imperio, y los soberanos de España, Inglaterra y Dinamarca. Creyóse que con una confederacion tan poderosa se impondria al rey de Francia; pero lejos de acobardarse se manifestó mas intrépido que anteriormente. Abandonó sí muchas plazas para reforzar el ejército con las guarniciones, y como si tuviese que lidiar únicamente con la Holanda hizo ofensiva la guerra. Dióse la batalla de Seneffe con casi igual suceso

UNED

de una y otra parte, á pesar de haber quedado por los franceses el campo de batalla. Menos feliz fue en Monte-Casel el ejército de los aliados, donde tampoco lograron el honor de la victoria; pero en Consarbik confesaron los franceses que los españoles los habian acuchillado bien. Con todo eso en esta campaña se hicieron dueños del Franco-Condado, y se apoderaron de muchas plazas fuertes en Flandes. Volvieron á perder algunas, y se comenzó á hablar de la paz. Inglaterra ofreció su mediacion, y en las conferencias de Nimega sacrificó España á la Francia por el bien de la paz el Franco-Condado, con las ciudades de Iprés, Valenciennes, Cambray, Saint-Omer, Arras y Charlemont, recobrando al mismo tiempo otras muchas y muy importantes.

Años de J. C. 1678.

Emprendió Francia la tercera guerra con motivo de la famosa liga de Ausburg: fue obra esta liga de Guillermo de Nassau, príncipe de Oranje, generalísimo de las Provincias Unidas; político consumado, cuya maniobra supo sembrar zelos del inmoderado poder de la Francia en todas las cortes de Europa con tanta destreza y con tanta felicidad, que llenándolas de susto logró armarlas contra ella. Era el fin de la liga abatir esta potencia, y despojarla de todas sus conquistas antiguas y modernas para restituirlas á sus primeros poseedores. Esto tenia á España mucha cuenta, y accedió al tratado con la esperanza de recobrar los bellos paises que la necesidad le habia hecho ceder á Luis el *Grande*, temiendo por otra parte que este formidable guerrero aspirase á la posesion de todos los Paises Bajos. Mas el fin particular del autor de la liga era disponer las cosas para que recayese en sus sienes la corona de Inglaterra. Con esta idea representó artificiosamente á los aliados que su suegro Jacobo II, rey de la Gran Bretaña, no solo estaba sacrificado sino vendido á la Francia, y que mientras estas dos coronas estuviesen tan estrechamente unidas serian inútiles todos los esfuerzos de la liga. Hicieron fuerza sus razones, concluyóse el despojo de Jacobo, y fue colocado en el trono el príncipe de Oranje.

1687.

Informado Luis el *Grande* de la tempestad que le amenazaba se previno para resistir á los aliados en el Rhin, donde el delfin hizo una gloriosa campaña: mas por ceñirnos á lo que toca privativamente á España, todo lo que

UNED

se puede decir es que por espacio de ocho años consecutivos mantuvo la guerra con mayor valor que dicha. Sin ser bastantes á contener sus desgracias los poderosos socorros de los aliados, perdió en Flandes las batallas de Fleurus, Lens, Steinkerque y Nervinda; en Cataluña las de Ter y Barcelona; en Italia las de Staffarda y y Marsaille; siguiéndose despues como funestas y precisas consecuencias de estos infortunios la pérdida de Rosas, Palamós, Gerona, Hostalric y Barcelona en Cataluña, y la de Mons, Namur, Dísmunda y Ath en Flandes, añadiendose el bombardeo de Bruselas, mientras los aliados recobraban á Namur y se apoderaban de Casal; pero al mismo tiempo fue tomado y saqueado en América el puerto de Cartajena. Como al cabo de ocho años se vieron los aliados tan distantes de la ejecucion de sus proyectos, comenzaron á cansarse de una guerra que solo producia mayor gloria y engrandecimiento á la Francia; en cuya disposicion dieron gustosos oidos á las proposiciones de paz que se les hicieron por parte de esta potencia.

Tenia Luis el *Grande* sus ideas sobre la sucesion de España, para las cuales le acomodaba mucho concluir la paz antes de la muerte de Cárlos II, que anunciaban próxima las continuas enfermedades de este monarca. Contentándose con la gloria de haber él solo mantenido ventajosamente la guerra contra todas las fuerzas de Europa confederadas, ofrecia restituir á España cuanto la habia ocupado con las armas; y no pudiendo negarse el rey Católico á condiciones tan decorosas, firmó la paz de Riswich á 21 ó 22 de setiembre de 1697, cuyo tratado restituyó la paz general á toda la Europa por la accesion de las demás potencias belijerantes. Penetró los designos de la Francia el príncipe de Oranje, rey ya de la Gran Bretaña, y temiendo que por la muerte sin sucesion del rey Católico pasasen á un príncipe francés todas las coronas de España, dispuso un proyecto de particion de esta monarquía, el cual hizo firmar en el Haya por los embajadores de la mayor parte de los príncipes de Europa. Sucedió en este tiempo la inopinada muerte del príncipe electoral de Baviera, heredero presuntivo del rey Católico, accidente que desconcertó todo el proyecto. Formóse, pues, otro nuevo, por el cual se adjudicaban al archiduque de Austria, hijo del

Años de J. C. 1697.

UNED

emperador Leopoldo, los reinos de España y de Indias; al delfin de Francia, hijo de la infanta Doña María Teresa, los de Nápoles y Sicilia, con las costas de Toscana, Guipuzcoa y la Lorena; dándose al duque de Lorena el ducado de Milán por equivalente.

Reclamó altamente contra este repartimiento el emperador, el cual pretendia por entero la sucesion. El rey de Francia, que tenia las mismas pretensiones, no habló palabra; pero aunque mostró esteriormente contentarse con una parte de la herencia, continuó tambien negociando por el todo en Madrid, aunque en secreto. El rey Católico, que por medio de sns embajadores habia protestado contra el primer convenio, no pudo sufrir sin indignacion que las córtes estranjeras quisiesen disponer á su arbitrio de unos reinos cuyos soberano aun vivia, y no habia declarado su última voluntad. Sin embargo, el estado de su salud no permitia se difiriese mucho tan importante diligencia. La grandeza, su confesor y los ministros no cesaban de estrecharle á que cuanto antes nombrase sucesor, y libertase á la nacion de los males que de lo contrario la amenazaban; pero incierto en la eleccion, hizo varias consultas á personas cuyos pareceres fueron tan diversos como sus respectivos intereses. La irresolucion en que quedó el rey por esta causa, dió márgen á que los embajadores de Francia y Alemania continuando sus esfuerzos para ganar parciales dividiesen la corte, y á que cada uno de los partidos pusiese en movimiento todos los resortes de la intriga para debilitar á su contrario. La causa de Austria estaba sostenida por el afecto que naturalmente debia profesarla el rey, como descendiente de ella, y por el influjo de la reina, del almirante de Castilla, del marques de Melgar y del conde de Oropesa, que tenian de tal modo esclavizada su voluntad, que el vulgo solia decir que le habian hechizado. El cardenal Portocarrero y el inquisidor general Rocaberti que estaban por la casa de Borbon, procuraron estender esta voz supersticiosa, la cual infundió cierta desconfianza en el ánimo del rey, y sus dolencias habituales acreditaron mas aquellos rumores.

Por otra parte el P. Fr. Froilan Diaz, su nuevo confesor, apoyaba de buena fe la ficcion, exorcizándole repetidas veces por medio de un capuchino aleman, cuyas vo-

UNED

ces y anatemas aterraban al doliente sin curarle y aumentaban su pusilanimidad. El pueblo escandalizado pidió á gritos la separacion de los supuestos hechiceros, y el rey se vió precisado á condescender, perdiendo por este medio la casa de Austria unos agentes tan poderosos. Entonces redoblaron sus esfuerzos los de la de Borbon, y agitado el monarca entre tanta diversidad de pareceres, resolvió consultar tan grave negocio con el pontífice Inocencio XII y con una junta de ministros sabios y rectos, cuyo último dictámen, á pesar de algunos que le contradecian, fue que el derecho á la sucesion de España pertenecia á Felipe, duque de Anjou, hijo segundo del delfin, como nieto de Doña María Teresa de Austria, hermana mayor del rey, y segun leyes del reino legítima heredera de la corona con preferencia á Doña Margarita, hermana menor, que estuvo casada con el emperador Leopoldo, y fué abuela del difunto príncipe elector de Baviera. Pretendia el emperador heredar los derechos de este, y pasarlos á su hijo segundo el archiduque Cárlos, alegando que no debia atenderse á la primogenitura de Doña María Teresa, supuesta la solemne renuncia que habia hecho del trono de España al tiempo de contraer matrimonio con Luis XIV; pero replicaba Francia, que aun cuando aquella renuncia no hubiese sido violenta é irregular, era preciso conceder que no habia tenido otro objeto que impedir se reuniesen en un mismo soberano las coronas de Francia y España: inconveniente que cesaba habiendo dejado aquella señora dos nietos, de los cuales el uno podia reinar en España y el otro en Francia. Convencido, finalmente, Cárlos II de tan sólidas razones, y sacrificando á ellas sus inclinaciones particulares, otorgó su testamento en 2 de octubre de 1700, declarando por sucesor de toda la monarquía española á Felipe de Borbon, duque de Anjou; y habiéndose agravado sus dolencias espiró en 1.° de noviembre siguiente, dejando encargado el gobierno durante la ausencia de aquel príncipe á una junta compuesta de la reina viuda, del arzobispo de Toledo, de los presidentes de los consejos de Castilla y Aragon, del inquisidor general, del conde Frigiliana, como consejero de Estado, de D. Francisco Casimiro Pimentel, conde de Benavente, como grande de España, y del marqués de Rivas

UNED

Años de J. C. 1700. D. Antonio de Ubilla, como secretario de Estado. Con su muerte se extinguió en España la línea austriaca que había reinado muy cerca de dos siglos, y mudó de aspecto la monarquía con la importante revolucion acaecida á principios del siglo XVIII.

SEPTIMA EPOCA.

Reinados de la casa de Borbon.

CAPITULO PRIMERO.

RESUMEN.

La esperanza de reinar
no perdió la casa de Austria,
y el rey Felipe su cetro
sostuvo á fuerza de armas.
Portugal, Prusia, Saboya,
Módena, el Inglés, y Holanda,
al pronto unas, y otras luego,
por el Austria se declaran.
Aun la España no está unida
á favor de su monarca;
varias provincias animan
del austriaco la esperanza.
Venció el valor en las lides,
conquistó las fuertes plazas,
y al fin en Villaviciosa
se dió la última batalla.
Felipe en ella venció,
mas otra guerra se enlaza
que á Francia y España á un tiempo
el catalan la declara.
Sufrió Barcelona un sitio
con tal valor y constancia,
que en cada una de sus calles
levantó nueva muralla.

UNED

Felipe como guerrero
supo humillar su arrogancia,
y cual amoroso padre
supo olvidar la venganza.
Cansado de tantas guerras
solo desea el monarca
vivir en san Ildefonso
atento á cuidar su alma.
El cetro entrega á su hijo,
jóven de gran esperanza,
y solo reinar diez meses
le ha permitido la Parca.

HOMBRES CELEBRES. Duque de Montemar. — Feijoo. — Luzan.

Felipe V. Luego que llegó á Francia el testamento de Cárlos II, deliberó Luis el *Grande* con su consejo de Estado si le aceptaria, ó se acomodaria con el tratado de repartimiento. El tratado era ventajoso al reino, el testamento al reino y á la familia. Todo bien considerado se resolvió á aceptar las disposiciones del testamento, como lo hizo el dia 6 de noviembre, y el 19 fué saludado el duque de Anjou como rey de España por toda la corte de Francia. La de Madrid le proclamó por su rey ee 24 del mismo mes. Inmediatamente partió para sus estados, y el dia 4 de abril del año siguiente hizo su entrada pública en la capital del reino entre un numeroso concurso de personas de todas clases, en medio de las aclamaciones de los grandes y del pueblo, que ostentó toda la pompa y magnificencia imaginable para mostrar al nuevo rey la alegría pública por su elevacion á la corona; pero aunque el derecho de la sangre, la justicia del testamento del difunto rey, la posesion y los votos de la España concurriesen á asegurar el trono en Felipe, fué menester para su gloria que él tambien le asegurase con su valor. Desde luego le declaró la guerra el emperador Leopoldo, y logró algunas ventajas en las acciones de Carpi y de Chiari. Las demás potencias de Europa, zelosas del engrandecimiento de la casa de Borbon, corridas de verse burladas en el tratado de repartimiento, y en-

Siglo XVIII. Años de J. C. 1701.

UNED

gañadas todavía con las esperanzas de lograr alguna parte en la sucesion de España, se ligaron con el emperador: Inglaterra, Holanda, Portugal, Prusia, Saboya y Módena, unas mas presto, otras mas tarde, todas entraron en la liga con el especioso pretexto de restablecer el equilibrio entre las casas de Borbon y de Austria, y de asegurar por este medio el reposo de la Europa.

Acudió pronto Felipe adonde se habia encendido el primer fuego de la guerra; pasó á Italia con su ejército, y destacó tan á tiempo al duque de Vandoma contra un cuerpo de tropas imperiales acampadas en santa Vitoria á las órdenes del general Visconti, que logró sorprenderle y derrotarle completamente. Viéndose atacado tan de cerca el duque de Módena, y sin esperanza de recibir á tiempo el socorro que le prometian los aliados, entregó á los españoles á Módena, Reggio, Correggio y Carpi.

Dueño del Modenés el rey Católico, acampó cerca de Luzzara á vista de los imperiales mandados por el príncipe Eugenio de Saboya, el mayor general que tuvo el emperador. Penetró Eugenio que la idea era apoderarse de Luzzara, de sus municiones y de una isla que la aseguraba una línea de comunicacion con el campo volante del príncipe Beaumont. Con efecto, este era el designio del rey cuyas medidas estaban tomadas con tanto acierto, que no era posible desbaratarlas sino á favor de una victoria. Arriesgóse Eugenio al combate; el ataque fué vigoroso, y la defensa aun mas. Muchas veces se dejó ver el rey en lo mas vivo del fuego para animar á las tropas con su presencia y con su ejemplo. Ninguna cosa entusiasmó tanto al oficial y al soldado como la vista de su príncipe, que no reservaba su persona de los mayores peligros. Rechazado el enemigo por todas partes, se retiró á sus trincheras al acercarse la noche, despues de cuatro horas de refriega, dejando seis mil alemanes muertos y un considerable número de heridos. El ejército victorioso durmió en el campo de batalla que acababa de ganar, y se dispuso á forzar en sus trincheras al príncipe Eugenio luego que lo permitiera la primera luz del dia; pero el príncipe no le esperó, y abandonó antes de amanecer á Luzzara con todos sus bastimentos y pertrechos, y la isla que pretendia conservar. No se limitó á esta solo ven-

UNED

taja la victoria. Queriendo el rey aprovecharse de ella puso sitio á Guastala, plaza muy importante, y la obligó á capitular á los seis dias de trinchera abierta *(Nota 23)*.

Asegurados los Estados de Italia con una campaña tan gloriosa, volvió á España Felipe para oponerse al rey de Portugal. Este príncipe, antes aliado suyo, dejó el partido de España y se declaró por los alemanes: lo mismo hizo el duque de Saboya á pesar de ser suegro del monarca español. Hallóse, pues, con dos enemigos á cual mas peligrosos, porque el primero abria á los alemanes una puerta franca hasta el interior de España, y el segundo les franqueaba la misma entrada hasta el centro de la Italia. Sin embargo, siendo mas inminente el riesgo que amenazaba por la parte de Portugal, á causa de que despues de reconocido en Viena el archiduque por rey de España y sus Indias con el nombre de Cárlos III, habia desembarcado en Lisboa con un cuerpo respetable de tropas inglesas y holandesas, marchó allá D. Felipe al frente de su ejército, y á pesar de la obstinacion con que pelearon los portugueses y sus aliados se apoderó de diez á once plazas, sitió á Portalegre, obligó á su gobernador á que se rindiese á discrecion, se ejecutó lo mismo con el de Castel-David, sometió todo el pais vecino, y puso en contribucion á las provincias interiores. El gozo que causó en España la felicidad de estos sucesos se templó con la sorpresa de Gibraltar. No habia en esta plaza mas que ochenta hombres de guarnicion, y los ingleses se apoderaron de ella antes que los vecinos pudiesen tomar las armas para defenderla. Años de J. C. 1704.

Fué despreciable esta desgracia respecto de las otras que la sucedieron. Rebeláronse los catalanes, recibieron en Barcelona al archiduque de Austria, que partió desde Lisboa á sostener la insurreccion con sus tropas inglesas y alemanas, cundió el contagio á todo el reino de Aragon, fué proclamado el archiduque rey de España, y le pusieron en posesion de todas sus plazas fuertes. No paró aquí la desgracia; pues el ejército enemigo de Portugal, aprovechándose de estas circunstancias y del momento en que desminuido el ejército de D. Felipe por el sitio puesto á Gibraltar eran superiores en fuerza á las que mandaban el marques de Bay, general flamenco, y el mariscal de Fran-

UNED

cia Tessé, las cuales no pudieron resistirles, no solo recobró á Salvatierra, á Alburquerque y aun á Valencia de Alcántara, á pesar de la vigorosa defensa que hizo su gobernador marques de Villafuerte, quien despues de sostener cinco asaltos sobre la brecha, solo capituló cuando se vió gravemente herido *(Nota 24)*, sino que penetró hasta Badajoz, y se hubiera apoderado de esta plaza á no haberla socorrido oportunamente el mariscal de Tessé. No obstante, se introdujo despues en Castilla, se hizo dueño de Ciudad-Rodrigo, de Salamanca y hasta de la misma corte de Madrid, y para colmo de la adversidad, la Francia, que con las dos batallas de Turin y de Ramelly acababa de perder toda la Italia y los Paises Bajos, no se hallaba en estado de socorrer á España como su urgente necesidad lo habia menester. En fin, el rey fué á poner sitio á Barcelona y se vió precisado á levantarle. Bien necesitaba Felipe un aliento superior á todos los sucesos para no desmayar entre tantas adversidades. Logrólo con efecto, y nunca se mostró mas superior á sí mismo. Habiendo juntado prontamente un ejército visoño y colecticio volvió á conquistar á Castilla, y recobró el reino de Murcia, de que acababan de apoderarse las tropas del archiduque. Mientras el rey batia á los portugueses, su general el duque de Berwick hacia frente á los aliados en el reino de Valencia, donde tenian un ejército numeroso, compuesto de alemanes, ingleses y españoles rebeldes; y habiéndolos encontrado en una posicion favorable á sus intentos, los cargó cerca de Almansa, poblacion pequeña del reino de Murcia, derrotándolos tan completamente, que ademas de cinco mil hombres que quedaron muertos en el campo de batalla, hizo mil prisioneros, sin contar diez y ocho batallones que hallándose cortados se vieron en la precision de rendir las armas. A esta gran victoria se siguió la toma de Requena, Zaragoza, Mequinenza, Lérida, Morella y otras muchas plazas, siendo tambien fruto suyo en la campaña siguiente la de Tortosa y la reduccion de todo el reino de Valencia.

Años de J. C. 1706

1707. 25 de Abril.

No eran menos triunfantes las armas del rey en el reino de Portugal. Habiendo sitiado y héchose dueño de Mora y Serpa en el año 1707, ganaron sobre los portugueses y sus aliados una victoria considerable cerca de Gudiña,

UNED

Batalla de Almansa.

Provocado el exército de Felipe V por el de los confederados á una batalla decisiva, la aceptó, y mandó con tal valor y pericia el Duque de Berwik en las llanuras de Almansa, que derrotados sus enemigos con pérdida de 189 hombres, de su artillería, municiones y víveres, obtuvo una de las mas interesantes victorias. Quando el orgulloso presume burlarse del prudente, entonces le engrandece cubriendose de oprobrio.

T. L. Enguid.s de ag. fte. Alex.s Blanco con.

UNED

entre Gaya y Evora, por el valor y buena direccion del marques de Bay. Consternados con tantas pérdidas los portugueses y catalanes exigieron nuevos socorros de sus aliados, los cuales se los enviaron tan considerables que en breve se hallaron otra vez en estado de obrar ofensivamente. Tambien partió de Cataluña Staremberg, general de grande reputacion, con un ejército florido, y llegó hasta Zaragoza; pero alcanzándole allí el rey le presentó inmediatamente batalla, rompió su ala izquierda y la puso en desordenada fuga. No obstante, bien fuese por el demasiado empeño con que se entregaron los españoles al alcance de los fugitivos, ó porque el ala izquierda del ejército real no cumpliese con su deber, logró derrotarla el general aleman, y á escepcion de las guardias españolas, que se retiraron en buen orden á pesar de que procuró forzarlas, el resto del ejército del rey fué deshecho, muerto ó prisionero. No se detuvo Staremberg en sitiar plazas; y persuadido á que su victoria pondria en consternacion á los castellanos, y que si estos recibian al archiduque se decidiria el pleito á su favor, le condujo á Madrid. No omitieron los alemanes circunstancia alguna que pudiese añadir ostentacion y aparato á la entrada triunfante que hizo el archiduque Cárlos en la Corte; pero la soledad de las calles, el silencío de los vecinos, las puertas y ventanas cerradas, dieron á entender sobradamente que si el archiduque poseia los edificios, D. Felipe era dueño de los corazones de sus habitantes, y durante tres meses que las tropas del archiduque estuvieron en Madrid, apenas ganaron una persona de distincion para su partido: notable constancia de fidelidad en que es muy dudoso si se interesó mas el honor de Felipe V que la inmortal gloria de los castellanos. El príncipe amado de sus vasallos tiene recursos mas vigorosos y mas seguros en la lealtad de sus corazones, que en la fuerza de los tesoros ni en la resistencia de las murallas. Persuadido el archiduque de que su persona no estaba muy segura en una Corte desafecta á su dominacion, la abandonó; y el rey volvió á entrar en ella el dia 3 de diciembre de 1709, restituyéndola con su vista los dias claros que la tempestad habia oscurecido. Salió á recibirle toda la villa, y estaba inundado de gente el camino por donde habia de pasar. En toda aquella pro-

Años de J. C. 1709.

UNED

digiosa muchedumbre no se veian mas que demostraciones de alegría, ni se oian mas que repetidas aclamaciones de *viva el rey*. Cada uno se figuraba que habia recobrado á su padre, ó á su protector; y con efecto, Felipe era el protector y el padre de cada uno. Con todo eso no concedió el rey mas que tres dias á aquel estremado alborozo de su pueblo. La fidelidad de este habia triunfado del ejército enemigo; era razon que el valor del rey entrase á la parte en aquel triunfo, para que el príncipe y los vasallos encontrasen su gloria por diferentes caminos en la misma revolucion.

Habia tomado el archiduque el camino de Barcelona, y Staremberg seguia el de Zaragoza, aunque á pequeñas jornadas por falta de bastimentos. Alcanzó el rey sus tropas cerca de Brihuega, y noticioso de que estaban alojados en aquella poblacion ocho batallones é igual número de escuadrones ingleses dió orden para que fuese embestida. Era menester ganarla al primer acometimiento, porque á no ser así al dia siguiente se hallaria el ejército castellano entre el fuego de los alemanes y de los ingleses, siendo indudable que los primeros acudirian al socorro de los segundos. Los oficiales veteranos tuvieron por imposible este golpe; pero el rey opinó de otra manera. La artillería que fué servida con prontitud y oportunidad, abrió diferentes brechas; el rey formó tres distintos ataques; y á pesar del continuo fuego de los sitiados se apoderó de las murallas de la villa con espada en mano. Atrincheráronse los ingleses en las calles y en las casas; pero batidos en todas partes con el mayor valor, se vieron precisados á rendirse prisioneros de guerra con su general Stanhope: accion gloriosa que fue obra de un solo dia, y no pudo desconocerse en ella al nieto de Luis el *Grande*. No persuadiéndose Staremberg que seis mil ingleses bien atricherados dentro de una poblacion, aunque pequeña, pudiesen ser forzados en el corto término de un dia, avanzó para socorrerlos en la confianza de sacarlos de aquel ahogo. El dia 10 de diciembre que fueron atacados estaba á una marcha de ellos, y con todo eso el rey le ahorró la mitad de camino, porque le alcanzó junto á Villaviciosa. Colocáronse en órden de batalla los dos ejércitos; púsose D. Felipe al frente de su ala derecha sobre la

UNED

izquierda de los alemanes, donde estaban las tropas mas aguerridas del ejército enemigo, forzóla despues de alguna resistencia, y apoderándose de su artillería, la apretó tan vivamente, que la puso en precipitada fuga sin que los oficiales pudiesen rehacerla. El duque de Vandoma, que mandaba el ala izquierda de los españoles, halló mas obstáculos que vencer y gastó mas tiempo en abrirse camino con la espada; pero al cabo como tan maestro en el arte de pelear, dos veces restableció su órden de batalla, y pasó por medio del enemigo á la tercera carga.

Ya no disputaba Staremberg la victoria, pues lo daba todo por perdido, y solo prolongaba el combate hasta la noche. Llegó esta, y se salvó á favor de las tinieblas dejando en el campo de batalla tres mil muertos, gran número de heridos y tres mil prisioneros. A estos se añadieron otros dos mil que se hicieron en el alcance, con casi toda su caballería, cañones, bagajes, banderas, estandartes y cuantos trofeos sirven á aumentar relieves al lustre de una victoria, todo lo cual cayó en manos del vencedor. Apenas pudieron fugarse tres mil hombres del ejército aleman, y tampoco se hubieran estos salvado si la falta de víveres no impidiese á los españoles ir en su seguimiento. Con aquellas miserables reliquias de su florido ejército, aceleró Staremberg su marcha hácia Zaragoza; y aunque por el camino iba publicando que acababa de conseguir una completa victoria y de sujetar toda la Castilla, era dificil conciliar lo que divulgaban los alemanes con la precipitacion y el desórden de su marcha. Aun era mas dificultoso concebir cómo despues de haber conquistado á Castilla, la abandonaban con tanta generosidad al rey D. Felipe: mas al fin no dejaron de producir su efecto aquellas gasconadas, porque en virtud de ellas los dejaron pasar libremente, que era todo lo que pretendian. Mientras tanto el monarca legítimo recogió los frutos mas sólidos, pues cuanto poseian los imperiales desde Brihuega hasta las cercanías de Bercelona, todo cayó en su poder de grado ó fuerza. Desconfiando ya los aliados de restablecerse en España, y mucho mas de arrancar á Felipe una corona que defendia con tanto valor y gloria, comenzaron á disgustarse de la guerra, y la muerte del emperador José I, hijo y sucesor de Leopoldo, acabó de desconcertar

UNED

la liga. No habiendo dejado descendencia masculina, fué llamado al trono su hermano el archiduque; y si el deseo de mantener el equilibrio de la Europa habia servido á los aliados de pretesto para tomar las armas, por temer que la casa de Borbon adquiriese una preponderancia estraordinaria sobre las demás potencias, era consiguiente que tampoco mirase ahora con indiferencia la reunion en una misma cabeza de todas las coronas que en otro tiempo hicieron tan formidable á la casa de Austria. Efectivamente, Inglaterra y Portugal convinieron desde luego en una suspension de armas con Francia y España. No obstante, coronado emperador el archiduque, quiso continuar la guerra con los demás aliados suyos; pero la Francia los trató tan mal en Flandes por la victoria que consiguió sobre ellos en Danain, cogiéndoles todas las municiones de guerra y boca, como asimismo por el levantamiento del sitio de Landrecis, y la pérdida de las plazas de Bouchain, de Bethune y de Dovay, que se templó infinito su cólera y pensaron en la paz. Tuviéronse las conferencias en Utrecht y se concluyó el tratado en 1713; pero los alemanes no quisieron acceder á él, á pesar de haber tenido que evacuar á Barcelona por no poderla conservar. Desde luego hubiera entrado en su deber por sí misma aquella capital de Cataluña, si el dictámen y el consejo del clero y la nobleza hubiera podido prevalecer contra el ciego furor del populacho. En lugar de someterse á la clemencia del rey, agravaron su rebelion los barceloneses declarando la guerra á España y Francia, sublevando nuevamente la Cataluña y las islas del reino de Mallorca, y por último solicitando el favor del emperador de Alemania y de la Puerta Otomana. A semejante insulto correspondieron España y Francia sitiando á Barcelona por mar y tierra. Los socorros que procuraban introducir en la plaza los rebeldes de Mallorca y de Cataluña fueron interceptados; la trinchera se adelantó vivamente, y ocupáronse las fortificaciones exteriores á pesar de la vigorosa defensa de los ciudadanos que peleaban como hombres desesperados, resueltos á vencer ó á quedar sepultados en las ruinas de su ciudad. Derramados en pelotones los miqueletes, así en la campaña como en las gargantas y en los desfiladeros de los montes, inquietaban sin cesar á los sitiadores, cortándoles los

Años de J. C. 1713.

UNED